Ava River





The Heaven S.A.

¿Qué harías para ganarte el descanso eterno?





Asuntos pendientes después de palmarla...

1.

2.

CONTENTS

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo 1
Epílogo 2
Agradecimientos

Para Dani y Zoe.
Gracias por ser el faro que alumbra mi oscuridad.

PRÓLOGO

Faltaban siete días para San Valentín, el primero de muchos con Jason McGwire. Me había mudado a su apartamento en otoño, consolidando nuestra relación, cuyo punto álgido llegó en Año Nuevo, cuando el reloj marcó las doce de la noche, proponiéndome un brindis con una copa de *champagne* que guardaba un tesoro en su interior: un anillo de compromiso con un brillante en forma de corazón en el centro. Ambos lloramos, emocionados, y dije «sí» cien veces, imaginando un bello y prometedor futuro.

Solté un grito frente al ordenador, intentando no derramarme el chocolate caliente en mi pijama favorito de tostadas con expresión *kawaii*. Había visto el vestido de novia perfecto, de escote barco y corte sirena, y pulsé la pestaña para guardar tan valiosa información. En pocas semanas, mi madre vendría a Londres y recorreríamos las grandes *boutiques* buscando esa joya que llevaría el día más importante de mi vida.

Abrí otra pestaña en el buscador. Debía concentrarme en encontrar el mejor plan de San Valentín. Era clave si quería ponerle un bonito broche a este año. ¿Y si elegía una escapada a los fiordos para ver la aurora boreal? Mierda, demasiado caro. ¿Cena en casa y espectáculo? La pasta que preparaba le volvía loco y mis tetas también. Bueno, quizás fuera muy típico. ¿Y una experiencia en un circuito de aguas termales? Un *spa* podía ser la cita perfecta para tener un encuentro casual, relajante y placentero. Revisé el mensaje que me envió anoche, cuando me subía al metro tras salir del trabajo:

«Siete días para San Valentín, siete sorpresas para ti…»

¿Qué se suponía que tenía que hacer yo como novia? Ajá. Comprar lencería. A espuertas. Con transparencias, de cuero, látex y

todo el material *sexy* que hubiera en el mercado. Gozábamos de una buena situación económica. No éramos millonarios, pero vivíamos permitiéndonos algún que otro capricho. Y, en concreto, me llegarían siete.

Siete…

Escuché las llaves al otro lado de la puerta, y me apresuré a cerrar mi sesión en la pantalla para que Jason no pudiera husmear.

—¡Cariño, espero que no hayas desayunado todavía! —exclamó en el descansillo. No podía verlo, aunque estaba convencida de que estaría colgando su abrigo en el perchero, para tropezar después con el paragüero.

Me mordí el labio inferior, al verlo aparecer en el salón, radiante, portando dos vasos de café y una bandeja de *donuts* de cartón. En el pecho llevaba un cartel pintado con rotulador rojo en el que se podía leer:

«Primer regalo: el desayuno perfecto».

Brindamos con nuestros vasos de cartón, y nos sentamos juntos frente a la chimenea. Fuera llovía, y yo prefería matar el tiempo con él en un bucle eterno, recreándonos en San Valentín, los *donuts*, la boda y todo lo que nos esperaba.

—Esta noche voy a preparar *pizza* —dijo pasando un brazo por mis hombros, y me perdí en sus ojos verdes y brillantes—. He conseguido que Carlo me dé la receta de su *nonna*.

—¡No me digas! ¡Eso hay que celebrarlo! Pondré un poco de vino a enfriar.

Depositó un beso con sabor a Nutella en mis labios, y suspiré. Tranquila, plena, enamorada.

Entonces, algo crujió en el recibidor, y fruncí el ceño.

—Creo que tu abrigo se ha caído.

La puerta se cerró de golpe, y Jason sonrió con dulzura, pasando los nudillos por mi mejilla. De soslayo, vi a alguien acercándose desde la entrada. Sujetaba un frondoso ramo de rosas rojas que me

impedía verle el rostro y me tapé la boca, sobrecogida, sin hacer un solo movimiento. Eso eran dos o tres docenas.

Oh. Dios. Mío.

—Feliz San Valentín, cariño —murmuró antes de que un fuerte estruendo cortara mi respiración. Provenía del desconocido. ¿Eran cohetes? ¿Bengalas?

Algo impactó en mi sien, y mi visión se nubló, como si me apagara. Lo más extraño, es que, por alguna razón, supe que había muerto.

CAPÍTULO 1

Faith

El edificio acristalado se erguía sobre las nubes, magnífico e imponente. ¿Cuántas plantas tendría? Los rayos de un sol que no podía ver impactaban en sus cristales, creando una combinación de colores iridiscentes. Me recordaba a The Shard, el rascacielos más alto de Londres, el cual solo podía mirar de lejos por mi pánico a las alturas.

The Heaven S.A.

Así rezaba en las enormes letras doradas y ornamentadas sobre la puerta giratoria de la entrada y arrugué el ceño. ¿Quién llamaba así a su negocio? No parecía una discoteca, sino un conjunto de oficinas. Apostaba todo lo que había en mis bolsillos a que vendían seguros de decesos. Y me di cuenta de que aún llevaba puesto el pijama rosa de tostadas *kawaii*, y el cabello en una coleta desordenada. Hasta las gafas que utilizaba para ver de cerca cuando no usaba lentillas.

¿Qué hacía en una nube? Levanté un pie descalzo, envuelto en un jirón blanco que se asemejaba a la niebla. Mis zapatillas habían desaparecido, en lugar de eso, iba en calcetines, más concretamente, los de aguacates que me regaló una amiga por navidades.

Miré a mi alrededor, confusa. Hombres, mujeres, niños y ancianos pasaban junto a mí, haciendo una fila, y entraban por las puertas de The Heaven S.A., girando sin que pudiera ver a donde iban a parar. Varias razas y etnias se mezclaban, desde gente con túnicas y un punto rojo dibujado en la frente hasta hombres asiáticos vestidos con polos grises y vaqueros descoloridos. Un momento…

—¿No vas a hacer cola? —preguntó una vocecilla tras de mí. Giré sobre mis talones, y encontré a una niña rubicunda, con dos coletas a cada lado de su cabeza—. Si tienes miedo, puedo darte la mano. ¿Cómo te llamas?

Tendió su manita de dedos rechonchos hacia mi dirección, y tragué saliva, buscando a sus padres con la mirada.

—Me llamo Faith, ¿y tú? Oye… ¿Te has perdido? Puedo ayudarte a encontrar a…

—Claro, mis papás no pueden acompañarme. En el futuro, me encontraré con ellos. Yo estaba muy enferma, ¿sabes?

—Pues se te ve muy sana —dije tratando de conectar tantos elementos extraños ante mis narices. Nubes, edificios de cristal gigantescos, el cielo de fondo… ¿Dónde estaba?

—Porque he dejado mi cuerpo enfermo allí abajo —afirmó risueña, señalando el suelo, y al mirar hacia abajo, chillé, aterrorizada: estábamos en las alturas, pisando esa especie de algodón blanco, y los coches, las casas y todo lo que conocía eran una burda miniatura.

Me tambaleé, perdiendo el equilibrio, y mi cuerpo comenzó a temblar descontroladamente, pensando que podía caer desde semejante altura.

—Déjala, cielo, es una interruptus —se lamentó una mujer de mediana edad y falda de cuadros escoceses. Sus ojos verdes y bondadosos me recordaron a los de Jason. Un momento, ¿dónde estaba él? —. Todo ha sido tan rápido para ella que ni siquiera sabe lo que le ha ocurrido.

—¿Una… qué? —balbucí tratando de ponerme en pie, y la niña me ayudó junto con un anciano de pelo blanco que escuchaba atento nuestra conversación.

—Vamos, muchacha, tienes que entrar, de lo contrario te quedarás aquí para siempre —me animó el hombre y echó un vistazo a mi sien izquierda—. Vaya, fue rápido.

—¿A qué se refiere?

Creía que el aire se agotaba, mi corazón latía demasiado rápido mientras la marea de gente me arrastraba al interior del edificio, pasando por las puertas giratorias, en las cuales creí que me quedaría atascada, y cerré los ojos, deseando despertar de aquel extraño sueño.

—¡Mira, Faith! Ya estamos dentro, y es precioso.

Pestañeé dos veces, aferrada a la mano de mi nueva amiga. En el *hall*, una fuente imitaba a la Fontana de Trevi, aunque más pequeña, con las letras de The Heaven S.A. incrustadas en la parte baja. Las colas de gente eran incluso mayores; todos esperaban para ser atendidos en el mostrador de cristal pulido, donde al menos una docena de mujeres con auriculares, todas ellas de diferentes etnias y razas, tecleaban en ordenadores.

—Joder, qué sueño tan raro…

—No estás soñando, bonita, y cuanto antes lo asimiles, antes podrás disfrutar del descanso eterno.

No contesté, pues una vez escuché en la radio que era mejor ignorar a los participantes de nuestras funciones oníricas, así despertaría antes. Llevaba mi pijama favorito, y saltaría de la cama en pocos minutos, dispuesta a comenzar el día. Entretanto podía disfrutar de las vistas, al igual que de los jóvenes que sobrevolaban nuestras cabezas, batiendo sus alas emplumadas, portando banderines para guiar a los grupos.

¡Ajá! ¡Se trataba de una empresa turística, de esas que vendían *packs* de viajes y *tours* personalizados! Solté una risita. Qué enrevesada podía ser la mente, puede que esa fuera la forma en la que mi subconsciente decía que necesitaba unas vacaciones. ¿Qué tal si elegía los fiordos noruegos? Podía ver la aurora boreal, y planificar ese viaje de ensueño en The Heaven S.A. Un momento. ¿No había vivido algo parecido? Mis recuerdos estaban borrosos, y sopesé la posibilidad de que me hubiera metido en la cama tras ingerir grandes dosis de tequila.

Si mi cabeza había inventado esa empresa ficticia, saldría de ella, me despertaría y afrontaría el día con energía. Pero ¿qué día se suponía que era?

Observé con detenimiento el *hall*, las gentes y sus mostradores. A la derecha, una moqueta gris perla los guiaba hacia *stands* donde varios hombres y mujeres sonreían pacíficamente. No poseían alas y vestían uniformes como los de las aerolíneas de prestigio. Así que había creado una agencia de viajes desde la que se podía viajar. ¿Tendría una pista de aterrizaje en el exterior? Reí ante lo absurdo que resultaba todo aquello, y sabiendo que a mi terapeuta le encantaría. Me froté los ojos, pese a que era mi maldito sueño, no podía admirarlo todo con claridad. El espacio cristalino, pulcro y delicado, se difuminaba por los bordes. Claro, es que no era la realidad.

Mi nueva amiga no había dejado de parlotear acerca de sus peluches y la casita de muñecas que su abuela le regaló por Navidad. Tal vez mi subconsciente había sacado a mi niña interior a pasear, por lo que la escuché paciente, sin hacer comentarios.

—¿Te duele mucho la herida? —preguntó de repente mientras avanzábamos, y la mujer de mediana edad y falda escocesa que hacía cola delante de nosotras le hizo un gesto para que callara.

—No estoy herida, pequeña —respondí con dulzura, lanzándole una mirada de reproche a la señora.

Tirando de mi pijama, consiguió que mi rostro quedara a su altura, y uno de sus deditos señaló mi cabeza, en concreto, la sien.

—Tienes un agujero justo ahí, Faith. Pero ya casi no sangra.

La señora escocesa soltó una exclamación, el anciano de antes susurró algo en el oído de la niña, y los que guardaban cola con nosotros me miraron de reojo, con la compasión pintada en sus caras borrosas.

Indecisa, con una sonrisa temblorosa y forzada, palpé la zona, reprimiendo un escalofrío por la viscosidad, y al ver que se trataba de sangre, chillé hasta desgarrarme la garganta, pensando en que

despertaría de aquel sueño que se había transformado en pesadilla. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Ahí estaba yo, de rodillas en el suelo acristalado, por donde podía ver las nubes en movimiento.

¿Acaso mi despertador no iba a sonar?

Todo comenzó a darme vueltas. La sangre entre mis dedos resultaba muy real, y no quise seguir hurgando en la supuesta herida… pero existía, daba igual que me negara a tocarla, no se iría de allí.

—Por favor, necesito despertarme… —farfullé tratando de regular mi respiración.

—No vas a despertar, Faith, estás muerta —aclaró la niña poniendo una mano en mi hombro.

—Debes de estar de broma. —Reí poniéndome de pie al ver que la cola avanzaba. Quizás todo se terminara si hablaba con la señora del mostrador, y ponía en marcha mi maldito cuerpo—. Para ser mi niña interior, eres un poco rarita.

Arrugó su nariz pequeña, agarrando de nuevo mi mano para caminar.

—Yo no soy nada de eso. Me llamo Emily y vivía en Ohio con mis papás en una casa en el campo, con un jardín repleto de madreselva…

—Para el carro, monada —advertí subiéndome las gafas por el puente de la nariz—. Hasta los seis años vivimos en Liverpool y después…

—Pero es que yo no soy tú, Faith.

Y aquella respuesta serena, hizo tambalear el mundo bajo mis pies.

—Estás muerta —repitió haciendo énfasis en la última palabra—. En realidad, todos aquí lo estamos.

El anciano chistó a la niña otra vez y meneó la cabeza, sus labios convertidos en una fina línea. Esa era la expresión que se utilizaba en los funerales para dar el pésame.

—No recuerdas lo que hiciste hace unos minutos, ¿verdad? —inquirió el hombre con cautela.

—Es… debo de estar en la cama, soñando…

—Pobrecita, le pilló en pijama —se lamentó alguien más alejado, solo que no pude ver de quién se trataba.

—Aprovecharía mientras dormía —conjeturó un hombre desde un lugar cercano.

—O se voló la tapa de los sesos antes de acostarse —sugirió una voz femenina acongojada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué clase de pesadilla era esa? ¿Y por qué me daba la impresión de que no despertaría nunca?

—¡Siguiente! —Sonó frente a mí, como si se hubieran tragado un megáfono, y di un paso al frente.

—Mucha suerte, Faith —murmuró bajito Emily de Ohio, sus coletas rubias moviéndose de manera antinatural. ¿Eran alas aquello que brotaba de su espalda? —. Volveremos a vernos.

Las plumas se abrieron, expandiéndose como una peonía blanca. Sonrió, maravillada, y dio un par de giros sobre sí misma. El camisón de hospital se desintegró, dando paso a un vestido idéntico al color del cielo. Batió sus alas con timidez, y el aire bailó a su alrededor y emprendió el vuelo. Seguí su recorrido por los techos altos y se perdió de mi vista cuando salió por un ventanal.

De acuerdo. Si esa niña no era yo, y sus palabras resultaban ciertas…

—Bienvenida, encanto, te esperábamos desde hace una hora —saludó una señora de gafas de pasta verdes con forma de ojo de gato, y unas uñas rosa fucsia de tamaño considerable. Tecleaba frente a un ordenador, con un pinganillo en la oreja—. Tu expediente saltó en nuestra centralita; permíteme darte mi más sentido pésame por tu muerte. Soy Hilda, y tramitaré tu alta y posterior ingreso en The Heaven.

Mierda, estaba muerta. O no.

Me propiné una bofetada que picó demasiado para suceder en un mundo que solo existía en mi maldita cabeza. La tal Hilda enarcó una ceja toscamente pintada con lápiz negro y me golpeé de nuevo.

Pero no desperté.

—La has palmado, cielo, supéralo. Aquí serás muy feliz… ¡Oh, por las alas de los arcángeles! ¡Eres una interruptus! Claro, estás desmemoriada por el *shock* inicial. Tuvo que apagarte el cerebro en tres segundos —añadió revisando la pantalla del ordenador. Las letras brillantes se reflejaban en los cristales de sus gafas e intenté leerlas—. Pondré tu caso en manos de uno de nuestros mejores agentes, y pronto gozarás de los privilegios de la vida eterna.

Escondí la cara entre las manos, dolorida, abofeteada. Esto había dejado de ser una pesadilla. ¿Y si estaba loca?

—Tranquila, a algunos les cuesta volver en sí y recordar lo que pasó. Iré rellenando tu ficha de inscripción, cariño.

Un nudo oprimía mi garganta. Hilda, la niña, el anciano, las nubes, ese edificio descomunal de cristal… todo era demasiado real para ser cierto.

—Kelly, pásame con la extensión quince, sección diez del sector cuatro g. Muertes violentas, sí, vamos, nena, no tengo todo el día —dijo en tono monótono, dirigiéndose a su pinganillo, y un dolor agudo me perforó la sien, haciéndome rechinar los dientes—. ¿Te gusta el mar? Sí, se ve que sí. Encargaré un ático con una terraza que tiene unas vistas divinas del océano. Y recuerda que la decoración aparecerá pasados unos diez minutos. El sistema de las paredes absorbe y procesa todos tus gustos. Si ves que en una hora no hay rastro de un simple reloj, llama con el interfono de tu edificio a averías, y pregunta por la sección ocho, ellos te darán la solución.

Tomó una bocanada de aire sin parar de teclear en el ordenador. La cabeza me daba vueltas, y en ese instante tuve un pequeño *flash*: la secuencia pasó rápido, pero me veía sentada en el sofá, con mi ordenador portátil en el regazo y el cabello en una coleta descuidada. La misma que llevaba en ese momento.

—Vale, tu expediente y reserva están completados. Tu custodio llegará en unos minutos para ayudarte con tu… problemita, cielo. Firma aquí, por favor.

De la nada apareció un pergamino en el mostrador de mármol, y leí con atención las líneas escritas en letra cursiva y apretada.

—¿Esto es…?

Puso los ojos en blanco.

—Tu inscripción en The Heaven S.A., donde descansan las almas para toda la eternidad. Un privilegio que no todos tienen. Aquí no queremos almas podridas. Solo existe un inconveniente con tu caso. No te preocupes, es común tras tu tipo de muerte. La vida ha de terminar de forma natural si se quiere ingresar en nuestro complejo sin papeleo, ya me entiendes, aunque eso no se puede elegir. El custodio que te asigne la Cúpula será el encargado de guiarte por todo el proceso.

La barbilla me tembló, y estuve tentada de abofetearme de nuevo.

—Dis-disculpe, debe tratarse de un error. Esto… solo está pasando en mi cabeza, ¿por qué no me despierto?

—Porque ya nunca lo harás, Faith —afirmó una mujer a mi espalda. Abrí la boca. La cola de personas de todas las razas y nacionalidades se había esfumado—. Tu alma abandonó tu cuerpo, lo siento mucho.

—Te presento a Eleonora West —interrumpió Hilda desde su mostrador, y su blusa blanca con una chapita dorada que indicaba su nombre se hinchó de orgullo—. Tu custodio.

La joven de vestido victoriano hizo una pequeña reverencia, sujetando a un lado su sombrilla de encaje.

—Será un placer llevar tu caso, Faith. Una muerte violenta es algo muy traumático y tu alma no puede ingresar en The Heaven S.A. aún. Juntas haremos que eso sea posible en poco tiempo.

Esbozó una sonrisa pacífica y me animó a caminar tras ella. Me despedí de Hilda, y esta me lanzó un beso. No estaba segura de cómo procesar todo aquello, toqué mi sien, bordeando el agujero sangriento con los dedos.

Y recordé el fuerte estruendo, la caída al suelo.

CAPÍTULO 2

Eleonora

Una muerte violenta siempre era algo complicado. Daba igual que fuera en el siglo xix o en el xxi. Las emociones de los caminantes eran las mismas, con un punto de complejidad que me hacía aprender algo nuevo según pasaban los años.

Faith Summer, un nombre luminoso solo de pronunciarlo, apareció en el complejo donde iban a parar las almas tras su recorrido por la vida. Desorientada, en pijama, sin zapatos… podía haber sido peor. A menudo, los interruptus llegaban como Dios los trajo al mundo, víctimas de la injusticia de un alma putrefacta, de las que harán cola en Inferno, sumergida en las entrañas de la Tierra. No había tenido tiempo de leer su expediente, entre otras cosas porque este se escribía solo mientras se desarrollaban los actos en la tierra. Pero supe que la pondrían a mi cargo.

Una vez fui como ella, un alma joven a la que arrebataron la vida cruelmente. Chasqueé los dedos, y los pasillos de mármol y cristal se hicieron añicos. Todo se volvió negro, salvo nuestras propias imágenes. El sistema operativo de The Heaven S.A., en la Cúpula, aplicaba ese escenario para las almas que se quedaban atrapadas, pues yo era a la que llamaban cuando un alma estaba a punto de perderse en el Limbo.

Caminé erguida, las enaguas de mi vestido provocaban un placentero sonido, aferrada a mi sombrilla. Recrear aquel lugar lograba ponerme los nervios de punta. Oía la respiración agitada de Faith, sus gritos ahogados.

Sé fuerte…

—¿Te encuentras mejor?

—No lo sé…

—¿Recuerdas lo que sucedió antes de que aparecieras en la nube?

Quitándose las gafas, se limpió las lágrimas que salían de sus ojos grises y tristes. La arrancaron de la vida, aún estaba desorientada por la velocidad de los hechos y necesitaba saberlos para volver a sentir su alma completa.

—Mi ordenador… yo estaba sentada en el sofá —farfulló indecisa, mirando la negrura como si fueran las ascuas del Inferno—. Miraba, algo…

—¿El qué? Cualquier pista que haya llegado a tu cerebro es válida.

Su mentón tembló, tal vez por mi tono de voz impersonal en el peor momento de su existencia no física.

—Yo… hubo un ruido muy fuerte. Me caí. O me desplomé. No sé…

—Bien, los recuerdos van llegando a cuentagotas.

—¿Quién eres y qué trata de decirme mi cabeza con esto? —preguntó con la mirada vidriosa, y sentí una infinita compasión por ella. Hacía varios siglos que estuve en su posición, y difícilmente podría olvidarlo.

—Que has muerto —respondí impasible, entrelazando mis manos como mi madre me enseñó—. The Heaven S.A. es un recolector de almas. Les da un trabajo o una experiencia inolvidable para toda la eternidad además de prepararlos para una posible vuelta, lo que se conoce como reencarnación.

Se tapó la boca, amortiguando el llanto.

—Lo entenderás a su debido momento. Es primordial que recuperes los recuerdos de los últimos treinta minutos antes de morir. Son necesarios para la base de datos.

—¿Y no hay alguien que sepa lo que ocurrió?

—La Cúpula lo sabe, y eso tiene nombre: el secreto mejor guardado —revelé haciendo una floritura con mi mano enguantada

—. Tu camino en la tierra ha llegado a su fin, sin embargo, aquí solo acaba de empezar. Es tu gran cuenta pendiente. Además, si alguno de los trabajadores, incluida yo, te contáramos tu muerte con todo lujo de detalles, perderías la cordura en el acto.

—Eres mí… custodio. ¿Qué se supone que harás conmigo entonces?

—Acompañarte en esta travesía, ayudarte a gestionar tus recuerdos.

Se echó a llorar, desconsolada. Pasaría mucho tiempo en el Limbo si no se daba prisa.

—Iba a casarme después del verano… —sollozó amargamente abrazándose a sí misma—. Jason y yo teníamos muchos planes.

Por un segundo, la imagen de Faith se volvió borrosa. ¿Cómo podía ser eso posible? No habían pasado ni seis horas de su crimen. El Limbo estaría dando un fallo en la señal, y no olvidaba lo que sucedió la última vez: esa alma, no se pudo recuperar.

—¡Sigue, casi lo tienes! —animé, y vi una chispa de esperanza a su espalda—. ¿Tu prometido te acompañaba? ¿Había alguien más?

—¡Los fiordos! —exclamó, y una especie de huracán se formó bajo sus pies—. ¡Pero qué demonios es eso!

Protegiéndome los ojos, pedí calma a Faith. Necesitaría un poco de ayuda de los custodios más veteranos, pero en esos momentos no podía acudir a nadie.

Abrí la sombrilla con dificultad, y logré controlar el remolino de aire oscuro, cuyo tamaño disminuía, ya no absorbía a mi custodiada. Por ahora. Saqué mi agenda de contactos, en busca de un nombre. Faith Summer caminaba sobre una cuerda, y esta no duraría mucho tiempo intacta. A fin de cuentas, para zanjar lo ocurrido en vida a menudo se tenía que bajar a la tierra.

En The Heaven S.A. se entraba con el espíritu limpio y el contador a cero, sin nada pendiente a nuestras espaldas.

—He… tenido una idea, Faith —dije comprensiva, sin quitar el ojo al huracán del Limbo—. Derivaré tu caso a uno de nuestros agentes infiltrados en la tierra. Seguiré siendo tu custodio, no te dejaré, y te visitaré cada día para saber si podemos irnos de vuelta o…

—¿O qué?

—O tu alma se perderá en las profundidades del Limbo, y el proceso ya ha comenzado.

—Pensaba que… tus problemas se solucionaban aquí arriba

—Hay que hacerlo antes de entrar —corregí con dulzura—. Necesitas bajar, allí tus recuerdos aflorarán y zanjarás tus asuntos.

Se encogió de hombros, derrotada. Para Faith no existían más alternativas que las que yo pudiera proporcionarle. Su vida había dejado de pertenecerle.

Marqué el número de teléfono desde el terminal que nos proporcionaban. Confiaba en ese intermediario y en su habilidad para resolver entuertos. Trabajar con caminantes era extraño, pero vivir les proporcionaba cierta ventaja respecto a nosotros. No siempre la Cúpula nos permitía pasar mucho tiempo en la tierra, junto a nuestros custodiados.

—Nos reuniremos en unos quince minutos terrestres, tengo un caso para ti —dije en cuanto descolgaron la llamada, y una risotada ronca me calentó las entrañas.

—He visto las noticias esta mañana, y Hilda me dio el chivatazo una hora después. El pistolero huyó. He ido al lugar de los hechos para echar un vistazo.

—¿Va a fingir ser un reportero, agente?

Faith se revolvió, inquieta. Hablaba de su caso sin hacerla partícipe, y, de inmediato me sentí culpable. Ese hombre, vivo y con todos sus órganos funcionando, hacía que mi profesionalidad se fuera al garete.

—Hace tiempo que me dedico a vender antigüedades, custodio, aunque por The Heaven S.A., haría casi cualquier cosa —espetó en

tono punzante con esa voz profunda.

—Eso es lo que se espera de ti. Sé amable, la chica está muy confundida y el Limbo la persigue.

Alzó la mirada, derrotada, y guardé mi terminal. La vida de Faith había dado un giro terrible, y un puñado de desconocidos dirigían lo poco que quedaba de ella.

—Entonces… ¿nos vamos de aquí?

—Sí, y no hay tiempo que perder —canturreé con la intención de ser simpática y chasqueé los dedos de nuevo, y la ilusión del Limbo creada por el sistema se desvaneció.

Estábamos de vuelta en el *hall* atestado de almas que hacían cola para que los atendieran en recepción. Hilda escuchaba con paciencia y cariño a una anciana en camisón que se enjugaba las lágrimas. Sabía que le recordaba a su madre. Todos los que formábamos la colmena de The Heaven S.A. guardábamos nuestra propia historia, y aún conseguíamos emocionarnos a pesar de los años y la rutina eterna.

Los Guardianes esperaban en las puertas hacia los distintos complejos del edificio, dando la bienvenida con sonrisas cálidas y un folleto de lo que encontrarían en su interior, y las actividades lúdicas del mes. Mantenerse entretenido, renovarse o dedicarse a contemplar con siglos un mismo punto formaban parte de aquel lugar. Dependía de cada uno, y de lo que exprimiera la vida eterna. Trabajar era la opción más factible en The Heaven S.A.

—Hoy ha sido el peor día de tu vida, Faith. Entiendo por lo que estás pasando, y te ayudaré como custodio a que puedas solventar tus asuntos pendientes en la tierra.

—Sigo pensando que esto… es una pesadilla demasiado larga.

Abrí mi sombrilla con cuidado de no golpear a nadie, cubriéndonos a ambas con ella. Entendía esa última esperanza, ese malestar, y confusión, y agarré su mano, mostrándole un poco de mi apoyo. No era especialmente afectiva, pero el tiempo me enseñó a

tener compasión. Los custodios veteranos decían que nunca debía perderse por muy tediosa que fuera la eternidad.

El suelo comenzó a resquebrajarse bajo nuestros pies, miles de líneas minúsculas surcaban el cristal que tocaban nuestros pies, y las almas que esperaban cerca se apartaron, cuchicheando.

—Oh, bien… ¡Caeré y podré despertarme!

Y lo dijo. Lo mismo que pronunciaban todos.

—Te pido perdón de antemano, Faith.

Las delicadas esquirlas brillantes cedieron, y caímos en picado.

Agente Hollow

Revisé la foto de la portada del periódico, incluida en el rotativo de última hora. En pocos segundos, Faith Summer cruzaría el umbral de mi tienda acompañada de su custodio, y doblé con cuidado las hojas, dejándolas bocabajo en el mostrador de madera, tan antiguo como el propio local.

Hacía menos de dos semanas que resolví mi último caso, y pensaba que me darían algún tipo de descanso mental antes de encargarme el siguiente. Eso no era posible con esos chupadores de almas que costeaban mi vida todos los meses. La campanita de la puerta sonó, avisándome de que tenía visita, y miré mi reloj. Habían transcurrido unas siete horas desde el crimen.

La custodio West acostumbraba a dar la vuelta al cartel de abierto para que nadie entrara, porque en el caso de que lo hicieran, verían a un tipo con traje de *tweed* manteniendo una entretenida conversación sobre cosas que supuestamente no existían con…

gente que no existía. Las almas solo eran visibles para los que trabajábamos con The Heaven S.A.

—¡Cuando me caigo, siempre despierto! —lamentó una chica vestida con uno de esos pijamas ridículos para mujeres. Era ella, no había duda.

—Está muy desmemoriada —comenté distraído, tamborileando los dedos sobre el mostrador, y la custodio West apareció tras ella, alisando con sus manos el antiguo vestido con el que murió. Por mis cálculos, debió de ser en el siglo xix, aunque ella nunca quisiera decirlo. Colocó su cabello dorado con esmero, parece que la caída fue algo más complicada que otras veces—. Me alegra verla de nuevo, custodio.

Hizo una pequeña reverencia, y la placa dorada prendida en su pecho emitió un destello.

—Faith, te presento al agente Cameron Hollow. Se encargará de tu caso mientras estés en la tierra. Yo estaré arriba, trabajaremos de manera conjunta para facilitar todos los trámites.

Sonreí ante su burocrática perorata. Su custodiada se golpeaba las mejillas, creyendo que despertaría.

—Cada vez bajan peor, custodio. ¿Por qué no le reveláis las causas y terminamos con estos numeritos? Ellos también lo agradecerán.

Eleonora, con su acostumbrado saber estar de dama de alta sociedad, me lanzó una mirada desdeñosa.

—A eso lo denominamos «el secreto mejor guardado» dentro de las paredes acristaladas de The Heaven S.A., no podemos revelarlo, de lo contrario, enloquecerían.

—Lo sé, solo estaba tratando de ser irónico —aclaré con diversión. Ya conocía bastantes entresijos acerca de los que me pagaban. Silbé con fuerza, atrayendo la atención de mi nueva cliente. Sus mejillas no se colorearon por las bofetadas. Estaba muerta, pero no era bueno para ella entrar en bucle—. Encantado de conocerla, señorita Summer, bienvenida al día de su muerte.

Estamos en Londres, a siete de febrero de 2023. No va a despertarse, su cuerpo humano ha fallecido, y esto que es ahora, es su alma.

Echó un vistazo a la que fuera la tienda de mi abuelo; a las primeras ediciones de autores viejos y desconocidos cubiertas de polvo, a los jarrones chinos, las armaduras, estatuas y bustos de gente que ya no existía, y puso los brazos en jarra.

—¿Y qué papel se supone que tienes tú en este sueño? —inquirió enfadada.

—Soy el agente que te ayudará a saldar tus cuentas pendientes y a recuperar tu memoria.

La custodio frunció sus labios rosados, desaprobando lo que estaba a punto de hacer. Pero era una cuestión de humanidad aclarar lo ocurrido hasta que su cerebro se desconectó. Y no me gustaba alargar demasiado esa agonía.

—¿Por qué no lees el periódico de hoy?

—¡Agente Hollow! —reprendió Eleonora, aunque sabía que no podía impedirlo.

En cambio, a Faith le pareció una idea genial, incluso me pareció ver una chispa de esperanza brillando en sus ojos y, a toda prisa, desdobló el ejemplar de papel, buscando las noticias de la primera plana.

—No puede ser… —sollozó al tiempo que su rostro cambiaba totalmente de expresión, y me mantuve firme y sereno. Trabajar con almas que habían sufrido una muerte violenta requería de un gran nivel de autocontrol—. Soy yo…

Leyó las líneas derramando lágrimas en silencio. Esa mañana, cuando vi la noticia, supe que Faith Summer sería mi nueva protegida, que The Heaven S.A. contactaría conmigo, pues no había mayor cuenta pendiente, que te dispararan en la cabeza.

CAPÍTULO 3

Faith

Mujer joven pierde la vida por un disparo en la cabeza, después que asaltaran su vivienda.

La víctima se llamaba Faith Summer, tenía veintitrés años. Su pareja y conviviente se recupera de un disparo en el abdomen. Se desconocen las causas del terrible suceso.

Leí el titular al menos una docena de veces. Eligieron una foto que Jason y yo nos sacamos en Nochevieja, abrazados, enseñando el anillo de compromiso que me regaló.

—Jason…

Y, de pronto, volví en mí. Usaba mi ordenador portátil para buscar vestidos de novia y posibles regalos de San Valentín. El chocolate caliente en el sofá, la llegada de Jason con un desayuno de café y *donuts*. Y el cartel: «Primer regalo: el desayuno perfecto». Nuestra pequeña maratón de San Valentín. Sorbí las lágrimas, sintiendo que todo había terminado.

No. El ruido en el recibidor, alguien con el rostro tapado por el frondoso ramo de rosas rojas.

Llevé una mano a mi cabeza, tanteando mi sien, y girando sobre mis talones traté de mirarme en un espejo. Este no me devolvió mi reflejo.

—Ese ruido… noté que algo me golpeaba y… aparecí en esa nube.

La niña, el anciano, la señora de mediana edad, Hilda… todos me lo dijeron, y yo me empeñé en no verlo.

—Los disparos en la cabeza suelen… trastocar al alma que intenta rescatar sus recuerdos —explicó la mujer de la sombrilla y el vestido

de época. ¿Cómo decía que se llamaba? —. La conmoción es muy fuerte.

—Jason está herido… ¿puedo verlo? Por favor… —imploré. Todo daba vueltas a mi alrededor, las reacciones de mi cuerpo habían cambiado. No tenía cuerpo, era un alma.

Un alma en pijama…

—Podrá verlo. Él a usted, no —aclaró a modo de advertencia el hombre con traje de *tweed* y pinta de estirado para ser tan joven—. Si está herido, lo buscaremos en el hospital. Supongo que despedirse de su novio ayudará en su ascensión a The Heaven S.A.

—¿Ese edificio era el cielo? No sabía que… la vida tras la muerte era una especie de complejo hotelero.

—Allí es donde van a parar las almas —intervino la custodio. Me recordaba a una de esas dependientas solícitas y profesionales de las *boutiques* de prestigio—. Y, ahora que has recordado lo sucedido, sabrás cuál es tu asunto pendiente en la tierra…

Hice inventario mental. Leer la noticia de mi muerte fue igual que despertar, solo que no me levanté del suelo de mi apartamento. Y la idea de perder a Jason, a mi madre, mis amigas… De haber sabido la fecha de mi muerte, habría elegido otro atuendo. Y, ya puestos, otra situación.

—Creía que el ramo de flores era un regalo de Jason —dije con un hilo de voz. Parecía mentira que hubieran pasado tantas horas desde ese momento, para mí solo habían transcurrido minutos—. Me felicitó…

—¿Entró un repartidor de flores? —inquirió con urgencia el hombre.

—No… no lo sé. Escuché un ruido en la entrada, y a los pocos segundos lo vi. La cara no, se la tapaba el ramo —añadí rememorando esos pasajes frescos de mi vida. Lo último que viví teniendo un cuerpo que se reflejara en el espejo.

El hombre, al que mi custodio presentó como el agente Hollow, frunció el ceño, rascándose su incipiente barba castaña.

—Nadie ha mencionado ese detalle que cuentas, Faith, el supuesto ramo de flores. ¿Viste a un repartidor sacar la pistola?

—De reojo vi que salía algo de entre las rosas. Entonces… fue como si me picara algo… aquí —señalé mi sien ensangrentada—. Todo se apagó, hasta que aparecí en… The Heaven S.A.

—Lo estás haciendo muy bien, Faith —animó la mujer levantando mi barbilla para que la mirara a la cara. Era preciosa. Algo en ella eran tan singular y antiguo que la hacía aún más bella. Y no era inmune a los encantos del hombre que estaba a su lado ¿La gente seguía enamorándose en el más allá?

—Hay que encontrar al autor de los disparos, ese debe de ser tu asunto pendiente en la tierra —determinó el agente Hollow dando un golpe en la mesa. A su faceta *sexy* solo le faltaba encenderse una pipa para parecerse a Sherlock Holmes. Maldita sea, yo quería mi San Valentín, mi boda con Jason… todo lo que se interrumpió con mi muerte.

—¡Tengo muchos más! —me quejé ofendida, quitándome las gafas para comprobar si la muerte había arreglado mi miopía. Y no, hasta en forma fantasmal seguía sin ver una mierda—. Si no os importa, y como todo ha sido tan rápido, me gustaría redactar un par de cosillas… bueno, quizás cuatro —hice una pausa, pensativa—. O puede que cinco…

Mi custodio dio una vuelta sobre sí misma, entusiasmada, y su vestido reprodujo el ligero sonido del tafetán almidonado, posiblemente el material de moda cuando murió.

—Por supuesto, el agente Hollow te ayudará a cumplirlas, y si tienes alguna duda, no dudes en llamarme. Mi nombre es Eleonora West. Puedes llamarme a cualquier hora del día, y nos reuniremos aquí…

—¿No puede ser en otro sitio?

—No estamos autorizados para aparecernos en todas las ubicaciones. Yo no pertenezco a la tierra, ni tú tampoco, y pronto podrás descansar en The Heaven S.A.

Sentí un pinchazo en la columna, perdía el equilibrio. Estaba segura de que había dejado de ser visible unos segundos.

—Tendremos que ser rápidos —apremió el agente Hollow deslizando una hoja amarillenta y un bolígrafo—. El Limbo reclama tu alma y quedarías varada en la oscuridad.

—Espero que se te dé bien salvar almas.

—La custodio West piensa que soy el mejor —alardeó, y esta hizo un mohín de disgusto, preparando su sombrilla. ¿Subiría con ella? Vale. No entendía nada.

—¿Qué eres? —pregunté frunciendo el ceño, intrigada por aquel hombre atractivo de aspecto severo, y su local lleno de artilugios extraños y antiguos—. Tú estás vivo, y te reflejas. —Señalé el espejo a mi espalda. Ni la custodio ni yo aparecíamos en él, solo un anticuario hablando solo, dándole papel y bolígrafo a la nada. Esto cada vez me superaba más.

Esbozó una sonrisa ladeada, perfecta, taimada a la par que seductora, sacando una pipa del bolsillo interior de su chaqueta. Era el puñetero Sherlock en una versión mejorada solo para fantasmas.

—Somos muchos a lo largo y ancho de la tierra los que trabajamos para The Heaven S.A.; nos llaman agentes, y ayudamos a ciertas almas a resolver asuntos pendientes antes de poder ingresar. De lo contrario, se perderían en el Limbo. O eso es lo que se dice. —Rio despreocupado, introduciendo el tabaco en la pipa minuciosamente.

—¿Por qué te eligieron?

Si mi destino estaba en manos ajenas, los detalles eran importantes. The Heaven S.A. era un recolector de almas. Y lleno de burocracia.

—Regla número uno: el alma protegida por el agente en cuestión no establecerá lazos ni preguntará acerca de su pasado o procedencia.

—¡Eso te lo acabas de inventar! —exclamó Eleonora dándole un golpe con su sombrilla, y el tabaco cayó al suelo. Así que podía sentir las manifestaciones de las almas.

—Venga, Eleonora, no me apetece que me interroguen.

Me crucé de brazos, ofendida y sin opciones.

—Genial, seré un alma silenciosa. Lo único que me interesa de usted, Cameron Hollow, es que cumpla su cometido. De lo contrario, le atormentaré allá donde vaya.

Se encogió de hombros, cejado en su tarea de meter el tabaco en la pipa.

—Tengo las espaldas cubiertas. No podrías salir del Limbo.

Eleonora consiguió apaciguar los ánimos, pues casi caigo en la tentación de golpearlo con un jarrón. Y eso duplicaría mis problemas.

—Estás en buenas manos, Faith. Solo piensa en The Heaven S.A., allí te esperamos con los brazos abiertos.

Se despidió con una de sus interesantes reverencias, y el agente Hollow y yo nos quedamos solos.

—Y, bien, protegida de muerte violenta, ¿por dónde vamos a empezar?

Agarré el bolígrafo con decisión, y me sorprendió poder hacerlo a la primera.

Con letras mayúsculas y un corazón al final escribí:

ASUNTOS PENDIENTES DESPUÉS DE PALMARLA ♥

—¿Primer objetivo? —insistió el agente.

Respiré hondo. Adiós a mis sueños, a los pequeños y grandes momentos.

—Jason.

Agente Hollow

Andar por el hospital con un alma pisándome los talones se había convertido en una tónica habitual en mi vida. Algunos querían visitar a familiares para despedirse, y debía supervisar que no hicieran nada raro, como que una bolsa de suero se moviera sola y se desatara el pánico en la habitación.

Lo que hiciera Faith Summer en la tierra era mi responsabilidad, y eso le recalqué antes de salir de mi buhardilla en el barrio de Camden Town. Me siguió hasta allí en silencio, con su pijama de tostadas y sus calcetines de aguacate, abrazándose a sí misma. No quise ser duro con ella, pero la profesión de agente de The Heaven S.A. pasaba factura. Me extrañó que no se quedara en la tienda, algunas almas lo hacían, permanecían de pie toda la noche, pensando en su antigua existencia. Sin embargo, mi protegida aún se sentía viva, y se acurrucó en mi sofá con cara de cachorro abandonado. No dormiría, y jamás sentiría la necesidad de hacerlo.

A menudo, los interruptus que fallecían tras una muerte violenta y traumática, resultaban demasiado rebeldes. Sobre todo, los jóvenes. Y sus almas no siempre encontraban el camino a The Heaven S.A.

Enfilé el pasillo de la tercera planta con paso firme, y mi paraguas colgado del brazo. La gente vería a un caballero inglés, en apariencia saludable, que tal vez buscaba la habitación de un enfermo para visitarlo. En parte, era así.

—¿No debería ir al mostrador y preguntar por Jason? Allí le dirán dónde está —se quejó Faith en un susurro, como si el resto fuera a escucharla. Por supuesto, no contesté, de lo contrario, me internarían en el ala de Psiquiatría, a donde no tenía pensado volver.

Doblando a la derecha, toqué con los nudillos la tercera puerta.

—Doctora Appleton… —leyó, y me dio un empujón que casi me hace tropezar—. ¡Bien pensado! Una médica. ¿Es su novia? ¿Amiga?

—Adivínelo usted misma—respondí entre dientes al mismo tiempo que la puerta se abría, y compuse mi mejor sonrisa—. ¡Hola, Amanda!

La doctora enarcó una ceja, echando un vistazo a mi espalda. Ya sabía que no iba solo.

—¿Por qué no me llamaste ayer? —preguntó en tono beligerante. Su juventud también hacía que su carácter sufriera muchos altibajos —. Pudiste avisarme, pero te presentas aquí con… con…

—Faith Summer —respondió está ofendida.

—Faith Summer —repetí mostrándole la noticia del periódico de ayer, aunque Amanda ya lo había leído—. Estoy trabajando en su caso.

—Su novio está en la quinta planta, despertó anoche…

Le chisté para que parara, pero fue demasiado tarde, pues mi protegida lanzó un grito desgarrador, echando a correr.

—¡Joder, Amanda! ¡Tienes que ser más cuidadosa!

—¡Debiste avisarme antes! —exclamó, ambos íbamos a la carrera para interceptar al alma que tropezaba con los carritos metálicos de las enfermeras, dejando caer sus útiles para realizar curas. Y provocando el caos. ¡Joder!—. ¡Quiero ayudarte con todo esto, y cada vez me lo pones más difícil!

—¡Señorita Summer! —llamé en cuanto se metió en el ascensor, lleno hasta los topes, y tropezó con un hombre uniformado, sorprendido por ese repentino golpe de aire—. ¡Sea razonable! —añadí antes de que las puertas metálicas se cerraran, y las personas que iban a su interior me miraron como si me faltara un tornillo.

Amanda resopló, agotada.

—Podemos ir por el ascensor de personal —sugirió sacando una llave del bolsillo de su bata blanca—. Espero que esto te sirva de lección y me pongas sobre aviso antes de venir.

—Lo siento, lo olvidé por completo…

—Ya, conozco tu habilidad para olvidar —espetó introduciendo la llave y girándola en la ranura.

Chasqueé la lengua. The Heaven S.A. tendría un buen concepto sobre mí, pese a que mis actos no siempre eran buenos. Ni

responsables. Entendía a Amanda, y no me ganaría nunca su cariño viéndola una vez al mes, invitándola a una pinta de cerveza. Quizás ella necesitaba algo más, y yo no podía proporcionárselo.

Entonces, una corriente de aire sacudió mi gabardina, y ambos nos miramos.

—¿Ha vuelto? —susurró ella, guareciéndose con su bata mientras entrabamos en el ascensor.

—No, es algo peor.

Su característica fragancia de almizcle y peonías flotó en el ambiente, hasta el sonido de sus botas de tacón llegó a mis oídos.

—¿Peor que un alma al borde un ataque de nervios? —preguntó Amanda pulsando el botón para subir a la quinta planta.

—Sí —respondí escueto, dando el tema por zanjado. No deseaba inmiscuirla en asuntos que escapaban de mi control y eran un auténtico quebradero de cabeza para The Heaven S.A.

Si un cazador de almas rondaba por aquí, y en concreto una que conocía de sobra, significaba que el tiempo de Faith Summer se agotaba.

CAPÍTULO 4

Faith

Salí del ascensor en tropel, provocando una oleada de quejas que ignoré por completo. Solo quería ver a Jason una última vez, despedirme de él. Y si era cierto eso de que había despertado, puede que recordara algún detalle que permitiera identificar a nuestro agresor. La quinta planta del hospital disponía de tres alas. ¿En cuál estaría ingresado?

Quise llorar hasta quedarme sin lágrimas, desbordada por todo lo sucedido. Estaba perdida en mi propio mundo, donde nadie podía ni verme ni oírme. ¿Por qué tuvieron que poner fin a mi vida? Nunca hice daño a nadie.

—¿Te has perdido, pequeña?

Ahogué una exclamación, girándome despacio. ¿Era a mí a quien hablaba?

La mujer de cabello rojo esbozó una sonrisa sensual, sus labios pintados de un tono borgoña, que realzaba sus rasgos perfectos.

—Es a ti, encanto. La chica guapa con pijama de tostadas —añadió con suficiencia, tratando de ser tierna—. Estás perdida, ¿verdad?

Miré a un lado y a otro, la gente pasaba a nuestro alrededor, en su mayoría trabajadores del hospital, y daba la impresión de que ninguno reparaba en nuestra presencia. Bueno, entendía que en la mía no… pero en la de esa mujer de abrigo largo, botas de tacón y belleza oscura, tampoco.

—Busco a mi novio…

—Puedo acompañarte, así podrás despedirte de él.

—¿Trabajas para The Heaven S.A.?

Sacudió su melena con desdén.

—Oh, esa gente… se creen los dueños de todas las almas de la tierra. Son unos expertos mentirosos, llevan eones engañando a todos.

Fruncí el ceño, y revisé a esa mujer detenidamente. Eleonora West poseía una luz especial, no por su belleza, sino por lo que desprendían sus palabras y gestos. Su apariencia era más dulce, y la desconocida tenía pinta de saber artes marciales.

—¿Y quién eres tú? —inquirí con una extraña punzada en mis fantasmales entrañas.

—Una embaucadora —dijo la voz del agente Hollow, a quien le pisaba los talones su amiga, la jovencita doctora—. No caiga en su engaño, señorita Summer, The Heaven S.A. es el único lugar seguro para su alma.

—Podría dejar que eligiera por sí misma, agente —ronroneó la desconocida, colocando con mimo el cuello de su camisa blanca, y este la apartó sin ceremonias—. Espero que no seas tan desagradable cuando abandones tu cuerpo mortal.

—Descuida, Deb, trato de no tener asuntos pendientes en la tierra para no bajar a arreglarlos y encontrar a gente como tú.

Ambos quedaron con los rostros a escasos centímetros, sus narices casi se rozaban, hasta que la desconocida rompió el contacto, sus ojos violetas lanzando chispas. Ahí no existía ningún tipo de relación laboral.

Hizo una floritura con la mano, cuyas uñas estaban pintadas del mismo color que sus voluptuosos labios, y entre sus dedos apareció una tarjeta de visita en la que se podía leer:

Deb Lee
Asesora de almas
Pandemónium S.L.

—Que no te asuste el nombre. El ambiente es agradable y tratamos a las almas de la manera que se merecen.

La tarjeta se esfumó, igual que si fuera magia, y Deb Lee lanzó un beso al agente Hollow, mientras se marchaba rumbo al ascensor, balanceando sus caderas.

—Esa mujer… —rezongó la doctora, cruzándose de brazos.

—Estos son los casos que más le gustan. Aprovechan la confusión de las almas para hacerse con ellas —agregó meditabundo, y sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Ahí me percaté de las finas arrugas al final de estos, de la sabiduría que desprendían. ¿Qué edad tenía realmente ese hombre?—. No puede dejarse llevar por sus impulsos, señorita Summer, es una de las reglas de oro para las almas, y no me la estoy inventando. Soy el responsable de lo que haga aquí, y si no permanece a mi lado o en la tienda caerá en las garras de esa gentuza que se dedica a cazar almas.

Asentí, sintiéndome estúpida a la par que vulnerable. El mundo que hasta ahora conocía me resultaba hostil y complicado estando muerta. Analicé al agente Hollow, su pose seria y serena, su traje de *tweed* y la gabardina marrón, el paraguas colgado en el brazo. Él me transmitía algo muy distinto a esa mujer de apariencia oscura y sensual.

—Lo siento… —musité cuando echamos a andar por el pasillo que nos indicó la doctora—. Es que… saber que no voy a estar nunca más con Jason…

—Es terrible lo que le ha ocurrido y es lógico que esté confundida. Pero actúe con más temple la próxima vez, por favor. Le prometo que arreglaré su situación y podrá subir pronto.

En mi garganta se formó un doloroso nudo. ¿Quería vivir en The Heaven S.A. y perder de vista a los míos?

—Yo… —empezó la doctora dubitativa. Ella no me escuchaba, sin embargo, sabía que se dirigía a mí—. Perdí a mi madre hace unos años. Ella está ahí, en ese lugar donde van a parar las almas.

Resolvió sus asuntos pendientes y me consta que es muy feliz. De hecho, el agente Hollow la ayudó.

—¿Por eso colabora con The Heaven S.A.?

El hombre rio, y la chica miró hacia atrás, su espesa coleta rubia, un tono parecido al ceniza, moviéndose con cada uno de sus pasos.

—La doctora Appleton me ayuda desinteresadamente, es uno de mis muchos contactos.

—¿Es su amante? —pregunté deseosa de saber qué tipo de relación les unía. Hollow pasaba de los cuarenta, y esa chica quizás no hubiera cumplido los treinta.

—Esta es la habitación. Pasaré yo, la chica puede seguirme. Pero, por favor, no toques nada —imploró señalando la puerta entreabierta.

El agente aguardó fuera, fingiendo leer un panfleto sobre la salud cardíaca, y tomé una profunda bocanada de aire pese a que no lo necesitaba.

—Jason… —susurré al verlo incorporado en la cama con el torso desnudo, y una enorme venda rodeando su cintura. Miraba hacia la ventana, afligido, y acercándome a él, dejé que mi cabeza reposara en su pecho. Un remanso de paz me sacudió, como si los astros se hubieran alineado, y ese contacto fuera lo único importante en esa no vida—. Te quiero, amor mío…, siento que nuestro primer San Valentín acabara así.

Bastaba un solo segundo para que tu vida cambiara, un giro inesperado. Ni en un millón de años imaginé que podía encontrarme en una situación parecida. La doctora Appleton empezó a hablar, sin embargo, yo ya no podía escuchar nada, tan solo los rítmicos latidos de su corazón. Y mi ausencia lo partiría en mil pedazos.

Agente Hollow

Observé el trasiego de la planta y a sus trabajadores uniformados que luchaban a contrarreloj contra la muerte. Un hospital era, en gran medida, el lugar donde nacían y morían más personas. Las almas daban el gran salto, si se trataba de subir, o se preparaban para la gran caída, cuando se disponían a nacer. Podía sentir la confluencia de energías, y trataba de no mirarlas a los ojos cuando me cruzaba con alguna. La única a la que no me permitía ignorar era a Faith Summer, mi protegida oficial, cuya inconsciencia casi nos cuesta un problema.

A Deb Lee le encantaba ir de cacería al hospital para apropiarse de cualquier alma despistada. Contaba patrañas a los pobres infelices que solo deseaban respuestas.

Asesora de almas…

El Pandemónium era donde las reunía, un selecto club en el que supuestamente reposaban. No, se trataba de mercenarios traficantes de almas. ¿Para quién? The Heaven S.A. aún no tenía confirmación de que esas acciones vinieran de Inferno. Ellos poseían otra manera de recolectar, pues se encargaban de las almas putrefactas, haciendo de The Heaven S.A. el auténtico paraíso. Ambas se complementaban, era absurdo que una atacara a la otra.

De ahí que los cazadores fueran un problema a tener en cuenta.

Mi protegida y Amanda seguían en la habitación de Jason McGwire, y apoyado en la pared de enfrente, traté de captar algún detalle importante de la conversación, hasta que mi teléfono vibró en el bolsillo. Me alejé unos pasos. Esperaba esa llamada desde temprano y, por suerte, había sucedido mientras Faith se ocupaba de sus asuntos.

—Buenos días, doctor Gray —saludé con una sonrisa. Nuestra amistad se remontaba a la universidad, cuando nos reuníamos en los *pubs* del centro para charlar sobre la vida y la muerte—. Ayer el Derry City perdió por una escandalosa goleada.

—No tan escandalosa como la que sufrió el Manchester, amigo mío. —Rio con su acostumbrado tono conciliador. No era fácil discutir con Ranjit Gray, aunque resultaba divertido intentarlo—. Me debes un par de pintas.

—Con dos maravillosos dedos de espuma. En cuanto termine con el caso que me han asignado.

—¿La chica de San Valentín?

Así la había bautizado la prensa británica.

—La misma.

—Pues debes de saber que es mi paciente —reveló con satisfacción—. La trajeron anoche a la morgue, y voy a practicarle la autopsia dentro de una hora.

Saqué mi reloj dorado de bolsillo, el que perteneció a mi abuelo. Si nos dábamos prisa, podríamos estar allí antes de que empezara.

—¿Me dejarás entrar?

—Por eso precisamente te llamaba. La chica puede quedarse fuera o estar presente antes de que abra el tórax. Sabes que no me gusta que vean esa parte…

Hice una mueca. Muchos contemplaban sus cuerpos despojados de vida y ropa en la mesa metálica del forense, incluso necesitaban enfrentarse a eso. Siempre dependiendo de cómo de violento hubiera sido el suceso.

—¿La policía baraja alguna pista?

—Todas las líneas de investigación permanecen abiertas. De hecho, un grupo de investigadores van a interrogar a su prometido.

Moví el cuello, y desde mi campo de visión vi a Jason con los ojos vidriosos, contestando las preguntas de Amanda. Faith continuaba abrazada a él, con su cabellera castaña recogida en una coleta reposando sobre su pecho.

—Me parece que su herida es muy leve en comparación con la de su prometida.

—Faith Summer falleció en el acto por el impacto de una bala que entró por su sien izquierda y continúa alojada en su cerebro, pues no se ve el orificio de salida —recitó en tono profesional, posiblemente con el informe delante—. Esa es la primera hipótesis, mi examen lo confirmará, aunque creo que no hay lugar a dudas, pero ya conoces los protocolos.

Asentí, con una punzada de desasosiego. Un asesinato a sangre fría, una cazadora de almas despiadada y un alma demasiado joven con las emociones a flor de piel, era una combinación explosiva. Y ojalá pudiera hacerla subir rápido.

Me despedí del doctor Gray. Nuestra visita al hospital tocaba a su fin, nos esperaban en la morgue y el tiempo corría en nuestra contra.

Amanda salió de la habitación, con su libreta de anotaciones bajo el brazo. Faith iba tras ella, cabizbaja, con sus gafas y su pijama, hasta que me sobrevino el olor de las peonías, y giré el cuello en todas las direcciones, buscando el característico aroma de Lee. Estuvo allí, cerca de ese Jason, puede que en la habitación contigua y deseé con todas mis fuerzas no encontrarme con esa mujer que era la personificación del pecado en la tierra. Yo podía lidiar con ella, el alma de mi protegida corría un serio peligro.

Volvimos sobre nuestros pasos a la tercera planta, con Faith en silencio, meditabunda, y emití una tosecilla para hacerme notar.

—¿Qué tal si cenamos juntos la semana que viene? Si tienes tiempo, claro. Me gustaría conocer a tu novio.

Faith levantó la cabeza, interesada por la conversación. Y sorprendida.

—Será extraño presentarte como mi padre.

—Pero lo soy. Tratemoslo con naturalidad.

—De todas formas, lo dejamos la semana pasada —puntualizó cuando nos dimos la mano de forma cordial y admiré lo más perfecto y hermoso que había hecho en mi vida.

Me hubiera gustado saberlo antes, recuperar el tiempo perdido con una mujer adulta, no era igual que con un crío. Aunque, suponía, que me enteré en el momento adecuado, cuando su madre quiso, así zanjó su deuda pendiente en la tierra.

Faith me siguió a la salida, aún turbada por el encuentro con su prometido, y después de subir a un taxi, abrió mucho sus ojos castaños y grandes:

—¡Qué fuerte! ¡Es su padre!

Me limité a sonreír, mirando por la ventanilla, y las primeras gotas de lluvia no se hicieron esperar. Por edad, Faith podía ser mi hija, de hecho, Amanda era unos años mayor que ella. No quise pensar en la desesperación de esos padres que empezaban el día con la peor noticia de sus vidas.

Haría justicia por el alma de Faith Summer, y rezaría todos los días por la de mi hija, para que permaneciera en la tierra mucho tiempo.

CAPÍTULO 5

Faith

Si algo creaba impacto, y un potente punto de inflexión en la vida o en la muerte de cualquiera, era encontrarte frente a frente con tu cuerpo. Una sábana blanca cubría mi desnudez, y alguien soltó la gomilla de la coleta que me hice esa mañana. O, mejor dicho, la mañana del día anterior. Un agujero decoraba mi sien, apenas un rastro de sangre seca alrededor. La palidez de mi piel, y mis labios amoratados por las horas transcurridas bien podrían ser un esmerado maquillaje. Pero no. Ese era mi cadáver. Deslicé los dedos por mis párpados cerrados, con la sensación de que, hacía pocas horas estaba en mi apartamento, junto al hombre que amaba hasta que todo se volvió oscuro.

Un segundo, un ramo de rosas rojas, una bala certera. Y mi vida llegó a su fin.

El agente Hollow, con las manos a la espalda, paseó en torno a la mesa, mientras su amigo preparaba el instrumental en solitario.

—¿Saben quién lo hizo? —pregunté, aunque aquello sonó a súplica. ¿Quién acabó con mi vida, sueños e ilusiones, dejando a Jason malherido?

—Todas las líneas de investigación están abiertas —respondió Hollow, acercándose para analizar el balazo de mi sien.

—En nuestro edificio hay cámaras…

—Casualmente, llevaban unos días estropeadas —intervino el forense y chillé, asustada. No estaba acostumbrada a que me escucharan o vieran—. Lo lamento, señorita Summer, no era mi intención asustarla, debí avisarle de que soy susceptible a la voz de las almas.

—¿De todas?

—Solo de las que entran aquí y se reencuentran con sus cuerpos.

Abrí la boca, impresionada por ese hombre de mediana edad y tez oscura, con un turbante azul marino y una sonrisa bondadosa tirando de sus labios. Desprendía energía positiva y tranquilidad, y no pude evitar mirar su zona de trabajo, fría y aséptica. Todos los muertos merecían tener a un doctor así, aunque fuera para una autopsia.

—Mi amigo, Ranjit Gray, es un exagente de The Heaven S.A., no obstante, sigue poseyendo parcialmente el don que nos otorgan al empezar en esto. Él nos revelará las causas de tu muerte, arrojando pistas sobre quién lo hizo. Quieres saberlo, ¿no?

Conocer la identidad de mi asesino o asesina ocupaba el puesto número cuatro en mi lista. El uno Jason, el dos, mi madre y en el tres, mis amigas. Saber quién me mató estaba bien, sin embargo, no me devolvería la vida. Despedirme de mis seres queridos era mucho más importante.

¿Cómo estarían? ¿Habría visto mi madre el cadáver de su hija? ¿Dónde estaría en esos momentos?

—¿Me escucha, señorita Summer? —insistió el agente Hollow, y volví a la sala, con mi cuerpo inerte ante mis narices—. ¿Tiene algún enemigo? ¿Discutió con alguien hace poco? Una compañera de trabajo, un tío en un bar, en un semáforo, algún tipo de amenaza de un vecino conflictivo…

Negué con la cabeza, procesando los recuerdos anteriores a mi muerte.

—Fue… fue una semana tranquila.

—Tiene que haber algo más. ¿Dónde trabaja?

Noqueada, me paré a hacer memoria, dándole la espalda a mi cuerpo blanquecino. ¿Por qué me costaba recordar los detalles?

—En una tienda de ropa cerca de Picadilly Circus y… —Una especie de neblina lo impregnaba todo. Mis compañeras, las risas en

los descansos, las copas fuera de nuestra jornada laboral… no conseguía ver bien sus rostros. Hasta que uno se alzó sobre los demás, que llamó mi atención varios días—. ¡Esa mujer! ¡La que vimos en el hospital! Estuvo allí y hablé con ella… Sus ojos violetas eran raros.

Gray y Hollow intercambiaron miradas.

—¿Sobre qué hablasteis? —indagó el doctor.

—Creo que… buscaba una prenda de ropa. Algo… ¡joder, sucedió hace poco!

—Los recuerdos tienden a perderse, y las almas que visitan la tierra lo hacen muy rápido —confesó Hollow, evitando mirar mi cadáver—, es de vital importancia que se concentre. Lee es peligrosa, pero no suele meterse con los vivos.

Me mordí el labio inferior, contrariada. ¿Y si lo había imaginado todo?

—El Pandemónium ha estado muy silencioso últimamente —informó Gray colocándose los guantes—. Los traficantes de almas están tranquilos.

—Entró para comprar un vestido —dije de súbito, conectando los retazos que surgían en mi mente—. Le recomendé uno rojo, le favorecía ese color, y tenía un cuerpo de infarto…

Resoplé. Cruzamos un par de frases sobre ropa. ¿O no?

—¿Y después? —presionó Hollow, inflexible—. ¿Qué pasó después?

—No… no puedo recordarlo.

—Señorita Summer, si esa mujer tuvo algo que ver con su muerte… Deb Lee no aparece por casualidad en un lugar, y todas sus acciones van encaminadas a conseguir el mayor número posible de almas.

El doctor Gray no parecía conforme con el razonamiento de su amigo.

—Todo son conjeturas —aseveró con vehemencia—. La policía está investigando el caso. No es la primera vez que hago una autopsia a una chica joven a la que le han disparado. Solo puedo confirmar que la bala atravesó su cerebro. Fue el primer tiro, limpio y sin titubear. Debe tener cierto dominio de las armas. Jason corrió hasta vuestra habitación, y le dispararon dos veces. Una falló, la otra fue en el costado derecho.

—Con el chico tuvo mala puntería, qué casualidad.

Se encogió de hombros, con una especie de sierra eléctrica en la mano, y me asaltaron unas náuseas horribles.

—Hay cámaras en la calle de vuestro edificio, y ya están en poder de la autoridad judicial. En cuanto sepa algo, os llamaré. Encontraremos al culpable, Faith.

Encaré mi cuerpo, necesitaba hacerlo antes de marcharnos.

Adiós, gracias por permitirme vivir. Siempre te echaré de menos.

Despedir a un cuerpo podía ser una gilipollez, sin embargo, lo encontré tan perturbador como necesario. Sin él, ya no era nada, no pertenecía a ese mundo. Ya no habría San Valentín, ni mañanas ajetreadas, conversaciones eternas o un café junto al mar.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron, y una mujer con los ojos inyectados en sangre asomó la cabeza. Era mi madre.

—Doctor Gray… —gimoteó en la entrada. No quería mirar la mesa, pues sabía que yo estaba ahí. Su hija—. ¿Me permite unos minutos más? Se lo ruego…

—Por supuesto, señora. Mi colega, el doctor Hollow, y yo vendremos en veinte minutos.

Avanzó temerosa, con su cabello corto, rubio, y el abrigo de piel sintética que le regalé en navidades. Jamás vi esa expresión en ella. Su cuerpo seguiría en la tierra, sin embargo, sería enterrado en vida. Una corriente me atravesó. Dolor, pérdida, llanto… todo junto, tan fuerte que temí que me dejara caer a un lugar donde no retornaría.

Limbo…

Un susurro en la niebla, muchos pares de ojos atentos a mí…

Solo podía verla a ella abrazada a mi cuerpo sin vida, derramando lágrimas sobre mi pecho, cubierto por un trozo de tela. Permanecí estática, toda mi alma rígida. ¿Cómo podían hacer que te enfrentaras a esto? ¿Quién en su sano juicio se atrevía a bajarte a la tierra, y que tú mismo gestionaras tu muerte y el duelo de tus seres queridos?

Deslicé un beso suave en su mejilla.

Siempre estaré junto a ti…

Esto no eran unos simples asuntos pendientes. Y, de entre mis dedos, surgió una tarjeta de visita que no recordaba haber aceptado.

Deb Lee
Asesora de almas
Pandemónium S.L.

De eso se trataba. Necesitaba una asesoría para no tomar una decisión precipitada. Abandonar a los míos por ir a un lugar desconocido y pasar allí la eternidad, sería lo más importante que haría con mi existencia.

Y pondría en una balanza todas mis opciones.

Agente Hollow

El Shepperd's Pub se encontraba en la esquina con la morgue y solíamos tomar una pinta de cerveza negra, o un té si eran las cinco de la tarde y, en este caso, me decanté por lo primero. Rajnit estaba en horario de trabajo y sería una negligencia abrir un tórax tras ingerir alcohol, así que le pidió un té de hierbabuena al viejo Shepperd, que ya estaba curado de espanto cuando oía

conversaciones de médicos forenses. Con su parche en el ojo se limitaba a mirar y asentir y, sobre todo, a guardar silencio.

—El suceso ha conmocionado al país —comentó mi amigo removiendo su taza de té.

—Creo que le costará subir. Espero que le sirva este rato con su madre.

Miré mi cerveza, pensativo. Ni siquiera me apetecía un trago. Esa chica presentaba un dolor muy poderoso, le habían arrancado de la vida de una forma brusca y esas almas eran las que causaban más problemas. Y todas necesitaban hablar, una especie de terapeuta.

—Es cuestión de que halle la paz en sí misma, eso solo puede conseguirse zanjando tus asuntos pendientes —respondió.

Bebí en silencio. Concentrado en Faith y en la vidriera de colores, a través de la cual veía la puerta principal de la morgue. Demostró ser muy impulsiva en el hospital, sin embargo, ella era la única que podía enfrentar sus asuntos. No me quedaba más remedio que observarla desde una distancia prudente. Esa tarde, tomaría un té con ella y empezaríamos con buen pie. No estuve acertado el día anterior; si era su agente y protector debía confiar en mí y seguir los pasos necesarios para que todo terminara bien.

Es decir, en The Heaven S.A.

—Los investigadores del caso… —empezó Rajnit tras dar un sorbo a su té y vigilar que nadie nos oyera en el rincón más lúgubre de ese *pub*. Y solitario a esas horas—. Sospechan de un exnovio de la chica sobre el que pesa una orden de alejamiento. Faith Summer le denunció hace tres años por insultos y vejaciones. Al parecer, se mudó a Londres para empezar de cero.

Ese era un detalle importante que mi protegida olvidó contarme. Me preguntaba si su custodio sabría algo.

—¿Seguirla hasta aquí después de tres años?

—Vive en Salisbury, actualmente se encuentra ingresado en un hospital psiquiátrico. Aunque no descartan que encargara ese

trabajo a algún sicario en Londres.

Fruncí el ceño, apartando mi cerveza.

—¿Sabes por qué?

—Un brote psicótico —reveló mirándose las yemas de los dedos, grandes y callosas—. Y no es el primero.

Reflexioné unos instantes. A mediados de los ochenta hubo numerosos diagnósticos de trastornos psicóticos y esquizofrenias paranoides, con un denominador común: la palabra alma escrita miles de veces en informes.

—Puede ser casualidad —se adelantó mi amigo—. Lleva una semana ingresado, van a investigar sus llamadas, que son controladas por el centro y sus movimientos bancarios.

—Me pregunto si será capaz de ver a Faith.

—Será mejor que lo consultes con la custodio West.

Sonreí. A esa mujer le encantaba llevarme la contraria y yo disfrutaba viéndola fruncir sus delicados labios, disgustada.

—Me dará autorización para una visita rápida, estoy seguro. Lo hablaremos a la hora del té.

Brindamos con nuestras bebidas. El doctor Gray ya no ejercía como agente, pero sí prestaba su desinteresada ayuda a todo aquel que la necesitara. Nunca le pregunté por su retirada, pues todos cargábamos con una historia a nuestras espaldas. Algunos podían retirarse, otros, prestaríamos servicio hasta el fin de nuestros días en The Heaven S.A.

El nieto del viejo Shepperd y unos amigos colgaron guirnaldas de corazones rojos y un enorme cartel donde se leía una pedida de matrimonio a una mujer de nombre Sue. Esa podría ser Faith. Su prometido, Jason, le había traído un desayuno, el primer regalo hasta que llegara San Valentín. Pensaba entregarle siete y la muerte le arrebató esa posibilidad. Y, de entre las rosas rojas, emergió el cañón de una pistola.

—¿Crees que el exnovio encargó el ramo de flores? —pregunté de pronto.

Ranjit apuró su té de hierbabuena, se nos hacía tarde a ambos.

—¿Qué ramo?

Arrugué el ceño. ¿Hablábamos de lo mismo?

—Me refiero al ramo de rosas, debe de estar en el escenario del crimen. Pétalos por los suelos…

—No se ha encontrado nada de eso —dijo al cabo de unos segundos, colocándose la chaqueta para salir al exterior—. Le echaré un vistazo a los informes por si lo he pasado por alto. ¿Te lo ha dicho la chica?

—Sí. El desconocido entró con un ramo de flores. De reojo, vio algo que salía de las rosas y dispararon. Se trataría de la pistola.

Nos despedimos del viejo Shepperd y pagué la cuenta, era lo menos que podía hacer, y salimos al exterior. La tormenta arreciaba, el tiempo había empeorado mientras charlábamos en el *pub*.

—Posees información de primera mano de la víctima, pero… ¿está segura de que desde ese ángulo pudo identificar la pistola? Los recuerdos de las almas son muy confusos. ¿Y eso de las flores? —hizo una pausa, resoplando, ambos mirando la lluvia caer desde la puerta del *pub*—. Harías bien en informar a la custodio, es justo que pida un poco más de tiempo a la Cúpula. La chica está confundida y desmemoriada. A este paso, el Limbo se la tragará.

Abrí el paraguas con decisión, y el doctor Gray caminó tras de mí, cruzando el paso de peatones. ¿Qué habría sucedido con ese ramo de flores? ¿Se trataba de una ilusión óptica, un error? ¿O la bala le afectó más de la cuenta? Bueno, la muerte era la mayor afección. El relato de Faith contenía un fallo y era de vital importancia encontrarlo.

La señora Summer se lanzó a abrazar a mi amigo en cuanto llegamos a la sala, dándome a mí un cariñoso apretón de manos.

Agradecida, murmuraba algo acerca de que había sentido a su pequeña besarla en la mejilla, acurrucarse junto a ella.

—Así será más sencillo sobrellevarlo… —aseveró con una sonrisa triste en el rostro—. Juro por Dios que la he sentido.

Moví el cuello buscando el alma de su hija, en cambio, fue su cadáver lo que encontré, y en el suelo, una tarjeta de visita. San Valentín, un exnovio maltratador, un ramo de flores perdido, una cazadora disfrazada de asesora de almas… Algo me decía que este caso supondría un antes y un después en mi existencia.

CAPÍTULO 6

Eleonora

Pedí autorización a los arcángeles de la Cúpula para bajar a la tierra unas horas. La misión de Faith se había descontrolado y debía intervenir. Ocurría a menudo con las almas en cuyos cuerpos se cometieron toda serie de actos atroces; desde quemarlos vivos hasta una violación. Una muerte violenta dañaba al alma a unos niveles exacerbados, impidiéndole ser razonable y pensar con claridad. Y esa horrible mujer se aprovecharía del alma de Faith para sus fines.

Fue más rápida que ningún otro cazador, marcó territorio, según nuestras informaciones, y ya la tenía en el bote. El informe de Faith desapareció de la pantalla cristalina, y agarré mi sombrilla. Era diplomática, educada y hasta cortés con la gente de la calaña de Deb Lee, los que iban al Pandemónium en busca de un alma extraviada y confundida. Estaba en misión para The Heaven S.A., lo que implicaba no fastidiar el equilibrio demasiado. El Inferno y el Limbo cumplían su función, nosotros la nuestra. Pero eso no significaba que no pudiéramos bajar y observarlos de cerca.

Crucé saludos con dos custodios que bajaban a la entrada principal. The Heaven S.A. era un hervidero de almas donde siempre había algo que hacer. No conocía otra forma mejor de pasar la eternidad. No me interesaba el tema de la reencarnación, aunque Frank, el encargado del departamento se presentara en mi despacho con folletos informativos todas las semanas. Ofrecían garantías para optar a una vida feliz. ¿Y quién era feliz al cien por cien? Tuve la mía, corta y miserable, no deseaba tentar a mi suerte.

Me llevé una mano al cuello, en un acto reflejo.

No… eso sucedió hace mucho.

Los recuerdos se desvanecían en The Heaven S.A. de forma lenta y dolorosa. Afrontarlos, asumirlos y hacerlos tuyos era parte del proceso de sanación. Y este, también podía durar siglos.

Las puertas de mármol blindado del sector 8C se abrieron en cuanto el sensor me identificó gracias al programa de reconocimiento facial, y me interné con decisión en busca de la puerta acertada. Aquella sala era el enlace oficial con los agentes de la tierra, y todas ellas llevaban a un lugar muy concreto: una pajarería en Hong Kong, un despacho de abogados en Toronto, a una casetilla de un coqueto jardín en la Toscana o a una tienda de antigüedades en Londres, en el corazón de Camden Town. Había mucho polvo y la luz que entraba por las vidrieras no era suficiente. ¿Cuántas puertas podía haber allí? En un rincón, a la derecha, reposaban las que habían sido desechadas, bien porque los agentes fallecieron o ya cumplieron con su cometido. Marcos de madera rotos, picaportes oxidados, pendiendo de un tornillo.

Doblé en un recodo, allí las puertas se erigían formando una especie de hilera, compuesta por seis y, tras esas, otras seis. Los entendidos del sector decían que la extensión de la sala era similar a la de tres estadios de fútbol. Los agentes, numerosos por todo el mundo, recibían nuestras visitas, previo aviso. Casi todos teníamos asignado un grupo de ellos. Trabajaba con Hollow, una agente húngara, otro de España, y dos de Escocia. Mi grupo se había reducido últimamente, y ya pensaba en aceptar a alguno de Asia. Paseé ante las puertas, algunas de colores, otras de madera oscura y sobria, levantando un poco mi vestido para no ensuciarme los bajos, hasta que encontré la H grabada en un picaporte dorado. Tomé una respiración corta. Las almas seguíamos reproduciendo antiguas funciones o gestos innecesarios de nuestro cuerpo, y eso me sucedía cuando iba a visitar a Cameron Hollow. El caballero inglés que se dedicaba a vender antigüedades de dudosa procedencia conseguía ponerme nerviosa, una sensación parecida a un estremecimiento.

Oh, por favor.

Mantuve la concentración, girando el picaporte, y noté como me descompensaba, una caída resumida en cinco segundos. Mi pie derecho fue el primero en pisar el umbral y, evitando la neblina, introduje el izquierdo.

—Buenas tardes, custodio —saludó Hollow apoyado en el mostrador. Se había remangado la camisa hasta los codos, y el mechón que escapaba en su frente le daba un aspecto más rebelde y desordenado que de costumbre—. No sabía si esperarla aquí o en el Pandemónium.

Fruncí los labios, molesta, pasando entre dos estatuas con dificultad a causa de mi abultado vestido de debutante.

—Buenas las tendrá usted, agente Hollow. Mi custodiada ha desaparecido en tiempo récord. ¿Se da cuenta de lo grave que es?

—Me pregunto de quién será culpa… de la cazadora que trafica con almas, o de los que trabajan arriba y la soltaron en mi tienda. No es una caja de zapatos, es un alma herida.

Enarqué una ceja, sacando mi abanico. Ese hombre era capaz de provocarme el calor más insoportable con su actitud pueril y su mirada oscura.

—¡¿Cómo se atreve?! —exclamé ofendida—. Desde The Heaven S.A. trabajamos para dar una eternidad cómoda y agradable a las almas. Reconozca que no ha estado acertado con su nueva protegida.

Se masajeó el puente de la nariz, cansado, fingiendo ser inmune a mi retahíla.

—¿No tenéis servicio de terapia allí arriba? Podríais prepararlos un poco.

—Esto no funciona así.

—Yo tampoco funciono como vosotros queréis, custodio —reconoció, aunque eso no era una novedad—. Puede que esa chica precise otro agente.

Negué con la cabeza, los tirabuzones que salían del recogido que una vez me hiciera mi doncella se movieron conmigo.

—No habrá cambios, agente. Solo le pido que sea paciente. Quizás Faith necesite más tiempo que otras almas.

Chasqueó la lengua. Odiaba que le llevaran la contraria, sin embargo, nunca se quejaba en exceso, y me abaniqué, inundada por otra ola de calidez que tenía que ver con su dichosa presencia.

—Deb Lee es la auténtica culpable de todo esto. La interceptó en el hospital y, de alguna forma, le entregó su tarjeta.

—Los cazadores aprovechan los momentos bajos de las almas y Faith es muy vulnerable, ha caído en sus redes.

Hollow revisó la hora en su reloj de bolsillo, prendido en su chalequillo de cuadros. Si Lee anhelaba algo, era cazarlo a él y me regañé mentalmente por imaginar que la golpeaba con mi sombrilla.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dije al cabo de unos segundos, alisando mi vestido. Pandemónium poseía una dirección física, haciendo creer a todos los caminantes que se trataba de un selecto club de copas. Bajo sus suelos se mercadeaba con almas y nadie que tomara un trago en la superficie lo imaginaría.

—Le ofrecería mi brazo, custodio, pero todo Londres pensaría que estoy loco —bromeó guardando en su chaqueta un cubilete dorado con unas gemas incrustadas. Vaya, hacía mucho que ninguno de mis agentes lo usaba.

Puse los ojos en blanco. Nadie me vería caminar por las calles empedradas a no ser que fuera otro agente o un alma perdida. Y lejos de afligirme, me hizo sonreír. La eternidad era demasiado larga como para molestarnos por cosas absurdas.

Faith

Hubo unos segundos de oscuridad, la fría y baldía paz de la que deberían gozar las almas: la nada. Olvidé el dolor que me atenazaba el pecho, la vida que dejaba a mis espaldas. Desaparecía en un páramo yermo… hasta que la puerta roja acolchada surgió de la negrura. Y de pronto volvía a ser yo, la del pijama de tostaditas *kawaii* y calcetines de aguacate. Faith Summer. Muerta por el disparo de un desalmado. O desalmada.

Aporreé la puerta con rabia. ¿Dónde estaba esa asesora de almas? Esa puerta roja, iluminada desde arriba por un foco, conseguía ponerme los pelos de punta. Escuché un pequeño *click* y esta cedió con un chirrido, dejando entrever una luz púrpura. Unos acordes de *jazz* llegaron a mis oídos, el tintineo del cristal, y risas comedidas.

Pandemónium S.L.

Rezaba en la placa de plata que brotó en la puerta. Un ambiente selecto y buena música era lo que necesitaba para sobrellevar esos momentos de angustia. Resolvería mis dolorosos asuntos pendientes cuando me asesoraran y, tal vez, y era una posibilidad remota, me tomara un margarita de fresa. Me aclaré la garganta, arreglando mi pelo, la desordenada coleta que siempre volvía a su lugar, y di unos pasitos temerosos.

—¿Necesita que le guarde su abrigo? —preguntó con un extra de amabilidad la mujer de vestido negro, apostada tras un mostrador en la entrada. Con la estética propia de los años cincuenta, lucía un bonito vestido granate, igual que sus labios.

Un momento. Me hablaba a mí. Aquí también podían verme.

—No… gracias —dije intentando parecer casual, a pesar del balazo en mi sien—. Busco a Deb Lee.

—Está sentada en la barra, cielo —canturreó señalando con una sus afiladas uñas negras.

Asentí, fascinada. Ante mí se extendía un club tranquilo, con mesas altas y bajas, una gran barra con cientos de botellas detrás y, al fondo, un escenario donde un grupo tocaba piezas suaves de *jazz*.

Todo estaba teñido con esa luz púrpura y se me hacía casi imposible distinguir un color que no fuera el negro. Varias chicas vendían cigarrillos, bandejas enormes llenas y creí que había viajado en el tiempo. El olor a palomitas inundó mis sentidos, ¿acaso podía percibir esas cosas estando muerta? Choqué con un grupo de chicas con vestidos de lentejuelas y elevadísimos zapatos de tacón, quienes se disculparon sin reparar en mi vestuario, continuando animadas la conversación.

En una mesa, un hombre con barba tupida y sonrisa seductora llenaba una torre de copas con un *champagne* de aspecto brillante y sus elegantes acompañantes aplaudieron ante su hazaña. En la pista de baile tres parejas se movían al ritmo de la música, mientras la banda se entusiasmaba y tocaba otra canción.

Nada de asuntos pendientes, solo diversión.

—¿Te gusta lo que ves, gatita? —susurraron unos labios en mi oído y me giré, como si hubiera despertado de un sueño.

Deb Lee brillaba más que cualquier otra mujer allí, con su vibrante cabello rojo peinado en forma de ondas y una orquídea blanca prendida tras su oreja. Su vestido negro se adaptaba a cada una de sus vertiginosas curvas, daba la impresión de ser una segunda piel. Podría ser una estrella de cine de los años cincuenta o una cantante de ópera. Daba igual, cualquiera de esos papeles le sentaría de muerte.

—Parece que lo pasan bien.

Esbozó una sonrisa afilada y tragué saliva. Había algo en el iris púrpura de sus ojos que me hacía desconfiar y, a la vez, me atraía sin remedio.

—Aquí la diversión nunca se acaba —aseguró llevándose una mano enguantada al pecho. Con la otra, sostenía una copa de Martini a medio beber—. Los códigos de vestimenta de este club son un poco selectos. No te importará que haga algo con tu atuendo, ¿verdad?

Solté un gritito. ¿En serio hacía falta responder a esa pregunta? Y en un parpadeo, llevaba puesto un vestido rojo cereza hasta las rodillas, con un dobladillo de plumas, e iba montada en unas sandalias plateadas de tacón ¡Y mis gafas habían desaparecido! Incluida la coleta descuidada, ahora mi melena castaña caía por mi espalda, ondulada y espesa. No había rastro del disparo en la sien, la sangre ya no manchaba mis dedos.

Esto sí era el paraíso.

—¡Estás guapísima, Faith! Sabía que ese color te favorecía. Sígueme.

Encendió un cigarrillo, sujetándolo con una de esas boquillas que salían en las películas de cine clásico y caminó contoneándose por el espacioso local.

—¿Puedo pedir una copa? —inquirí esperanzada, tratando de hacerme oír por encima de la música mientras le seguía el paso. Caminaba de manera pausada y sensual, sin embargo, cada vez la tenía más lejos.

—Dale un sorbo a tu margarita de fresa, creo que es tu preferido.

Otro parpadeo y sujetaba con mi mano una copa ancha. La sal brillaba en el borde y, sin poder resistirlo, le di un sorbo. El sabor del tequila, la fresa, la lima y la sal se mezclaron para crear el combinado perfecto en mi boca. No podía creer que mi existencia como alma pudiera ser tan parecida a la de antes.

—Estas cosas no existen en The Heaven S.A. —reveló guiñándome un ojo—. Pandemónium S.L. es… un lugar donde las almas pueden relajarse y pasar un buen rato.

—¿Estamos en Limbo?

Llegamos a una zonza acordonada, vigilada por un hombre corpulento vestido de negro que nos permitió el paso en cuanto vio a la asesora de almas.

—Algunos dicen que es la antesala —afirmó con una sonrisa, eligiendo la mesa más alejada con un candelabro de plata en el

centro y tres velas apagadas. Las voces se alejaban y agradecí poder escuchar con claridad a esa mujer.

—El agente Hollow dice que eres peligrosa y cazas almas —comenté sin tapujos, disfrutando de mi combinado. No era estúpida, saltaba a la vista que eran rivales. Y quizás algo más.

Hizo un gesto con la mano, restándole importancia. ¿Eran imaginaciones mías o ese cigarrillo no se consumía?

—¿Te parezco peligrosa, Faith? Solo poseemos una ideología diferente y por ello se empeñan en criminalizarnos.

Un chico que rondaría la veintena dejó un cuenco con golosinas y otro de palomitas de maíz, cuyo olor me transportaba a las tardes de cine con Jason. Percibía todo aquello como si fuera a regresar a nuestro antiguo apartamento y nada hubiera sucedido.

No, nunca lo harás, Faith.

—Quieres que la eternidad sea divertida —aseguré.

Jugué con las gominolas, dejando caer el azúcar que las recubría. Era real, y a la vez no.

—Quiero que seas libre de elegir dónde vivirla —replicó con vehemencia, expulsando el humo del cigarrillo por la nariz.

—Pensaba que ya ni siquiera podría beber o cambiarme de ropa…

—Aquí estás conectada con tu vida anterior. En The Heaven S.A., debes desprenderte de todo antes de entrar. ¿Asuntos pendientes? Todos tenemos y no siempre uno se puede desprender de ellos.

—Yo… no puedo hacerlo con los míos. Ver a mi prometido y a mi madre sufriendo ha sido demasiado.

Su mano cubrió la mía a modo de consuelo, y por un segundo, recordé a la custodio.

Eleonora West…

Fue la primera en hacerlo cuando morí, y su sinceridad y calidez resultaron auténticos.

—Has sufrido un trauma horrible y necesitas pasarlo bien —murmuró en tono meloso con esa voz profunda y sensual, apagando el cigarrillo en un cenicero que juraría que no estaba antes ahí—. A nadie le gusta ir por ahí con un balazo en la sien. Mereces recibir dignidad y respeto. No puedes deshacerte de tus asuntos pendientes, el dolor siempre estará ahí, pero puedes mitigarlo.

Retiré la mano. Mi madre, Jason… sus caras me parecieron borrosas en mi cabeza.

—¿Con una fiesta? —grazné, y una ola de indignación me recorrió. La música, el ambiente, las risas. Todo aquello era falso. Y abrí mucho los ojos; ahora comprendía al agente Hollow—. Hubo más que dolor en mi vida, no quiero hacer como si nada hubiera pasado. He muerto, me han asesinado. Y merezco algo más que un vestido nuevo.

Soltó una carcajada, sorprendida con el cambio de rumbo de nuestra conversación, aunque sus ojos violetas centellearon.

—¿Y qué quieres entonces, Faith?

—No se trata de lo quiero, señorita Lee, sino de lo que necesito. Y es justicia.

—Y puede que la tengas, pero ¿qué te aportará eso?

—Paz. A mí y a los míos. —Sonreí levantándome del sitio, y con un movimiento rápido lancé la copa al suelo. No había cristales rotos ni bebida derramada, solo una humareda densa y oscura que se disipó en pocos segundos—. Ha sido un placer… charlar con usted. Debo irme.

La música cesó de manera abrupta, las voces, hasta el tintineo del cristal.

—¿Tan pronto? Luego actúa un grupo muy bueno. ¡Quédate a verlo!

La sonrisa de sus labios borgoña se ensanchó dándole un aspecto macabro. Mi pijama de tostadas *kawaii* apareció de nuevo, y miré

mis pies: calcetines de aguacates. Cómodos y bonitos. Y, sobre todo, míos.

—Bueno, querida, en Pandemónium S.L. no se retiene a nadie —dijo al fin, y la flor prendida en su cabello se esfumó, en una pequeña columna de humo. Volvía a vestir su atuendo de abrigo largo y botas de tacón—. Ve y resuelve tus asuntos pendientes.

Y al siguiente parpadeo, el club estaba en ruinas. No quedaba nada del ambiente divertido y tranquilo, ni las chicas que vendían cigarros o la banda de música *jazz*. En su lugar, restos de mesas polvorientas y sillas hechas añicos regaban el suelo. Y almas desperdigadas. Quietas, como estatuas.

Un momento, ¿qué iba a hacer yo? De repente, lo había olvidado.

—Si es que puedes encontrar la salida —agregó, y todo se volvió negro.

Custodio, te necesito…

Eso era lo único capaz de formular en mi mente, al mismo tiempo que mis pies luchaban por dar un paso.

CAPÍTULO 7

Agente Hollow

Edward Livingston palideció al verme entrar con la custodio West en su antro de luces púrpura y *jazz*. Desde luego, él era el único que la vería, y alguno de sus cazadores escondidos entre las sombras. Su favorita, la señorita Lee, estaría ocupada en el sótano, doblegando el alma de Faith.

Malditos…

Me consideraba un hombre pacífico, pero no dudaba en ejercer la violencia por uno de mis protegidos y él lo sabía, por eso corrió a saludarnos. Nadie allí se percataría de que hablaba solo, pues su clientela estaba muy ocupada con los *cocktails* que ofrecían tras el almuerzo y la banda que tocaba una melodía tranquila y pegadiza, de esas que te hacían mover los pies bajo la mesa.

—¡Señor Hollow! Es un placer verlo por aquí. ¿Se le ofrece algo? —preguntó solícito.

Livingston tenía una edad indeterminada, aunque a juzgar por su barriga horonda y las canas de su poblada barba naranja, estaba seguro de que había cumplido los sesenta. Sus ojos, pequeños y sagaces, eran muy claros, casi transparentes. Vestía igual que un gánster del Nueva York de los años veinte y la custodio West arrugaba la nariz siempre que lo tenía cerca. Los jóvenes del siglo xxi lo resumirían en que su rostro en general daba grima.

—¡Sí, recuperar el alma de Faith Summer! —chilló Eleonora, dando un golpe con su sombrilla que pasó inadvertido—. Sabemos que está aquí. Su cazadora, Deborah Lee, la engatusó en un momento de…

El señor Livingston tiró de los tirantes que impedían a sus pantalones rozar el suelo. Un hombre de negocios, un mercader de almas de la peor calaña.

—¿Debbie? ¿Dónde la habéis visto?

La custodio y yo intercambiamos miradas. ¿Qué estaba sucediendo?

—Hemos hablado esta mañana en el hospital de Saint James, dejó una de sus tarjetas de visita a mi protegida, y quiero hablar con ella. Viste con un pijama, aunque seguramente le haya transformado en una estrella de cine —expliqué sereno, con las manos en los bolsillos. No perdería la calma en un sitio así. Todavía.

Una chica guapa que vendía cigarrillos me ofreció uno de su bandeja, y el mercader encendió un puro que desprendía un potente aroma, con cara de no haber entendido nada.

—Llevo dos semanas sin ver a Debbie, Hollow. Y si te refieres a la chica que salió ayer en los periódicos, puedes bajar tú mismo al sótano y echar un vistazo. Hasta que no encuentre a mi mejor cazadora, aquí no caza ni Dios —escupió, y su boca maltrecha hizo una asquerosa mueca—. Además, la chica de San Valentín no me interesa, últimamente prefiero a las almas más impuras.

—Perfecto, los de Inferno te mandarán un comunicado. Te gusta tocarles las narices a los principales recolectores de almas, ¿verdad?

—Vamos, Hollow. ¡Esto es el libre mercado! —exclamó abriendo sus brazos rechonchos con la intención de abarcarlo todo—. Y yo te pagaría mucho más que The Heaven S.A., soy bastante generoso.

La custodio soltó una sarta de palabras malsonantes y yo preferí reír. Livingston y sus proposiciones mensuales.

—Si supieras cuánto me pagan, te guardarías la lengua en el culo. Nunca podrás superarlo.

Y a mí me encantaba sacarlo de sus casillas para ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Vas de farol, agente —dijo una voz cavernosa a mi espalda, y me di la vuelta para encarar al cazador con menos escrúpulos que conocía, incluso menos que su compañera—. ¿Vienes en misión especial?

Señaló de manera despectiva a la custodio West y esta se envaró, alzando la barbilla. A orgullosa no le ganaba nadie.

—Venimos —corrigió apoyando su sombrilla en el suelo para propinarle un golpe en el pie que no pareció molestarle.

Baltazar era mucho más joven que su jefe, pero también vestía como un gánster de los años veinte. Su cabello negro azabache, engominado hacia atrás, le daba un aspecto a caballo entre un lord inglés y él mismísimo conde Drácula.

—He escuchado que buscáis a la chica de San Valentín. Si aún conserva sus recuerdos, es toda vuestra —murmuró enseñando los dientes, lanzando miradas lascivas a Eleonora.

La comisura de sus labios se elevó en una macabra sonrisa. Así que Baltazar estaba tras esa cacería. A los cambiaformas como él les gustaba jugar con sus víctimas, y no me cabía la menor duda de que tomó la forma de Lee para interceptarnos en el hospital.

Los dejamos allí plantados sin muchas ceremonias, podía sentir sus miradas hostiles en la espalda, pero no teníamos tiempo que perder.

—Ese Baltazar es… es… —farfulló la custodio enfurecida—. Le gusta jugar con las almas. Y las del tipo de Faith son las que más le gustan; chicas de aspecto cándido que han sufrido una muerte terrible.

Asentí, pues tenía toda la razón y saqué el cubilete dorado que guardé antes en mi chaqueta. Mucho tiempo atrás, los agentes se dedicaban a inventar artilugios para proteger a las almas y pude comprar algunos en el mercado negro de la línea púrpura.

—¡Señor Hollow! La he escuchado —gritó de repente, golpeándome con su sombrilla en la cabeza—. ¡Debemos darnos prisa, nos necesita!

Esquivé a los juerguistas, las manos de las señoritas que trataban de retenerme junto a ellas y corrí hasta el fondo del local, buscando la escalera que conducía al sótano.

—Cierre los ojos, custodio West, esto puede molestarla.

Pulsé una de las gemas, y el cubilete se abrió en dos mitades, levitando sobre mi mano. El chorro de luz que salía del pequeño artefacto cegó a todo el local, y los gritos coléricos de Livingston no se hicieron esperar.

La escalera apareció ante ambos y una puerta acolchada se abrió, dejando salir a numerosas almas, abatidas y apagadas, tristes. Sin embargo, una gota de su antiguo ser vivía en ellos, podía sentirlo, y las animé a que una por una se fundieran con la hermosa luz del cubilete. Hasta que Faith apareció por el umbral, firme y estoica, con los ojos brillantes. Ella sí recordaba quién era y por qué estaba allí. Se lanzó a los brazos de Eleonora, quien la acogió con ternura para consolarla.

El cubo se cerró, cayendo en la palma de mi mano. Habíamos rescatado a unas veinte almas, de las cuales, quizás la mitad no llegaran a morar en The Heaven S.A.; vivir en ese artefacto era mejor que hacerlo en Pandemónium S.L.

—¡Hollow! ¡Maldito…! —bramó Baltazar, iracundo, caminando con los puños cerrados hacia nosotros—. ¡No tenías derecho a liberar a todas esas almas!

Me encogí de hombros, tras comprobar la hora en mi reloj. Un té caliente reconfortaría mi cuerpo, había sido un día muy duro.

—En realidad, sí. —Y pulsando una gema azul del cubilete dorado, desaparecimos de su vista, dejándolo plantado en aquel pequeño caos.

Ahora, vigilaría a Faith el doble y, de paso, mi espalda.

Faith

Mi estómago sufrió una brutal sacudida. La custodio me sujetó con fuerza, y en un abrir y cerrar de ojos nuestros pies tocaron el suelo de la tienda de antigüedades. Los del agente Hollow se deslizaron con suavidad; primero las punteras de sus zapatos pulidos, como si bajara un escalón, grácil y elegante. Dejó su paraguas tras el mostrador, tarareando una canción que no conocía.

¿Qué había hecho con esa cosa? Emitía una luz tan potente que mis pies se movieron solos hasta la salida. La oscuridad, el frío… eran sensaciones que no quería volver a experimentar.

La custodio se atusó el cabello dorado. Ni un solo mechón se había movido de su sitio.

—¿Te encuentras bien, Faith? —preguntó agarrándome ambas manos. Su afecto, su simple tacto era muy distinto a la de esa supuesta asesora de almas—. Creíamos que… no podrías volver a ser tú.

Los últimos acontecimientos pasaron delante de mí: Jason en el hospital, mi cuerpo, el dolor de mi madre, la tarjeta que me llevó a ese extraño lugar…

—Te-tenía miedo.

Jugué con el dobladillo de mi pijama, el que llevaba aquella mañana mientras veía trajes de novia en internet, esperando a mi prometido para desayunar y pasar otro maravilloso día juntos. Y me di cuenta de que la mejor manera de asumirlo, era aceptarlo. No existía otra. Podía tapar la herida con todo lo que me ofrecían en el Pandemónium, pero no era real: esa herida profunda e infectada continuaría allí. Mi madre, Jason, mis amigas… todos ellos existieron. No sacrificaría esos recuerdos por un margarita de fresa.

—Lamento si en algún momento le he resultado… brusco. Es mi forma de ser, no se asuste —agregó el agente Hollow, sentándose en un banquito tras el mostrador—. Ya ha visto cuántos obstáculos podemos encontrar en el camino. Nunca olvide la finalidad: resolver sus asuntos pendientes, los que hacen que no pueda descansar en

The Heaven S.A., no ha sido agradable estar en Pandemónium, ¿cierto?

Negué, cabizbaja. Me pareció que mis mejillas se humedecían. Estaba llorando y no me había dado cuenta.

—No, soy yo la que lamenta haberse comportado como una niña estúpida. Nunca debí ir con esa mujer…

—No seas tan dura contigo misma, Faith —interrumpió mi custodio, comprensiva. La primera mano amiga tras la muerte—. Este es un trance complicado y debes superarlo tú misma. Pero no estás sola, cuentas con el agente Hollow y conmigo.

En mi garganta se formó un nudo que me resultaba imposible tragar. La emoción de saber que alguien velaba por mí atenazó mi pecho.

—Esta es la lista que escribió, señorita Summer. La llevo en mi chaqueta. Sus prioridades también son las mías, no lo olvide.

ASUNTOS PENDIENTES ANTES DE PALMARLA ♥.

1- Jason
2- Mamá
3- Las chicas
4- Asesino

—Escribiste asesino en último lugar —observó mi custodio—. ¿Has cambiado de opinión?

Moví la cabeza, haciéndole saber que sí.

—En Pandemónium… me di cuenta de que lo que necesitaba era justicia. Tampoco considero que me haya despedido bien de mi prometido y… ¿podría ver a mi madre y a él otra vez?

El agente enarcó una ceja.

—Pondremos el contador a cero. Ha demostrado ser muy fuerte, señorita Summer, sin embargo, el tiempo sigue jugando en nuestra contra.

De acuerdo, no podíamos perder ni un minuto. Me remangué las mangas hasta los codos, dispuesta a dar lo mejor de mí misma. Mis asuntos pendientes. Bueno, eso era solo un resumen, lo más básico, lo que quedó interrumpido a causa de ese balazo.

—¡Joder, acabo de acordarme! Es noche de chicas. Desde que salgo con ellas quedamos todos los sábados para cenar en un restaurante del Soho. No puedo faltar —gemí frustrada, tapándome la cara con ambas manos—. ¡Hasta compré una blusa nueva de seda que me costó carísima!

La custodio dio unas palmaditas en el aire. Mi nueva actitud le gustaba más.

—Una última noche con tus amigas —suspiró risueña, y el agente Hollow bufó.

—A lo mejor ni siquiera van. Faith ha muerto, el plan se cae.

—¡Pues si no van ellas lo haré yo antes de marcharme! No podré cenar… —Miré a al anticuario, como si fuera la pieza clave. De hecho, lo era—. Cenará por mí, querido agente. ¿O acaso le da vergüenza ir solo en plan solterón?

Esbozó una sonrisa de medio lado y juraría que Eleonora aguantó la respiración.

—No conozco el significado de esa palabra cuando se trata de mi soltería.

—Podría invitar a su hija —insinué.

—Mejor otro día.

Y esta vez la que bufó fui yo.

—Agente, así no recuperará el tiempo perdido.

Este levantó un dedo, solemne.

—¿Recuerda las normas de las que le hablé? En parte, estaba de broma y en parte no. Por favor, respete mi vida privada y no trate de inmiscuirse.

Guardé silencio. Mi enorme bocaza siempre me jugaba malas pasadas y, tras morir, no tenía por qué ser distinto. Ese hombre con aspecto de atractivo caballero inglés poseía un punto melancólico y atormentado que, estaba convencida, volvía loca a mi custodio.

—Podríamos ir dando un paseo hacia el restaurante donde ibais a cenar hoy, así podría contarnos algo sobre ese exnovio suyo sobre el que pesa una orden de alejamiento. Se lo hubiera contado antes… pero decidió largarse.

Fruncí el ceño. Will. Había olvidado a Will por completo, nuestra truculenta historia, una época oscura que conseguí alumbrar en Londres.

—Pensé que él pudo encargar unas rosas que incluyeran el asesinato, y mi sorpresa fue mayúscula al enterarme por mi colega, el doctor Gray, que no encontraron flores en la escena del crimen —prosiguió doblando mi lista de tareas pendientes y guardándosela en el bolsillo de su chaqueta—. Y ese Will está ingresado en el hospital.

Abrí mucho los ojos y mis gafas casi se caen.

—¿Qué le ha pasado?

Pese a todo, nunca vino a Londres ni me sentí observada por él. La justicia actuó rápido y yo puse tierra de por medio. Duro y efectivo.

—Ha tenido un brote psicótico. Y, al parecer, no es el único que ha padecido. Ciertos delirios de estos enfermos… no lo son. Es producto de unas conexiones cerebrales.

—¿Qué quiere decirme con eso?

Se frotó las manos, quizás tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Algunos de estos pacientes son sensibles a las almas. Por supuesto, no todos —puntualizó rascándose la incipiente barba castaña de su barbilla—. Y si la custodio West me lo permite, quisiera indagar un poco sobre el tema. Pienso que, tras estos acontecimientos, no estaría de más hacerle una visita.

La aludida paseó de un lado a otro, su pomposo vestido chocando con las estatuas polvorientas. ¿En serio íbamos a ver a mi ex al hospital psiquiátrico?

—Lo cierto, es que me parece irrelevante. Ese chico está lejos de aquí en una institución bajo la supervisión de profesionales. Sin flores en la escena del crimen, desaparece la posibilidad de que interviniera. Lo consultaré con la Cúpula, aunque no te hagas ilusiones, agente.

—¡Un momento, rebobina! —exclamé. Había pasado por alto esas palabras cuando me enteré del ingreso de Will—. ¿Qué es eso de que no hay flores? Joder, ¡las vi! Eran rosas rojas. Jason estaba allí… ¡Que le pregunten a él!

—¡Custodio West! Hay una cazadora desaparecida, y un cazador que cambia de forma haciendo de las suyas en la ciudad —habló el agente Hollow, y ambos se enzarzaron en una discusión, ignorándome.

Me asomé por el ventanal del escaparate, dejándolos a ambos con sus recursos y sus quejas. Se había hecho de noche, ¿qué estaría haciendo mi madre? ¿Y Jason? Era curioso eso de morir. Tu cuerpo dejaba de funcionar, pero el alma aún se sentía dispuesta para continuar. Salvo cuando las lagunas de mi memoria comenzaban a apropiarse de mis recuerdos.

Cuanto más tiempo pases en la tierra, antes olvidarás…

—Agente, custodio —dije en alto, embelesada con la luz de las farolas sobre la piedra mojada. Esas pequeñas cosas…—. ¿Podrían dejar de discutir? Ambos tienen una cita conmigo.

Me encogí de hombros. Ellos eran lo más parecidos a amigos que me quedaban tras la muerte.

Y mi salvación.

CAPÍTULO 8

Cameron

Ese sábado, la cena de chicas tocaba en un restaurante japonés y torcí el gesto. No era amante de la comida cruda y mi único contacto con la gastronomía asiática se basaba en los rollitos de primavera y el pollo al limón. Prefería cocinar algo que balara con unas verduras sazonadas. Algunos me llamaban anticuado, en cambio, yo me consideraba un conformista. Sin sobresaltos, a no ser que me faltara el té de las cinco. Y faltaba. Eso, y que mi mente trataba de hilar el extraño caso que se presentaba ante mí: chica muere por un disparo.

Falta un elemento en la escena del crimen que, a todas luces pudo ser un error en su cerebro a causa del disparo. También contábamos con un exnovio que pudo tener algún tipo de contacto con el exterior para planear el asesinato. La cosa se complicaba si contábamos con que su estabilidad mental era escasa en aquellos momentos, dándole la posibilidad de ver almas desperdigadas por la tierra. ¿Y que podía tener eso que ver? Mucho, poco o nada.

Quizás fuera la casualidad, insistiendo en perseguirnos allá donde fuéramos. Porque una cazadora había desaparecido, y al cambiaformas que casi caza a Faith le gustaba jugar. Baltazar mutaba según las almas que poseyera. Podía tomar la forma de una jovencita o de un anciano decrépito si ya las cazó. ¿Significaba eso que se había apropiado del alma de su compañera? Bueno, pudiera ser que no tuviera nada que ver con el asesinato de Faith Summer. Que dos cazadores acabaran con sus podridas vidas entre ellos, no debería importarme. Pero lo hacía. Era culpa de esa mujer y sus ojos violetas, coronados de pestañas largas y negras, cuya mirada intensa conseguía ponerme nervioso. Y pocas cosas lo hacían. O sí.

En tal caso, estaban sucediendo cosas muy extrañas en Londres y vigilaría todas ellas.

La custodio West recibió el permiso de sus superiores y pudo acompañarnos en esta velada de apariencia solitaria, pues me senté en una mesa para uno con mi arma secreta: un auricular inalámbrico.

—¡Pudiste llevarlo en el hospital o en la morgue! —reprochó Faith a mi izquierda, y sonreí.

—El trabajo que desempeño para The Heaven S.A. requiere de muchas horas en compañía y a mí me gusta la soledad y el silencio —respondí colocando la servilleta sobre mi regazo.

—Lamento que mis problemas le agobien, agente, pero es que me han metido un balazo en la cabeza y usted es el único que puede verme y ayudarme —refunfuñó cruzándose de brazos—. Y con esa actitud, no lo conseguirá.

A mi derecha, Eleonora dejó escapar una risita, disfrutando de la nueva actitud de su protegida que, francamente, a mí también me gustaba. Faith tuvo que experimentar el peligro para tomar conciencia y actuar.

—Buena estocada, señorita Summer —felicité levantando mi copa de vino, fingiendo que no hablaba con alguien que solo yo podía ver —. Podría recomendarme algo de la carta que no sea pescado crudo.

—*Yakisoba*, sopa de miso, *okonomiyaki, gyozas*… ¡La comida japonesa es rica y muy variada!

—Me temo que soy más clásico.

—Demasiado para estar vivo, agente Hollow. ¿Os habéis fijado en la mesa que hay allí? Detrás de esa pareja frente a nosotros. Está reservada, y hay sitio para ocho comensales —señaló la custodio West. No me había fijado en que era el único lugar vacío en ese restaurante.

Faith dio saltos de alegría.

—¡Es nuestra mesa! Siempre somos ocho —aclaró entusiasmada y me pareció que sus ojos brillaban—. Mary Louise, Briggitte, Candy, Leah, Susan, Mel, Danielle… y yo. Era la última incorporación a la pandilla.

—Deben de ser buenas chicas —suspiró la custodio West con aire soñador. No contaba con más de veinte años al morir e imaginé que el caso de Faith podía traerle viejos recuerdos de su vida anterior.

Nunca me interesé por su pasado, eso era algo que todos los trabajadores de The Heaven S.A. respetábamos a rajatabla. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, esa muchacha con vestido del siglo xix y peinado elaborado, me generaba una gran curiosidad.

—Conocí a Mary Louise en el primer trabajo que tuve cuando llegué a Londres. Ella es amiga de las chicas desde el instituto. Y me acogieron como una familia. —Su voz estuvo a punto de quebrarse y volví a levantar mi copa al notar su entereza.

—Cumplieron su función en su ciclo vital: apoyarla y acompañarla en una ciudad nueva. Estaba sola en un momento de su vida donde todo era nuevo y caótico, y el destino quiso que os encontrarais. No todo el mundo puede hallar ese tipo de amistad mientras recorre su camino.

Miré de soslayo a la custodio, que jugaba con los guantes de sus manos. Las almas que moraban en The Heaven S.A. lo hacían sin ninguna carga o asunto pendiente, lo cual no significaba que ciertos recuerdos continuaran doliendo.

—El agente Hollow tiene razón, Faith —dijo al cabo de unos segundos. Su ánimo había bajado considerablemente—. Siéntete feliz de haberlas conocido. Eso te acompañará durante toda la eternidad. En cambio, en el Limbo las perderías, serías un alma en pena sin saber lo que le ocurre a su alrededor.

—Iban a ser las damas de honor en mi boda con Jason… teníamos tantos planes. Y todos se truncaron.

—Era muy joven, y la muerte le llegó de forma repentina —intervine después de que un camarero trajera un plato humeante de

fideos junto a unos palillos. ¿Acaso pensaba que podría comer así? Los separé, tratando de averiguar el extraño mecanismo. No podía ser muy difícil—. Y, por desgracia, ya no se puede dar marcha atrás en el tiempo.

—¿No tiene un artefacto para eso? —inquirió Faith en tono divertido, y me sorprendí por el cambio de registro—. Lo que usó en Pandemónium, esa luz tan potente…

—Es algo que conseguí en el mercado negro por un módico precio. Perteneció a otro agente y creían que era una baratija sin importancia. Los viajeros en el tiempo se extinguieron hace mucho y sus conocimientos se perdieron.

Coloqué los palillos según las instrucciones de Faith, que se reía de mi falta de pericia, mientras la custodio permanecía en silencio.

—¿Y si hablamos de esas rosas que creyó ver y no vio? —pregunté llevándome a la boca unos pocos fideos, con la esperanza de que Eleonora volviera a la conversación—. Es algo muy común tras un impacto de bala. Es decir, confundir formas, colores…

—Ya se lo dije. ¡Lo vi! Fue antes de que la bala saliera… escuché que alguien entraba al apartamento y lo hizo con un ramo de flores.

Chasqueé la lengua. Puede que, si hablaba con su prometido, este pudiera darme la confirmación. Por la coherencia del relato la creía. Situaba a otra persona segundos antes de que se produjera su muerte. Aunque resultaba raro que no hubieran encontrado un solo pétalo en la escena del crimen.

—Mañana nos espera un día duro por delante.

—¡No puedo esperar a mañana! —se quejó.

—Por supuesto, necesito dormir unas horas y pensar. Hay muchas cosas que no cuadran.

—He perdido el control de mi existencia después de morir, ¿sabe lo que significa eso?

Saboreé los fideos como si fuera un ejecutivo ocupado hablando por un auricular, cenando solo. Oh, tenía tanto trabajo… que ni

siquiera lo imaginaban.

—Sí, que ni en cien años prescindiré de mí manos libres, es un invento increíble.

Rio de buena gana. Me caía bien esa chica que se aferraba a su nueva existencia, que había descubierto el camino a seguir. Sin la necesidad de dormir o descansar, su energía resultaba desbordante comparada con la de un caminante.

—Mirad —susurró la custodio West. Seis jóvenes vestidas de negro caminaban detrás del camarero, que las guio hasta su mesa —. Faith, son tus amigas.

Las conté de nuevo.

—Falta una —advertí repasando con la mirada sus atuendos, a caballo entre la fiesta y el luto. Me preguntaba si irían luego a un *pub* o a llorar a sus casas—. ¿No erais ocho?

—Falta Candy —confirmó Faith.

Las seis se sentaron con gesto grave, hasta que una sacó de su bolso una foto de Faith en tamaño folio y la colocó donde se suponía que iría su plato. Otra, con una melena rubia platino a lo Dolly Parton, sacó un cárdigan gris con pedrería de una bolsa y lo puso sobre la silla, simulando que la dueña lo dejó a posta, que se sentaría con ellas en cualquier momento. Ninguna pudo contener el llanto y este arrasó con ellas como si fueran fichas de dominó.

—Siéntate una última vez a la mesa —animó la custodio, y de reojo comprobé que sonreía.

—Nosotros estaremos aquí en todo momento —apunté, terminando los últimos fideos de mi plato—. Le echaré un vistazo a la carta, aunque dudo que pruebe el *sushi*.

Faith nos dedicó una última sonrisa y se apresuró a reunirse con sus amigas, ocupando el lugar que habían dejado para ella. Por lo que pude captar, se dedicaron a contar anécdotas y momentos divertidos en su compañía. Mi protegida estuvo sonriente,

participando a su manera, pues Eleonora y yo éramos los únicos que podíamos verla.

—Creo que este asunto está zanjado.

—Compruébelo usted mismo, agente.

Llevaba conmigo la lista de asuntos pendientes de Faith, y con satisfacción, comprobé que el tercer punto había sido tachado con una línea roja.

—Uno menos —mascullé cortando en trozos pequeños el *okonomiyaki*. El punto uno, dos y cuatro, seguían a la vista, lo que significaba que la Cúpula no daba ese asunto por terminado—. Haremos otra visita a mamá y a Jason.

—Y debes conseguir información del caso. El asesino tiene que aparecer.

—Ese asunto pendiente es complicado de resolver, custodio, quizás ella no goce de todo ese tiempo —repliqué, en un vano intento por sugerir piedad desde The Heaven S.A.—. Si resuelve todos menos…

—Ya conoces las normas, agente. En The Heaven S.A. se entra limpio, sin ninguna culpa o asunto pendiente a la espalda. Intenta revisar la escena del crimen, puede que tu ojo capte algo que los investigadores pasaron por alto.

Me masajeé el puente de la nariz. Estaba cansado y la pésima calidad del vino hacía que me doliera la cabeza. Ojalá pudiera dejar atrás The Heaven S.A. como el doctor Gray. Ya estaba viejo para ciertas misiones.

—Se me acumula el trabajo, custodio. A este paso, necesitaré un ayudante.

—Confiamos en ti, agente Hollow. —puso una mano sobre mi hombro, delicada y fría. Sentía su tacto distinto al de cualquier mujer que hubiera conocido, algo perturbador, excitante y, sobre todo, prohibido—. Su deuda no se cancelará sola.

El bocado de tortilla japonesa no se me atragantó, por el contrario cayó en mi estómago mejor de lo que esperaba. Mi deuda, aquello que me ataba a The Heaven S.A., y rara era la ocasión en la que no se nombraba.

—No, lo haré yo. No espero nada de vosotros, Eleonora.

Dejé los cubiertos sobre el plato. De pronto ya no tenía hambre, y las amigas de Faith no habían pedido el postre todavía. Hablar de deudas siempre influía en el apetito, por lo menos en el mío.

Entonces, la vi en el exterior, sujetando un paraguas para protegerse de la lluvia. Sus labios borgoña se curvaron en una sonrisa triste en mi dirección y me apresuré a dejar unas libras esterlinas que cubrían de sobra mi cena. Era ella, y sentí la necesidad de acercarme y preguntar qué hacía allí. No, eran mis codiciosos ojos los que anhelaban verla. A ella, a la auténtica, la de la lengua afilada, tan letal y sensual que podía volver loco a un hombre.

También era un peligro para mi protegida. Y para mi cordura.

Salí sin abrir el paraguas, la lluvia arreciando sobre el Soho. Pero Deb Lee, ya no estaba allí.

CAPÍTULO 9

Faith

Las chicas terminaron la velada en el restaurante japonés, donde las invitaron al postre y a unos chupitos. Reconocieron la foto de la joven asesinada, es decir, a mí, y los dueños se acercaron a presentar sus respetos, haciendo una reverencia, cosa que produjo un cosquilleo en mi interior. Según me explicó la custodio West, cuando se honraba a los muertos, estos podían sentirlo. Y me marché de allí un poco más ligera, como si llevara una mochila cargada de piedras a mi espalda y hubieran caído unas pocas. Era una sensación maravillosa, y cada vez me alegraba más de haber echado a un lado el dolor para aceptarlo.

—¿Vivía muy lejos de aquí, señorita Summer?

La pregunta del agente Hollow me dejó noqueada. ¿Es que íbamos a ir allí? Todavía seguía con el pinganillo puesto, esquivando a los chicos que salían en busca de diversión, a pesar de la lluvia.

—¡Buena idea! —exclamó la custodio, agarrándose el vestido para no mancharlo en los charcos de agua sucia, aunque este nunca volvería a mojarse—. Por el día puede ser más complicado con los vecinos y la policía.

—Pueden estar vigilando ahora, pero quiero comprobar algo.

Tomé la delantera, y el agente Hollow sonrió. No perdía su pose de caballero inglés, el cansancio parecía no derrotarlo.

—Estamos a un par de calles —aseveré con gran convicción. Y motivación. Ver un asunto pendiente tachado me había dado un increíble chute de energía. No podría estar quieta toda la noche hasta que Hollow despertara por la mañana.

Lo que no entendía es por qué el de Jason y mi madre seguían ahí. Los había visto, estuve con ellos ese mismo día… Sin embargo, no fue suficiente. ¿Debería transmitirle el Hollow un mensaje de mi parte? El apartamento de Jason colindaba con el Soho y al verlo, creí que el corazón me estallaría. Fuimos tan felices allí, que parecía mentira que todo se hubiera desvanecido en pocos minutos. Bueno, bastaba un solo segundo para que tu alma inmortal siguiera su camino sin su cuerpo, pues ya no lo necesitaba.

—Aquí es. Vivimos en la quinta planta.

Y todo seguía igual. A pesar de haber muerto, y de que me resultara lo más importante del mundo, amanecía y anochecía, la vida no se había parado por mí. A esas horas muchos vecinos dormían, así lo podía ver en sus ventanas sin iluminación.

—¿Está preparada? No quiero precipitarme otra vez.

Moví la cabeza, haciéndole saber que sí: nunca me había sentido tan preparada. La custodio West elevó la barbilla, jugando con su sombrilla de encaje blanco.

—Lo estás haciendo muy bien, Faith. Es una buena oportunidad ir al escenario del crimen… ¡Tus recuerdos hasta pueden ser más nítidos!

Aprovechamos que el portal estaba abierto, algo raro cuando pasaban de las doce de la noche y, con dedos inseguros, pulsé el botón para llamar al ascensor. No esperaba que surtiera efecto, aunque en la tienda del agente pude escribir mi lista de asuntos pendientes sin ningún problema.

—¡Qué pasada!

—De ese tipo de cosas vienen los fenómenos paranormales que se ven en televisión —murmuró Hollow bajando la voz y me esmeré en no hacer el menor ruido. Si vieran a un desconocido intentando entrar en un apartamento donde acababa de suceder una tragedia, llamarían de inmediato a la policía—. Señorita Summer, ¿guarda una llave en algún lugar visible?

Oh, mierda.

—No…

—Entonces, me temo que no podremos entrar.

Las puertas del ascensor se abrieron, y las luces de LED se encendieron a medida que caminábamos por el pasillo en penumbra.

—No pasa nada —replicó con dulzura la custodio West—. El agente Hollow podrá forzar la cerradura, ¿no es cierto?

Este no respondió, concentrado en su camino.

—Un momento… creo que está abierta —susurré, pese a que nadie podía escucharme, y los pasos del agente se aceleraron tras de mí. Un hilo de luz se filtraba por la puerta, ligeramente abierta, cubierta por las cintas amarillas que usaba la policía en caso de asesinato, precintando el lugar. Había alguien dentro.

—Lo sabía —farfulló el agente Hollow, sacando una pistola pequeña del interior de su chaqueta—. Nos ha seguido hasta el restaurante…

—¿Baltazar? —inquirió la custodio que no se sorprendió en absoluto, y preparó su sombrilla para una posible batalla—. Ese hombre es un hijo de…

—No, huele a peonías.

El agente pasó por debajo del cordón policial empuñando su arma e intenté no estorbar demasiado. ¿Qué podía hacer yo en pijama, calcetines y sin nada para defenderme? Joder, si estaba muerta.

—Es nuestro perchero… ¡y el abrigo de Jason sigue ahí colgado! Y sus llaves están en el cuenco de cristal que solemos usar.

La custodio West me chistó, aunque quizás ya fuera tarde, pues los ruidos que escuchamos fuera cesaron de golpe, y el agente Hollow se pegó a la pared de la entrada, alzando su pistola.

—¿No es un poco tarde para una visita, señorita Lee?

Durante unos tensos segundos nadie contestó, hasta pensamos que se trataba de un error.

—Lo mismo le digo, agente —respondió con su voz profunda y femenina. Era la asesora de almas.

Este quitó el seguro de la pistola, su chasquido produjo un pequeño eco en el pasillo.

—Usted pertenece al mundo de los vivos, señorita Lee, un disparo puede hacerle mucho daño. O no.

La mujer soltó una risa ronca y sensual, y la custodio apretó los labios, molesta, pegada en la pared igual que yo.

—¿Por qué lo dice?

—Baltazar es un cambiaformas, usa las almas que caza para modificar su aspecto. Y si hoy ha tomado su forma, no entiendo que siga viva.

Abrí mucho la boca, asomándome por la esquina: allí estaba esa mujer, agachada en el suelo enmoquetado junto a un descomunal charco de sangre, seca en esos momentos.

—Soy como un gato, agente Hollow —comentó divertida, y sus ojos violetas me descubrieron husmeando—. Y no necesito armas.

—Lo sé, vosotros, los cazadores de almas, os bastáis de otros trucos, pero si no se marcha en dos minutos…

—¿Disparará para que los vecinos nos escuchen?

Entonces, harta de la situación, me planté ante esa mujer haciendo acopio de mi escasa valentía junto con los restos de mi dignidad.

—Perdona, bonita, pero esta era la casa que compartía con mi prometido. Me han asesinado y quiero justicia, además de pasar la eternidad en un sitio encantador donde no haya oscuridad y conserve mis recuerdos. Así que mueve tu culo hacia la salida. No tienes nada que hacer, somos tres contra uno.

Esbozó una sonrisa, y me di cuenta de que no era la misma a la que vi esa tarde en el Pandemónium, ni siquiera en el hospital. Es decir, sus rasgos eran iguales, salvo por su expresión y el brillo de sus extraños ojos.

—Y lo harás, Faith Summer. Todos estamos trabajando muy duro para ello.

El agente Hollow apareció en mi campo de visión, con el arma en alto y el ceño fruncido. La custodio también sorprendida por sus palabras dio unos pasos hasta el salón.

—Livingston dice que lleva dos semanas sin verte —alegó esta, vacilante—. Y Baltazar ha tomado tu forma hoy. Tú no eres una caminante cualquiera.

—¿Eso significa que está muerta? —pregunté escandalizada. La historia se enredaba más de lo que podía asimilar sin volverme loca.

La supuesta asesora de almas negó con la cabeza, serena. No había cambiado de postura, continuaba con una rodilla en el suelo, comprobando algo en la moqueta. Había dejado la gabardina sobre el sofá, y su atuendo de pantalones negros y blusa blanca realzaban el inquietante color de sus ojos.

—No, querida, no soy un alma. Y tampoco puedo revelar mucho más, eso es parte de nuestros secretos. ¿No es cierto, agente Hollow?

Este asintió, bajando su arma despacio.

—¿Puede identificarse?

La asesora se aclaró la garganta, poniéndose de pie.

—Soy la agente Lee. He estado infiltrada en el club de cazadores de Livingston para conseguir información y recuperar el mayor número de almas posible.

—Y Baltazar te ha descubierto —afirmó la custodio, con la espalda recta y el rostro endurecido.

—Casi.

—¿Y qué hace aquí, agente? El caso ya está cubierto —corroboró Hollow guardando la pistola, sin dejar de mirar a la mujer.

La aludida enarcó una ceja roja, sacando una especie de placa con una hache dorada, ornamentada y brillante.

—Tranquilo, no me inmiscuiré en su cometido. Me gusta trabajar sola y en silencio.

Cameron Hollow sonrió, complacido, sus ojos recorriendo la silueta de la que siempre fue una compañera.

—¡Joder, no me lo puedo creer! ¡Qué sobrenatural es todo! —exclamé analizando al variopinto trío que tenía ante mí: un tío que estaba vivo, una muerta, y una mujer sin clasificar—. Pensaba que la vida tras la muerte era mucho más aburrida.

Deb Lee se colocó su gabardina con la intención de irse, y observé el escenario del crimen, el lugar donde había muerto. Había sido feliz y plena, experimenté el amor, la fraternidad y todas aquellas cosas bonitas que les pasaba a la gente.

—Todo lo que tenga que ver con The Heaven S.A. es… bastante excitante —sentenció la nueva agente con una sonrisa tirando de sus labios carnosos—. Hace frío, aunque ya ha dejado de llover. ¿Les apetecería tomar un café en mi refugio?

El agente Hollow resopló, mirando la hora en su reloj de bolsillo.

—¿Tiene algo más fuerte?

—*Whisky* escocés macerado en barrica de roble. Mi preferido.

La custodio West se agarró a mi brazo, dispuesta a continuar con aquella pintoresca reunión, tirando de mí hacia la puerta. Y lancé una mirada nostálgica al salón, donde la policía seguiría investigando por la mañana. Allí morí, y fui inmensamente feliz. El dolor era pasajero, pues por encima de todo eso estaban las risas, los besos y las miradas cómplices que Jason y yo nos prodigamos el tiempo que estuve con él en la tierra.

CAPÍTULO 10

Agente Hollow

El refugio resultó ser un cine del centro que llevaba abandonado unos treinta años. La última película que se estrenó fue *En el nombre del padre*, un drama político irlandés, cuyo cartel, viejo y descolorido colgaba en el interior. Habían tapiado las ventanas y las puertas, prácticamente estaba en ruinas.

Quise preguntarle si aquello era su base operaciones; me parecía un lugar con una nula seguridad para una cazadora o, mejor dicho, para una agente de The Heaven S.A. Eleonora hizo las comprobaciones pertinentes y sus superiores lo confirmaron. Una colmena recolectora de almas como ellos contaría con más colaboradores de lo que yo creía.

Iluso…

Nos guió por una escalera en la propia sala de cine. La tela que servía de pantalla tenía numerosos girones y las butacas estaban cubiertas de polvo. Algunas habían sido arrancadas de cuajo, a otras les faltaban los apoyabrazos o un trozo del respaldo. No había pintadas ni desperdicios, lo que me hacía pensar que, pese al abandono del cine, no había caído en manos de los vándalos. Imaginaba que el edificio estaba bajo algún tipo de encantamiento que, o bien había formulado ella, o compró a algún brujo.

La sala donde se proyectaban las películas se había transformado en una acogedora buhardilla que constaba de un sofá viejo de tres plazas sobre una alfombra de apariencia árabe, un minibar y una pared cubierta de recortes de periódicos con algunos asesinatos acontecidos en la última década en Reino Unido. Casi todas eran mujeres jóvenes, y no reconocí a ninguna de mis protegidas.

Eleonora se acercó al mural, y leyó las anotaciones en rojo que Lee había hecho.

—Estas almas… no han llegado a The Heaven S.A.

—Exacto, custodio. Livingston se hizo con algunas de ellas antes de que pudieran subir y pasar por el mostrador de admisión —explicó Lee sacando un par de vasos de un cajón—. Las vende a brujos y gente de negocios, hombres importantes de Europa con el corazón podrido. Mi misión es encontrarlas y devolverlas a su legítimo lugar.

—Joder, no dejo de flipar —farfulló Faith dándose un golpecito en la frente—. Nunca… nunca se me ocurrió pensar que lo que había tras la muerte, era esto.

Esbocé una sonrisa.

—Muchas almas cruzan sin problema, señorita Summer. ¿Le importa si fumo? —La dueña de la buhardilla asintió, dándome su beneplácito, y encendí mi pipa, preparada desde hacía unas horas—. A las que no les arrebatan la vida, cuya existencia no se rompe de manera abrupta, les cuesta menos.

—Esos también tienen asuntos pendientes —se quejó.

Me encogí de hombros, tomando el vaso de licor dorado que Lee me ofrecía, y nuestros dedos se rozaron una fracción de segundo.

—No te compares, cariño, o esto se te hará eterno. —Rio apartando la mano, sus ojos violetas esquivando los míos. Por alguna razón me seguía pareciendo igual de perturbadora que cuando la creía cazadora—. Tu agente y tu custodio están ello.

Eleonora le dedicó una mirada larga, analizando sus gestos.

—He oído hablar de agentes que se dedican a encontrar almas perdidas. Pero esta no se ha perdido —dijo señalando a Faith—. No entiendo qué hacía en el escenario de su crimen.

—No es mi intención inmiscuirme en un caso que no me pertenece.

—¿Guardan algún tipo de relación? —insistió esta. Su faceta burócrata y desconfiada salía a flote, aunque la entendía perfectamente.

—Eso quiero averiguar.

—Bueno, otra mano siempre viene bien —terció Faith en tono conciliador—. Quiero acabar con esto cuanto antes. Y ya no parece tan amenazadora.

—Porque no lo soy, solo es mi papel. Al menos, por ahora.

Fruncí el ceño.

—Pues lo ha cumplido a la perfección. Y Baltazar también.

Se arrebujó en su gabardina, incómoda por mi afirmación, y la observé a través del humo azulado que desprendía mi pipa. Deb Lee siempre supuso un enigma para mí, y ahora, todavía más.

—No se apoderó de mi alma —protestó dando un sorbo a su vaso, dejando el borde pintado del borgoña de sus labios.

Levanté las manos en señal de rendición. A estas alturas de la noche no discutiría.

—Tomó tu forma —acusé tuteándola, sin formalismos. Ya nos conocíamos, de hecho, éramos enemigos hasta hacía no mucho—. Y eso se consigue cuando absorben tu alma. A no ser que yo desconozca ciertas…

—Sí, las desconoce, agente Hollow —espetó en tono triunfal—. Existen muchas particularidades respecto a las almas. Y no le contaré las de la mía.

Aspiré de mi pipa, despacio. En The Heaven S.A. todo el mundo guardaba sus secretos con celo, y pese a que se revelara como a una agente infiltrada porque la habíamos pillado in fraganti, no diría más de lo preciso.

—Resolved vuestros asuntos en otro momento, lo importante es resolver los míos, por no hablar de mi asesinato. —Faith se cruzó de brazos, y la custodio West se aclaró la garganta.

—Hablaré con mis superiores, señorita Lee. Si alguno de esos casos guarda relación con el crimen de mi custodiada, no le impediré intervenir. Solo quiero que Faith Summer descanse en The Heaven S.A. cuanto antes.

Lee apuró su *whisky* y, levantándose, rebuscó en su pared de recortes de periódico, en busca de algo, su cabello de fuego refulgiendo bajo los focos del techo.

—En los últimos treinta años han muerto chicas de toda Europa en la víspera de San Valentín. Y ninguno se resolvió.

La custodio y yo leímos apresuradamente las hojas que dejó en la mesita baja. Algunas eran antiguas, casi habían perdido su color, y me paré a estudiar los rostros sonrientes de las muchachas. Muertes por estrangulamiento, una paliza, herida de arma blanca…

—¡Ninguna de estas chicas ha subido! —exclamó nerviosa Eleonora, palideciendo—. Estoy segura de que no han sido custodiadas… ¡Sus almas debieron de perderse!

—Y todas coinciden con San Valentín… —farfulló Faith confundida, señalando la fotografía de una muchacha italiana de principios de los noventa.

—Cuando leí tu artículo pensé que serías la siguiente. Sin embargo, pudiste subir y quedar bajo custodia. Tú rompiste esta extraña maldición, y creo que hay algo con tu asesinato que conecta el de estas chicas.

—¿Por eso Baltazar estaba tan interesado en ella? —inquirí dejando la pipa apagada a un lado.

—Las víctimas con el corazón hinchado de amor es lo que les gusta a estos depredadores de Livingston. Es el sentimiento que mueve el mundo, agente Hollow.

—Hasta el más obsesivo y tóxico —añadí.

—Por desgracia —respondió enarcando una ceja rojiza, y me di cuenta de que ese no era su auténtico color de pelo—. Y ese, es el peor. Las almas putrefactas se nutren de las emociones intensas.

—Esas van derechas al Inferno —se apresuró a decir la custodio.

—Pero también se pierden, y pueden caer en las manos equivocadas.

Guardamos silencio, y sopesé las posibilidades de Faith que nos miraba uno a uno, sin entender muy bien lo que sucedía.

—¿Crees que mi muerte fue causada por un alma putrefacta?

—Tal vez —susurró Lee, apesadumbrada—. Siento que, si tu caso se resuelve, hay esperanza para todas estas almas.

Repasé las hojas de periódico, unos en francés, otros en español y hasta en ruso. Todas esas mujeres habían sido asesinadas, y sus casos cayeron en el olvido a falta de encontrar un culpable. Volví a mirar mi reloj de bolsillo. El tiempo de Faith se agotaba, el enigma de su muerte recrudeciéndose con cada minuto que pasaba.

Faith

Nos quedamos a pasar la noche en el cine abandonado, pues nuestra particular anfitriona recomendó no salir. Las aguas estaban revueltas tras su desaparición del club de cazadores; pero no, yo sabía que se trataba de algo más. La custodio West besó mi frente con ternura, prometiéndome bajar lo antes posible para recabar toda la información sobre mi caso y la nueva pieza que acababa de entrar en juego.

El agente Hollow durmió en una polvorienta cama plegable, y esa Deb Lee se tumbó en el sofá, con sus ojos violeta abiertos y la gabardina a modo de manta. Ante su silencio, me senté en el suelo a releer la lista de mis asuntos pendientes. Menudo desastre. Viva o muerta, todo lo que me sucedía era surrealista, y no podía llamar a mis amigas para contárselo. Mis amigas… todavía tenía una sonrisa plasmada en el rostro a causa de nuestra última cena. Compartir mesa con ellas fue lo más maravilloso que me había sucedido después de morir. Hubo vino, lágrimas y risas. Los recuerdos afloraron y cada una comentó una anécdota divertida que tuviera

que ver conmigo. Mi pecho se calentó, ya no me sentía en el borde de ese Limbo, dispersa y perdida.

Era Faith Summer, una chica de veintitrés años que falleció de forma trágica, mientras desayunaba con su prometido, que le hizo entrega de su primer regalo antes de que llegara San Valentín. El que nunca podría celebrar con él. Quizás necesitara vivir un momento agradable con Jason para que el asunto se tachara de la lista, igual que ocurrió con mis amigas. Un momento. Faltaba una, Candy. Mary Louise dijo algo acerca de que no había parado de llorar, y sentí una tristeza terrible. Estancarte en la pena y la miseria te privaba de vivir momentos bonitos con los tuyos. ¿Y si pasaba a hacerle una visita? A fin de cuentas, lo haría con Jason y con mi madre. ¿Debería escribirle una carta de despedida? ¿Transmitirle un mensaje al agente Hollow para que este se lo entregara?

—¿En qué piensas, gatita?

La voz de esa mujer me asustó, había olvidado que estábamos en el cine abandonado al que llamaba su refugio.

—En todo lo que dejo atrás.

Me abracé a mí misma. Estaba preparada para subir, para que mi alma descansara, aunque ello no significaba que no sintiera nostalgia.

—Dejar lo que tienes en la tierra, es complicado.

—¿Volveré a verlos? —pregunté temerosa, pues no quería imaginar lo contrario.

—Sí, a no ser que sus almas se vayan al Inferno o al Limbo…

—Son buena gente, no han hecho daño a nadie —repliqué rápidamente pensando en mi madre. ¿Qué mal pudo hacer ella?

—No me malinterpretes… es solo la realidad. Algunas almas no terminan juntas —añadió sin mirarme, lo que había en el techo era más interesante—. El sistema de The Heaven S.A. se creó para que las almas vivieran en paz, todas las que merecen una eternidad así.

—Es un sitio muy bonito. ¿Alguna vez has estado allí?

Sonrió con tristeza, sus labios borgoña pintados, sin que se hubieran agrietado lo más mínimo.

—Hubo un tiempo… mucho antes de que la custodio West o sus padres nacieran, que yo era alguien allí arriba.

—¡Lo sabía, eres un alma! —exclamé abriendo mucho los ojos.

—No, no lo soy. Sin embargo, formé parte de The Heaven S.A., de una forma muy distinta a la actual.

—¿Quieres volver allí?

Hizo una mueca, girándose en el sofá para mirarme. Esos ojos no podían ser de este planeta. Y al agente Hollow le llamaban la atención tanto o más que a mí.

—Estoy en ello —respondió en un susurro—. Me esfuerzo a diario, pero ha pasado tanto tiempo… que he perdido la esperanza. Allí arriba no olvidan, te lo aseguro.

—Sigue siendo mejor que estar en el Limbo o el Inferno, ¿verdad?

—Por supuesto.

Reflexioné unos instantes. Perder tus recuerdos y convertirte en un alma no debía de ser muy agradable, y en parte, ya lo había experimentado.

—Quisiera ver el atardecer desde el río Támesis. A mi madre le encanta verlo allí —dije con timidez—. No habrá otro para mí… aunque no es un asunto pendiente…

—Puede serlo, es tan lícito como cualquier otro. Márchate de aquí con el corazón hinchado, Faith Summer, disfruta de esta experiencia como si estuvieras viva.

Los primeros rayos de sol se filtraron a través de los paneles de madera que tapiaban las ventanas, y maldije por lo bajo.

—Tranquila, tu tiempo aún no se ha agotado, si el agente Hollow consigue que no le venza el sueño…

—Estoy despierto, señorita Lee —dijo somnoliento, estirándose en el catre, cuyos muelles emitieron un chirrido—. A partir de los

cuarenta no es necesario dormir tanto.

Las motas de polvo flotaban en el aire, y cerré los ojos, perdiéndome en las pequeñas sensaciones que pasaban inadvertidas cuando estaba viva.

—Pensaba que era más viejo —divagó la agente Lee, levantándose, volviendo a colocarse su gabardina. Vestida de negro, las curvas de su cuerpo apenas resaltaban a la vista, aunque quizás para el agente Hollow sí, pues su mirada la recorrió en silencio—. ¿Qué plan tiene para hoy?

—Averiguar si hay algún sospechoso, hacer una visita a Jason en el hospital, conseguir el permiso de la custodio West para interrogar al exnovio maltratador, e ir a hablar con la amiga que no asistió a la cena.

Me llevé una mano al pecho, escandalizada mientras Lee arrugaba el ceño, interesada en las teorías conspiranoicas que pasaran por su cabeza.

—¡Por favor, agente! Mi amiga está muy afectada por mi muerte.

—Eso ya lo veremos. Supongo que no nos acompañará, agente Lee. Encontrarnos con Baltazar podría ser una sentencia de muerte para usted.

Esta se acercó a colocarle bien el cuello de la camisa, y el agente tragó saliva, tratando de aparentar calma. Oh, menuda historia podía surgir de ahí.

—Gracias por su interés, Hollow, creo que voy a llorar de la emoción —espetó con una sonrisa sensual—. Espero que le guste el café de Starbucks, esa Candy lo prepara muy bien.

Le chisté a la mujer, que me guiñó un ojo violeta en respuesta.

—Lo siento, gatita. No he podido evitarlo.

Los cafés de Candy eran una maravilla, y estaba convencida de que al agente le conquistarían y dejaría de pensar en cosas absurdas.

—Cuando sientas que el Limbo te absorbe, piensa en los momentos felices que viviste junto a los tuyos —aconsejó despidiéndose de mí, y me sorprendió poder estrechar su mano, y que fuera tan cálida.

—Estoy segura de que algún día podrás volver.

Esbozó una sonrisa cargada de pesar, y el agente Hollow se volvió para mirarla.

—Dependerá de cómo contente a los de allí arriba —murmuró dedicándole un último apretón de manos que duró más de la cuenta.

—Qué bien los conoce, agente.

The Heaven S.A. podía ser el paraíso. Sin embargo, me daba la impresión de que, para otros, era una especie de condena.

CAPÍTULO 11

Agente Hollow

La llamada de Amanda me hizo frenar en seco antes de poner un pie en el Starbucks donde trabajaba Candy. Fue un descuido no llamarla el día anterior y así se lo hice saber. Nunca me atosigaba, ni yo tampoco a ella. Una relación padre e hija a esas alturas resultaba muy complicado. Y, evidentemente, no me llamaba para preguntarme qué tal había dormido.

Jason había sufrido una parada cardiorrespiratoria de madrugada. Los médicos lo intubaron, estabilizándolo, y lo habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos con pronóstico reservado.

—¿Sabes si había alguien con él cuando sucedió?

Faith me miró, interrogante. Seguía atrapada en el mismo día que perdió la vida, solo que ahora era más consciente de lo que la rodeaba.

—El amigo que lo acompañaba se marchó después de la cena, según me han dicho. Su familia vive en Chicago y hasta hoy no han podido conseguir un vuelo para verlo.

—Pues… menuda sorpresa se van a llevar —mascullé masajeándome un hombro. Dormir una noche fuera de casa traía serias consecuencias para mis huesos—. Consígueme una bata blanca, por favor, creo que puedo hacer algo.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¿Y si se dan cuenta de que no trabajas para el hospital? —exclamó, y al girarme descubrí que Faith no estaba junto a mí.

—Es un sitio delicado y debo vigilar a mi protegida —expliqué con urgencia—. Los que se debaten entre la vida y la muerte tienen un

oído muy fino y… a menudo se les puede ver fuera de su cuerpo. No te lo pediría si no fuera importante, Amanda.

Mi hija bufó al otro lado de la línea. Que su madre le revelara siendo un alma que yo era su padre, le había traído más contratiempos que alegría. Y en cuanto pudiera, haría algo para remediarlo.

—Te dejaré una bata en tu tienda de antigüedades, no quiero que nadie sospeche. Tendrá que ser muy tarde… Esta noche estoy de guardia. Seré yo quien te supervise. Y si te descubren…

—Tu nombre no saldrá de mis labios —aseguré dando vueltas por la calle, poco transitada un domingo tan temprano—. No sabes cuánto te lo agradezco, Amanda…

—Si no fuera porque trabajas para ellos… mamá querría que ayudara a esas almas.

Un silencio incómodo se formó entre ambos y suspiré, los recuerdos de ese amor de juventud asediándome. Kate fue una buena persona que educó a una gran mujer, y procuraba recordarlo cada día.

—Gracias por ser… así, Amanda. Te debo una.

—Se supone que somos familia —comentó distraída—. Y la labor que haces… es difícil en solitario.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti. Pásate por a la hora del té por la tienda, y charlemos un rato, si es que encuentro a mi protegida…

Amanda rio bajito, un sonido parecido al de un cascabel cuando se agitaba.

—¿Otra vez se ha dado a la fuga?

—A no ser que desee un café de Starbucks…

Entonces la vi en el interior de la cafetería, sentada en una mesa donde una jovencita con una larga trenza rubia lloraba desconsolada frente a un café coronado con nata. Había dejado su mandil

descolorido a un lado y se enjugaba las lágrimas con un montón de servilletas con el logo de las cadenas de Starbucks.

Faith estaba a su lado, observándola con detenimiento y ternura. Tal vez Candy, además de trabajar al día siguiente, se encontraba demasiado apenada para salir a cenar pescado crudo. Me despedí de Amanda y entré con paso firme en el establecimiento. Ordené en el mostrador un café caliente sin nata ni cacao, ni cualquier otra cosa que se le pareciera. Faith no había reparado en mi presencia, tan solo apoyaba su mano en la de su amiga, pese a que esta no pudiera notar nada.

Tomé asiento en una mesa cercana, fingiendo que leía las noticias en mi teléfono móvil.

—Gracias por prestarme aquel vestido con el que conocí a Jason y por estar dispuesta a hablar a cualquier hora. Ojalá pudiéramos habernos despedido de otra manera.

La chica lloró con más fuerza, apartando el vaso y empezó a teclear en su teléfono. Faith frunció el ceño, atenta a la pantalla iluminada y sus ojos no tardaron en buscar los míos. Algo había sucedido.

—Mi amor…, te mando este mensaje para cuando puedas escucharme —dijo entre hipidos Candy al auricular de su teléfono móvil—. Todo esto pasará y te recuperarás. Lo nuestro no comenzó de la mejor manera, pero tendremos un bonito final.

Y acto seguido, se dejó caer en la mesa mientras una de sus compañeras se apresuraba a consolarla.

—¿A quién llamaba? —pregunté a Faith con gesto pétreo cuando llegó a mi altura.

—A Jason —reveló sin aliento.

Chasqueé la lengua. Descubrir una traición después de la muerte podía ser igual de doloroso o más que en vida.

—Lo lamento mucho. Vayámonos de aquí y demos un paseo a orillas del Támesis, podemos hablar un poco antes de pasar a la

siguiente parte del plan…

Esta movió la cabeza enérgicamente, temblando hasta los pies. ¿O eran interferencias lo que veía?

—Me he esforzado en ver algo positivo tras la muerte… en superar la adversidad. Y solo recibo golpes.

—No, recibe la verdad. ¿Acaso prefería vivir esta existencia engañada, amando a alguien que no se lo merecía?

Seguí sus pasos hasta el exterior con mi vaso de café en la mano y el auricular de *bluetooth* en la oreja para evitar que pensaran que estaba loco. Hacía frío, aunque Faith no pudiera notarlo, y quizás eso también la trastocaba.

—Se llevaban muy bien, no sé cómo no lo sospeché… —se lamentó.

—¿Cree que llevaban mucho tiempo viéndose?

Mi protegida se encogió de hombros, derrotada.

—No tengo ni idea. Su novio la dejó el verano pasado…

—Y hablando de novios, su ex sigue siendo un potencial sospechoso. ¿Cabría la posibilidad de que pudiera haber contratado a alguien para…?

—¡¡No me importa quién me asesinara!! —rugió de pronto, parada entre los transeúntes que la atravesaban—. Eso no cambiará las cosas…

—Pero le dará paz a su alma —dije despacio.

—Necesito estar sola —exigió en tono beligerante.

—No es posible, señorita Summer. Baltazar podría atraparla de nuevo al saber que está en sus horas más bajas.

—¿Cree que porque he muerto con un pijama que no le gusta soy estúpida? —escupió alejándose de mí. Ya no era la misma de hacía unas horas, cuando se mostraba entusiasmada por acabar con sus asuntos pendientes.

—No, pienso que le arrebataron la vida demasiado pronto y que necesita alguien que le guíe y le preste su ayuda. Como yo.

Resopló, cerrando los ojos para calmarse y miró a su alrededor. La vida no se había parado, a pesar de su muerte. Todo seguía, el ritmo de una ciudad imposible de frenar.

—Íbamos a casarnos…

—Puede que se lo confesara todo un tiempo después. Eso nunca lo sabremos. O sí. Jason está en coma en el hospital, anoche tuvo una parada cardíaca.

Se tapó la boca, asustada. No había dejado de amarlo y suponía que le costaría un tiempo deshacerse de sus sentimientos.

—¿Su alma puede…?

—Quizás la veamos.

Asintió, conforme, y yo respiré aliviado. Había conseguido quitarle la idea esa de estar sola, pues quién sabe qué nefastas consecuencias traería.

—¿Va a llamar a esa mujer? —preguntó en un susurro.

—¿A quién?

—A Deb Lee. Se ve que se atraen, y… lo cierto es que hay química. He visto cómo la mira —reveló, y no pude evitar sonreír ante su ingenuidad. No todas las relaciones entre un hombre y una mujer acababan en relación amorosa.

—Igual que puedo mirarla a usted.

—Siga engañandose a sí mismo —respondió cruzando los brazos, apoyada en la pared de la cafetería—. Y volviendo a mis asuntos pendientes y a mi novio infiel… este domingo habíamos hecho planes previos a San Valentín: comida callejera y unas vueltas en el Golden Carrousel. Me siento mal por el simple hecho de haberlo planeado… ahora me encajan muchas cosas.

Puse los ojos en blanco. No era el genio de los deseos y tampoco sabía a dónde quería llegar.

—Tómese el día libre. A no ser que su amigo el forense o su hija le llame para algo… ¿Sabe? La vida es más fugaz de lo que se imagina, disfrute por mí comiendo un perrito caliente y dando vueltas en el carrusel. Considérelo un pago.

—Ni siquiera he resuelto su caso —advertí. ¿Esa chica estaba de broma? ¿Y qué planes eran esos?

—Digamos que estoy alcanzando la paz. Y el hecho de no sufrir por alguien que me engañaba es un gran avance. Deb Lee trabaja para The Heaven S.A., han dejado de ser enemigos, deben conocerse. Lo exijo por el bien de mi caso, de lo contrario, pediré la hoja de reclamaciones —añadió divertida, con una luz nueva en sus ojos grises y saqué el papel donde escribió sus asuntos pendientes. El nombre de su prometido continuaba escrito, no obstante, una pequeña línea roja había comenzado a trazarse justo encima.

—¿Va a hacer de casamentera conmigo? Me gusta mi soltería y no tengo miedo a las reclamaciones.

—¿Quiere que el nombre de Jason se tache de la lista? Pues esto me ayudaría mucho. Estaré cerca, admirando las vistas. Necesito pensar en muchas cosas… reconstruir y reflexionar sobre todo lo que ha sucedido. Mierda, fui tan ilusa… no vi las señales, las ignoré.

Miré mi reloj sin dar crédito a lo que sucedía. Después de tantos años de profesión, ningún alma me había pedido que saliera a pasar el día con una mujer. Y erguida contra el olvido, se encontraba mi protegida, dejando que el viento despeinase los mechones que salían de su coleta. Algo había cambiado en su expresión, parecía más sabia, y me alegré de que la infidelidad de ese capullo no arruinara todo el trabajo que habíamos hecho con ella.

—Llamaré a la señorita Lee, aunque quizás no le apetezca…

—¡No, de eso nada! Dígale que es parte de mis asuntos pendientes, de lo contrario, no podré subir —interrumpió señalándome con un dedo a modo de advertencia.

—Si nos llama el doctor Gray… acudiremos a su encuentro.

No sellamos nuestro trato con un apretón de manos, en cambio, agaché la cabeza en señal de respeto. Faith Summer me sorprendía cada minuto que pasaba, ya no era la misma que se abofeteaba en mi tienda tratando de despertar. Luchaba con uñas y dientes por conseguir su objetivo, despejando su camino de todos los obstáculos que encontraba. Y no podía sentirme más orgulloso.

****

La agente Lee atendió mi llamada al primer toque y mis esperanzas de pasar el día en soledad se esfumaron. Bueno, estar con un alma cuya muerte violenta seguía sin resolverse era lo más solitario que podía permitirme, pero no, Faith había elegido la opción de romper con su pasado, por decirlo de algún modo. La infidelidad de Jason con una de sus amigas le hizo tomar una drástica decisión. O tal vez quisiera fastidiarme.

Y antes de que pudiera darme cuenta, estaba en la orilla sur del Támesis, paseando con mi paraguas colgado en el brazo. La agente Lee caminaba en silencio, disfrutando de los escasos rayos del sol que perforaban los nubarrones negros que anunciaban tormenta en pocas horas. Sus botas de tacón resonaban en la piedra con cada paso que daba, su gabardina anudada, ocultando el vestido de punto gris que se había puesto.

—Todas mis sospechas estaban en su prometido —gimió frustrada —. Ese disparo en el abdomen… era de risa comparado con el balazo en la cabeza de ella.

—Y que lo digas. Esperaba que él se diera a la fuga del hospital, o algo así. Esto cambia las cosas por completo.

—Puede hablar con su alma, quizás se haya quedado cerca de su cuerpo.

—Si es que Baltazar no ha pasado por allí antes —rezongué esquivando un charco de agua—. Creo que está interesado en su alma.

—A Baltazar le llaman la atención las posibles almas putrefactas y San Valentín. De un tiempo a esta parte, busca distintos perfiles.

—Genial, creo que en este caso hay ambas cosas.

Clavé la vista en el horizonte. Nadie la veía, y mucho menos podían oírla. Sentada en el pasamanos de piedra, con su pijama de tostadas y sus calcetines de aguacate, nos daba la espalda tal vez poniendo en orden sus sentimientos y pensamientos. La traición de Jason había marcado un importante punto de inflexión y una llamativa manera de resolver sus asuntos pendientes. En el futuro, me cuidaría de mirar a mujeres para que no se malinterpretara. Por desgracia, había dado en el clavo. La atracción que sentía hacia la agente Lee se percibía. Siempre me resultó pecaminosa, de sonrisa torcida y voluptuosa y, ante todo, prohibida. Ahora, ambos estábamos en el bando de The Heaven S.A., y mi perversa imaginación me jugaba malas pasadas. Como imaginarla en mi cama, con la espalda al descubierto mientras trazaba círculos sobre ella.

—¿Quiere un perrito caliente? —preguntó distraída. El puesto estaba a pocos pasos y varios niños hacían cola junto a sus padres.

—No, gracias, tengo por costumbre no alimentarme de ese tipo de comida.

Ella sonrió de medio lado, seguramente pensando que era un vejestorio y la visión de su cuerpo semidesnudo en su cama me dejó sin aliento. La mente podía ser el arma más poderosa que existía.

—Disfrutaría más de la vida si se tomara las cosas con calma.

—¿Me ve muy estresado, agente?

Al final, terminé con una de esas salchichas envueltas en pan en una mano y un refresco en la otra. Tendría unas palabras con Faith antes de que subiera. ¿En qué momento le pareció buena idea un plan así? Las familias disfrutaban, los padres se esmeraban en pasar un día entretenido con sus hijos. Aunque también había parejas jóvenes de mejillas sonrosadas y manos entrelazadas.

—¿Hace mucho que trabaja para The Heaven S.A.?

La pregunta me pilló desprevenido. Los agentes no dábamos detalles personales de nuestra vida, ni de cómo empezó todo, y mucho menos del tiempo que nos quedaba cumpliendo servicio.

—¿Y usted?

Las comisuras de sus labios borgoña se elevaron.

—Tanto que he perdido la cuenta.

—No es una caminante común —alegué tras tragar un trozo de pan untado en demasiada mostaza.

—En eso lleva razón. Camino por la tierra, imitándoos, y he conseguido, no solo sobrevivir, sino pasar desapercibida.

Tiré los restos de mi comida con una mueca de asco.

—Sus ojos la delatan, agente. Usted no pertenece a este mundo.

Alcé su barbilla, limpiando con el dedo un poco de kétchup cerca de su boca, y ese contacto hizo que se estremeciera.

—Siempre han sido un problema… —susurró esquivando mi escrutinio—. Llamaban la atención a todas las civilizaciones que he conocido.

Sonreí, victorioso. Una inmortal. Deborah Lee, Debbie para el señor Livingston, poseía la capacidad de vivir eternamente.

—Supongo que en la época actual es más sencillo pasar desapercibida.

Tomé un mechón rojo y brillante entre mis dedos, y su perfume a peonías se coló a través de mi nariz, inundando mis sentidos.

—No es mi auténtico color —se apresuró a decir.

—Lo sé —contesté, ofreciéndole mi brazo para continuar nuestro pequeño paseo.

Y durante un par de horas que me parecieron minutos, escuché atento su relato sobre antiguas civilizaciones nacidas a orillas del Tigris y el Éufrates. Sus ojos, viejos y sabios, viajaron miles de kilómetros con cada palabra. Fascinado, no pude dejar de mirarla, y no estaba dispuesto a perder ese privilegio teniéndola tan cerca.

Aceptaría las burlas de mi protegida con deportividad, pues llevaba toda la razón: la vida era fugaz, demasiado como para pasarla preocupándome por nimiedades.

Faith

Era curiosa la manera en la que mis recuerdos se esfumaban. El nombre de mi colegio, mi primer novio, el viaje de fin de curso de secundaria… las caras se difuminan, las letras de esos nombres formando un borrón.

El tiempo juega en su contra, señorita Summer.

Al agente Hollow no le faltaba razón. El tiempo de más que pasaba en la tierra, nublaba mi memoria. Quizás por eso la traición de Jason había resultado tan poco dolorosa. Y hasta liberadora. No se merecía que lo amara después de la vida o que mi primer pensamiento al despertar allí arriba fuera para él. Las cartas se pusieron sobre la mesa y afronté lo que mi mente me decía a gritos; las pequeñas señales, como las llamadas a horas intempestivas, la confianza de Candy hacia él cuando salíamos de fiesta. Yo misma lo percibí. Y miré hacia otro lado. Porque era mejor estar con un chico guapo con un buen trabajo y un bonito apartamento, que vivir siempre con la cuenta en números rojos.

Al pedirme matrimonio pensé que todo aquello se habría terminado, que fue un desliz sin importancia que podíamos ocultar. Y superar. Pero volví a engañarme a mí misma.

¿Tras la muerte nos volvíamos las criaturas más pasotas de la naturaleza? Desde luego, era un buen mecanismo de defensa.

Si el alma de Jason vagaba por el hospital no me iría sin pedirle explicaciones, aunque, en realidad, era yo quien preparaba un discurso sobre el amor propio y la fidelidad. ¿Valdría para algo? Esperaba que me abriera las puertas de The Heaven S.A. de par en par. Era lo mínimo, necesitaba un descanso con urgencia. No es que

tuviera los músculos agarrotados o me dolieran los pies, pese a estar descalza; sin embargo, una especie de cansancio mental se había apoderado de mí. ¿O es que las almas se cansaban de forma diferente? Levanté la cabeza y el aire frío de Londres me hizo cosquillas. Podría pasarme días mirando el Támesis desde aquella zona del muelle. Los rayos de sol impactaban en el agua, las pequeñas gotas elevándose, creando un arcoíris. Eso sí era un espectáculo de la naturaleza. Me alegraba verlo una última vez y, sobre todo, haberlo disfrutado en vida, aunque fuera con la persona incorrecta.

Busqué con la mirada a la pareja de agentes, sin éxito. La lluvia había dado tregua ese domingo y las familias, parejas jóvenes y pandillas de adolescentes habían tomado el muelle. Las colas en el London eye llegaban hasta el puesto de algodón de azúcar, y las del carrusel le daban la vuelta. Y, entonces, los vi, dando vueltas en sus respectivos caballitos. Ella montaba estilo amazona a causa de su vestido de punto, y él había adoptado una graciosa pose de caballero inglés. Sonreían, ambos perdiéndose en la mirada del otro, en la profundidad de las pequeñas conversaciones que no tenían importancia, pero eran cruciales al principio de una relación. El agente Hollow alargó la mano, y con ternura apartó un mechón rojizo de su cabello para susurrarle algo al oído.

Suspiré, embelesada. Todo era perfecto. Los aromas dulces y salados fusionándose, el tímido sol que nos iluminaba, las risas y las voces alegres. Y me sentí plena y feliz. Irte sin experimentar la felicidad debería estar prohibido.

—Dicen que estas son las mejores vistas de Londres.

Sobresaltada, me giré para ver quién me hablaba.

—Lo siento, no he querido asustarte, solo estoy de paso —dijo un hombre que no pasaba de los cincuenta, con una oronda barriga cervecera y pelusilla clara en la cabeza. Su expresión bonachona y las arruguitas al final de sus ojos claros me recordaban a alguien—. Una visita rápida, como dirían los peces gordos.

—Yo vivía cerca de aquí… se podría decir que estoy de mudanza.

El hombre asintió, cabizbajo, metiéndose las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Mi hija se mudó a Londres hace unos años.

—¿Es feliz aquí? —pregunté sin saber por qué. ¿Y qué más daba? Ese desconocido me veía entre tanta gente.

—Lo fue. Y, aunque ahora esté confusa y no sepa qué camino escoger, sé que elegirá el adecuado.

Un nudo se formó en mi garganta. Una vez yo tuve un padre. Murió cuando yo tenía… ¿doce o trece años?

—Su hija es muy afortunada de tenerlo.

—He pensado en ella todos los días desde que me marché. Disculpa, llevamos un rato hablando y no me he presentado —carraspeó, enderezándose, y su barriga casi me rozó—. Mi nombre es Brian, encantado.

Arrugué el ceño. ¿De qué me sonaba ese nombre? Lo había escuchado en multitud de ocasiones. Sobre todo, a mi madre. ¿A mi madre? ¿O era a mi abuela? Joder, lo tenía en la punta de la lengua.

—Yo… Me llamo Faith.

Su sonrisa se ensanchó, unos hoyuelos se formaron en sus mejillas.

—Es un nombre precioso. Mi hermana se llamaba así —confesó pesaroso, y le di un par de golpecitos en el hombro—. Murió de meningitis, yo era muy pequeño…

—¡Qué casualidad! Mi tía también, solo que no la conocí; al parecer fue una desgracia familiar.

—Y decidí llamar a mi hija así, pero me gustaba llamarla…

—Cachorrita —revelé sin aliento. Una chispa había prendido, mi memoria ya no era una laguna negra—. Te marchaste una mañana a trabajar, y no volviste. Ese coche…

La palma de su mano cubrió mi mejilla, y cerré los ojos. Era su tacto, era él.

—Todavía me parece que voy a cruzar el umbral de nuestra casa… fue muy rápido, cachorrita. No sufrí.

Mis rodillas cedieron, sin embargo, sus brazos me sostuvieron, como cuando aprendí a caminar, o buscaba su consuelo creyendo que había monstruos bajo mi cama.

—La custodio West… ha pedido un permiso especial a los peces gordos, solo tengo unos minutos —explicó pegándome a su pecho—. Eres mi mayor orgullo, Faith Summer, incluso después de morir. Lo estás haciendo bien, cariño.

—Papá…

Las lágrimas me escocían en los ojos. Brian Summer, el hombre de mi vida, cuya pérdida me dejó devastada, había aparecido ante mí. ¿Estaba en The Heaven S.A.? Tenía tantas preguntas para él que no sabía por dónde empezar.

—No cedas al Limbo, Faith, no abandones ahora.

Un cosquilleo me recorrió las entrañas.

—Voy a llegar hasta el final.

Sus brazos me estrecharon, y correspondí con todo el anhelo que guardaba en mi corazón.

—Te esperaré allí arriba —dijo muy bajito, y su imagen se volvió casi transparente—. Soy una especie de holograma, estoy aquí y a la vez no. Queda muy poco tiempo.

—Disfrutemos de las vistas, papá, pronto estaremos juntos.

Sonreí, pensando en la eternidad. Sí, necesitaba descansar.

—Y mira quién más ha venido a hacerlo con nosotros. —Señaló, y seguí la dirección de su dedo, hasta una mujer apoyada en la piedra que contemplaba las aguas con los ojos enrojecidos y un pañuelo de papel arrugado en sus manos temblorosas.

—Mamá…

Levantó la cabeza, como si hubiera escuchado algo que no debía existir. Papá se situó a un lado y yo en el otro. Ella también estaba

en paz con el universo, aunque no supiera exactamente el porqué.

Y una profunda exhalación salió de su pecho.

CAPÍTULO 12

Agente Hollow

Ojeé la lista de Faith en cuanto la vi acompañada de su madre y un desconocido. Por la sangre que manaba de su cabeza, y caía por su espalda, intuí que se trataba de su padre o un familiar cercano. El tachón apareció de la nada surcando el nombre del segundo objetivo. No me cabía la menor duda de que la custodio West había propiciado esa despedida moviendo algunos hilos. Sin embargo, no había conseguido el mismo resultado con Jason. La palabra asesino, el punto número cuatro, nos costaría un poco más. El doctor Gray quedó en llamarme para informarme de las novedades del caso y temía que le hubiera sucedido algo. Ya no era un agente de The Heaven S.A., y poseía información muy útil en todos los aspectos.

La agente Lee tiró de mi brazo. Iluminada por la cálida luz del día era todavía más hermosa. No recordaba el número de vueltas que dimos en el carrusel. Solo podía mirarla, dejar que el tiempo pasara en su compañía. Bueno, también le dije que me gustaría verla en otra ocasión, preferiblemente sin la presencia de ningún alma. Solos los dos para seguir escuchándola, bebiéndomela con la mirada.

—Los enigmas se van resolviendo. ¿No es cierto?

Guardé la hoja en mi chaqueta, deseando que Faith Summer cumpliese con sus objetivos antes de subir.

—Aún quedan un par de cosas, pero creo que vamos por el camino correcto —respondí admirando el paisaje. El muelle se había despejado a la hora de comer, y el sol decidió hacer acto de presencia, a pesar de los nubarrones que anunciaban tormenta para la noche—. Este caso me inquieta más de la cuenta.

—Los del resto de chicas también fueron así. En su mayoría, quedaron sin resolver, otros lo hicieron al cabo de los años, pruebas

nuevas…

—Faith no tiene tanto tiempo.

Agachó la cabeza, apesadumbrada.

—Lo sé. Tengo la esperanza de que… un elemento común resuelva, no solo el caso de Faith, sino el de todas esas chicas.

—El problema siempre es el tiempo. Aunque no para ti —farfullé tratando de descifrar el complejo puzle que tenía ante mis narices, y sus uñas se deslizaron por mi antebrazo, una caricia que casi me hace sisear.

—Incluso para mí lo es, agente Hollow.

Batió las pestañas, el violeta de sus iris hechizándome, y entrelazó sus dedos con los míos.

—Ver el paso de las eras, ser testigo de los avances de la humanidad, de su historia… ¡Eres una privilegiada!

Frenó abruptamente nuestro paseo, dedicándome una mirada de incredulidad. Mi apasionado discurso no le había sentado nada bien y me arrepentí de inmediato.

—¿Crees que eso es un privilegio?

—Culturalmente hablando… posees unos conocimientos que ya quisieran muchos historiadores. No he querido ofenderla, agente Lee.

Esta vez tiré yo de su mano, acortando la distancia entre nosotros, y su respiración se agitó.

—No me ofende, es que… es fácil ver la eternidad desde tu posición de hombre mortal tras haber leído muchos libros. El tiempo también es sinónimo de soledad.

Delineé el contorno de su mejilla de alabastro con suavidad. Qué estúpido había sido. ¿A cuántos seres queridos habría perdido a lo largo de su vida? Cuidaría mi lenguaje en el futuro, Deb Lee no era una mujer cualquiera, sino una inmortal que había vivido demasiado.

—Te pido disculpas, me ha podido el entusiasmo —susurré sin tutearla y ella sonrió. No quería más formalismos absurdos—. Los sentimientos y emociones de una persona tan antigua me vienen grande.

Se mordió el labio inferior, y mi estómago dio una brutal sacudida. Sus pequeños gestos me enloquecían, y había hecho una lista mental de todos ellos mientras montábamos en el carrusel.

—Disculpas aceptadas, Cameron.

Cerró los ojos, su aroma a peonías recién cortadas intoxicando mis sentidos. Ahora era cuando yo debía lanzarme a devorar sus labios sin compasión, pero el destino tenía otros planes para nosotros, y mi teléfono sonó, emitiendo su habitual tono.

—Joder… —mascullé a escasos milímetros de su boca carnosa y sumamente tentadora. Entonces, vi el número de mi hija en la pantalla y mis obligaciones cayeron sobre mí como un jarro de agua fría—. Había quedado con Amanda para que me diera la bata…

Deb se apartó con las mejillas enrojecidas, su generoso pecho bajando y subiendo dentro del vestido de punto que no le podría arrancar, y descolgué la llamada.

—¡Se puede saber dónde estás! —chilló mi hija, y me aparté el auricular. Por un segundo me había quedado sordo—. ¡Eres tú el interesado en… esto! ¡Podrías aparecer, me estoy jugando mucho!

Entendí a la perfección su perorata en clave, y miré mi reloj de bolsillo. Joder. Pasaban quince minutos de la hora acordada, ya estaría en la puerta de la tienda, esperando. Lo había olvidado por completo. Junto a esa mujer perdí la noción del tiempo, y las palabras de Faith cobraron sentido.

—Lo siento, Amanda… he tenido que cumplir una voluntad de mi protegida.

Y no era mentira, de hecho, esta se acercaba a la carrera, con una expresión pacífica en el rostro, y levanté la mano para saludarla. Una luz nueva brillaba en su mirada: estaba casi lista para subir.

—¡Genial! Podrías haber avisado, también tengo vida, ¿sabes?

—Tienes razón, debí avisarte. Si me esperas, estaré allí en veinte minutos…

Aceleramos el paso, todavía agarrados de la mano, esquivando a las familias y a las pandillas de quinceañeros, con la intención de abandonar el muelle.

—Hay… un tipo esperándote aquí también —susurró, y todas mis alarmas se dispararon.

—¿Qué aspecto tiene?

—Lleva un turbante, parece un caballero muy distinguido…

—¡Es el doctor Gray! —exclamé con una sonrisa de oreja a oreja —. Es el médico forense de Faith, un amigo, y un hombre de mi total confianza.

—Pues date prisa, por favor, tengo cosas que hacer. Si me pillaran con esto encima…

Puse los ojos en blanco. Los jóvenes menores de treinta años se preocupaban en exceso por cosas banales.

—Si el gerente del hospital pasa por allí y te pide que le enseñes el contenido de tu bolsa, te recomiendo que le digas que se te ha estropeado la lavadora y que tu padre te lavará tu uniforme aprovechando la visita de los domingos.

—Joder, no hagas que me sienta más estúpida —se quejó, su tono bajando considerablemente. Ser médico y salvar vidas contribuía a padecer estrés.

A mi espalda Faith soltó una risita. Quizás no sabía ser padre, pero podía meterme bien en el papel. ¿O es que acaso era algo que se improvisaba?

—Tengo que irme —anunció Deb soltando mi mano, y no me di cuenta del frío hasta que dejé de sentir su calidez—. Te he distraído demasiado por hoy, no era mi intención.

—¡Qué dice, agente! ¿Cómo va a irse ahora? —exclamó Faith eufórica—. Hacen una pareja increíble, y… ¡seguro que puede

ayudarnos!

—Ya tienes un agente, Faith. Él sabe lo que hay que hacer.

—Serías de gran ayuda, agente Lee —aseguré, tratando de hacer que me mirara—. Contar con tu experiencia es todo un privilegio.

Una inmortal era una valiosa fuente de conocimiento, por no mencionar que su presencia fortalecía mi espíritu.

—Puede que no sea buena idea, no quería inmiscuirme en tus asuntos pendientes, Faith.

—No he olvidado al resto de chicas que murieron en San Valentín, las de los recortes del periódico. ¿Y si resolviendo mi caso se resuelven todos?

—Vamos, agente —insistí enderezándome, intentando que mi estatura, casi igual a la suya, le resultara intimidatoria—. No quiero verme obligado a…

—¿A qué? —preguntó agarrando el chaleco de mi traje para atraerme hacia ella, y aspiré su aroma sin que se notara demasiado —. No sabe si el rango que poseo en The Heaven S.A. es mayor que el suyo. Una osadía así podría costarle… muy caro.

—Si el precio a pagar es… que se resuelva el caso de mi protegida y a la vez tenerla cerca, estoy dispuesto, señora mía.

Faith silbó, y justo cuando estaba a punto de chocar mis labios con los suyos, mi escurridiza inmortal volvió a apartarse. Al parecer, le gustaba jugar conmigo.

—¿Has olvidado que trabajo de infiltrada, agente Hollow?

—En realidad no, aunque imaginé que tu misión se fue al traste en el mismo instante que empezamos a dar vueltas en el carrusel — repliqué, a lo que Faith dio unas palmadas, encantada de disfrutar de ese pequeño espectáculo.

—Eres incorregible y tu protegida ha copiado tus terribles maneras. Me has convencido —espetó divertida la mujer de los ojos violetas, chispeantes y enigmáticos y, silbando, paró un taxi en la misma avenida—. A medianoche nos veremos en el hospital.

—¿No necesitas una bata?

Sonrió de medio lado y aproveché para abrir la portezuela. No es que lo hiciera con todas las damas, sin embargo, mi interés por ella iba más allá de la caballerosidad.

—Tengo mis propios recursos.

Y tras lanzarme un beso, el vehículo aceleró, poniendo rumbo quizás a su refugio.

—Presiento que esto es el comienzo de una gran amistad. Con derecho a roce, por supuesto —afirmó Faith con vehemencia.

No contesté, en cambio llamé a otro taxi para llegar a Camden Town lo antes posible. Quería ser mucho más que un amigo o un compañero de trabajo para Deb Lee, y esa certeza, me asombró a mí mismo. Nunca dar vueltas en un carrusel y comer perritos calientes junto al Támesis había sido tan revelador.

Eleonora

Brian Summer volvió a su lugar de descanso en una torre con vistas al océano. En el ascenso, su alma brillaba, y tuve que taparme los ojos; estaba radiante de felicidad tras hablar con su hija, a la que abandonó de forma precipitada. Para ella resultó una inyección de energía y yo no podía ser más feliz. Los asuntos pendientes de mi custodiada se tachaban según los zanjaba, y esperaba que pronto sucediera lo mismo con el cuarto: su asesino. En The Heaven S.A., esa información era confidencial con el fin de proteger la privacidad de nuestras almas, salvo para la Cúpula. Eso, junto a la causa de la muerte, era «el secreto mejor guardado». Y yo no tenía acceso a tan valiosa información. De tenerla, la usaría para ayudar a alcanzar la paz de mis custodiados. Por lo menos es lo que me hubiera gustado que hicieran conmigo. Aunque, a diferencia de Faith, yo sabía quién me asesinó y, por instinto, me llevé una mano al cuello. Con el paso de los años, las heridas que traíamos fruto de nuestra muerte desaparecían. Sin embargo, era en momentos así cuando la notaba

tan fresca que casi podía paladear el óxido de la sangre. Su caso me había transportado a esa fatídica noche donde yo no era más que una joven debutante ilusionada, con un vestido nuevo, el mismo que llevaría por siempre jamás. Todavía podía ver a mi madre, peinando mi cabello con esmero, a mi hermana, embarazada de su primer hijo, y a mi padre, avivando el fuego de la chimenea.

—¿Se encuentra bien, custodio?

Alcé la cabeza, asustada, como si me hubieran pillado haciendo algo malo y pestañeé un par de veces, recuperando la compostura. Solo estaba en mi despacho, pensando en mi custodiada.

Y en una existencia que ya no te pertenece…

La sonrisa afable del custodio Di Marco se ensanchó.

—Venía a felicitarle por los avances de Faith Summer. Tuvo una gran idea enviando a su padre allí abajo.

Incliné la cabeza con elegancia. No estábamos en el Londres victoriano, pero las almas como las nuestras conservaban sus anticuadas costumbres.

—Gracias, custodio. La influencia de un ser querido es capaz de obrar milagros. Por favor, no se quede en la puerta, venga y caliéntese junto a la chimenea.

La sala de estar de un custodio, contigua siempre a su despacho, adoptaba la forma que su corazón anhelaba, por norma general, su hogar anterior a la muerte. Había entrado en algunas que parecían selvas, templos hindúes o la morada de un samurái; entre otras cosas, porque esa persona lo fue. Todo lo que el sistema de The Heaven S.A. plasmaba en esas paredes, era nuestra esencia. La mía simulaba la biblioteca de la casa familiar, una estancia amplia, con dos ventanales que llegaban al suelo y unas cortinas de terciopelo verde. Igualitas a las que encargó mi madre una vez, mucho tiempo atrás.

Di Marco se ajustó su capa y caminó hacia el butacón libre donde mi padre solía sentarse a leer algún libro de Dumas.

Hasta la mancha del aceite de romero que derramé seguía allí, la mesita de madera labrada que fue parte de la herencia de una tía abuela, y las figuritas de cerámica de mi hermana, puestas en orden sobre la repisa de la chimenea, bajo el opulento retrato al óleo de mis padres, los duques de Wellington.

Un juego de té reposaba sobre la mesa, pero en este no había agua hirviendo ni terrones de azúcar. Simulaba ser mi hogar, y a pesar de que quisieran convencerme de ello, nunca lo sería.

—Parece que fue ayer cuando la conocí. Y, a día de hoy, es una de las custodios más reputadas —certificó con orgullo.

Las almas podían tomar dos caminos en The Heaven S.A.: descansar o trabajar. Esto último significaba ser útil para otras almas, pues la remuneración como tal no existía y tampoco era necesaria. En cambio, yo necesitaba ser útil en aquel momento de mi existencia tras zanjar mis asuntos pendientes. Entré limpia de espíritu, pero el desconsuelo de mi muerte me abrumaba.

—Siempre agradeceré que se ocupara de mi caso y me admitiera como su discípula.

No olvidaría la expresión bondadosa de sus ojos oscuros en aquel momento de necesidad. Me pareció un hombre tocado por la gracia de algún santo, con esa barba poblada entrecana y su sonrisa pacífica.

—Supe que había algo en usted, que podría ayudar a mucha gente.

—En especial a… chicas —agregué ensimismada con los troncos que crepitaban en la chimenea.

—The Heaven S.A. designa los casos de manera sabia, aunque algunos remueven nuestras emociones.

Mis manos temblaron sobre mi regazo y me aclaré la garganta.

—Después de tanto tiempo…

—Consiguen conmovernos —terminó por mí—. Es la grandeza de la raza humana y nosotros, nunca dejaremos de serlo. Esto es una

prolongación de la vida anterior. ¿Es la misma Eleonora del primer día? —negué, cabeceando—. Yo tampoco lo soy. Desperté aquí y he ido creciendo, madurando en alma y espíritu, aunque mi cuerpo ya se descompuso bajo la tierra.

Y era cierto. La vida no se terminaba tras la muerte, pues el alma era inmortal.

—He aceptado la propuesta de Reencarnación —reveló en un susurro—. Naceré en un país del primer mundo, en el seno de una familia acaudalada donde la mayoría de las enfermedades de mi época han sido erradicadas. Al menos, no pasaré hambre.

Esbocé una sonrisa comedida, tratando de disimular mi sorpresa. Ya no volvería a pedirle consejo, ni nos sentaríamos frente al fuego en mi sala.

—¡Eso es una gran noticia!

Asintió con elegancia, alargando la mano para estrechar la mía.

—Gracias. Hace tiempo que barajo esa opción: no deseo permanecer más tiempo aquí, necesito vivir una nueva existencia. Las cosas han cambiado mucho allí abajo, aunque depende de la región.

—Si usted es feliz, yo también.

—Espero que ambos encontremos la felicidad —musitó jugando con la sortija de rubíes de su dedo, un regalo de un noble por una gesta heroica, un recuerdo de su pasado y de todo lo que fue—. ¿Nunca se ha planteado volver a vivir? Las condiciones para la reencarnación de un custodio son magníficas.

Mis labios se convirtieron en una fina línea ¿Cómo podía reencarnar si todavía me dolían cosas de mi vida anterior?

—He leído muchos panfletos… pero no estoy interesada, por ahora.

—Entiendo. Aún es un alma joven, Eleonora, dispone de todo el tiempo del mundo para meditarlo.

—¿Cuándo renacerá? —pregunté abanicándome, no porque tuviera calor, sino por costumbre.

—A primeros del mes de julio; mi nueva madre acaba de conocer mi sexo. Volveré a ser varón —añadió hinchándose de orgullo, y solté una risita—. Ella es una abogada francesa y mi padre un empresario de renombre, de origen italiano. Se han casado hace poco y están muy enamorados. Seré su primogénito.

El brillo en su mirada me conmovió. Era extraño escuchar al custodio Di Marco hablar de padres, sin embargo, ya percibía el cariño en sus palabras hacia esos desconocidos.

—Estoy impaciente —confesó, avergonzado por su entusiasmo—. Mi madre murió siendo yo un bebé. He añadido una cláusula a mi Contrato de Reencarnación, y es que mis padres no morirán jóvenes, sino todo lo contrario.

—Seguimos siendo humanos, mi señor. Y nuestras emociones son la expresión más bella de nosotros mismos.

—La echaré de menos, custodio West. En el canal del parto se pierden todos los recuerdos y eso es lo que más me apena. Supongo, que debo empezar limpio mi nueva vida. Y me gustaría ayudarla antes de marchar.

Fruncí el ceño, interrogante.

—¿Se refiere al caso de Faith Summer?

—En efecto. Me he tomado la libertad de hacer un par de averiguaciones respecto a uno de los sospechosos que maneja su agente. El exnovio de la chica.

Abrí mucho los ojos.

—¿Ha encontrado algo útil?

Chasqueó la lengua, agachando la cabeza.

—Puso fin a su vida tras leer la noticia del asesinato de Faith. Además, estaba ingresado en el ala de psiquiatría del hospital. No pudo ser el asesino.

Esa alma pasó a ser propiedad del Limbo, pues los suicidas eran un asunto pendiente a gran escala y la entrada a The Heaven S.A. les estaba totalmente prohibida. El agente Hollow fue muy insistente con ese joven. Pero no. Mi intuición me lo dijo a gritos.

—Una interesante forma de redimir los pecados que cometió contra mi custodiada. Justicia divina —escupí, dejando que la rabia borboteara en mi interior.

—Has conectado con Faith Summer y eso dice mucho de ti, Eleonora —afirmó tuteándome, algo que en raras ocasiones se permitía al ser un custodio de mayor rango.

—No entiendo por qué ahora…

—Ya te ha pasado antes —advirtió con una sonrisa diminuta asomando a través de su barba poblada—. No obstante, ahora es distinto.

—No soy la misma desde que llegué aquí —me defendí.

—Tienes razón, eres mejor —aseveró elevando la barbilla—. Pero hay algo que te preocupa en exceso, y me temo que no es solo tu custodiada.

De haber tenido sangre y pulso, este último se me habría acelerado, y lo primero, se me habría agolpado en las mejillas.

—Es normal desarrollar sentimientos hacia los agentes. Somos humanos y, de alguna forma, estamos enamorados de ellos, pues representan lo que fuimos una vez. Debes tener claros ciertos conceptos, de lo contrario, podrías sufrir mucho.

—Yo… yo nunca…

Levantó una mano, pidiéndome que parara.

—No es necesario que me dé explicaciones, custodio, no le estoy recriminando nada.

—Nunca pensé que pudiera sentir algo por un hombre después de lo que me… sucedió —mi voz se convirtió en un susurro hasta romperse en la intimidad de la biblioteca.

—Lo sé, querida. Si elige la posibilidad de reencarnarse… puede enamorarse de nuevo. Le aseguro que es una de las cosas más bellas que existe.

—Quizás… algún día —musité, y la imagen del agente Hollow se materializó en mi mente. Un caballero inglés, sarcástico y testarudo con un corazón de oro. Era más que una utopía para mí.

Permanecimos en silencio unos minutos u horas. Era complicado cuantificar el tiempo en The Heaven S.A., hasta que, con gesto decidido, se despidió para terminar de ordenar la documentación de sus custodiados más recientes.

—Por cierto, he visto que esa mujer ha entrado en la investigación de su custodiada —reprochó de manera sutil, apoyado en el marco de la puerta. No me cabía la menor duda de que se refería a Deb Lee—. La Cúpula no lo desautoriza, pero no les gusta. Deshágase de ella lo más pronto posible.

—Es una agente infiltrada en el entorno de los cazadores…

—Es mucho más que eso —reveló disgustado, sus facciones endureciéndose—. Los de su clase creen que pueden volver aquí arriba. La Cúpula se encarga de mantenerlos entretenidos con absurdas misiones. Al menos le arrancaron el útero antes de que tocara tierra, así no se reproducirá.

Hice una mueca desdeñosa a lo que el custodio Di Marco se apresuró a hacer una reverencia y largarse. Si la Cúpula pensaba así, tal vez nuestros ideales no fueran en la misma corriente.

Suspiré, cerrando los ojos para aliviar el caos de mi alma. ¿Quién era en realidad esa mujer? ¿Quién asesinó a mi custodiada? ¿Por qué el agente Hollow sacudía los cimientos de mi existencia? Las preguntas se amontonaban en mi cabeza y, de inmediato, me levanté, dispuesta a pedir permiso de nuevo para bajar.

Faith Summer era mi única prioridad, el resto, podía esperar.

CAPÍTULO 13

Faith

El agente Hollow guardaba un hervidor de agua, té, azúcar y algunas pastas en la trastienda, y preparó un refrigerio tardío para su colega el doctor Gray, mientras yo deambulaba entre las estatuas de mármol envejecido. A cuatro días de San Valentín sentía que mis asuntos pendientes se resolvían. Compartí con mis padres un espacio breve de tiempo que acabó convirtiéndose en un bucle eterno, reconfortando mi alma. Lo mismo sucedió con mis amigas. Fui afortunada de poder tenerlos a todos, de vivir con ellos. Estaba preparada para seguir con mi existencia en otro lugar.

Bueno, no exactamente. Quedaban un par de cosas por resolver.

—¿Hay noticias nuevas sobre mi caso, doctor Gray? —pregunté en alto, leyendo las tapas de los ajados y polvorientos libros de las estanterías—. ¿La policía tiene algún sospechoso?

—Por ahora, nada, ni siquiera el móvil del crimen.

—¿El móvil?

—Sí, se trata del objetivo que se pretende alcanzar con su asesinato. ¿Por qué alguien querría matar a una chica de menos de veinticinco años que desayunaba con su prometido con total tranquilidad? No ha sido un robo, pues, según comentan, todo está intacto en vuestro apartamento.

Bufé en respuesta. Eso mismo me preguntaba yo. Uno no entraba en un apartamento cualquiera armado con una pistola que… claro, la escondía en el ramo de flores, yo vi de soslayo el cañón saliendo de entre las rosas.

—¿Podría ser un crimen pasional?

La pregunta del agente Hollow fue como bajar a la realidad. No, no solían entrar desconocidos en las casas ajenas y, por supuesto, todo tenía una finalidad.

Dejó la bandeja con la tetera en el mostrador y le sirvió un té a su amigo. Parecía cansado, pero las comisuras de sus labios tiraban hacia arriba, puede que recordando el bonito día que había pasado con la agente Lee. Sus mejillas se colorearon por el sol, y me quedé a un lado, observándolo mientras ojeaba la bata de médico que su hija le había traído del hospital.

—Todas las pesquisas están abiertas —insistió el forense, cuya actitud comenzaba a molestarme. ¿Para qué venía entonces si no podía ayudar?

—Mi prometido tenía una aventura con una de mis amigas. Creo que podrían investigar a partir de ahí.

Me crucé de brazos, molesta, y el agente Hollow sacó su pipa y su tabaco, pensativo.

—Hay algo que no entiendo. Si Jason era su prometido… ¿Por qué no tiene un anillo? A las mujeres se les regalan esas cosas, ¿no?

La chispa prendió en mi cabeza: me regalaron un anillo con un brillante rosa en forma de corazón, y rápidamente extendí mis manos, revisando una y otra vez cada dedo.

—Esa mañana… lo había dejado en mi repisa del baño. ¡Joder, es verdad! Iba a llevarlo a arreglar esa tarde.

Los recuerdos, algunos inconexos o exactos, se presentaban en mi mente formando una confusa diapositiva hasta que conseguía entrelazarlos unos con otros.

—La policía puede haberlo dejado en su lugar —sugirió el agente Hollow encendiendo su pipa, y ese Gray asintió, no muy convencido.

—Tal vez… si comprobamos que está en el apartamento, conseguiremos arrojar luz sobre el culpable. Debe de haber alguna forma de… —Me tapé la cara, derrotada. ¿El pistolero se había evaporado por arte de magia?

—El alma de Jason, el comatoso, es quien tiene la llave para resolver este misterio. ¿Los agentes le interrogaron?

El doctor suspiró dejando la taza en el mostrador con suavidad.

—Sus declaraciones fueron un puñado de balbuceos. No dijo gran cosa, y tuvo que ser atendido por el personal de enfermería. Sufrió un ataque de ansiedad.

—Vaya, las emociones fuertes no son lo suyo. O quizás sea su conciencia. ¿Qué piensa, señorita Summer? ¿Cree que Jason planeó su asesinato?

Un par de días atrás, esa pregunta me habría escandalizado, horrorizado y, con toda seguridad, le habría respondido al señor Hollow con improperios. El hombre al que más amaba, con el que uniría mi vida en matrimonio, ¿conspirando para matarme?

—Ya no sé qué creer. Creía que conocía a Jason… y me equivoqué. También que al morir se acababa la partida, y menuda sorpresa me he llevado.

—Lo sé —suspiró, dándose golpecitos en la barbilla con su pipa, y el doctor Gray miró su taza de porcelana, como si el contenido fuera un misterio por resolver—. Necesito que reconstruya los dos minutos previos a los disparos. Comprendo que su mente no es la misma, entre otras cosas debido al impacto de la bala que atravesó su cerebro. Pero creo que… se encuentra en el punto perfecto para hacer memoria, aunque duela.

—Hacer memoria, aunque duela… —murmuré con la mirada perdida—. Me acuerdo, y a la vez no. Jason llegó con *donuts* y café; el primer regalo de San Valentín, hasta llegar a siete.

—¿Siete regalos? —inquirió el doctor.

—Sí, eso he dicho. Vi el ramo de flores… y pensé que formaba parte del regalo.

—El ramo que portaba un desconocido, que se internó en vuestro apartamento sin ser visto.

Asentí. Lo recordaba. Bueno, a medias. Todo se volvía más confuso según pasaban las horas en la tierra.

—Escuché ruido en la entradita…

—¿Jason miró a ese desconocido o desconocida? —preguntó el agente Hollow—. Porque si él también lo vio…

—No se encontraron rastros de flores o pétalos en el apartamento —intervino el doctor Gray con el ceño fruncido.

—A no ser que se trate de una ilusión.

El agente Hollow alzó la cabeza para mirarme, en sus ojos castaños brillaba una sincera preocupación, y el temor de que algo más grande de lo que imaginaba pudiera estar detrás mi asesinato.

—Antes de Jason, nadie me había regalado flores. Era muy detallista —confesé, y mi voz se convirtió en un susurro cargado de nostalgia—. Tulipanes amarillos, orquídeas, margaritas, flores de pascua teñidas de rosa… pero nunca rosas rojas. Y ese ramo era formidable. Calculé que serían unas dos docenas. Jamás había visto algo tan bonito…

—Unos segundos después, cayó al suelo, ¿cierto? —repuso el agente, y me fijé en que unas gotas de sudor perlaban su frente, y tensionaba la mandíbula en exceso. Se hallaba ante el posible clímax de mi historia—. Pero, primero, vio las rosas. ¿Qué hizo?

—Alucinar… de reojo vi algo sobresalir de las rosas… —continué tratando de encajar mi confuso relato.

—¿Y qué hizo Jason?

Me mordí el labio inferior, frustrada. ¿Fue ahí cuando me dispararon?

—No lo recuerdo…

Sus ojos verdes, intensos y brillantes, rebosantes de amor, al igual que su sonrisa.

—Vamos, señorita Summer, ¿Jason no hizo nada?

Sentí que algo tiraba de mí desde abajo, y apreté los dientes, hasta que me pareció que rechinaron.

—Su tiempo se agota… —farfulló la voz del doctor Gray—. No siga presionándola, amigo mío.

—Es necesario. ¿Jason vio las flores? ¿Hizo o dijo algo los segundos previos a su muerte?

Chillé, agarrándome al mostrador de la tienda, y la tetera cayó al suelo, haciéndose añicos. No, mi tiempo en la tierra no había acabado, aún me quedaban cosas por resolver. Una corriente de aire frío me golpeó y mis pies fueron engullidos por la oscuridad.

—¡Agente Hollow!

—¡Eres más fuerte de lo que piensas, Faith! ¡No dejes que el Limbo te absorba! ¡Necesitas tus últimos segundos con Jason en esta vida!

Mi estómago dio un doloroso vuelco, y las lágrimas me escocían en los ojos. ¿Dónde estaba?

Jason, Jason, Jason, Jason…

La ilusión por nuestro futuro enlace, los vestidos de novia en el ordenador, el chocolate caliente de la taza que casi derramo, el azúcar glas de los *donuts* que trajo, San Valentín, un ramo gigante de rosas rojas, sus nudillos deslizándose por mi mejilla en cuanto lo vi…

—¡¡Feliz San Valentín, cariño!!

Caí de rodillas, el remolino negro deshaciéndose igual que la niebla hecha jirones.

Feliz San Valentín, cariño.

Algo impactó en mi sien y mi visión se nubló, como si me apagara. Lo más extraño, es que, por alguna razón, supe que había muerto.

Ese fue mi último pensamiento antes de que todo acabara y despertara ante un edificio de cristal, sobre una nube.

—Lo ha hecho muy bien, señorita Summer —susurró el agente Hollow, apesadumbrado por el descubrimiento—. Lamento mucho que haya vuelto a rememorar su muerte. Cada vez estamos más cerca de descubrir quién lo hizo y, de alguna forma, Jason participó. ¿Está preparada?

Feliz San Valentín, cariño…

—Aunque duela —respondí tras unos minutos que resultaron una eternidad. El aire se onduló a mi alrededor; no, era mi alma que se expandía, a punto de liberarse de sus asuntos pendientes.

Agente Hollow

Amanda cambió su turno para acompañarnos en nuestra misión, puede que por miedo a que algo saliera mal. Y sí, podía salir mal, era cuestión de probabilidad y estadística. En un lugar como el hospital Saint Thomas, no muy diferente al resto de los hospitales a lo largo y ancho de la tierra, confluían numerosas almas. Unas bajaban para nacer y otras subían para disfrutar de un merecido descanso eterno. Y esperaba que la de Jason estuviera por allí para interrogarlo. No sabía qué pensaría la custodio West, pero, bajo mi criterio, siempre fue el sospechoso número uno. Y no descartaba una segunda visita al Starbucks de la tercera en discordia: Candy, la amante. ¿Podría estar implicada en el asesinato de Faith? No era descabellado pensar que, quitándola de enmedio, ella haría su vida con ese Jason. Lo que no me cuadraba era la parada cardiorrespiratoria que sufrió de madrugada. Algo se nos escapaba de las manos. ¿Había alguien con él en su habitación? ¿Recibió una visita inesperada? Lástima que no le proporcionaran más datos a Amanda.

—¿Y dices que sus familiares ya han llegado?

—Se supone que en unas horas tocarán suelo británico —repuso Amanda ojeando varias historias clínicas. Como traumatóloga, podía

entrar y salir con total libertad de la unidad de cuidados intensivos, y yo con ella—. Si te preguntan, vienes de la universidad de Harvard y estás participando en un estudio sobre células madre, ¿de acuerdo?

Me miré en el espejo de medio cuerpo, practicando mi mejor pose de doctor americano. La bata me quedaba mejor de lo que imaginaba. Faith seguía a un lado, con la mirada perdida. Rememorar tu propia muerte no era agradable, y que la persona a la que amabas estuviera involucrada, menos todavía.

—¿Está preparada?

No respondió, y volví a formular la pregunta, haciendo que Amanda levantara la cabeza de sus documentos.

—¿Va todo bien?

—Sí, es solo que… está afectada.

Chasqueé los dedos ante sus narices, y solo así despertó de su ensoñación, sin embargo, no era la misma de unas horas atrás.

—Necesito mi anillo —dijo al fin con un hilo de voz—. Mi anillo de compromiso, el que dejé en el baño.

—Puede que ni siquiera siga allí, que la policía se lo llevara como prueba o incluso que tu madre lo haya…

—¡¡Quiero mi anillo de compromiso!!

Amanda abrió la boca, lívida.

—¿Es… ella?

Asentí, y di un paso hacia Faith, que crispaba los puños. Si las almas se enfurecían lograban hacerse oír para aquellos más sensibles.

—Recuerde sus asuntos pendientes. Está a punto de lograrlo. ¿Quiere caer en una espiral de oscuridad y olvidar a los que la quisieron?

Su barbilla tembló, sus ojos vidriosos enfocándome, confundidos y asustados.

—No sé qué me ha sucedido, agente Hollow… Tengo miedo.

Me aclaré la garganta, tomando una de las carpetas que me pasaba Amanda, la cual formaría parte de mi disfraz de doctor. El tiempo se escurría entre los dedos de Faith, el Limbo la reclamaba, y no sabía cuántas horas le quedaban.

Recorrimos los pasillos en la penumbra del hospital sin cruzar una palabra. Prefería mirar al frente, fingiendo que era un reputado doctor especializado en el estudio de células madres y algo más que había mencionado mi colega e hija. Algunas almas salían de las habitaciones, desorientadas, preguntando a voces qué había pasado, hasta que una fuerte corriente los absorbía. Y resultaba incómodo que todos se fueran en tropel a buscar una ayuda que no podías prestarles. Las respuestas llegaban, y The Heaven S.A. recolectaría sus almas. O no, pues a algunas se las tragaba la tierra sin opción a réplica.

Inferno…

—Espero que todo salga bien —murmuró la doctora Appleton. Haría bien en seguir llamándola así y no solo en mi cabeza—. Creo que este caso se te ha ido de las manos.

—Tienes razón. Aunque, en mi defensa diré que la situación es complicada. La policía no ha conseguido ninguna prueba, ni tiene un sospechoso.

—Eso es muy raro.

—Lo sé. El hombre que viste esta tarde es el médico forense de su caso, es quien me pasa la información —confesé bajando el tono pese a que nadie podía oírnos frente al ascensor. La calma se había adueñado de las plantas del hospital pasada la medianoche, no siendo así en Urgencias, donde los profesionales corrían como si no hubiera un mañana.

—Búsquese un buen contacto —refunfuñó Faith a mi espalda, y brinqué del susto. Había olvidado por completo que seguía con nosotros—. ¿No conoce a ningún investigador?

—Por norma general, no les caigo bien. El doctor Gray es de mi total confianza, fue agente de The Heaven S.A., y nos conocemos

desde la universidad.

—¿Está seguro? —insistió cuando las puertas del ascensor se abrieron, sin nadie en su interior que pudiera escucharnos—. No ha aportado nada salvo objeciones.

—Hace muy pocos días que se cometió el asesinato, la investigación debe seguir su curso. Paciencia —añadí pulsando el botón que nos llevaría a la quinta planta.

—Dígaselo a esa espiral que me absorbe de vez en cuando.

El Limbo. Amanda me miró de soslayo, emitiendo una tosecilla.

—Doctor Hollow, cíñase a lo que hablamos.

Una voz nos indicó que habíamos llegado a nuestro destino y, al salir, choqué con alguien que también vestía de blanco. Amanda se apresuró a disculparse y Faith soltó un grito de alegría.

—¡Agente Lee!

Mi carpeta había caído al suelo, y ambos nos agachamos para recogerla, junto con los papeles desperdigados. En su bata, cosido a máquina con hilo azul marino, se leía «Doctora Standford».

—Veo que tienes muchos recursos —susurré, y mis dedos rozaron los suyos, provocándome un escalofrío. Había pasado el resto de la tarde tratando de no pensar en su aroma, en su sonrisa. Una tarea difícil, desde luego.

—Yo la conozco… hay una placa con su foto en el ala de obstetricia —comentó Amanda entrecerrando los ojos, estudiando las facciones de la agente—. Decían que se fue del hospital a finales de los ochenta y que el color de sus iris era…

—Violeta —terminó por ella—. Trabajé hace un tiempo aquí, doctora Appleton.

—Hasta que su inmortalidad se lo permitió —agregué fascinado por la versatilidad de aquella agente de The Heaven S.A.

Enfilamos el pasillo, tres batas blancas y un alma en pijama que no paraba de parlotear, entusiasmada por la nueva pieza que entraba en juego dentro de aquella partida.

—La mayoría del personal con el que trabajó está jubilado, pero su leyenda perdura en este edificio. —Rio mi hija casi sin poder creerlo, lanzándole miradas nerviosas—. Todos hablaban de que no poseía ni una sola arruga, como si el tiempo no pasara por ella. Y resulta que también trabaja para… ya sabes.

La agente Lee arrugó la nariz. Sus botas, esta vez sin tacón, seguían resonando en el suelo anunciando nuestra llegada por si nadie se había enterado aún.

—Es importante mantenerse entretenido para no caer en locura —suspiró, admirando los pasillos, analizando a las enfermeras que los recorrían con una bandeja hasta arriba de bolsas de suero—. El problema es permanecer en el mismo sitio demasiado tiempo. Al final, puedes levantar sospechas.

Un cartel nos indicaba dónde nos encontrábamos. Se trataba de la Unidad de Cuidados Intensivos, así rezaban las siglas sobre la puerta. Amanda marcó un código en uno de esos aparatos de seguridad y, por un segundo, desvié la mirada a la sala de espera que había enfrente. Allí se reunían varios familiares, cabizbajos, bebiendo a sorbos comedidos un café frío, de esos de las máquinas expendedoras. Esperaban noticias, conservaban un hilo de esperanza. La vida y la muerte se mezclaban de manera escandalosa en un hospital y, tras tantos años, no dejaba de sorprenderme.

—Por favor… Ahora dejadme hablar a mí —susurró Amanda, quien no estaba muy convencida de la aparición de la doctora Standford. Notaba su preocupación, pese a la sorpresa inicial.

El olor a lejía se incrementó a medida que caminábamos y miré en todas las direcciones. La Unidad de Cuidados Intensivos se componía de más unidades en su interior, dependiendo de la patología o la gravedad.

—¡Allí están, agente! —exclamó una voz que me era familiar, y al girarme, comprobé que era Baltazar, con su cabello azabache engominado y un abrigo de piel, acompañado de un policía corpulento —. ¡Esos dos no son médicos! Los he visto merodeando por aquí muchas veces, creo que son de una secta…

Faith gritó, asustada, y la agente Lee me agarró de la mano, y echamos a correr. No pude ver la cara de Amanda, todo se había torcido y escapar era primordial; quizás fuera una ilusión, pero ese tipo vestido de policía parecía muy real, y no quería dormir en el calabozo. Chocamos contra un carrito de la limpieza, dando un susto de muerte a la señora que lo arrastraba, y el agua del cubo para fregar se derramó por el pasillo, haciendo resbalar a Baltazar. Su acompañante se deslizó por el suelo con maestría y una macabra expresión en su rostro.

—¡No es real! —exclamó la agente Lee esquivando a un grupo de sanitarios ataviados con uniformes azules. Los pasillos de la unidad se estrechaban, y evitamos las zonas donde los pacientes permanecían conectados a diversas máquinas. Jason estaba en uno de esos boxes, y no tenía ni idea de en cuál—. ¡Esto es cosa de Baltazar!

Faith frenó en seco con sus calcetines de aguacates. No se habían mojado, y nunca lo harían, ella ya no pertenecía al plano de los vivos.

—¡Iros! Buscaré a Jason por mi cuenta.

El supuesto policía se difuminaba, sus cejas desaparecían, las mejillas regordetas y rojizas derritiéndose como si alguien hubiera puesto la calefacción al máximo.

—¡Faith!

—No, agente Hollow, estos son mis asuntos pendientes —declaró con serenidad. Vivió veintitrés años en el mundo de los vivos, y la muerte le había otorgado sabiduría y conocimientos nuevos—. Ya es hora de que me ocupe de ellos.

No hubo réplica para tan certeras palabras, era incapaz de pensar con claridad. Baltazar salió de la nada, riéndose a carcajadas. Los pasillos de la UCI se quedaron extrañamente despejados, y me pregunté si no sería obra suya.

—Siempre supe que había gato encerrado contigo, Debbie —dijo burlón—. Livingston estaba ciego, pero eso se acabó.

Esta dio un paso al frente, desprendiéndose de mi mano.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quieres fracturar el equilibrio en un lugar como este?

Un flujo de energía de esas magnitudes afectaría a las almas que todavía moraban en sus cuerpos. Y eso sería una hecatombe que The Heaven S.A. difícilmente podía arreglar. Una punzada de dolor me atravesó las sienes; la energía en esas dosis pasaba factura a los caminantes.

—Por el momento, quedarme con su alma —proclamó triunfal, señalando a Faith que lanzó un grito de horror.

—Te exijo que te detengas, no cazarás en este hospital, Baltazar.

—Oh, Debbie, estás muy equivocada. Tú no mandas sobre mí, esto sigue quedándote grande —escupió—. Te expulsaron de ahí arriba. Lo sé todo sobre ti, siempre lo he sabido. El alma de Faith Summer pertenece al Pandemónium S.L., así que no te hagas la valiente y apártate.

—Lo que haces se llama piratería, amigo —intervine ajustándome el cuello de mi bata de médico. Esa parte de la burocracia de The Heaven S.A. era la que más me gustaba—. Esta alma no es tuya ni de tu absurda asociación que trafica con ellas. Solo hay tres lugares a los que puede ir a parar mi protegida, y el Pandemónium no es uno de ellos.

Se pasó la lengua por los labios, clavando sus ojos negros en Faith.

—Pronto se establecerá un nuevo orden, y el Pandemónium S.L. será un recolector de almas más. ¿Creéis que nos íbamos a quedar mirando cómo os repartís el pastel durante toda la eternidad?

Entonces, escuché el desgarro de la tela, y los ojos de Baltazar casi se salen de sus órbitas. Y hasta los míos.

—Agente Lee… —farfulló Faith, maravillada al ver las alas emplumadas y grises que salieron de la espalda de esta.

—No cazarás en este hospital, Baltazar —insistió con vehemencia y abrí la boca, sin poder creer lo que veían mis ojos.

El cazador comenzó a sudar, su enorme abrigo no ayudaba, ni tener un ángel enfrente, cuyas alas llenaban aquel pasillo de la UCI.

—Cuando el chico muera… vendré a por su alma y por la de Faith Summer, y no podrás evitarlo.

Baltazar giró sobre sí mismo, y una nube negra lo envolvió. Las alarmas antiincendios saltaron, al igual que las voces aireadas y los gritos de terror, y busqué con la mirada todas las salidas posibles antes de que una muchedumbre nos rodeara. Otra punzada en la cabeza me sobrevino; la energía oscura de Baltazar se había concentrado a mi alrededor y amenazaba con hacerme perder el equilibrio.

—Tranquilo, esos solo ven lo que quieren ver. Además, hace un buen rato que están bajo una ilusión.

Sacudió las alas y varias plumas cayeron a sus pies.

—Lo sabía, agente Lee, sabía que había algo más… —dijo una y otra vez mi protegida. No salía de su asombro y, lo cierto es que yo tampoco.

Una sonrisa triste tiró de sus labios borgoña. Evitaba mi escrutinio, ocultándose con sus alas, y, deliberadamente, acaricié una de sus plumas que, con la luz halógena del techo, parecían plateadas.

—Así que eres un ángel.

—Caído —añadió sin rastro de pena o resentimiento. Imaginaba que después de una eternidad, lo había asumido—. Debo irme antes de que se desvanezca la ilusión. Y vosotros, tenéis un asunto pendiente que zanjar.

Me sentí ridículo con mi bata de médico al lado de esa mujer, sin embargo, por alguna razón supe que le gustaba mi disfraz.

—Ojalá estuviera viva para llamar a mis amigas y contarles todo esto. ¿Eres mi ángel de la guarda? Pensaba que eso no existía.

Batió sus alas un poco, desatando un pequeño vendaval de aire que la levantó del suelo un par de palmos. Sus ojos violetas dejaron de ser un enigma, ahora, me parecía que daban armonía a su ser.

—Solo soy una figura angelical fascinada por los caminantes y su efímera existencia. Eso es lo que hace que yo esté aquí —respondió encogiéndose de hombros alejándose cada vez más y, de repente, todo empezó a darme vueltas. Lo último que vi antes de caer al suelo fue a Amanda, mi hija, pálida y asustada, corriendo en mi dirección, y tanta gente vestida con uniforme azul por los pasillos que me fue imposible contarlos.

CAPÍTULO 14

Faith

El agente Hollow perdió la consciencia, y ya no había rastro de Baltazar ni de su policía de pega. Tampoco de la agente Lee, que se marchó batiendo sus alas grises, un maravilloso espectáculo que nunca creí que vería, ni siquiera que existiera. Los sanitarios salieron al pasillo confusos, sin saber muy bien lo que había ocurrido y varios se lanzaron a por el supuesto doctor que se hallaba en el suelo, junto a la doctora Appleton, que le daba golpecitos en la cara. Para distraer la atención de todos ellos, pateé un carro de esos de acero con útiles de enfermería y, del estruendo, dos chicas que estaban al lado chillaron atemorizadas, y la doctora Appleton pudo alejarse con su padre, al cual llevaba a rastras.

Perfecto. No necesitaba a mi agente para pedirle explicaciones a Jason, solo un poco de intimidad.

Feliz San Valentín, cariño.

Dios, ¿y si la sorpresa se le fue de las manos? A él también lo hirieron. ¿Dónde diablos encargó esas rosas? Una parte de mí no quería creer que Jason tuviera algo que ver con mi muerte. ¿Qué podía sacar de aquello? Yo no era una anciana adinerada ni había firmado un seguro de vida.

La Unidad de Cuidados Intensivos era más grande de lo que en un principio imaginé, clasificada por letras según las patologías. Lo que significaba que también había mucha gente pululando por allí a esas horas de la noche, con la ropa ensangrentada o profundas heridas en su abdomen. Algunos sobrepasaban los cincuenta, otros daban vueltas vestidos de ciclistas, pidiendo explicaciones en un lugar donde nadie podía verlos. Sentí una profunda compasión por

ellos. Estaban varados, en tierra de nadie. Todavía no habían muerto, aunque tampoco se podía decir que estaban muy vivos. Pero la cara de Jason no se encontraba entre ninguna, ni sus ojos verdes y luminosos. De hecho… ¿eran verdes? Joder, empezaba a fallarme la memoria. ¿Cuántos días habían pasado desde que morí? Supuestamente, mis recuerdos se borraban a medida que transcurrían las horas en la tierra. Joder, todo esto era muy raro. Mi percepción, mi pensamiento, mis emociones… todo había cambiado. Excepto mi pijama y mis calcetines.

—Te veo un poco perdida, Faith —dijo una voz muy familiar a mi espalda. Era la custodio West, y reprimí el impulso de abrazarla. Ver una cara amiga en ese mar de gentes solo podía significar que no estaba sola—. Me da la impresión de que he llegado tarde, ¿no es cierto?

—El cazador se largó en cuanto vio las alas de la agente Lee. ¿Sabías que era un ángel?

—Sí. He hecho unas averiguaciones antes de bajar… y lo cierto es que esperaba algo parecido —respondió cerrando su sombrilla de encaje y emprendimos la marcha por la UCI agarradas del brazo, como si estuviéramos paseando por la campiña inglesa en primavera —. Muchos ángeles cayeron al principio de los tiempos, se les expulsó de The Heaven S.A. por… discrepancias con el recolector de almas.

—¿Y ya no pasa eso?

—Cada vez con menos frecuencia, aprendieron la lección.

Fruncí el ceño, extrañada.

—¿A no discrepar con el recolector?

—Un ángel es un ser demasiado poderoso, y una revuelta angelical en The Heaven S.A. rompería el equilibrio, teniendo en cuenta que este es muy precario.

Una mujer con el tórax abierto chocó contra nosotras, ella no se dio cuenta de nada. No dejaba de farfullar algo sobre su hijo y su perro, que estarían solos en su apartamento, esperando su llegada

para preparar la cena. ¿Por qué la vida se acababa de forma tan abrupta? ¿Por qué solo hacía falta un segundo para que todo se fuera al carajo?

—¿Y qué se supone que hizo? Tuvo que ser muy grave si no la han perdonado todavía.

—Eso es parte de la historia de la agente Lee.

—Entonces, cuéntame la tuya, Eleonora. Quiero dejar atrás los secretismos de The Heaven S.A. y que esto sea una especie de charla de amigas.

Su risa sonó como el tintineo de un cascabel. Lástima haber muerto con un pijama *kawaii* y no con un vestido del siglo xix.

—Los secretos a veces nos protegen, Faith. Mi pasado es una parte de mi historia, rememorar la muerte no es agradable… pero, por eso mismo soy quien soy hoy en día.

—Te confieso que pensaba que eras un ángel. Tu vestido, los guantes, la sombrilla… ¿En qué año moriste?

Desvió la mirada hacia la hilera de camas, separadas por paneles de cristal. No tenía ni idea de cómo habíamos llegado hasta allí, pero no quise mirar a los enfermos que luchaban con uñas y dientes por su vida. No estaban solos, unos ángeles sin alas ataviados con mascarillas y uniformes azules se afanaban por darles los cuidados necesarios. Una lucha a contrarreloj por seguir en la tierra.

—Entre 1856 y 1864. No es mucha diferencia, lo que pasa es que ya no recuerdo la fecha exacta. Era… mi puesta de largo, mi presentación oficial en sociedad —reveló con cierta nostalgia, y una sombra oscura pasó por sus ojos azules.

—Entonces… no tenías más de dieciocho años. Técnicamente, soy mayor que tú.

—Diecinueve —corrigió veloz, encogiéndose de hombros. Ese detalle no había podido olvidarlo, y pese a su rostro aniñado, daba la impresión de ser una mujer madura y sabia—. Recuerdo las flores, la música, los entrantes que había preparado el servicio para los

invitados… todo debía salir a la perfección. Mis padres estuvieron meses planeándolo. Y de nada les valió, no salí de mi fiesta con la proposición de un duque.

—Y… bajaste de nuevo. Igual que yo.

Una voz se alzó por encima del resto al grito de «¡Parada!». Máquinas que no dejaban de emitir luces y pitidos, médicos corriendo y enfermeros y enfermeras preparando el instrumental para dirigirse al box seis. Allí, el alma de una mujer que rondaba la treintena se abrazaba a sí misma entre espasmos y llanto. En sus labios leí una plegaria a Dios, y aparté la vista. No deseaba conocer el resultado cuando ni siquiera podía controlar mi extraña situación o desbordaría.

—Exacto. Necesitaba resolver mis asuntos pendientes.

—¿Y averiguaste quién te asesinó? —inquirí, maldiciendo el hecho de escribirlo en mi jodida lista de asuntos pendientes.

—Lo vi mientras lo hacía, Faith. Conocía la identidad de aquel que acabó con mi vida.

—Cielo santo… ¿Ocurrió en tu fiesta?

—Salí a los jardines de mi propiedad con el hijo de un adinerado empresario —dijo al cabo de unos segundos. Sonaba lejos de mí, aunque estuviera cerca—. Habíamos bailado un par de piezas, charlamos y descubrí que teníamos muchas cosas en común…

De pronto, su voz se apagó, y me pareció que una lágrima surcaba su mejilla de porcelana.

—Trató de besarme y lo rechacé, aún no me sentía preparada. Ahí vino el primer golpe. Y después otro, hasta que me tumbó en la tierra y…

Cerré los ojos, y apreté su mano en señal de apoyo. Los crímenes contra las mujeres eran igual de espeluznantes dos siglos atrás, y conseguían revolverme las entrañas.

—Cuando terminó conmigo… me degolló —declaró sin un ápice de odio en sus palabras—. Y mi nueva vida empezó. Esa es mi

historia o, al menos, un resumen de ella.

Una fuerte corriente me sacudió, y giré sobre mis talones: el alma de la mujer había sido absorbida, ya no estaba allí. Un médico con barba canosa certificó su muerte. Todo acababa para ella. Bueno, al menos en la tierra.

—¿Qué le pasó al tipo que te asesinó?

—Lo ahorcaron una semana después.

Seguimos caminando y de soslayo miré a la custodio. ¿Podrían hacer algo con el balazo de mi sien? Aunque lo cierto es que ya ni siquiera me acordaba de él.

—Y eso… ¿te ayudó?

—No me devolvió la vida. Pero, asimilarlo, le permitió al sistema de The Heaven S.A. ocuparse de mi cuello y hacer como si no hubiera pasado nada.

Entrelacé mis dedos con los suyos en señal de apoyo y sororidad femenina. El que creía su amor la asesinó en un arrebato por no conseguir lo que quiso, y el mío, había confabulado para perpetrar mi asesinato. De algún modo nuestra historia era parecida, y me sentí menos sola en un mundo que ya no reconocía.

—Lo que ahora te duele, con el tiempo pasará a ser un eco del pasado. A pesar de todo formará parte de ti. No eres la misma de antes, ese disparo cambió tu vida, de hecho, te la arrebató, otorgándote una nueva existencia. Tu percepción, tus emociones… todo ha cambiado, Faith, es la evolución de tu alma. Este es parte de tu camino, el último tramo —añadió y paramos frente a un box donde una enfermera hacía anotaciones en una gráfica.

No podía ver al paciente, solo las bombas de perfusión conectadas a bolsas de suero, medicamentos y sedantes. Un monitor a la izquierda reflejaba su tensión arterial y el ritmo al que latía su corazón. La enfermera salió del box, atravesándome y, entonces, comprobé que el paciente era Jason, conectado a una máquina que respiraba por él. Seguía siendo mi prometido y una parte de mí no podía evitar sentir lástima por él.

—Su alma debería estar por aquí —aseveró la custodio con su delicado ceño fruncido, mirando en todas las direcciones—. Lo buscaremos por la unidad. ¿Estás bien, Faith?

No contesté, mi garganta estaba extrañamente dolorida y puse la cabeza en su pecho, igual que hiciera un par de días atrás.

—Sabía que no lo imaginé —dijo una voz, y todo mi cuerpo o, más bien mi alma, se tensó—. Tu olor, el tacto de tu piel…

Me tapé la boca, y el monitor que controlaba su tensión arterial emitió un pitido molesto.

—Cuidado, Faith. En su estado es más sensible a ciertos estímulos —advirtió Eleonora.

—Creía que te había perdido para siempre, cariño.

—¿Por qué me has hecho esto, Jason? Yo te quería… —sollocé sobre su cuerpo. No veía su alma por ninguna parte, pero al menos, podía tocarlo—. Que me engañaras con Candy solo me hace cosquillas en comparación con…

—Eso se acabó en diciembre, cuando decidí que quería compartir el resto de mi vida contigo —respondió con rapidez—. Cometí un error, Faith, y no me siento orgulloso, pero ahora…

Sus constantes se alteraron todavía más, y la enfermera entró al box acompañada de un médico. Tomé distancia del cuerpo de Jason, solo escuchar su voz y hacía que me enamorara de nuevo.

No, esos sentimientos pertenecían al pasado, a la época en la que respiraba y no me preocupaba lo que había tras la muerte.

—¡Has participado en mi asesinato! Me felicitaste por San Valentín antes de que la bala saliera…

—No, nunca haría nada que pudiera perjudicarte, Faith, y mucho menos… Dios, el balazo en tu sien —añadió compungido, y me crucé de brazos. La custodio estiraba el cuello, en busca de la procedencia de esa voz. Su alma, seguía sin ser visible para nosotras—. Te felicité, o eso creo, estaba emocionado por vivir algo así contigo a las puertas del matrimonio… Y entonces vi al encapuchado…

—¿Qué? ¡Llevaba un ramo de rosas enorme, no se le veía ninguna capucha! —bramé harta de sus mentiras, sin importante las batas blancas que entraban en tropel para ver a Jason—. No creo nada de ti, y si he venido hasta aquí es para que confieses qué papel tuviste en mi asesinato y quién apretó el gatillo.

—No había ningún ramo, Faith, lo juro. Solo traje los cafés de Starbucks y los…

—¿Le pediste a tu amante mi desayuno para San Valentín? Eres un desvergonzado. Este es el tramo final, Jason —le recordé señalando su cuerpo, al que le estaban haciendo maniobras de reanimación.

—Ella se sentía mal, quería tener un detalle con nosotros y se me ocurrió eso de los siete regalos para San Valentín… Pero no hubo ramos de flores. Entró un encapuchado y te disparó, Faith, te juro que sucedió así…

Su voz se rompió. Parecía sincero, o quizás seguía bajo el terrible influjo del amor.

—Señorita Summer, es hora de irse. No puede alterar el equilibrio provocándole a su prometido un infarto —intervino el agente Hollow en un susurro. No me había fijado que, junto a su hija, era uno de los muchos doctores en aquel box, y nunca me alegré tanto de verlo —. Volveremos en otra ocasión.

—Habría pasado el resto de mi vida contigo, Faith, y no sé qué hacer para que me creas…

—Yo tampoco lo sé —farfullé dándole la espalda a su cuerpo con la cabeza hecha un lío y la sombra del Limbo acechándome. Mi tiempo se agotaba, volvía a la casilla de salida.

Agente Hollow

Caminé a paso ligero hacia la salida mientras Amanda llamaba al supervisor de guardia alegando que se encontraba mal y se marchaba a casa. El incidente en el pasillo del hospital, el agente que se derretía o el ángel que abrió sus alas no llegó a oídos de nadie. Escucharon mucho ruido, salieron al pasillo, y solo vieron a un doctor sufriendo un síncope. Pero eso no significaba que Amanda no estuviera al borde de un ataque de nervios. Jason el comatoso no murió a pesar del susto, los doctores lo recuperaron a tiempo, y su alma cantó *All you need is love*, de los Beatles en un desesperado intento por obtener el perdón de su prometida respecto a su infidelidad, pues juraba y perjuraba que él no había tenido nada que ver con su asesinato. Vaya, eso cambiaba las cosas. Un encapuchado. Nada de rosas rojas que le cubrieran el rostro. En la escena del crimen no apareció ni un solo pétalo, aunque para Faith había sido real, ella vio el ramo. O creyó verlo. O Jason mentía de muerte. Su testimonio no solo parecía fiable, sino que había aportado nuevos datos, y su manera de exponerlos le daba credibilidad. No vi la sombra de la duda en su voz, o titubeos, a excepción de la típica confusión de un alma cuyo cuerpo aún no había muerto. Bueno, tampoco había visto el alma de Jason como tal, solo escuchamos su empalagoso discurso. Era algo común que, si la persona no había muerto, su alma no fuera del todo visible para los demás; así resultaba imposible analizar su lenguaje corporal.

La custodio West se aferraba en silencio al brazo de su custodiada e intercambiamos miradas. Su mente estaría haciendo cálculos y conjeturas.

—¿Por qué Baltazar busca con tanto ahínco quedarse con el alma de Faith? —preguntó en alto cuando salimos al frío de la noche, alejándonos de la puerta de Urgencias.

—Esto tiene que ver con San Valentín y los asesinatos de esas chicas. Él tuvo algo que ver, por eso la agente Lee se infiltró entre los cazadores. Y, desde luego, no le ha faltado razón.

Amanda se revolvió, incómoda. Su coleta rubia lucía despeinada y sus mejillas habían palidecido más de la cuenta. Lamenté que hubiera tenido que vivir una situación así; en el futuro me cuidaría de involucrarla tanto.

—Oye, Amanda…, te pido disculpas por lo que ha sucedido —empecé dudoso, aún con los sentidos abotargados por mi extraño desvanecimiento—. No deseo perjudicarte o ponerte en un aprieto en el hospital, dinamitando tu seguridad.

Sacó de la mochila el casco color agua marina de su vespa rosa, mordiéndose el labio inferior.

—Cuando me enteré de que eras mi padre… pensaba que eras un chiflado, y me equivocaba. Estás dispuesto a darlo todo por tus protegidos —admitió con orgullo y antes de que pudiera abrir los brazos se coló entre ellos para abrazarme—. Y te ayudaré siempre que pueda. Igual que mi madre necesitó de la ayuda de otros para zanjar sus asuntos pendientes.

—A este paso van a ficharte para trabajar en The Heaven S.A. —respondí levantando las cejas, y la custodio West soltó una risita, tapándose con su abanico.

—Hacéis una gran labor con las almas, pero no me interesa… ni creo que poseyera un don tan grande.

—Tú ya tienes un don: el de curar a los demás —repliqué besando su coronilla y ambos nos miramos, sorprendidos. Era la primera vez que teníamos un contacto así de íntimo, más propio de un padre y una hija, justo lo que éramos.

—Sube, os llevo donde queráis. Necesito meterme en la cama con un buen libro y procesar lo sucedido.

Eran las dos de la madrugada, y Londres se hallaba sumido en una profunda calma, el cielo nocturno repleto de nubes que amenazaban tormenta. Necesitaba encerrarme en la tienda de antigüedades y analizar las pruebas, a ser posible, con un colega de The Heaven S.A. que me diera otra perspectiva.

—¿Puedes llevarme al cine abandonado de la calle Jackson?

—¿El que tiene esos carteles descoloridos de Daniel Day Lewis cuando era joven? —preguntó tendiéndome un casco que guardaba bajo el asiento.

—Sí, voy a hacerle una visita a la doctora Standford.

—Ha elegido un sitio muy extraño para vivir.

—La eternidad puede ser dura, e intentar sobrevivir aún más —repuse subiendo a la moto. ¿Cuánto tiempo hacía que no montaba en una? Y rosa.

La custodio West y mi protegida permanecieron de pie a mi espalda. No les hacía falta un medio de transporte como tal, ambas flotaban sobre el asfalto sin que el aire las despeinara, y atravesamos las avenidas en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La noche se había torcido. Otra vez. Y cada paso que dábamos hacia delante nos conducía al mismo lugar. Baltazar habló de un nuevo orden en forma de recolector de almas, y quizás la agente Lee sabía de qué se trataba. Ella conocía ciertas respuestas que los mortales jamás obtendríamos, y la perspectiva de verla otra vez era una de las pocas cosas buenas que sacaría esa noche.

Amanda dobló en una esquina, y cinco minutos después nos encontrábamos frente a aquel cine de los noventa, pequeño y obsoleto, un edificio con ventanas tapiadas que le daban la apariencia de estar abandonado.

—Mañana me pasaré por la morgue para hacerle una visita al doctor Gray en calidad de colega y pedirle las pruebas toxicológicas de Faith Summer —comentó risueña cuando conseguí bajarme de su dichoso medio de transporte—. ¿Las has visto?

—Lo cierto es que no, me centré en el disparo, pero supongo que habrá tomado muestras por protocolo.

—Dígale que no se moleste, paso de esto —masculló Faith desesperanzada.

—No puede abandonar ahora —me apresuré a decir sacando la lista de sus asuntos pendientes que se habían ido tachando a solos a

medida que resolvían. Excepto el de Jason, que se encontraba tachado a medias—. Resolver su propio asesinato es una lucha a contrarreloj, y estamos muy cerca de lograrlo.

—¿A quién pretende engañar, agente Hollow? No tenemos nada. Jason insiste que no ha sido él, y que lo hizo un encapuchado. No existe ese ramo de flores que creí ver… Soy una inepta, viva o muerta —se lamentó enjugándose las lágrimas con la manga de su pijama—. Ni siquiera puedo recordar si lo que vi antes de morir fue real. Solo soy una pardilla que recibió un regalo de San Valentín por partida doble.

La custodio West agachó la cabeza, compungida, y yo transcribí a Amanda que seguía montada en su moto, las palabras de mi protegida.

—Faith, no te rindas, por favor. Mi madre pasó por algo parecido y ahora, está allí. Ese es tu objetivo, y yo también te ayudaré a conseguirlo —aseguró en tono comprensivo, pero mi protegida se había cruzado de brazos, cerrándose en banda. Y no podía culparla —. Mañana os llamaré, le echaré un vistazo al informe forense en calidad de doctora, y tal vez pueda hablar con los vecinos del edificio de Jason, lo que me recuerda que… haré un par de llamadas, mamá tuvo un novio policía, espero que se acuerde de mí.

Sonreí, en parte complacido por sus ganas de ayudar y su curiosidad por las almas, cosa que podía acarrearle un problema. Quise no meterla en los asuntos de The Heaven S.A., sin embargo, el caso de Faith Summer me había puesto en un serio aprieto y rechazar ayuda no era una opción. La contemplé alejarse por la solitaria calle y levanté la mano para decirle adiós. Definitivamente, Amanda Appleton era lo mejor que había hecho en la vida.

—Bien, es hora de ponernos en marcha —canturreó la custodio West alisándose los pliegues de su vestido.

—No, Eleonora.

Miramos a Faith, y esta apartó el rostro.

—Entremos, señorita Summer. La agente Lee es un ángel caído, proviene de The Heaven S.A. y estoy convencido de que…

—¡¿Es que no me ha oído?! —chilló fuera de sí—. ¡Paso de toda esta mierda, me rindo! Si me quieren cazar que lo hagan, o que me absorba el Limbo. ¿Qué más da? He perdido mi vida, mi cuerpo… no seguiré luchando.

—Estás cometiendo un error, Faith —advirtió la custodio West carente de emoción, un alma antigua y cansada que había vivido más de lo que le hubiera gustado—. Ni el agente Hollow ni yo estamos dispuestos a abandonar, no lo hagas tú. Seguiremos hasta el final.

—Señorita Summer, estamos muy cerca, y en cuanto entremos la agente Lee…

Negó con la cabeza, tapándose los oídos con ambas manos. La expresión derrotada de su rostro no admitía réplica, y volví a enseñarle el listado con sus asuntos pendientes.

—Piense en su padre.

—No es justo que me haga esto, agente Hollow —gimoteó cansada.

—Es necesario que recuerde que, aquellos que se marcharon siguen a nuestro lado, infundiéndonos el valor que necesitamos. Ríndase cuando no nos queden más opciones.

—¡Y no nos quedan!

—Tenemos varias cosas nuevas. Candy preparó vuestros desayunos —le recordé echando a andar por la acera en busca de la entrada del cine. ¿Qué tablero quitó primero la agente de ojos violetas? Todas las entradas estaban tapiadas.

—¡No me envenenaron, me dispararon! —exclamó ofendida.

—Puede que ambas cosas estén relacionadas.

La custodio West pasó al interior atravesando la vieja pared descolorida y, en un par de segundos, abrió la puerta desde dentro.

Solo tenía que hacer movimientos propios de los actores del Circo del sol para poder entrar.

—Le propongo algo —dije al cabo de un rato, quitándome el polvo de la ropa—. Si el día de San Valentín no hemos resuelto su caso le permito rendirse. En unas horas, faltarán tres días.

Chasqueó la lengua, ajustándose sus gafas, y sentí una gran compasión hacia ella. Solo era una muchacha perdida, cuya vida habían arrebatado de forma despiadada.

—Si mañana por la noche seguimos dando palos de ciego, lo dejo —replicó en la oscuridad—. E iremos a buscar mi anillo de compromiso.

—No puede ponérselo, señorita Summer.

—Lo sé, pero me gusta. Son mis asuntos pendientes, ¿vale?

—Por supuesto, estás en tu derecho —espetó la custodio West propinándome un codazo, y encendí la linterna de mi teléfono móvil, alumbrando la vieja máquina de hacer palomitas—. Agente Hollow, ¿cree que es seguro estar aquí?

Olía a polvo en el ambiente, no a peonías, y me pregunté si esa mujer ángel estaría bien. Baltazar se había sorprendido al ver sus alas, conocía el alcance de un ser celestial y no propiciaría un enfrentamiento. O sí. Esperaba cualquier cosa viniendo de un cazador.

Algo crujió unos metros más adelante, y la custodio West esgrimió su sombrilla de encaje, igual que si fuera un arma.

—Creo que tenemos compañía —dijo en un susurro—. No te separes de nosotros, Faith. Piensa en tu madre, agárrate a tus recuerdos.

—Sí, me acuerdo de la zorra de Candy y el cabrón de mi prometido. Imposible olvidarlos, Eleonora —comentó en voz alta, ofreciendo nuestra posición a algún posible enemigo—. ¡No estoy para jueguecitos, Baltazar! Ten huevos y da un paso al frente; acabemos con esto cuanto antes.

De súbito, la linterna de mi teléfono móvil se apagó, sumiéndonos en la oscuridad, y volvimos a escuchar ruidos, cuchicheos y algo que rodaba sobre el suelo, en nuestra dirección.

—Es un caminante, acompañado de una custodio y un alma, Miguel —reveló un joven de rizos rubios, un tanto desaliñado tras encender una cerilla. Montaba en patinete y, por su atuendo, podría pasar por mortal—. ¿Sois amigos de Raziel?

—Seguro, Gabe, de lo contrario, nuestra hermana los habría aniquilado sin miramientos —dijo otra voz masculina, acercándose a donde estaba su compañero, con esa cerilla que nunca se apagaba, y la custodio West hizo una profunda reverencia—. Aunque Raziel tiene una devoción especial por la gente que respira.

Un aura dorada lo envolvía, incluyendo sus enormes alas blancas, que le daban aspecto de pájaro gigante, y agachó la cabeza a modo de saludo.

—Arcángel Miguel —musitó la custodio.

Oh, no. Estábamos delante del tipo más engreído de la corte angelical de The Heaven S.A., lo que se conocía como la Cúpula. Esbozó una sonrisa seductora, y su melena azabache brilló. Él sabía el efecto que producía en los que estaban a su alrededor.

CAPÍTULO 15

Faith

Resultó que la agente Lee se llamaba Raziel y que su pequeño refugio albergaba a alguien más. No podía explicarlo con palabras, pero supe de inmediato que se trataba de un ser celestial. Daba igual que vistiera zapatillas Vans y camisetas con estampados psicodélicos, ese muchacho de rizos rubios desprendía algo que Amanda o el agente Hollow no poseían. Masticaba un chicle y parecía que había pasado el día patinando en un lugar soleado. O haciendo surf.

Traté de hacerle una señal a mi custodio, sin éxito. Estaba fascinada escuchando a ese arcángel cachas que nos guiaba a través de los pasillos del cine, mucho más amplio de lo que en un principio recordé. Así que ese también trabajaba para The Heaven S.A., de lo contrario, la custodio no estaría tan tranquila en su presencia. Aunque al agente Hollow no le hacía gracia la aparición en escena del arcángel de alas blancas. Caminaba demasiado rígido y no paraba de mirar su reloj de bolsillo, esperaba a la agente Lee, su ángel caído de ojos violetas.

Joder, si una semana antes me llegan a decir que viviría todo esto después de un disparo en la sien, le habría dicho a la persona en cuestión que acudiera al hospital, en concreto al área de Psiquiatría. Y los giros de mi propia historia no paraban de sorprenderme. Quería rendirme sin condiciones, abandonarme al olvido para caer en ese Limbo del que tanto hablaban. Me seducía la idea de no sentir dolor, a pesar de que perdiera mis recuerdos, todo lo que era. Entonces, algo me impulsaba hacia la superficie, un rayo de esperanza rompiendo la negrura.

Ángeles…

¿Podrían ayudarme? Al menos, me veían. Y si a Baltazar le imponían tanto respeto como la agente Lee, teníamos una parte de este macabro juego ganado. Pero ese arcángel Miguel estaba más interesado en ver a Raziel. Nos llevó a la sala 3, que carecía de filas de butacas. En su lugar, habían dejado unas diez colocadas en círculo. Y dudaba mucho que se dedicaran a comer palomitas y hacer coloquios sobre cine clásico. Gabe, a todas luces el ángel Gabriel, patinó hasta su asiento y con gesto amigable palmeó la butaca de su derecha.

—Tus calcetines y tu pijama molan mucho.

—Y pasaré toda la eternidad con ellos, si es que logro subir —espeté cruzándome de brazos. Podrían haberme asesinado con un vestido y zapatos de tacón.

—A veces las cosas se complican, dependiendo de los asuntos pendientes.

—Sí, me he empeñado en encontrar a mi asesino. Hasta después de muerta soy gilipollas.

—¿Acaso debes dejarlo pasar? —preguntó Gabe, y una sonrisa afloró en sus labios. Era tan guapo que me avergonzaba mi pinta de pijama, pelo recogido y gafas. Aparentaba unos veinte años, aunque con toda seguridad, tendría más de mil—. Tu alma necesita justicia. De lo contrario, no podrías ascender.

—Ya, pues mi tiempo se agota —rezongué.

El ángel *skater* miró hacia ambos lados y, a continuación, se acercó a mí, y su olor a playa, salitre y algo dulzón me hizo suspirar. ¿Qué tipo de encantos poseían esos seres?

—Hay… gente que te vendería unas horas en la tierra —susurró casi en mi oído sin quitarle la vista de encima al arcángel Miguel, que se había sentado en una butaca ancha, acomodando sus alas. No había duda de que presidía aquella reunión—. Es en el mercado negro. Raziel sabe dónde encontrarlo.

—¿Y con qué va a pagarle, señorita Summer? —intervino el agente Hollow en voz baja—. Me temo que no les interesan los calcetines de aguacate.

Solté un aspaviento. Si había decidido no rendirme, significaba que agotaría todas mis opciones, incluyendo experimentar con nuevas vías.

—Ya veremos.

—Hablo en serio, señorita Summer. Su custodio no estaría de acuerdo.

—Dudo que le importe mucho, ha caído bajo el encanto de cierto arcángel —repuse señalándola.

Continuaba su charla abanicándose con gracia, como si estuviera en una de esas fiestas elegantes a las que asistía. Era curiosa la manera que teníamos las almas de aferrarnos a lo que una vez fuimos. Pero yo no estaba para perder más tiempo, se comprara o no, y poco me importaba ese ángel guapo y cachas. Eran mis malditos asuntos pendientes, mi asesinato…

—¿Qué se supone que hacemos aquí? Por si no has visto el balazo en mi sien, soy un alma que busca su ascenso. Ya estoy cansada de interrupciones, pistas falsas, ramos de flores que no existen y novios infieles y mentirosos…

—Faith, hemos venido nosotros —se apresuró a decir la custodio agachando la cabeza, como si estuviera avergonzada de buscar ayuda en aquel cine abandonado—. Discúlpela, arcángel, está cansada y confundida.

El aludido levantó la mano, benevolente, mirándome con esos ojos tan claros que parecían blancos.

—Estoy al tanto del caso de Faith Summer, y del grandioso esfuerzo que hacen por resolver sus asuntos pendientes. Aunque he bajado por otros motivos —aclaró. Su voz profunda contenía una nota melodiosa de esas que te hacían prestarle toda la atención mientras te mordías el labio inferior. Creía que los ángeles no tenían sexo, y había descubierto que podían ser sumamente masculinos o

femeninos y, sobre todo, muy atrayentes—. Un caído ha mostrado sus alas en un hospital, delante de un cazador de almas. Suerte que los trabajadores estaban sumidos bajo una ilusión. Aun así, no se pueden tolerar ese tipo de descuidos.

Su mirada se clavó en mí, el reproche implícito en ella. Sabía de sobra que yo era la culpable de que eso sucediera. Lo envolvía un aura dorada, a diferencia de la de Gabe que era inexistente, y su melena, de un intenso color azabache brillaba bajo la tenue luz de la sala de cine. Su túnica azul medianoche era el contraste perfecto con sus ojos. ¿De verdad existía un ser tan hermoso?

—¡Lo hizo para salvarme! —interrumpí, con la creciente necesidad de defender a la agente Lee—. Iba a zanjar un tema con mi prometido y… ese Baltazar dijo que me cazaría, que mi alma pertenecía al Pandemónium, y que se llevaría la de mi prometido cuando muriera. La agente Lee lo evitó, no sea duro con ella, por favor.

Arqueó una ceja, negra y perfecta, y sin poder remediarlo mis mejillas se colorearon.

—¿Cómo que tu alma pertenece al Pandemónium? —inquirió Gabe, jugando con un mechero plateado que no tenía ni idea de dónde había salido—. Eso no es posible; una custodio y un agente te acompañan.

—Baltazar cree que todas las almas de la tierra pertenecen a los cazadores —rio Miguel con una sonrisa desdeñosa a la par que atractiva—. Te ha engañado, Faith Summer. Le gusta buscar nuevos métodos para atemorizar a las almas y hacerse con ellas.

Iba a abrir la boca para protestar cuando las puertas de emergencia se abrieron de par en par, dándome un susto de muerte, y el aroma de las peonías y el almizcle entró en la sala. El agente Hollow lo había notado, pues estiró el cuello, escudriñando la penumbra, y se aclaró la garganta para hablar:

—También comentó algo de crear un nuevo orden con el fin de recolectar almas.

—Ese es el objetivo de los cazadores de almas desde hace milenios —respondió el arcángel restándole importancia, y me di cuenta de que sus pupilas se dilataron al tomar una bocanada de aire almizclado—. Deja los numeritos y entra, Raziel. Mucha gente te espera aquí.

Apareció agitando sus alas grises, de apariencia sucia en comparación con las de Miguel. Se elevaba unos palmos del suelo, y aún llevaba la bata de médico puesta, exhibiendo una gran sonrisa en sus labios borgoña. Gabe y ella chocaron las manos, y guiñó un ojo al agente Hollow, cuyo corazón se había acelerado, o eso escuchaba en su pecho. Dedicó una leve inclinación de cabeza a la custodio West, y al mirarme, percibí algo cálido y divino.

—¿Haces esto para reírte de los tuyos?

Hincó una rodilla de forma majestuosa, y sus alas dejaron de levantar el aire a nuestro alrededor.

—Aprovecho mis últimos minutos con alas hasta que vuelvan a salirme de nuevo. Supongo que vienes a cortarlas, ¿no? Si no, ¿qué ibas a hacer tú aquí? Los asuntos de los caminantes no te importan, solo sus almas.

Los ojos de la custodio casi se salen de las órbitas. El agente Hollow cerró los puños con fuerza, mientras Gabe permanecía impasible, con el mechero entre los dedos, como si hubiera vivido aquello más de una vez.

—Es el castigo por exhibirse en público, Raziel. Y, tras tanto tiempo, no aprendes la lección —espetó con la voz enronquecida y sus hombros anchos en tensión. Ya no había sombra de disfrute en su rostro—. Quizás debería ser tu cabeza la que ruede por el suelo.

Raziel…

—Por desgracia para ti, no puedes hacerlo.

—No hago esto porque quiera, eres tú quien me obliga. Son las normas, no puedes enseñar tu faceta angelical a los caminantes ni tampoco inmiscuirte en los asuntos de las almas que están en proceso de ascensión.

—Trabajo para The Heaven S.A. —protestó levantándose—. Veintinueve almas han desaparecido en las vísperas de San Valentín en los últimos treinta años. ¿Hay alguien investigando eso?

—Debías de infiltrarte en el entorno de los cazadores de Livingston, y te han descubierto…

—¡Baltazar absorbió parte de mi esencia! ¡Adoptó mi forma!

—Sospechaba de ti, fuiste muy descuidada, Raziel.

—¿Es que no tienes que decir nada acerca de esas chicas? —escupí poniéndome de pie, con un doloroso nudo en la garganta—. Yo soy una de ellas… ¿Nadie va a hacer algo por atrapar al asesino y recuperar las almas?

Gabe emitió una tosecilla, y lanzó una mirada cargada de reproche a su superior.

—Sobre el tema de las jóvenes asesinadas, existe una investigación abierta —reveló el arcángel, incómodo. No era el tema que deseaba tocar—. Esas almas se perdieron, en cambio, la tuya no. Llegaste a inscribirte en The Heaven S.A., por lo tanto, tu crimen no guarda relación con los demás.

Raziel abrió mucho la boca, escandalizada, y puso los brazos en jarras. Joder, hasta con la bata de médico rota seguía siendo preciosa.

—Puede que por eso Baltazar esté tan empeñado en conseguir su…

—Los cazadores no pueden arrebatar una vida —interrumpió el arcángel, con sus dedos tamborileando en el apoya refrescos de su butaca—. Va contra las normas de ellos mismos.

—A lo mejor han cambiado de opinión, Miguel.

—Esto ya ha sucedido antes, es la vieja historia —todos giramos la cabeza hacia el ángel *skater*, intrigados. Hasta el momento, había permanecido en silencio—. Las fiestas lupercales provocan el hambre de los cazadores, y los caminantes cometen crímenes enfermizos por… amor. Si es que a eso pueden llamarle amor.

Entornó sus ojos grises hacia la custodio West, que frunció los labios, molesta, igual que le sucedía cuando el agente Hollow decía algo fuera de lugar. Se había ruborizado, lo cual significaba que no era inmune a ese intoxicante encanto angelical.

—¿Las fiestas lu… qué? —articulé con dificultad. Sonaba a celebración anticuada y si estaba relacionada con mi asesinato, necesitaba todos los detalles.

—Hoy en día se le conoce como San Valentín —reveló el agente Hollow pensativo, golpeándose la barbilla con su pipa apagada—. Eran fiestas de la época prerromana. Los chicos se disfrazaban de lobos, se sacrificaban cabras, y corrían detrás de las muchachas azotándolas en la espalda y las manos con tiras o correas fabricadas a partir de la piel de una cabra. Decían que era un ritual para la fertilidad.

Raziel asintió, una sonrisa bailaba en su rostro de porcelana.

—Es un buen resumen, agente. La información es difusa por el paso de los milenios. Viví muchos lupercales, y en ellos no solo se festejaba el amor y la fertilidad.

—O lo que ellos llamaban amor —agregó Gabe, y la custodio West se removió en su silla, incómoda por la conversación—. Es una aberración transformar un sentimiento tan hermoso.

—Eres un romántico, hermano, y eso es lo que te hizo caer —afirmó el arcángel, cruzando los brazos sobre su fornido pecho. La mención de las fiestas lupercales propiciaron que su actitud cambiara. Quizás ahora tuviera en cuenta el peligro de tener a Baltazar pisándonos los talones—. ¿Tiene algo que decir, custodio?

Esta enderezó la espalda, las manos le temblaban sobre el regazo. Su semblante se había ensombrecido, y el entusiasmo por la presencia de aquel superior se diluyó; me pregunté si tendría algo que ver con su historia.

Un asesinato la noche de su puesta de largo, un joven con quien bailó toda la noche que no acepta un no, y decide cometer una serie de actos atroces…

—Des-desconozco si acabaron con la vida de mi custodiada por uno de esos amores enfermizos. Lo más importante en estos momentos, es su ascensión a The Heaven S.A.

El arcángel me miró largo y tendido. ¿Sería uno de esos peces gordos que permitió a mi padre bajar a la tierra para hablar conmigo?

—Es una de nuestras mejores custodios, Di Marco habla de usted en todas nuestras reuniones, y me consta que su afán por ayudar a las almas en The Heaven S.A. es verdadero. Intuyo que este caso le sobrepasa, Eleonora. Y no la culpo.

El agente Hollow encendió su pipa, aunque esta vez no pidió permiso, y el arcángel le señaló con un dedo.

—Usted tiene una deuda con nosotros, como todos los caminantes que trabajan para The Heaven S.A., presta un buen servicio, es leal y discreto… Sin embargo, de un tiempo a esta parte, le hemos notado distraído —comentó arrastrando las palabras. ¿Eran celos lo que percibía en ese ser tan guapo y fastuoso? —. Y en vista de los acontecimientos, considero que el alma de Faith Summer puede perderse en el Limbo, por eso, los ángeles caídos Gabriel y Raziel, tendrán potestad en este caso. Formarán equipo junto con vosotros.

Gabe dio una palmada, satisfecho por las palabras de su superior, y la custodio West lo miró horrorizada. En cambio, Raziel, es decir, la agente Lee, no parecía muy contenta.

—¿Y qué obtendremos a cambio?

Miguel soltó una carcajada, y un cosquilleo se desató por toda mi alma. Joder, menudo impacto poseía ese tío.

—Tú, mi querida Raziel, conservarás tus alas una noche más. Y no es necesario que os compense con nada, seguís al servicio de The Heaven S.A., y se os encomienda un nuevo trabajo.

—¿Nos hará ganar puntos para subir de nuevo? —preguntó Gabe esperanzado—. Raziel lleva milenios esperándolo, lo merece, y yo…

Bueno, estoy en la tierra desde hace menos tiempo, pero he aprendido la lección, Miguel.

—Aún te queda mucho por aprender, Gabriel. La manera en la que hablas acerca del amor denota que sigues enamorado de los caminantes, de su efímera existencia.

Agachó la cabeza, y apoyé mi mano sobre su hombro. ¿Qué tenía de malo amar? Eso nunca haría daño a nadie.

—Es usted muy afortunada, señorita Summer. No todas las almas están protegidas por ángeles, custodios, agentes… —comentó en tono jocoso el agente Hollow, viendo como Eleonora, turbada, se despedía del arcángel—. ¿Sabe qué significa esto?

—Que mi asesinato es más complicado de resolver de lo que creíamos.

—Y que puede que haya fuerzas tras él que no alcanzamos a comprender —repuso en voz baja, mientras aspiraba el humo de su pipa—. ¿Está preparada?

Asentí, y una corriente de energía me atravesó. Era curiosa la manera en la que los vivos nos enfrentábamos a la muerte. Y había descubierto que, tras perder la vida, la lucha continuaba.

CAPÍTULO 16

Raziel

Me apresuré a alcanzar a Miguel, que consolaba a la custodio West fuera de la sala 3 y aguardé a un lado. No era mi intención escuchar los lamentos de esa alma que una vez fue una deslumbrante jovencita. Probablemente estaría avergonzada por tener que compartir con dos caídos la tarea de ascender a un alma.

—La Cúpula confía en usted y, desde ahora, se le otorga un permiso especial; puede morar en la tierra hasta que su custodiada logre resolver sus asuntos pendientes —decretó con solemnidad y Eleonora ahogó un gritito en su pañuelo blanco. No había nadie más petulante ni más brillante en la Cúpula de The Heaven S.A.—. Me preocupa la proximidad de las fiestas lupercales y el empeño de Baltazar por hacerse con el alma de Faith Summer.

—Y con la de su prometido. En el hospital dijo que el alma de la chica pertenecía al Pandemónium S.L., y que cuando el chico muriera, vendría a por la suya —intervine saliendo de las sombras—. Lamento interrumpir, custodio. Le garantizo que el alma de Faith está en buenas manos.

Esta se despidió del arcángel con un movimiento de cabeza, alegando que necesitaba estar sola y de soslayo, vi a Gabe rodando con su monopatín por los pasillos de ese cine abandonado.

—¿Crees que Baltazar hablaba en serio?

Por una vez desde hacía miles de años notaba una preocupación real por su parte y, no solo eso, pues de alguna forma le había dado la razón a dos ángeles caídos que le abochornaban allí arriba.

—Sus ansias de poder no conocen límites, Miguel. Desde que me infiltré en el grupo de Livingston no he parado de escuchar planes disparatados… y me temo que esa chica tiene algo que ver.

Evité su escrutinio, esos ojos de un azul antinatural conseguían ponerme nerviosa. Y ya superé esa fase derramando muchas lágrimas para olvidarlo.

—El alcohol, las drogas y esa estúpida festividad de Lupercal… Los caminantes perdieron el norte hace mucho tiempo —suspiró Miguel pasando los nudillos por mi mejilla. Su roce era completamente distinto al del agente Hollow, aunque más perturbador, por los lazos que nos unieron y el calor que desprendía su aura—. Y todo es culpa de los susurradores. Creíamos que los caídos lograríais reducirlos.

—¡Y lo hemos hecho! Pero esas almas putrefactas se multiplican.

—Avisamos a Inferno para que arreglaran sus grietas y dejaran de… escaparse. Y todos los comunicados fueron desoídos.

Chasqueé la lengua, dándole un manotazo para librarme de su contacto o acabaría arrodillándome como una estúpida en busca de clemencia.

—La Cúpula es muy blanda con los que son de fuera. Sin embargo, sois capaces de arrancarles el útero a una hermana, arrojándola a la tierra.

—Raziel… no me siento orgulloso de eso. Sabes que yo solo cumplía órdenes.

El arcángel Metatrón se hizo con un elevado porcentaje de la Cúpula de The Heaven S.A., e impartía justicia con mano de hierro entre los arcángeles, ángeles y querubines más díscolos. O lo que él y su consejo de lameculos consideraban díscolos.

—Dirás que las ejecutas —escupí y antes de que pudiera dar un paso atrás sus manos se cerraron en torno a mis hombros, abrasándome—. ¡Suéltame, me haces daño!

El aura de un arcángel provocaba quemaduras, y ese tipo de agarre me dejaría marca durante una semana.

—¡Tu trono sigue vacío junto al mío, Raziel! Solo espero que un día puedas volver.

Sus ojos desprendían el deseo y el cariño de antaño, pero Miguel nunca lograría comprender la palabra amor por mucho que se empeñara. Para eso, debía permanecer un par de siglos en la tierra. El olor a carne quemada le hizo reaccionar, habíamos desterrado ese tipo de contacto de nuestra intimidad, a excepción de aquel beso en el siglo xv que casi me hace saltar por los aires.

—Cuando la Cúpula deje de estar gobernada por Metatrón, tal vez tenga la oportunidad de volver —respondí arrancando los trozos calcinados de mi antigua bata. Mierda, era la única que conservaba de mi época como ginecóloga. Después de miles de años trabajando como partera, por una vez lo hice con un título oficial. Y duró poco, igual que todo aquello que emprendía—, por el momento, vigilaremos a los susurradores, daremos una vuelta por el mercado negro para ver si tenemos noticias de…

—Solo os pido que no os metáis en líos, Raziel.

—No nos dejarán entrar en Pandemónium, aunque…

—Enteraos si celebrarán la Lupercalia —ordenó inflexible, y puse los ojos en blanco—. Nada de volver al hospital. Preguntaré a las chicas de recepción si… el nombre del prometido de Faith está en nuestras listas, así sabremos si existe implicación en su asesinato.

—¿Ahora haces favores, Miguel? De paso, échale un vistazo a la fecha en la que murió Eleonora West.

Esbozó una sonrisa seductora y, por instinto, di un paso atrás. No quería más quemaduras esa noche.

—¿Crees que coincide con la de la chica?

Me encogí de hombros, buscando un cigarrillo en el interior de mi chaqueta. Era la cuarta que me cargaba en seis meses a causa de mis alas y, esa en particular, me encantaba.

—Es posible. A la custodio le sigue doliendo su muerte, y también la de Faith. Y estoy convencida de que no sabe el porqué. El tiempo hace estragos en la memoria de las almas.

—Pregúntale a Gabe —afirmó en tono mordaz, y saqué el dedo corazón—. Raziel…, no he conseguido olvidarte.

Encendí mi cigarrillo, expulsando el humo por la nariz, apoyada en una de las paredes del que era nuestro hogar. Caídos, desahuciados, malditos y abandonados. Eso éramos Gabriel y yo.

—Lo sé.

Di media vuelta para salir de la sala, jurando no volver a derramar una sola lágrima por Miguel. Al menos, la vida de los caminantes era corta, y el sufrimiento por amor se acababa rápido. Entonces, choqué con el único hombre vivo en esos cines. Y elegante. Me encantaba cómo le sentaba ese traje de *tweed*. Sonrió cortés, sus ojos castaños eran un remanso de paz, podía perderme en ellos una y otra vez. Había alcanzado los cuarenta, y me parecía la edad perfecta para un hombre: pequeñas arrugas sin importancia y sienes plateadas, de esas que otorgan distinción. Y Cameron Hollow era la personificación de todo eso.

—¿Una mala noche? —inquirió con la boquilla de la pipa entre sus labios.

—Podría haber sido peor, al menos conservaré mis alas un tiempo.

Anudé su corbata con delicadeza, no me gustaba verlo desaliñado, y a él tampoco.

—Lo que has hecho por Faith Summer dice mucho de ti, Raziel. —Su voz ronca se convirtió en un susurro y con un movimiento rápido, agarró mi mano entre las suyas para depositar un beso gentil y lleno de calidez que erizó mi piel—. No dejas de sorprenderme.

—Estoy acostumbrada a desafiar al sistema, sobre todo si es por un alma. Solo soy un ángel caído en desgracia que no deja de tomar malas decisiones.

No le beses, no le beses…

—Arcángel —corrigió con una sonrisa que desató un sinfín de mariposas revoloteando en mi interior—. Rebelde e incomprendida. Ellos se lo pierden por no saber valorarte.

Apoyé mi frente en la suya, y respiré con suavidad, tranquila y en calma, inhalando el olor a jabón y tabaco del agente Hollow. Nadie solía llamarme por el título que me pertenecía, al parecer, perdí ese derecho cuando caí de los cielos.

—El asunto de tu protegida… Espero que no sea demasiado tarde. Me da mala espina —dije contra su boca, como si solo estuviéramos nosotros y el peligro no nos acechara—. Antes de que salga el sol nos pondremos en marcha.

Enrosqué los brazos alrededor de su cuello, una invitación silenciosa para que devorara mis labios. Aún quedaban unas horas, y pensaba aprovecharlas todas antes de seguir descifrando el asesinato de Faith Summer.

Eleonora

Amortigüé el llanto con una mano, cayendo al suelo cuando mis piernas dejaron de obedecerme. Había fallado a una custodiada, a mis superiores, a todos aquellos en The Heaven S.A. que confiaron en mí. Y un miembro supremo de la cúpula que había bajado para castigar a un caído, acabó relegándome de mi propia misión. ¿Qué diría el custodio Di Marco ante semejante decepción?

Una lágrima corrió veloz por mi mejilla. No era real, lo sabía, mi alma seguía reproduciendo en la tierra los estímulos de mi cuerpo y la necesidad de huir tiró de mi estómago. Podía abandonar el caso de Faith Summer, dejar que el agente Hollow y los caídos lo resolvieran y, llegado el momento, que otro custodio la recibiera en The Heaven S.A. No, no podía hacerle eso a Faith, y me lo repetí a mí misma mientras alisaba los pliegues de mi eterno vestido. Hasta

que noté algo en mis dedos y, horrorizada comprobé que se trataba de barro.

El baile, mi primera copa de vino, un paseo por el jardín, sus manos tirando del collar de perlas de mi abuela hasta arrancarlo…

¿Cómo podía haber vuelto? El sistema de The Heaven S.A. eliminó los rastros de mi muerte, incluido mi cuello degollado. ¿Era un castigo por fallar en el caso de Faith? El arcángel Miguel se mostró comprensivo; los caídos solo nos ayudarían. No me relegaban, eso era mi imaginación.

—¿Te encuentras bien?

Alcé la cabeza, asustada. Era ese ángel despeinado de ojos grises y tristes, así que compuse una sonrisa solícita y perfecta desde la moqueta polvorienta. No dejaría que me vieran afectada, eso haría que me pisotearan todavía más con tal de ascender.

—Sí… solo necesitaba descansar un poco, gracias —respondí en tono jovial ahuecando mis tirabuzones.

—Creo que estarías más cómoda en la sala 1.

—Es-estoy bien así, gracias de nuevo… —insistí colocando bien los volantes para que no se me vieran los tobillos, aunque dudaba que a ese chico con las uñas pintadas de negro le importaran mucho.

—También puedes… descansar un rato —empezó dudoso, apartándose constantemente el flequillo rubio del rostro, y señaló con la barbilla un punto tras de mí—. Son los antiguos baños del cine. No los necesitamos así que… hice unos arreglos antes de marcharme a California. Es muy bonito, custodio.

Tendió su mano con gesto amigable y pese a que no poseía el aura de Miguel, eso no le restaba ni un ápice de su atractivo de joven aventurero del siglo xxi. La acepté al cabo de unos segundos, cohibida por su roce.

—Buscaré a Faith y al agente Hollow y…

Gabriel soltó una risita.

—El agente Hollow y Raziel están ocupados —reveló levantando mucho las cejas y abrí la boca, escandalizada. Era obvio que una mujer guapa, *sexy* y real, tendría más posibilidades con él que un alma—. Faith Summer se ha quedado en la sala 3 reflexionando acerca de… todo.

—Iré a hablar con ella —dije decidida, apresurándome a soltar su mano. Una custodiada siempre tendría prioridad ante un hombre—. Querrá saber qué línea vamos a tomar en su investigación.

Hice una pequeña reverencia por pura cortesía, y su cuerpo me cortó el paso.

—¿Puedes apartarte? —inquirí molesta, poniendo los brazos en jarra. Ese caído estaba acabando con mi paciencia.

Bajó la vista hacia sus zapatillas con expresión inocente.

—No pretendíamos interponernos en tu caso, solo queremos lo mejor para el alma de esa chica, y que la historia no se repita.

Esbocé una sonrisa desdeñosa. A los ángeles caídos no les importaba otra cosa que no fuera recuperar su estatus en The Heaven S.A. Eran egoístas, mezquinos, embaucadores… la codicia les pudo, por eso cayeron de los cielos. No deseaba tener trato con ellos y, ahora, estaba en un mugriento cine abandonado que servía para darles cobijo.

—Dejemos las cosas claras, Gabe. Lo único que nos unen son las circunstancias, es decir, que el alma de Faith Summer ascienda. Así que ahórrate esas pseudo disculpas, puesto que no me interesan.

Asintió despacio, sus labios convertidos en una fina línea.

—Por supuesto, custodio. Creí que… —hizo una pausa, sus ojos grises implorándome algo que ni siquiera entendía—. Lamento haberla molestado.

Se marchó rodando con su monopatín por el pasillo en penumbra y de inmediato deseché la idea de entrar en ese lavabo reformado, a pesar del olor a hortensias que salía por la ranura de la puerta.

Hortensias…

Un escalofrío me recorrió, y contuve el aire en mis pulmones, además de las ganas de entrar allí. Faith Summer era mi única prioridad, no un olor que provenía del pasado. Eso debía quedarse en el fondo de mi mente, donde no pudiera hacerme daño.

CAPÍTULO 17

Faith

Raziel compró tres cafés para llevar y el periódico del día y el agente Hollow revisó entre sus páginas para ver si salía algo sobre mi caso. No había detenidos ni huellas ni pruebas contundentes. A una parte de mí le inquietaba, la otra, luchaba por no olvidar quién era y qué diablos hacía con un chico con pinta de surfero, una mujer fatal, un cuarentón con traje de *tweed* y una señorita con traje de época, guantes y sombrilla. Una sombra negra pasaba ante mis ojos, hasta que recordaba cuál era mi propósito. Por supuesto, no dije nada, no necesitaba más presión. Estaba preparada para que el Limbo me tragara si las cosas no salían bien.

La custodio West había obtenido un permiso especial del arcángel Miguel para quedarse con nosotros y no parecía muy contenta con los nuevos integrantes de la misión. Por el contrario, el agente Hollow despertó de muy buen humor en la sala de proyecciones donde vivía Raziel. Ambos se lanzaban miraditas tiernas e iban agarrados de la mano por la calle. Siempre vi potencial en esa pareja y pensé que la custodio podría estar enfadada por eso. Descubrí que su malestar se debía al joven Gabe, el que iba en monopatín con zapatillas Vans y un montón de pulseras playeras en la muñeca. Y… ¡calcetines de aguacate, igual que los míos! Me guiñó un ojo, divertido y Eleonora puso los suyos en blanco. Por mucho que se esforzara en ser cordial y aportar algo positivo, el ángel caído volvía a chocarse contra un sólido muro en forma de señorita elegante.

Lástima, harían muy buena pareja.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —exclamé cansada al ver que bajábamos las escaleras en la estación de metro Angel, en

Islington High St., desde luego, el nombre nos venía al pelo—. ¿Vais a encontrar a mi asesino en el metro?

—En el metro de Londres se encuentran más cosas de las que imaginas.

Quizás Gabe tuviera razón o quizás nos precipitábamos hacia un callejón sin salida. El mismo en el que estaba metida.

—Por ejemplo, un submundo decadente —canturreó Eleonora, cuidando de que los bajos de su vestido no se ensuciaran. ¿Cuándo se enteraría de que estaba muerta?

—Venga, custodio, no seas aguafiestas —animó el agente Hollow —. Si arriba no podemos conseguir lo que necesitamos, tendremos que bajar para…

—En The Heaven S.A. no aprobamos estos métodos, de hecho, están fuera de nuestra jurisdicción y…

—¡Igual que nosotros! —interrumpió Gabe con su monopatín bajo el brazo, sacando una tarjeta de metro del bolsillo de sus vaqueros holgados. Que no la hubiera perdido se podía considerar un auténtico milagro—. En la Cúpula conocen lo que sucede aquí abajo y, aunque no lo aprueben, no nos llamarán la atención, custodio. Su reputación quedará intacta.

—Eres un descarado —farfulló atravesando la barrera metálica, cosa que era imposible para los caídos y el agente Hollow.

—Joder, por primera vez no tengo que pagar ni vestirme para viajar en el metro, ¿podéis dejarme disfrutar de algunos privilegios de la muerte?

Corrí por la estación, atestada un lunes a primera hora y mis calcetines de aguacate me ayudaron a resbalar por el suelo. No tenía ni idea de qué íbamos a hacer allí, pero aprovecharía los minutos tanto como me fuera posible. Hasta que me acordé de algo:

—Oye, Gabe, ayer dijiste que podía comprar tiempo…

—Solo en caso de necesidad extrema. Allí arriba no son muy *fans* de este tipo de… prácticas —respondió junto a mí, deslizándose con

su monopatín, sorteando a los caminantes que se dirigían hacia las escaleras mecánicas portando mochilas, maletines y desayunos para llevar.

—¿Y a dónde vamos exactamente? No entiendo qué…

Con un dedo selló mis labios. Todavía me sorprendía que pudiera tocarme, y señaló un panel en la pared que yo conocía de sobra: eran las leyendas de las líneas de metro de Londres, todos sus colores.

—Nosotros tomaremos la púrpura.

Fruncí el ceño, extrañada.

—Querrás decir morada.

Negó, sus rizos rubios meciéndose con cada movimiento.

—No, he dicho púrpura.

—¿Por ahí se va al submundo?

Esbozó una sonrisa inocente, y dos perfectos hoyuelos se formaron en sus mejillas.

—Es el submundo —agregó Eleonora abanicándose con fuerza y Gabe se quitó la gorra a toda prisa.

—Uno de los sitios más divertidos de Londres. ¡Empieza lo bueno, custodio! —replicó el agente Hollow pasando un brazo por los hombros de Raziel—. Suelo venir al salón de té de la señora Fontaine al menos una vez al mes. Su pastel de arándanos es el mejor que he probado nunca.

—Toda esa gente comercializa con las almas, las engañan…

Entonces, Raziel, que había permanecido callada desde que saliéramos de aquel cine abandonado, se deshizo del abrazo de Hollow para plantarse ante Eleonora que, aunque no se amedrentó, una chispa de temor brilló en sus ojos claros.

—Le agradecería que, o bien cerrase el pico o colaborase. El arcángel Miguel no le ha quitado esta misión. Tenga por seguro que,

cuando Faith Summer ascienda, todo el mérito será suyo. Solo queremos ayudar y lo haremos con nuestros métodos.

Gabe se interpuso entre ambas, su semblante dicharachero cambiaba en cuestión de segundos.

—Basta, Raziel, esto no es necesario. Entiende que… somos una vergüenza para The Heaven S.A., y se lo han inculcado a todos.

—¡Estoy harta de agachar la cabeza y justificarme por mis actos, Gabriel! No he matado a nadie.

—De hecho, todo lo contrario. Por eso te echaron.

Raziel le chistó para que callara. ¿Qué había querido decir con eso?

—Aparcar vuestras diferencias es lo más sensato… hacedlo por mi alma.

Todos se giraron a mirarme. La eterna chica del pijama de tostadas *kawaii* y el balazo en la sien enfrentándose a su destino.

—Haré lo que sea necesario por ti, Faith —dijo la custodio en un susurro, sus mejillas se colorearon igual que las de una persona viva y, a continuación, se aclaró la garganta—: Yo…

Pero Raziel ya no la estaba escuchando, seguía a algo —o a alguien— con esos profundos ojos violetas, y me di cuenta de qué se trataba: era una mariposa negra del tamaño de mi mano, volando en dirección a los andenes.

—Guárdese las disculpas para luego, custodio. La señal ha aparecido y no hay tiempo que perder.

El agente Hollow se abrió paso entre los caminantes, algunos despistados con sus teléfonos móviles, otros todavía adormilados, y bajamos tras él y Raziel por las escaleras mecánicas. Detrás de mí, la custodio West sorbía sus lágrimas en silencio y Gabe, que cerraba nuestra pequeña expedición, la miraba compungido.

El vagón apareció en el andén con su característico estruendo y cuando sus puertas se abrieron los caminantes salieron y entraron

en tropel, como una danza aprendida, o simplemente rutina. De repente, nos habíamos quedado solos.

—Ahora viene el nuestro —aclaró Raziel ante mi confusión, y entrelazó los dedos con los de mi agente. No pude evitar suspirar y acordarme de mi prometido, incluido su relato sobre mi muerte—. Llegaremos al fondo de todo esto, Faith.

Parpadeé, noqueada. Juraría que me había leído el pensamiento.

—Los dos últimos asuntos que me quedan por zanjar se están complicando bastante…

—Estoy convencida de que, cuando averigüemos quién te asesinó, zanjarás ambos de un plumazo, ¿no es así, custodio?

Una sonrisa conciliadora tiró de los labios del ángel caído y Eleonora la imitó con timidez.

—Atentas, estoy escuchando algo… —pronunció Gabe aguzando el oído—. Tomemos nuestras manos y dirijamonos al andén o lo perderemos.

—No entiendo…

—Será un momento —murmuró el agente Hollow revisando su reloj de bolsillo, e hicimos lo que Gabe nos pidió.

Hasta que me pareció oír algo a lo lejos, en la oscuridad del túnel y una luz brillante que venía hacia nosotros me deslumbró. ¿Era eso un vagón de metro? Mi nerviosismo fue en aumento cuando la mariposa pasó ante mis narices, aleteando hasta las vías ennegrecidas.

—¿Esto es seguro?

—¡¡Ahora!! —gritó Raziel.

Cerré los ojos al mismo tiempo que mi estómago sufría una brutal sacudida. Se suponía que caeríamos a las vías, pero no fue así. Rodé por un suelo enmoquetado, chocando contra una mesa y el olor a té negro y pastas de limón inundó mis sentidos. ¿Eso que se oía era un violín? Y me di cuenta de cuánto tenía que aprender acerca de las vicisitudes de la otra vida; la que existía tras la muerte.

Agente Hollow

El salto hacia el submundo solía ser un poco traumático para un caminante como yo. Nada grave, solo el momento de caer en el vagón después de haberlo atravesado. La mariposa de ónix era la señal, sin ella, saltar a las vías del metro pasaría a llamarse suicidio.

—¿Te encuentras bien?

La figura desenfocada de Raziel se materializó frente a mí y tuve que esperar unos segundos para verla con claridad.

—Creo que soy viejo para estas cosas. —Sacudió con delicadeza el cuello de mi chaqueta, su mirada repasando mi atuendo, mi rostro, con esa sonrisa sensual que solo ella podía esbozar—. ¿Viste al susurrador del andén?

A menor distancia de Inferno, mayor era el cúmulo de energía; y todo gracias a las almas putrefactas que lograban escapar y susurrar en el oído de los caminantes para que cometieran los más infames crímenes. En la línea púrpura no se les permitía la entrada, aunque alguna vez lo intentaban.

—Sí, la sombra junto al chico de la camiseta amarilla. ¿Te has fijado en que llevaba una rosa roja? Están inquietos por la llegada de las fiestas lupercales. Y solo faltan dos días.

Dos días. Algo se cocía en las entrañas de la tierra y no sé cómo no me había dado cuenta en los años anteriores.

—¡Qué fuerte, es un salón del té de verdad! —exclamó Faith, ajena a nuestra conversación—. ¡Es una maravilla!

Las paredes empapeladas en tonos rosa bien podrían ser las de un local de la superficie, en concreto, uno muy cursi. Las mesitas de madera estaban desperdigadas por el vagón y, en todas ellas flotaban platos de porcelana con bizcochos y sándwiches variados cortados en triángulos. Las tazas de traqueteaban, al igual que los azucareros de cristal rebosantes de terrones de azúcar que brillaban

bajo las luces de las múltiples lámparas de araña que colgaban en fila por el techo.

—Sí, ¿no es grandioso?

No sabía quién estaba más entusiasmado, si el ángel caído aferrado a su monopatín o el alma en pijama que trataba de averiguar el mecanismo que suspendía las mesas de la moqueta roja.

La custodio West se aclaró la garganta, lanzándome una mirada insegura.

—¿Pueden saber aquí algo acerca de…?

—¡Oh, pero si es mi caminante preferido! ¡Y viene acompañado de mis ángeles! —chilló una vocecilla que procedía del fondo del vagón y que corrió todo lo que le daban sus tobillos para recibirnos. ¿Cuántos años tenía esa mujer? ¿Setenta?

Pellizcó mis mejillas mientras farfullaba algo sobre que estaba muy delgado, y yo me dejé, como siempre que venía a tomar té y pastel de arándanos. Besó a Raziel en la mano y saludó con sendas reverencias a las dos almas que nos acompañaban; sin embargo, cuando le llegó el turno a Gabriel, sus ojos grises se empañaron a través de sus gafas y ambos se fundieron en un abrazo.

—Estás muy guapo, dime que vas a quedarte un tiempo en Londres, por favor.

—De momento, sí. Raziel y yo estamos en una misión especial.

La señora Fontaine sonrió, dejando un reguero de besos por su rostro.

—¡Estoy segura de que esta será vuestra oportunidad! Aunque te echaré mucho de menos, y a ti, cariño —agregó apretando la mano de Raziel, y la custodio West me propinó un golpe en el pie con su sombrilla. No entendíamos nada.

—¿Y quién se supone que es usted? —preguntó Faith con su característica falta de timidez.

¿Era eso obra de la muerte o ya era así de serie?

—Tú debes de ser la chica de San Valentín y esta de aquí, tu custodio —aseveró con dulzura, subiéndose las gafas de carey para verlas mejor—. Yo solo soy una pobre vieja que intenta hacerle la vida más agradable a aquellos que cayeron de los cielos. Esto que veis… no es un tren. Es un truco, uno de los muchos que poseemos. Vamos, sentaos, voy a hervir agua.

—¿Poseemos? —insistió mi protegida, caminando hacia la mesa que la señora Fontaine nos señalaba—. ¿Cuántos sois?

Se encogió de hombros, y sacó tres bolsas de té del bolsillo de su delantal blanco con fresas y margaritas impresas, tan edulcorado como ella.

—Muchos, y estamos en la obligación de cuidar de nuestro legado.

Eleonora la miró suspicaz.

—¿Qué quiere decir con eso?

Tomamos asiento en una de las mesitas flotantes. Estábamos solos en el vagón, algo muy normal a esa hora siendo lunes. Entonces recordé que Amanda visitaría al doctor Gray para pedirle el informe del análisis toxicológico del cadáver de Faith. El problema, es que en el submundo los teléfonos móviles no disponían de cobertura. Esperaría a que terminara nuestra pequeña excursión para llamarla e invitarla al mejor restaurante de todo Londres.

—¿Qué le han contado allí arriba sobre los de aquí abajo, custodio?

La señora Fontaine sirvió el agua hirviendo y aproveché para hacerme con un panecillo relleno de mermelada de cerezas, otra de las especialidades de aquel pintoresco lugar que olía a naranjas confitadas y canela en rama.

—Solo que… arcángeles, ángeles y serafines fueron expulsados de The Heaven S.A. por faltas muy graves. Hace mucho que nadie cae, el último fue…

Gabe alzó la mano, con una sonrisa triste en su rostro aniñado.

—Cometimos errores y los pagamos muy caros.

—Por eso nosotros, los hijos de los caídos, nos vemos en la obligación de continuar con su legado en la tierra. —Eleonora abrió mucho la boca y casi escupo el sorbo de té que acababa de beber—. Somos mestizos, la sangre de los que fundaron The Heaven S.A. corre por nuestras venas. Y siempre que nos necesiten, estaremos aquí para ayudar a un alma. Quiero que mi padre suba y me reciba allí arriba llegado el momento, es mi último deseo. Mi vida es más larga que la de un caminante normal, y siento que ya he vivido demasiado.

Cubrió la mano de Gabe con la suya, arrugada y pequeña, y lo entendí todo.

—Eres… la hija del arcángel Gabriel.

—Joder, no sabía que los ángeles podían tener hijos —dijo Faith asombrada.

—Todos, a excepción de mí —masculló Raziel removiendo el azucarillo de su té de mala gana.

—No te perdonan que resucitaras al niño de Judea —agregó Gabe —. Habían pasado tres días, debiste hacerlo a las pocas horas del fallecimiento.

—¿Te refieres a Jesús? —preguntó Faith entusiasmada y a la custodio West casi se le cae el abanico.

Pasé el brazo por sus hombros, besando su sien. Cada minuto que pasaba junto a ese ángel caído me sorprendía más que el anterior. Allí arriba se tomaban muy mal que otros volvieran a la vida. Y, eso, tardaría muchos miles de años en perdonarse.

—Bueno, aquello ya quedó en el pasado. Gabriel y yo caímos, cada uno por un motivo distinto, igual que muchos de nuestros hermanos. Malas decisiones con almas, engendrar hijos con un caminante… Pero hoy nos atañen otros asuntos. Miguel nos ha encomendado el alma de esta chica —hizo una pausa y muchos pares de ojos se clavaron en mi protegida—. Necesita encontrar a su asesino para ascender, es uno de sus asuntos pendientes.

La señora Fontaine se rascó la barbilla, pensativa.

—Eso suele ser cosa de la policía, Raziel. Y ninguno de vosotros lo es.

—Ellos no llegan donde nosotros. Baltazar está empeñado en quedarse con su alma, dice que le pertenece, y pienso que Faith forma parte de aquellas chicas que han muerto en los últimos años cuando se acercaban las fiestas lupercales.

—A susurradores y cazadores les gustan las almas rebosantes de amor. Hace poco oí que se han aliado.

—Baltazar dijo anoche que… establecerían un nuevo orden —aclaró Faith en voz baja—. Ellos también quieren almas. En concreto, la mía. Y la de mi… no sé si llamarlo ex o gilipollas. Aún no sé qué pensar de él.

—Un momento…, ¿has dicho que Baltazar quiere tu alma?

—Sí, en plan reclamo posesivo —respondió haciendo comillas con sus dedos.

La anciana repasó a los presentes con la mirada, y su gesto se volvió grave.

—¿Y si…? ¿Has vendido tu alma?

Gabe escupió el té, y mi taza casi cae al suelo mientras la custodio West se tapaba la boca. Ninguno de los dos habíamos barajado esa probabilidad.

—¿Qué? Yo… yo jamás vendería mi alma. ¿Quién en su sano juicio podría hacerlo?

—Puedes haberlo hecho sin darte cuenta —repuso Raziel.

—Incluso ese Jason —señaló la custodio, contrariada—, porque, en ese caso, esto puede ser más difícil de lo que imaginábamos.

Faith se abrazó a sí misma, el giro de los acontecimientos acabaría destrozando su escasa estabilidad mental y el Limbo se aprovechaba de eso. Hasta que recordé algo:

—Dijiste que Jason te regaló un anillo de compromiso.

—El que dejé en el baño… lo encontré en mi copa de *champagne*, en Nochevieja. Y… le entregué mi alma —balbuceó, y sus ojos asustados se clavaron en los míos—. Lo hice, ahora me acuerdo.

—No hay nada firmado, Faith, podemos hacer algo —intervino la custodio con decisión. Para ella se había convertido en algo personal y para mí también.

—Ese tipo de entregas, suelen ser vinculantes —susurró Raziel intercambiando una mirada con Gabe.

—¿Quieres decir que le entregué mi alma a Jason? —sollozó Faith.

—Y él se la ha entregado a Baltazar —concluí dejando mi taza de té sobre el platillo de porcelana, sobresaltando a la señora Fontaine.

—Estoy perdida, ¿verdad?

La custodio West enderezó la espalda, recobrando la compostura.

—No mientras estemos aquí.

El vagón traqueteó y Faith se limpió las lágrimas, una ilusión que producía su alma imitando las funciones de su cuerpo.

—Ya no me quedan fuerzas —aseveró con una sonrisa triste, alejándose de la mesa flotante que compartíamos—. Si mi tiempo se acaba, no pienso comprarlo, es absurdo, igual que retrasar lo inevitable. Gracias por haber puesto tanto empeño en mí.

Raziel y Gabe se levantaron, raudos, y sus tazas resbalaron, la porcelana haciéndose añicos contra la moqueta roja. Y, tomando impulso, el alma de Faith saltó a través de las paredes empapeladas dejando tras de sí una estela con los colores del arcoíris.

—¡Debo hablar con la Cúpula, hay que arreglar este desastre! —exclamó la custodio con las manos temblorosas, sin atinar a encontrar el pequeño dispositivo que le conectaba con The Heaven S.A.

—Tranquila, Eleonora, ellos lo saben todo —respondí presuroso, pasándome un pañuelo por la frente—. Temo que Baltazar aproveche este giro de los acontecimientos y la encuentre. ¿Y si saltamos nosotros ahora?

—Todavía no podéis, agente, la señal no ha aparecido.

Los ángeles caídos asintieron ante las palabras de la señora Fontaine que paseaba de un lado a otro, nerviosa.

—¿Insinúa que podemos quedarnos aquí hasta…?

—Hasta que aparezca —insistió la anciana—. Solo las almas que no han entrado en The Heaven S.A. quedan fuera de las normas de este lugar. Sea paciente, Eleonora. ¿Sabe que nos llamamos igual? —agregó con una sonrisilla para restar atención al gran problema que nos enfrentábamos—. Nuestro nombre significa fuerte, audaz y valiente. Y usted cumple todas esas características.

Raziel propinó un codazo a su hermano. Ambos sabían algo que yo no y eso, junto con la revelación del nombre de la señora Fontaine, inquietó a la custodio. No me cabía la menor duda de que todos los días se aprendía algo nuevo, eso, y que todos guardábamos nuestros secretos a cal y canto para que no nos devoraran.

—Si el Limbo encuentra a Faith Summer antes que los cazadores… estaremos en un aprieto mucho más serio —continuó Gabe cruzándose de brazos—. Solo podemos esperar.

La custodio se abanicó con más fuerza, observando todo a su alrededor. Esperaba la señal, la mariposa negra que nos indicaba que podíamos saltar al otro lado. Saqué mi reloj de bolsillo y Raziel contempló la hora conmigo. Ojalá no fuera demasiado tarde para el alma de Faith.

CAPÍTULO 18

Faith

Cuando abrí los ojos comprobé que estaba en la estación de Westminster. Vaya, ¿cómo había llegado hasta ahí? Chillé, horrorizada: estaba descalza, en concreto, con unos calcetines de aguacate. ¡Y en pijama! Lo más curioso es que a nadie parecía importarle, como si me hubiera vuelto invisible repentinamente. Estaría soñando. Sí, era lo más razonable. Había visto en mi ordenador vestidos de novia en el sofá mientras bebía una taza de chocolate caliente, lo más probable, es que me quedara dormida. Seguí a la masa de personas que se aproximaba a la salida. No llevaba mi tarjeta de metro encima, algo lógico teniendo en cuenta que se trataba de un sueño y cuando la barrera metálica se levantó, corrí detrás de una señora con abrigo púrpura. ¿Púrpura? Ese color me era bastante familiar. Me di un golpecito en la frente, aquello no tenía el menor sentido. Los colores eran solo eso, colores, y subí los peldaños de dos en dos mientras tarareaba una canción. Jason me despertaría con café y un par de besos en cualquier momento. Ojalá no hubiera dejado mi ordenador a la vista, mi vestido era una sorpresa y el novio no debía verlo hasta el día de la boda.

Salté por la acera, feliz. No sentía frío ni calor, pese a que los viandantes iban ataviados con gruesos abrigos, bufandas, gorros… Claro, era un sueño, ¿qué esperaba? Por otro lado, podía hacer lo que quisiera, incluso el ridículo hasta límites insospechados, y entré en un *pub* con un puñado de mesas ocupadas cantando *Wannabe*, el éxito mundial de las Spice Girls. Ni el baile ni mi tono desafinado produjo ningún efecto. Ese tipo de sueños, reales y vividos deberían ser obligatorios una vez al mes, siempre y cuando no tornaran en pesadillas.

—Pobre chica… —murmuró un hombre pasando un trapo a la barra de madera envejecida—. Últimamente pasan cosas muy raras en esta ciudad.

—¡Yo creo que es un asesino en serie! —bramó uno de los parroquianos, con un bigote grande y espeso, golpeando la mesa con el puño—. Londres se ha vuelto un sitio muy peligroso de un tiempo a esta parte.

—Scotland Yard no tiene ni idea… son unos incompetentes —intervino una mujer después de dar un sorbo a su taza de té.

Fruncí el ceño. Todos miraban la televisión, al parecer algo horrible había pasado y al dirigir la mirada allí el mundo se resquebrajó a mis pies: mi imagen estaba en la pantalla, una foto que Jason me tomó unos meses atrás y, debajo un rótulo donde se leía que fui asesinada.

—No, no puede ser… —farfullé.

Y entonces lo recordé todo. El disparo, The Heaven S.A., la custodio West, el agente Hollow y su traje de *tweed*. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Salté de un salón del té con mesas flotantes, dejando a esa señora Fontaine y a los ángeles caídos pasmados. Caí de rodillas al suelo. Era cierto eso de que mi tiempo se agotaba, que las lagunas de mi memoria cada vez eran mayores.

—Candace McGregor, a quien su familia y amigos apodaban cariñosamente Candy, es la segunda víctima en el área metropolitana de Londres en menos de una semana. La policía investiga la conexión con el caso de Faith Summer, puesto que ambas eran amigas —relató la presentadora del matinal de máxima audiencia del canal seis, con esos esperpénticos labios pintados en rojo—. Se han decretado cuatro días de luto oficial. Desde el ayuntamiento nos confirman la consternación por las víctimas y el apoyo a sus familias. Scotland Yard baraja nuevas hipótesis mientras el prometido de Faith Summer continúa en estado crítico en la Unidad de Cuidados Intensivos…

—¡Una tragedia! ¿A dónde vamos a llegar? —exclamó otra mujer detrás de la barra, enjugándose las lágrimas invisibles con un pañuelo.

Intenté gritarle que estaba frente a ella, que mi propia alma vivía un infierno tras la muerte, tratando de encontrar el camino hacia mi descanso eterno. En esa línea púrpura me había rendido y de repente comprendí que, estuviera viva o muerta, la partida no podía terminar así. No solo por mí, sino por Candy. ¿Su alma habría subido a The Heaven S.A. o ese Baltazar se habría apropiado de ella?

—Es una lástima… era tan joven… —se lamentó el hombre del bigote poblado, sacando un paquete de cigarrillos—. Abrió la cafetería donde trabajaba y encontró la muerte en un callejón con olor a orín.

Me faltaba el aire pese a que no necesitaba respirar, y el *pub* comenzó a darme vueltas. ¿Qué se supone que iba a hacer ahora?

—¡Custodio! ¡Te necesito, custodio! —grité a pleno pulmón, casi sin fuerzas—. ¡Si Jason ha vendido mi alma, merezco respuestas!

Pensé en la posibilidad de que hubiera vendido también la de Candy. El mensaje de voz que le dejó y del cual fui testigo en Starbucks daba a entender que aún seguían viéndose. Puede que Baltazar quisiera un alma y no se conformara con cazar solo la mía.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Eres un monstruo!

Di una patada a un taburete de madera, y todos en el *pub* aguantaron la respiración, asustados, sin dejar de mirar aquel objeto inanimado que acababa de caer al suelo de la nada. Una de las mujeres se persignó, el hombre del bigote apuró su café y pagó su cuenta para largarse de allí a toda prisa. Claro, por eso en The Heaven S.A. no dejaban a ningún alma sola en la tierra. Yo y mis malditos impulsos éramos los culpables de… ¿De qué exactamente? Del asesinato de Candy por supuesto que no. Mientras tanto, yo podía hacer algo para resolver mis asuntos. Tarde o temprano me encontraría con la custodio, el agente y los ángeles caídos o el equipo multidisciplinar encargado de mi ascenso.

Las puertas del cristal del *pub* se abrieron impulsadas por mí y de nuevo los parroquianos lanzaron gritos e incluso suplicaron a los cielos por mi alma y puse los ojos en blanco. Quizás para eso debían rellenar un sinfín de formularios, suerte que no conocían la burocracia después de la muerte. La calle me pareció un laberinto de transeúntes abrigados y perros que ladraban al pasar junto a mí. Ya no me reconocía en esa ciudad que me acogió, en la que fui feliz junto a Jason. El mismo que me traicionó. Hasta que un rayo de sol se abrió paso en la oscuridad, no en sentido literal: Amanda Appleton, la joven doctora hija del agente Hollow. No podía verme ni escucharme, pero seguro que, si hacía ruido a su alrededor, caería en la cuenta de que un alma estaba cerca. ¡Ya lo recordaba! Iba a visitar al doctor Gray para ver el informe toxicológico de mi cadáver. Esquivé a un chico con cresta azul y auriculares grandes; no podía perder de vista a la doctora Appleton, de lo contrario, vagaría sola por Londres hasta que me encontraran, y no tenía ni idea de quién lo haría primero. Su cabello rubio ceniza, recogido en una coleta alta le daba un aire distinguido, junto a ese abrigo de pelo gris. Joder, eso costaba lo mismo que mi antiguo alquiler. Con un vaso de café para llevar, oteaba el horizonte, atenta a sus objetivos. Estaba claro que a esa doctora no se le escapaba una y a mí tampoco se me podía escapar. Entonces, algo sopló tras mi oreja, me absorbía y comprobé que se trataba de ese agujero negro que reclamaba mi alma. Apreté los dientes. No, no me rendiría ahora y corrí a pesar de la corriente gélida.

Amanda aguardaba en un semáforo a escasos metros, con el teléfono móvil en la mano, leyendo la pantalla iluminada con el rostro desencajado. Ya se había enterado del asesinato de Candy. Pulsó un par de teclas, llevándose el aparatito a la oreja. Estaría llamando a su padre, sin embargo, después de varios segundos colgó. Ella tampoco conseguía localizarlo. Cada vez me costaba más andar, como si tuviera unos zapatos de hierro y estos se clavaran al pavimento. La corriente se convirtió en una especie de huracán y miles de voces susurraron en mi oído. Querían que estuviera allí

durante toda la eternidad, caminando a oscuras, sin recuerdos, sin nada a lo que aferrarme.

La doctora guardó el teléfono y grité su nombre tratando de llamar su atención. Cuando pedí mi anillo me escuchó, según decía el señor Hollow, si un alma estaba enfadada o muy triste, los oídos de los caminantes lo captarían, aunque, en esta ocasión, no surtió efecto. ¡Mierda!, mi tiempo se acababa, mis pies pesaban demasiado, no podía dar un paso más, y sollocé con amargura, lamentándome de mi suerte hasta que vi algo que captó mi atención. Un coche rojo sangre derrapaba por la esquina con los cristales tintados y la música a todo volumen. Amanda cruzaba la calle inmersa en sus pensamientos y, si no hacía algo, hablaríamos en pocos minutos. El agujero negro crecía, mi alma le pertenecía, pero yo aún tenía algo que hacer; y sacando toda la fuerza que llevaba dentro, mis pies se despegaron de la acera.

Se escucharon gritos de horror, la bocina de un coche y un frenazo de esos que hacían historia. Pero yo solo podía oír los latidos desaforados de Amanda, tumbada en el suelo bocabajo. Había conseguido escapar de una muerte segura, y eché un vistazo tras de mí: el agujero negro se desvaneció, y la gente que se agolpaba a nuestro alrededor estaba congelada, hasta los perros abrigados con jerséis de lana se habían quedado paralizados mientras ladraban. ¿Acaso el tiempo se había parado?

—¿Qué… es todo esto? —preguntó Amanda en un susurro y me apresuré a levantarme. Sus ojos se clavaron en los míos. Vaya, ahora sí podía verme—. ¿Estoy muerta?

—No, pero deberías estarlo —alegó una voz que me era muy familiar. El arcángel cachas que se reunió en el cine abandonado la noche anterior apareció en mi campo de visión, con su túnica azul medianoche y sus espléndidas alas blancas, impolutas—. La hora de esta caminante había llegado y tú, Faith Summer, alma en proceso de ascensión lo has impedido.

Amanda se frotó los ojos, lívida. Ella también lo veía.

—Yo… no sé qué ha pasado. He sentido que me empujaban y…

—Un alma ha salvado tu vida —aseveró sereno, su aura dorada emitiendo preciosos destellos bajo los tenues rayos de sol—, la tuya debía ascender justo ahora. Has recibido una segunda oportunidad, como dirían los caminantes. Aunque, a eso lo llamamos contraer una deuda con The Heaven S.A.

—Un momento, ¿qué es eso de una deuda? —inquirió con voz temblorosa.

—Si vamos a recolectar un alma menos, siempre pedimos algo a cambio. Bienvenida a bordo, agente Appleton.

—Tiempo muerto, señor —rogué—. Necesitamos a la custodio West, el agente Hollow, los caídos… se han quedado en el submundo.

—El Limbo no volverá a molestarla, al menos por ahora —advirtió batiendo las alas, preparándose para ascender—, acaba de salvar una vida.

El arcángel Miguel emprendió el vuelo, sus poderosas alas batiendo el aire para elevarlo de vuelta a los cielos, y ambas nos miramos, contrariadas. El muy cabrón no había contestado, y mucho me temía que tendríamos que apañárnoslas solas.

—¿Significa que… voy a ser como mi padre?

—Sí, y ojalá nos encuentre pronto, antes de que te encomienden un alma.

—Mierda, no sé si estoy preparada para esto…

El tiempo volvió a fluir. Los perros ladraron, el tipo del coche rojo se bajó a toda prisa con el rostro blanco como el papel, y una muchedumbre de personas se acercó a Amanda para comprobar si estaba bien y respiraron aliviados mientras algunos llamaban a los servicios de emergencia. No tenía ni idea de qué sucedería ahora, solo podía mirar a mi espalda y comprobar que el Limbo se había cerrado, y su gélido viento no me reclamaba. Por ahora.

—Deshazte de esta gente, doctora —pedí, consciente de que ya podíamos entablar conversación. Ella no me hablaría estando

rodeada de simples caminantes que la tomarían por loca; siempre podía usar los trucos de su padre—. Tenemos dos opciones: ir a la tienda de antigüedades o continuar con la visita al doctor Gray.

Amanda no dijo nada, o por lo menos a mí. Sacudiéndose las rodillas cubiertas de polvo, declinó con una sonrisa nerviosa la ayuda de los caminantes, lanzándole una mirada de advertencia al conductor temerario. La policía venía por él, sin embargo, nosotras no lo veríamos. Ambas teníamos muchas cosas que hacer y cruzamos la carretera mirando, como si el tiempo no se hubiera congelado. La vida de Amanda Appleton había cambiado para siempre y no sabía si estaba enfadada o simplemente demasiado aturdida para procesar tantas cosas a la vez.

CAPÍTULO 19

Eleonora

Me negué a salir del salón del té de la señora Fontaine hasta que la mariposa negra apareciera. Por el contrario, el agente Hollow y Raziel cruzaron las puertas del vagón en busca de otros caídos para hacerles unas preguntas sobre las fiestas lupercales y los susurradores. Puede que ellos escucharan algunos rumores, a fin de cuentas, vivían en el submundo o línea púrpura, que era un vagón mucho más largo de lo que en un principio imaginé. Y no deseaba ver lo que se cocía. Estaba superando mis prejuicios hacia los ángeles caídos, necesitaba un poco de tiempo y no pensaba comprarlo.

—¿Por qué vosotros vivís en un cine abandonado?

Gabe levantó la vista de su taza vacía, sus ojos de plata demasiado tristes para ser de este mundo.

—Cuando Raziel dejó su trabajo como doctora, encontró en aquel lugar la oportunidad para no salir de la ciudad —respondió encogiéndose de hombros—. En cuanto a mí… Me considero un nómada, pero sé que tengo un sitio para dormir caliente cada vez que vengo a Londres.

—Y una hija —apostillé.

Siempre había escuchado en el departamento de almas custodias que los caídos fornicaban con las caminantes siempre que tenían ocasión y que su descendencia era muy prolífica.

—En realidad tengo siete. Bueno, uno de ellos falleció hace poco, en Brasil—agregó cabizbajo, jugando con el dobladillo de su camiseta psicodélica. No lo imaginaba anunciándole a María su

embarazo, y mucho menos, cayendo de los cielos—. Los mestizos son más longevos que un caminante corriente, pero no son inmortales. Esa espantosa condición solo la cargamos nosotros.

El tren traqueteó y, por un instante, pensé que me caería de mi asiento, aunque Gabe estuvo rápido de reflejos y sus manos me sujetaron por la cintura, produciéndome un escalofrío.

—Debe de ser difícil ver a tus hijos morir.

—Nadie está preparado para eso. Y mucho me temo que se volverá a repetir. —Lanzó una mirada por la puerta donde habían salido Raziel, el agente Hollow y su hija. Esta última se marchó alegando que necesitaba unos ingredientes para sus pasteles—. La vida de Eleonora pende de un hilo… y la perderé pronto. Aún recuerdo el día que nació y lo que sentí al tenerla entre mis brazos. Eso es algo que no olvidaré, aunque pasen cien años.

—¿Por qué se llama como yo?

Esa pregunta, atorada en mi garganta desde hacía un buen rato, no le pilló desprevenido, es más, diría que la esperaba. Entonces, el dispositivo de contacto con The Heaven S.A. emitió un fuerte pitido y la voz del custodio Di Marco sonó a través del pinganillo que lo conectaba con mi oreja:

—¿Custodio West?

Y de inmediato supe que algo no marchaba bien.

—Dígame, custodio. ¿Qué sucede?

—La necesitamos aquí arriba, no se sorprenda si tiene un brusco ascenso, estamos trabajando lo más rápido que podemos —informó con urgencia y Gabe me miró interrogante. Estaba convencida de que lo estaba oyendo todo.

—Pero… ¿Qué ha sucedido? ¿Es Faith?

—Está relacionado con su caso, por eso, le asignaremos a otra custodiada.

—Un momento… ¿Qué me he perdido? —insistí.

Al otro lado de la línea mi antiguo custodio suspiró. Su reencarnación se encontraba cerca e imaginé que el cansancio comenzaba a hacer mella.

—Bastantes cosas —su reproche no me pasó inadvertido, y mis mejillas enrojecieron—. ¿El agente Hollow se encuentra con usted?

—No…

De golpe, algo me succionó, conocía esa sensación a pesar de que no la experimentaba con regularidad. La imagen de Gabe, que se levantó de un salto, se difuminó en pocos segundos y cerré los ojos, mi alma contrayéndose mientras atravesaba las nubes a gran velocidad. Al abrir los ojos, estaba de vuelta en The Heaven S.A. en sus suelos de acristalados y brillantes, donde los colores ni los curiosos olores de la tierra podían alcanzarme, y sentí una profunda tristeza. ¿Tanto echaba de menos el mundo de los caminantes? El custodio Di Marco me esperaba con su túnica oscura y su acostumbrada pose rígida, pero no iba solo, le acompañaba una joven con una larga trenza rubia y vaqueros rotos. En su frente, había un agujero que todavía sangraba, muy parecido al de Faith. Aunque ella no parecía tan desmemoriada.

—Esta es Candace McGregor. Es amante del prometido de tu custodiada y pertenecía al grupo de amigas de esta —recitó Di Marco sin emoción, con el rostro endurecido—. Se le ha negado la resolución de sus asuntos pendientes hasta que no se resuelvan los de Faith Summer y, dependiendo de ello, estudiaremos si su alma es apta para The Heaven S.A.

—No lo entiendo —balbucí, y la chica rompió a llorar.

—No consta en nuestras listas, sin embargo, ha ascendido en cuanto ha fallecido. No sabemos si se trata de un error. Se le ha asignado una agente de manera provisonal, y tú serás su custodio.

—Yo… no he hecho nada —gimoteó juntando sus palmas, como si estuviera ante dos santos y necesitara que alguien oyera sus plegarias. Pero en The Heaven S.A., las cosas no funcionaban así.

—De alguna forma estarás implicada en la muerte de Faith Summer, quizás aún no lo recuerdas —replicó inflexible.

—Yo… solo abría la cafetería en la que trabajo, y un tipo con un ramo de rosas me…

—¿Cómo has dicho? —pregunté con urgencia.

—Me llamaron por mi nombre y… vi que llevaba un ramo de rosas rojas, eran muy bonitas…

—¿Crees que era un hombre?

Candy asintió y el custodio Di Marco relajó un poco su pose. Aquellos casos en donde sucedían grandes traiciones le afectaban bastante.

—Las fiestas lupercales despiertan buenos sentimientos… Si es cierto eso que decía Baltazar, no me cabe la menor duda de que consagrará el Pandemónium antes del catorce de febrero.

—¿Qué quiere decir con…?

—Cada año lo intentan y este año tienen prisa —señaló a Candy, que temblaba de pies a cabeza—. Gabriel lo impidió unos siglos atrás y, aun así, le costó su caída en desgracia. Tu no lo recuerdas, Eleonora, pero… él consiguió ascender tu alma antes de que la cazaran por Lupercalia. —Abrí la boca, impresionada por la revelación, y Di Marco me mostró su medalla de oro con el rostro de un ángel delicadamente tallado—. Me encomendé a ese arcángel antes de cada batalla.

—Custodio…

Mi cuerpo maltrecho tumbado en el barro con el vestido que hicieron para mi puesta de largo, el olor a óxido impregnando mi paladar… y el bello ángel de alas blancas y bucles dorados, cuya mirada piadosa me fascinó y que no volví a recordar hasta ese momento.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos —repuso en un susurro—. Y juro que antes de reencarnarme, acabaremos con el Pandemónium.

—¿Ya sabíais esto? —inquirí con un hilo de voz.

Di Marco sonrió, triste, y su mano grande cubrió mi mejilla con ternura.

—Esto, mi querida Eleonora, es tan viejo como el mundo. Y la profecía de Uriel está a punto de cumplirse.

—Pero… ¿eso no es un ángel? —intervino Candy, confusa.

—Un arcángel caído en desgracia, cuyas profecías nos escandalizaron a todos. Y no supimos verlo. Ahora, el submundo es su hogar.

Reprimí las lágrimas, con un barullo de sentimientos que oprimían mi pecho. No era el momento de lamentarse, tocaba actuar y, sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, abrí mi sombrilla de encaje, ofreciéndole mi brazo a Candy.

—Entonces, no hay tiempo que perder, custodio. Por favor, deje que esta chica pueda arreglar sus asuntos pendientes… En caso de que tenga algo que ver con la muerte de Faith, cancelaré la lista de inmediato.

Di Marco cabeceó dándome autorización y el suelo de cristal comenzó a resquebrajarse bajo nuestros pies.

—Buena suerte, Eleonora, que los ángeles te guarden.

No dije nada, solo cerré los ojos, preparada para el descenso, pensando en ese ángel caído que una vez vi en mi puesta de largo.

Raziel

El olor de las flores secas, incienso y canela llegó a mi nariz en cuanto cruzamos la portezuela. Muchos se quedarían tomando té y pasteles con Eleonora Fontaine, en cambio, caídos y mestizos, nos adentrábamos en el submundo. Cameron Hollow era un caminante

con cierta ventaja debido a su estatus en The Heaven S.A., y gozaría de más de un privilegio gracias a mi compañía.

—¿Esto es lo que llaman la noche eterna? —preguntó mientras mis alas aparecían en mi espalda, carne y hueso rompiéndose junto a mi camisa sin dejar rastro de sangre. Aquí podía mostrar quién era en realidad, no vendría el arcángel Miguel con su espada sagrada para cortarlas.

—Sí, es el reflejo de cómo nos sentimos.

—Interesante.

Apretó mi mano, entrelazada con la suya y lancé una mirada a la luna en cuarto creciente que se alzaba majestuosa en aquella réplica del cielo plagado de estrellas. El paisaje siempre me sobrecogía, hacía que mi pecho se hinchara y algo vibrara en mi interior.

—Parece uno de esos mercadillos árabes —comentó Hollow en voz baja y reí.

—Nosotros también nos quedamos estancados en el pasado.

Y era cierto, los que eran tan antiguos como yo manejaban esa ilusión. Samael siempre tuvo una debilidad especial por las antiguas civilizaciones. Me preguntaba dónde estaba, si lo encontraríamos en algún tenderete o habría subido a la superficie para seducir a alguna caminante joven y guapa.

Mestizos y caídos me reconocían y, a medida que avanzábamos ante los puestos de telas raídas que exponían objetos de dudosa procedencia, agachaban sus cabezas en señal de respeto. Una vez fui un arcángel con un gran poder en The Heaven S.A. y ellos lo recordaban; lo cual no solo me llenaba de orgullo, conseguía calentar mi corazón y hacerme sentir que pertenecía a algún lugar.

—¿Qué buscamos exactamente, Raziel? —preguntó con un deje de impaciencia por la fuga de su protegida—, aquí parecen ajenos a lo que sucede con los susurradores y los cazadores.

—Lo creas o no, a veces suben a buscarlos. Pero no es fácil, y si se caza a muchos, podrían alterar el equilibrio. Estamos atados de

pies y manos. Sin embargo, hay alguien aquí que suele tener respuestas.

—¡Tiempo, vendo un poco de tiempo! —pregonó una voz de hombre que reconocí al instante. ¿Cuántos siglos llevábamos sin vernos? ¿Dos? —. ¡Horas, minutos y segundos! Alarga tu tiempo por un módico precio.

Paramos frente al destartalado puesto plagado de relojes de arena. Algunos flotaban en el aire y otros giraban constantemente cuando uno de sus extremos se llenaba, para vaciarse en la cuenca de cristal contraria. El anciano vendedor lucía una sonrisa desdentada y una barba larga y blanca. Hollow admiró con curiosidad los relojes con mucho cuidado de no tocar nada.

—¿Te valen un par de plumas de arcángel?

—¡Son mis preferidas! —exclamó abriendo los brazos cubiertos de harapos—. Bienaventurada seas, Raziel, hace mucho que no te veo por aquí. ¿Has estado muy ocupada en la superficie?

Repasó al agente Hollow con la mirada y levantó una de sus pobladas cejas blancas, a lo que me enderecé, orgullosa y altiva, como el arcángel que era.

—Matusalén, te presento al caminante Cameron Hollow, un agente de The Heaven S.A., ambos estamos en misión especial.

Sus ojos negros analizaron al hombre que tenía frente a él. El padre tiempo resultaba mucho más benevolente de lo que podía parecer, solo había que tener ciertas habilidades con él.

—¿La Cúpula te ha encargado la protección de un alma? Vaya, debe de ser grave. —Revisó las palmas de sus manos a la luz de las velas y el agente Hollow estiró el cuello para ver qué hacía—. Las fiestas lupercales. Debí imaginarlo.

Chasqueó los dedos torcidos y varios relojes se dieron la vuelta solos.

—¿Puedes ayudarnos? —pregunté en un susurro, no quería que la voz se corriera tan rápido. Muchos allí anhelaban volver a The

Heaven S.A., otros, podían torpedear la misión, ya fuera por envidia o inquina al lugar que una vez los expulsó. Incluyendo a sus descendientes.

Miró a ambos lados, su puesto estaba un poco más alejado del resto, y los malabares con fuego de los querubines, mantenían a muchos entretenidos.

—Dime su nombre.

—Faith Summer —contestó Hollow bajando la voz y Matusalén desapareció unos segundos de nuestra vista para rebuscar entre sus muchos relojes.

—Es de mi total confianza —me apresuré a decir ante su desconcierto.

—Y yo confío en ti —musitó tras depositar un cálido beso en mi mano, todavía asida a la suya—. ¿Qué harás cuando todo esto acabe?

—Supongo que… vagar por la tierra —contesté distraída, encogiéndome de hombros—. Soy ginecóloga, siempre puedo ejercer en otro país unos diez o quince años. Samael arregla nuestra documentación, cambiaré de nombre otra vez.

Sus nudillos se deslizaron por mi mejilla y pensé que podía acostumbrarme toda la eternidad a su delicado roce. No, merecía a alguien que pudiera envejecer junto a él, darle hijos y mantenerlo lo más alejado posible de los mundos que coexistían con el suyo.

—La tienda de antigüedades no es mi mayor fuente de ingresos, pero puedo permitirme contratar a alguien.

Sonreí, pegando mi frente con la suya, deleitándome con respiración pausada y tranquila.

—No sería buena idea —tercié tratando de que mi voz no se rompiera.

—También puedo ofrecerte un hogar en mi buhardilla, el trabajo solo sería una excusa para tenerte cerca. Creo que tienes futuro en

el mundo de las antigüedades y yo soy un excelente cocinero, aunque no necesites comer.

—Estoy segura de que encontrarás a una mujer de verdad, de las que tienen fecha de fin en su código genético y, cuando eso suceda, será la más afortunada del mundo.

Sus ojos se clavaron en los míos, y a pesar de que intenté rehuir su mirada, me fue imposible. Estaba atrapada por su encanto de caballero inglés y el sutil aroma de su piel.

—Déjame que sea yo el que decida a qué mujer quiero.

La réplica murió en mis labios con la aparición de Matusalén, que resoplaba, limpiándose el sudor que perlaba su frente con una mano, mientras que, con la otra sujetaba un reloj de arena vacío por un extremo y lleno por el otro. Una grieta enorme y no muy profunda lo surcaba de arriba abajo, lo que significaba el fallecimiento prematuro de esa persona o al menos eso creía.

—Este es el tiempo de Faith Summer en la tierra, agotado, como podéis ver —explicó mostrándonos el reloj, cuya arena permanecía estática por mucho que lo moviera—. Su alma no pertenece a The Heaven S.A., no sé por qué están empeñados en que ascienda.

—¿Qué? Eso es imposible.

—No, Raziel, no lo es. Desde arriba es fácil manipular los expedientes, no sería la primera vez que lo hacen.

—¿Pertenece al Pandemónium? —preguntó Hollow extrañado—. Al parecer, su prometido pudo vender su alma.

—Creo que… Uriel debería ver esto —contestó al cabo de un rato, entregándome el reloj de arena roto como si le quemara en las manos—. Yo soy el padre del tiempo, caído en desgracia por jugar con él, pero el Profeta os dará todas las respuestas que necesitáis. Vamos, largaos, me espantáis a la clientela.

Guardé el valioso objeto en mi bolso, oteando el horizonte. La noche infinita en aquel desierto surgido de la nada, con tantos

puestos y casas de adobe me hacían dudar de cuál era la de Uriel, el Profeta.

—¿Por qué tengo la sensación de que en The Heaven S.A. hay poca gente en la que se puede confiar?

—Porque es la verdad —repliqué pesarosa. Las intrigas del cielo y los ángeles conseguían salpicar a las almas y aquello que se movía alrededor de ellas—. El arcángel Uriel cayó en desgracia casi al mismo tiempo que yo. Sus profecías no gustaron y le costaron el destierro perpetuo. Los inmortales perdemos algunos recuerdos, nos es imposible almacenarlos todos… necesitamos saber qué profecía puede implicar a Faith.

—Entonces, continuemos.

El agente Hollow me ofreció su brazo y juntos emprendimos el camino bajo las estrellas. Podría acostumbrarme siempre al calor de su cuerpo, a su abrazo protector, sin embargo, no debía dejarme engañar: no compartíamos el mismo destino y nunca lo haríamos.

CAPÍTULO 20

Amanda

Mi madre siempre decía que llegaría lejos en la vida y lograría todo lo que me propusiera. Con veintinueve años recién cumplidos me había convertido en doctora adjunta tras cuatro años de residencia. Especialista en traumatología, primera de la clase, graduada con honores… eso era un orgullo para cualquier padre o madre, aunque suponía que se refería a ese tipo de logros y no a convertirme en agente de The Heaven S.A. porque un alma evitó mi auténtico destino: morir atropellada por un coche. Ese ángel dijo que había contraído una deuda y, por tanto, trabajaría para saldarla.

Recolectar mi alma…

¿Era así como funcionaban las cosas allí arriba? ¿A mi padre le sucedió algo parecido? Por desgracia, no contestaba a ninguna de mis llamadas y necesitaba de sus consejos y experiencia pues, aunque el alma de Faith parloteaba sin cesar a mi lado, no era lo mismo. Ni por asomo. Mierda, todo esto parecía una especie de karma por mi creciente curiosidad por ayudar a las almas. Había adquirido un don, podía ver y escuchar a Faith Summer, y lo cierto es que no dejaba de alucinar. Podías pasarte toda la eternidad en pijama de tostadas con caritas sonrientes y calcetines de aguacates. Hacía grandes esfuerzos por no mirar el agujero ensangrentado de su sien, al que ella ya se había acostumbrado, puesto que tampoco tenía muchas opciones. Y a pesar de que mi cabeza se hallara en el caos absoluto, debía pensar rápido; fría y serena. Utilizando la lógica, entre otras cosas. Si había sobrevivido a la facultad de medicina… ¿No podría hacerlo a ser una agente? Se suponía que mi trabajo era entregar mensajes y hacer recados a las almas para que pudieran resolver sus asuntos pendientes, aunque la misión de Faith

se estaba complicando demasiado. Me constaba que no era tan difícil, el caso de mi madre podía ser un buen ejemplo de ello…

—No estamos yendo a buscar al forense, ¿verdad?

Negué con la cabeza, reprimiendo una sonrisa. No paraba de cruzarme con gente por la calle, sería complicado contestar a Faith y que no me tomaran por loca.

—Tu padre usa unos auriculares de esos que parecen un pinganillo —apuntó, consciente de mi silencio y rebusqué en mi bolso rezando para que mis *air pods* siguieran allí y no en alguna de mis mochilas—. Dice que las almas no le dejaríamos ni un minuto de tranquilidad si no los utilizara. Lo echo de menos, es un buen tipo, aunque se haga el duro.

Al fin me hice con ellos y coloqué uno en cada oído sin molestarme en conectar el *bluetooth*. Resultaba agotador no poder hablar en la calle.

—Vamos por partes, Faith: de momento la visita al doctor Gray se va a retrasar, a menos que se encargue del cuerpo de…

Hice una pausa abrupta. No quería herir los sentimientos de esa chica y que sus emociones desbordaran; así no lograría pasar desapercibida por el centro de Londres.

—Lo he visto en la tele de un *pub*. Tu padre compró el periódico esta mañana y la noticia aún no había salido a la luz. Está en el metro de Londres, en una línea especial —comentó antes de que le preguntara y fruncí el ceño. ¿A qué línea se refería?—. Yo… la he vuelto a cagar haciendo las cosas por mi cuenta y lo he perdido. Va con mi custodio y dos ángeles caídos que… también se ocupan de mi caso.

Asentí. Su teléfono móvil no estaba operativo, así que tendría que esperar a que él se pusiera en contacto conmigo.

—Nunca había escuchado algo así… sobre los ángeles, quiero decir.

Paramos en un semáforo en rojo y me aclaré la garganta. ¿Por qué tenía la impresión de que todo el mundo me miraba? El numerito de esa antigua ginecóloga del hospital y el tal Baltazar hacía que mis nervios y paranoias crecieran exponencialmente. Hasta mi padre había sufrido un síncope que, según me contó después, era algo bastante común debido al cúmulo de energía. Nadie en el hospital se percató de lo sucedido, una auténtica suerte, ni siquiera reconocieron a ese ángel caído que tantos niños trajo al mundo. Esa, sí que era una leyenda.

—Mi caso está lleno de intrigas —rezongó Faith, cansada y procuré mirar al frente. Un señor de unos sesenta años creía que estaba ligando con él debido a mis miradas y cuando el semáforo se puso en verde, caminé a grandes zancadas—. Puede que mi prometido haya vendido mi alma.

—¿Y para eso no se necesita firmar un documento? No sé, como cuando compras una casa.

—Tal vez lo haya firmado él.

—Menudo gilipollas —mascullé entre dientes. A pocos metros podía ver los colores de Starbucks y su gigantesco logo coronando el tejado de uno de los locales más amplios de esa calle—. Encontraremos la manera de saberlo, aquí en el más… allá, o como quiera que se llame, exigiremos una prueba a ese Baltazar. Te juro que llegaremos hasta el final de este asunto, Faith.

—Gracias…

Sentí un roce frío en el dorso de mi mano. Era ella, conmovida, confundida en un mundo totalmente nuevo y desconocido. ¿Cómo podía mantener la entereza con todo lo que sucedía a su alrededor? Era demasiado joven para enfrentarse a algo así, y pensé en tantas otras mujeres, asesinadas a manos de sus parejas o de desconocidos que saciaban sus sádicos instintos y algo presionó contra mi pecho. ¿Poseía la entereza suficiente para acompañar a esas almas en su camino hacia The Heaven S.A.? Eso no lo enseñaban en la facultad de medicina.

El cordón policial me impedía pasar, al igual que a los reporteros y a los curiosos que se agolpaban tras él. Una lona gris ocultaba el escenario del crimen, allí era donde esa Candance había perdido la vida, y algunos agentes de criminalística salían y entraban vestidos con monos blancos que les tapaban la cabeza, protectores oculares y hasta mascarillas FP2, con tal de no contaminar la escena del crimen. Me puse de puntillas, maldiciendo en voz baja, pero sí que llegué a ver algo: Faith atravesó el cordón sin dificultad e intenté llamarla para que regresara a mi lado.

—Joder… —farfullé analizando las caras de los policías que caminaban de un lado a otro, haciendo llamadas mientras se tapaban la boca para que la prensa amarillista no transcribiera las conversaciones. Los reporteros de «The Mirror» estaban allí, así que, o eran cautos con la investigación o estaban perdidos.

Una fuerte ráfaga de viento sopló, y un par de señoras a mi izquierda chillaron, pues a una de ellas se le había volado el sombrero. Cerré los ojos, el aire arrastraba motas de polvo y tierra, fueron unos segundos extraños y angustiosos; las copas de los árboles se movían con violencia y un cartel publicitario de madera cayó al suelo, justo en la entrada de Starbucks. Al abrirlos, pude ver pétalos de rosa mecidos por la brisa, como si alguien los hubiera lanzado a propósito desde las alturas.

El ramo de rosas rojas…

Di un salto, logrando atrapar uno antes de que la policía o los curiosos me vieran. Se suponía que aquello era una prueba, si no se daban cuenta se les acabarían volando todos.

—¿Amanda?

Guardé el inofensivo pétalo en mi bolso a toda prisa y levanté la cabeza, me hablaban desde detrás del cordón policial.

—¡George! —saludé más contenta que nunca por aquella fortuita casualidad del destino, y el hombre traspasó el cordón, sonriente—. ¿Qué tal estás? Pasaba por aquí y…

Estreché su mano con fuerza, intentando que no se notara mucho que mi repentina felicidad se debía a otros asuntos referentes al más allá. George Powell y mi madre salieron juntos una temporada, antes de que entrara en la universidad de medicina. Aún recordaba la bata blanca con mi nombre bordado que ambos me regalaron y la opípara cena en uno de los restaurantes más vanguardistas de Londres. Estuvieron juntos unos cinco años y terminaron su relación cuando este le propuso vivir juntos y volver a ser madre. Fue una lástima, hacían una pareja increíble, pero mi madre no buscaba lo mismo que él. Siempre fue amable y cariñoso conmigo, hasta el punto de ofrecerme sus apellidos.

—Una tragedia la de esta chica —comentó distraído con los brazos en jarra, haciéndole una señal a la prensa con la mirada. Básicamente, que ni se les ocurriera acercarse a él—. Estoy a cargo de su caso y el de… ya sabes, la chica anterior.

Sonreí, entendiendo a la perfección que no quisiera dar muchos datos y guardar la privacidad de las víctimas. En esos momentos, yo necesitaba todos los que pudiera proporcionarme.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo van las cosas en el hospital? —preguntó con satisfacción, igual que haría un padre orgulloso—. Estás muy guapa, apuesto a que los vuelves locos. Hazles sufrir, chica, que no se confíen.

—Ya soy doctora adjunta y… no hay nada a la vista, los tíos de hoy en día solo quieren un ligue de una noche y no me van ese tipo de cosas.

—Vales mucho para mezclarte con esos, ya vendrá el bueno. —Rio dándome unas palmadas en el hombro con sus enormes manos. Me sorprendía lo bien que lo había tratado el paso del tiempo. Su rostro oscuro, surcado por leves arrugas, continuaba siendo tan juvenil como antaño, solo unas hebras plateadas delataban que ya había cumplido los cincuenta—. Fui padre por segunda vez hace seis semanas…

—¿En serio? ¡No te imaginas cuánto me alegro!

—La he llamado Kate, igual que tu madre —confesó enseñándome una foto de un precioso bebé mulato con un penacho rizado en su cabecita—. Rezo por ella siempre que puedo.

Me mordí el labio inferior. Estaba demasiado sensible últimamente.

—Oye, George… ¿Vas a hacer un descanso para tomar un café? Me encantaría que nos pusiéramos al día y que me enseñaras más fotos de tus pequeños.

George miró su reloj, con el ceño fruncido y, por fortuna, no le tomó mucho tiempo decidirlo.

—Me vendría genial ese café, las noches en mi casa son muy entretenidas por el cólico del lactante… dame un par de minutos, ahora vuelvo.

—¡Claro! Te espero aquí.

Reprimí un grito de alegría. Scotland Yard conocía a mi padre por ser un metomentodo de primera, lo tomaban por un friki de los crímenes que se producían en Londres, por eso procuraba mantenerse alejado de ellos o lo arrestarían por cualquier chorrada. A mí todavía no me conocían y, si actuaba con astucia, evitaría crearme mala fama dentro del cuerpo. Una parte de mí se sentía culpable por tratar de sacarle información a George, pero si quería que el caso de Faith se resolviera y arrojar algo de luz sobre el de Candance, necesitaba ayuda. Respiré aliviada cuando vi a la protegida de mi padre acercarse, cabizbaja. No era agradable encontrarse frente a frente con un cadáver por muy traidora y mala amiga que fuera esa Candy. ¿Envenenaría el café de Faith? ¿O le suministró algún tipo de droga? Ese par de teorías ya no se sostenían. Era absurdo. Candance ya era una fiambre.

Entonces, Faith señaló el cielo, alarmada, y giré sobre mis talones, cruzando los dedos para que fuera la caballería quien bajaba de los cielos y… bueno, suponía que era algo así. Por el traje de época y la sombrilla que sostenía una de ellas, imaginé que se trataba de Eleonora West. La sujetaba al estilo de Mary Poppins,

descendiendo con suavidad y, agarrada de su brazo, una muchacha con un balazo en la frente se enjugaba las lágrimas, ¿o se frotaba los ojos alucinando por lo que acababa de suceder?

—¡Custodio West! —llamó Faith, y su rostro cambió de expresión cuando vio quién estaba con ella—. ¿Qué hace con esa aquí?

Los delicados pies de la custodio tocaron el suelo justo en el instante que se desató una tormenta. Los curiosos y las ancianitas de sombreros estrafalarios se apresuraron a irse, hasta la prensa decidió tomarse un respiro. Y, aunque se hubieran quedado, no habrían visto a la preciosa alma de cabello dorado y sonrisa angelical.

—Agente Appleton…, no esperaba encontrarla aquí. ¿Lo sabe ya su padre?

—Espero que salga pronto de esa línea de metro —respondí abriendo el paraguas. Suerte que llevaba el pinganillo puesto y la torrencial lluvia me otorgaba cierta protección de las miradas ajenas —. Faith Summer me ha salvado la vida y un ángel ha dicho que…

—Tiene una deuda con The Heaven S.A. —terminó por mí, apesadumbrada y, aclarándose la garganta, señaló a la chica del balazo en la frente y ropa de trabajo, a quien Faith miraba como si fuera su enemiga mortal—. Esta es Candace McGregor y, de ahora en adelante, será su protegida.

Tragué saliva. Algunas almas no tenían ni idea de que habían muerto, por el contrario, la lucidez en los ojos de esta me sorprendió.

—Soy Amanda Appleton, y seré tu agente en la tierra mientras asciendes.

Las palabras brotaron solas de mi boca y un cosquilleo se asentó en mi estómago. Sí, yo había nacido para sanar a los vivos, pero también el alma de los que ya no se encontraban en el plano físico con nosotros.

George me llamó un par de veces, y corrí a su encuentro haciéndole una señal a la custodio y sus custodiadas para que me

siguieran. Puede que no fuera buena idea o tal vez sí. Hablarían entre ellas y, con un poco de suerte, arreglarían sus diferencias. Al menos, no se golpearían hasta perder el sentido.

Agente Hollow

—¡Raziel, Hollow!

Ambos nos volvimos al escuchar a Gabe, que batía sus enormes alas grises hacia nosotros. Eleonora no caminaba tras él con su sombrilla de encaje, y supe que algo no iba bien. Mestizos y caídos lo reconocían a pesar de su atuendo de *skater* que rompía y desentonaba con la estética de aquel zoco nocturno.

—Tenemos un problema. Los de arriba han ascendido de urgencia a la custodio West. Pude captar algo de su pinganillo… es una muerte relacionada con el caso de Faith —explicó sin aliento cuando sus zapatillas tocaron la arena.

Raziel y yo intercambiamos miradas. Si se trataba de Jason, quizás estuviéramos cerca de resolver aquel entuerto. Que el nombre de ese gilipollas estuviera en las listas de The Heaven S.A., era más complicado.

—Eso tendrá que esperar, Gabe. Hollow y yo vamos en busca de Uriel.

—¿El Profeta?

Su hermana asintió, mostrándole el reloj de arena que se suponía que marcaba el tiempo de Faith en la tierra, y arrugó el ceño analizando la grieta.

—Eso lleva roto mucho tiempo.

—Define tiempo —exigí.

Gabe chasqueó la lengua, pasándose una mano por el rostro.

—Es como si… llevara muerta un par de siglos.

—Pues murió hace menos de una semana, joder —farfullé rabioso y no precisamente con el ángel caído.

Raziel miró el cristal con más atención.

—Uriel nos dará las respuestas que necesitamos, debemos darnos prisa, Faith nos necesita —insistió sacando un pañuelo de su bolso para protegerse el cabello de la ventisca de arena que se levantaba —. No suele quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, así que abrid bien los ojos.

Resoplando me deshice de mi chaqueta y Gabe hizo lo mismo con su camiseta. ¿Por qué habían recreado un maldito desierto? ¿No les valía un campo de olivos o las orillas del río Nilo?

—Es lo único que conoce mucha de esta gente, las persecuciones fueron duras para todos —repuso Gabe con total naturalidad ante mi cara de espanto—. Lo siento, he revelado tus pensamientos en voz alta.

—Mi hermano tiene la mala costumbre de ser demasiado sincero —terció Raziel con una sonrisa divertida, de esas que quería que me dedicara el resto de mis días—. Bueno, excepto con ella.

Volví la vista al frente, contagiado por el buen ánimo de mi ángel caído.

—Creo que conozco a la afortunada. ¿Peinado elaborado y vestido con mucho vuelo?

—¡La misma! —exclamó Raziel y Gabe le propinó un codazo.

Vaya, lo suponía.

—Y supongo que eso no se ha forjado en menos de veinticuatro horas. ¿Me equivoco?

—En absoluto, agente —canturreó Raziel, y a medida que caminábamos contra el viento, los tenderetes se desperdigaban. ¿Cómo reconocería a ese Profeta? —. Esta bonita historia se forjó una noche, en una puesta de largo. Y tal amor le costó…

—¡Cállate, Raziel! Además, no fue así… ya la había visto antes. Y no fue el amor lo que me hizo caer.

—Entonces, ¿qué fue?

Lo miré de reojo, intrigado por aquella historia. ¿Podía el amor superar la barrera del tiempo? Ese caído se comportaba como un crío cuando hablaba de Eleonora.

—No… no puedo decirlo.

—Vamos, Gabriel, el agente Hollow es de los nuestros, y mantiene un estrecho vínculo con Eleonora, podría hablarle de ti.

—Ya me conoce y me odia —replicó este con un deje de fastidio —, anoche intenté que entrara en el baño del cine… he pasado meses recreándolo y nunca pensé que estuviera tan cerca de verlo.

—¿Qué es eso que has recreado?

Escupí un poco de arena, jurándome a mí mismo que no volvería a aquel lugar a no ser que fuera bien equipado para ello.

—Solo te diré que Gabriel es un gran artista.

—Y Eleonora un alma sensible, aunque dañada, y estoy convencido de que sabrá apreciar tu talento.

—No, no lo hará —masculló, ligeramente elevado del suelo, al igual que Raziel. Y lo más gracioso es que no me había dado cuenta antes—. Además, ¿por qué estamos hablando de mí? Este es el caso de Faith.

—Y su custodio es la mujer que amas, en la que piensas a diario, hermano. Si se reencarna, quizás tengas una oportunidad.

Había oído hablar del Programa de Reencarnación que The Heaven S.A. llevaba a cabo, y según comentaban otros agentes, las ventajas para los trabajadores eran soberbias. Eleonora merecía otra oportunidad para ser feliz y Gabe aprovecharía la situación. ¿Enamorado de la misma mujer desde el siglo xviii? Por lo menos había experimentado el placer carnal.

—¿Y qué hay de ti, agente Hollow? —preguntó este interrumpiendo el cauce de mis pensamientos, casi no podía verlo por culpa de la maldita arena—. ¿De dónde viene tu deuda con los

de arriba? Todos los agentes de la tierra tienen una, y existen diversos motivos para contraerla.

—Enuméralas, a lo mejor a ciertas.

—¿Estás de broma? —bramó Gabe molesto y se colocó frente a mí, señalándome con un dedo acusador. Sonreí, ese ángel caído era demasiado inocente.

—En otra ocasión te diría que sí, en cambio, ahora…

Raziel frenó en seco, colocándose la mano en forma de visera para protegerse los ojos.

—Mirad allí, un poco más adelante.

La tormenta se incrementó, la arena bañando de forma infinita el paisaje, algo parecido a un oasis en la noche, con una jaima de grandes dimensiones. Las alas de los arcángeles se resentían por el esfuerzo, y me daba la impresión de que aquel oasis se alejaba a medida que nos acercábamos.

—Iremos a pie —ordenó Raziel con determinación, sus intensos ojos violetas fijos en nuestro objetivo—. Hace mucho que perdimos la capacidad de volar contra el viento y… ¡Joder! ¿Qué es esto?

Alarmado miré sus tobillos, firmemente sujetos por unas manos morenas que surgían de la arena, tratando de arrastrarla. De inmediato hicieron lo mismo conmigo, y hasta con Gabe, a quien no le dio tiempo de elevarse más. ¿Qué se supone que harían con nosotros? Maldije en alto con la arena por las rodillas, luchando por resistir en la superficie. A Uriel, el Profeta, no le hacían gracia las visitas.

CAPÍTULO 21

Amanda

Nunca había deseado tanto una pinta de cerveza. ¿Las experiencias cercanas a la muerte se aliviarían con alcohol? Respiré hondo, tratando de aplacar el manojo de nervios que se había instalado en mi estómago. Eleonora West y Candy permanecían de pie frente a mí, mientras Faith prefirió continuar a mi lado lanzando miradas amenazantes a la que una vez fue su amiga.

—Tú y yo tenemos una charla pendiente —escupió con desprecio. La pena que sintió al ver su cadáver se esfumó y en parte la comprendía—. En cuanto tu agente hable con ese policía, va…

—¡Basta, Faith! Acabo de morirme, todavía lo tengo fresco. ¿No puedes tener un poco de compasión?

—La misma que tuviste tú al fo…

—Aquí tienes tu té, Amanda, yo necesito una dosis extra de energía, me decanto por el café. —Rio George atravesando a Candy y a Eleonora antes de tomar asiento—. ¿Has estado de guardia esta noche? Te veo algo cansada. Oye, ¿no hace un poco de frío aquí?

—Eso es porque estás rodeado de muertas, agente —canturreó Faith mirándose las uñas y quise darle un codazo—. Y de una zorra a la que le gusta dar su calor corporal a los novios ajenos.

Desvié la vista hacia la custodio West que mandaba a callar a sus custodiadas, abochornada. Ya era tarde para que se fueran a otra mesa, intentaría que no me distrajeran demasiado.

—Quizás estés enfermando, hay un brote importante de gripe y neumonía en el sur de Londres.

—Santo cielo, ¡hablas como una doctora! Bueno, es que lo eres… Tú madre estaría muy orgullosa de ti, Amanda.

La mención de mi madre producía un nudo en mi garganta y preferí centrar toda mi atención en mi humeante taza de té.

—Quiero pensar que sí…

—Y su muerte también trajo consigo la llegada de tu padre —sentenció tras dar un sorbo a su café, y las almas guardaron silencio, interesadas por el giro que había dado la conversación—. Eres una mujer y supongo que tienes tu propio criterio sobre este asunto. Confío en que tendrás cuidado.

La fama de Cameron Hollow en las comisarías de Londres no era muy buena. Durante años lo consideraron un loco con un desmesurado interés por algunos crímenes, incluso estuvo en el punto de mira de varios investigadores que, lo único que pudieron encontrar acerca de él fueron un par de falsificaciones de unos polvorientos ejemplares de Alejandro Dumas.

—Te aseguro que no es como piensas, George. Mantenemos una relación cordial, es amable y se preocupa por mí. Para él también es nuevo esto de la paternidad.

—Comprendo. De la noche a la mañana se entera de que su amor de juventud le ocultó su embarazo y tiene una hija adulta… Y tú, conociste la identidad de tu padre.

Aún recordaba la resolución de ese asunto pendiente siendo ella un alma. No podía entrar en The Heaven S.A. sin aclarar aquello y, pese a que su muerte no fue nada violenta, se le concedió un agente. Bueno, quizás influyera que una enfermedad se la llevó de forma precipitada. En cuanto tuviera unos minutos a solas le preguntaría a Eleonora todas las dudas que se agolpaban en mi cabeza. Si iba a trabajar para los de allí arriba, necesitaba más información.

—Ambos… nos estamos conociendo. Mi madre era muy joven, tenía miedo, aunque sé que él se habría ocupado de mí.

George sonrió, su mano oscura cubriendo la mía en un gesto fraternal. Él también se preocupaba por mí, a pesar de que no nos uniera ningún lazo.

—Venga, agente Appleton, ¿no vas a preguntarle por mí caso? Se supone que estamos aquí para eso.

Sobresaltada, miré a mi izquierda, donde se encontraba Faith.

—¿Ocurre algo, Amanda?

Me aclaré la garganta. Mantener la normalidad así era más complicado de lo que creía en un principio.

—Yo también he muerto, bonita —protestó Candy ofendida.

—Sí, pero yo he muerto antes —contestó la otra.

—¡Basta, comportaos como señoritas! —exclamó la custodio West.

—Amanda, ¿te encuentras bien? —insistió George frunciendo el ceño, sus ojos analizando cada uno de mis movimientos. Joder, a este paso, me descubriría.

—Sí, es que… las guardias nocturnas están acabando conmigo. —Reí tratando de restarle importancia.

—Intuyo que quieres hablarme de algo y no sabes por dónde empezar.

Casi escupo el té ante esa afirmación. George era policía en Scotland Yard, de hecho, hacía unos años que había ascendido a investigador; conocía de sobra su intuición y olfato para las mentiras.

—Es… bueno, me alegra mucho verte y saber de ti. En parte, encontrarnos no ha sido algo fortuito —reconocí en un susurro—. Necesito saber algo sobre el asesinato de Faith Summer.

—¿La conocías?

—De hecho, estoy aquí, agente —se apresuró a decir esta.

Volví a aclararme la garganta. Si no medía mis palabras, acabaría prestando declaración al juez del caso.

—Eh… es una historia un poco larga. No éramos amigas, pero…

—¿Habías coincidido alguna vez con su círculo de amistades? —inquirió, y me sentí como si aquello fuera un interrogatorio.

—Su prometido es paciente de mi hospital…

—Ese malnacido —masculló Faith rompiendo mi concentración. Otra vez.

—Me temo que no puedo proporcionarte ningún tipo de información, Amanda. Si lo que te preocupa es la seguridad de las mujeres de Londres, te pido calma. Desde Scotland Yard estamos trabajando para que esto no vuelva a repetirse. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera y dio un sorbo para apurar su café—. Se hace tarde. El juez vendrá a levantar el cadáver en unos quince minutos y…

—¡No, no puede irse ahora! Ni siquiera le has preguntado nada —se lamentó Faith con estridencia, su voz aguda resonando en mis tímpanos—. Menudo estreno estás teniendo, Amanda.

—¿Había pétalos de rosa en la escena del crimen de Faith Summer?

Saqué del bolso el que me trajo el viento, y George lo observó con detenimiento.

—¿De dónde has sacado eso?

—Fue hace un rato, se volaron con aquella ventisca que surgió de la nada y logré alcanzar uno —confesé con un deje de culpabilidad y mis manos comenzaron a temblar de forma descontrolada—. ¿Estaban también en la escena del crimen de Faith?

—En la televisión no ha trascendido nada de… escúchame, Amanda, es mejor que te mantengas alejada de este tipo de sucesos. Te conozco desde hace mucho, pero otros agentes podrían sospechar que tu curiosidad es malsana.

Una gota de sudor se deslizó por mi mejilla, y George no perdió detalle de ella. Su escrutinio hacía que el nudo de nervios de mi

estómago se fortaleciera. ¿Qué haría un agente veterano en una situación como esta?

—Contéstale ya o se largará —presionó Faith, y mi corazón latió tan fuerte que pensé que sufriría un infarto.

—Eso intento, pero si no te callas… —respondí con los dientes apretados y, entonces, me di cuenta de mi error fatal.

Los ojos de George casi se salen de sus órbitas y la custodio West se tapó la boca, horrorizada por lo que acababa de ocurrir.

—¿Con quién hablas, Amanda? Estás muy rara… ¿Estás enferma? ¿Has tomado drogas?

No pude articular palabra y, rígida, noté el sudor perlando mi rostro. Mi aspecto debía de ser lamentable, de ahí que me preguntara sobre el consumo de drogas. Y yo era incapaz de reaccionar. Pero, en esta ocasión, fue Faith la que lo hizo por mí.

—Jesús, María y José… —susurró George persignándose, su mandíbula temblando al ver la taza de té elevarse unos centímetros del plato—. Esto es…

Eleonora hizo lo mismo con su café, y Faith agarró un mechón de mi cabello para seguir confirmando que no estábamos solos.

—George… Las almas de Faith Summer y Candace McGregor están aquí —confesé al fin, dejando escapar un suspiro entrecortado. Ya está, por fin lo había dicho—. Te contaré toda la historia, pero… necesitamos tu ayuda. ¿Confías en mí?

Del interior de mi chaqueta saqué una libreta pequeña y un bolígrafo y, palideciendo, contemplé cómo este se movía solo mientras la custodio West escribía su nombre con una maravillosa caligrafía y, acto seguido, Faith y Candy la imitaron. Suerte que estábamos en el rincón más apartado del *pub*.

—Amanda…

Sequé el sudor de mi frente con una servilleta, tomando un par de respiraciones cortas para serenarme.

—Cameron Hollow no es ningún friki de los crímenes… Déjame que te lo cuente todo, George.

Raziel

Las manos tiraban de mis tobillos, se atenazaban alrededor de mis rodillas y por mucho que batiera las alas estas no conseguían emprender el vuelo. A Gabriel le sucedía lo mismo, atrapado de cintura para abajo en las arenas. El agente Hollow hacía verdaderos esfuerzos por salir, sepultado hasta el pecho y, por primera vez, vi el pánico en sus ojos.

—¡Uriel, somos tus hermanos! —chillé a pleno pulmón, esperando a que el viento le llevara mi mensaje.

—Se ve que no os tiene mucho afecto… Acabaremos enterrados. Vosotros no podéis morir, pero yo sí.

Apoyaba los codos en la arena, cansado y no sabía cuánto podría resistir.

—No morirás —dije con los dientes apretados, las manos tirando de mí con más fuerza y deseé creerme mis palabras.

No, esto no podía terminar aquí, y me arrepentí de haberlo llevado conmigo a recorrer el submundo. ¿Acaso olvidé la fragilidad de su vida?

—¡Uriel, diles que paren! —exclamó Gabriel—. ¿Qué vamos a hacer, Raziel?

—A lo mejor no os reconoce —comentó Hollow despreocupado, pese a nuestra penosa situación—. Tú, Gabe, eres el ángel anunciador, pero… ¿Y tú, Raziel? Si él es el Profeta, tal vez…

—¡Soy Gabriel, el mensajero, aquel que anunció a María el nacimiento de su hijo y cayó de los cielos, igual que tú!

Y, para nuestra sorpresa, Gabe salió de la arena sin dificultad, como si algo lo impulsara desde abajo.

—Vamos, Raziel —animó mientras intentaba sacar a Hollow, pero aquello no parecía nada fácil.

Abrí la boca y ningún sonido salió de mí. ¿Había olvidado quién era?

—¡Soy Cameron Hollow, agente de The Heaven S.A. en misión especial con dos ángeles caídos!

El agente salió a la superficie y junto con Gabe cayó en una duna.

—¡Soy Raziel, la que levantó al niño de Judea de su sepulcro!

Sin embargo, no ocurrió nada. A Uriel no le valían las presentaciones a medias, había pasado demasiado tiempo entre caminantes, y ya no recordaba cuál fue mi misión como arcángel. La arena me cubría el abdomen, acabaría enterrada si no hacía algo.

—¡Volaré para pedir ayuda a Uriel, quédate con ella, Hollow!

El agente se arrodilló tomando mis manos y depositó un beso en ellas.

—Tranquila, todo va a salir bien.

Por mucho que tirara de mí, aquellas manos bajo la arena eran más fuertes. Mis alas, inservibles y agotadas, caían flácidas a cada lado de mi espalda. Esbocé una sonrisa triste; no perdería los estribos por vivir un par de siglos enterrada en la arena. ¿Qué suponía eso comparado con los miles de años que llevaba en la tierra?

—Resolveréis el caso de Faith, su alma ascenderá, te lo garantizo. Y tú… Cuídate de Baltazar y encuentra a una mujer para esa vacante en tu tienda. Las que respiran y tienen útero son mejores que un ángel caído…

—En eso te equivocas, Raziel —replicó Hollow con el rostro cubierto de sudor por el esfuerzo—, ninguna estará a tu altura.

—Tienes muy buen concepto de mí para conocernos desde hace tan poco tiempo. —Estiré el cuello, la arena ya cubría mi clavícula y

solté sus manos callosas. No permitiría que lo arrastraran bajo la arena y lo privaran de vivir.

—Por eso quiero seguir haciéndolo —musitó tan cerca que nuestros labios estuvieron a punto de chocar.

Un roce, probarlos una última vez como despedida. Entonces, una potente luz me cegó, y aquellas manos invisibles dejaron de sujetarme, pararon en seco la ardua tarea de hundirme en el desierto.

—Has olvidado quién eres, Raziel. Nunca creí que eso fuera posible —reprochó Uriel mientras Hollow me ayudaba a tomar impulso y salir de esa especie de agujero—. Pero sigues siendo mi hermana. Eres muy astuto, caminante, te felicito. Es gracias a eso que vuestro camino por el desierto será bendecido —agregó con una sonrisa, y no pude evitar gruñir. Era típico de Uriel poner trampas para demostrar la valía de la gente.

—Puede que un poco del vino de tu mesa ayude a refrescar mi memoria, hermano —dije sacudiéndome la ropa y observé detenidamente las suyas. ¿Cuánto tiempo hacía que no subía a la superficie? A juzgar por su túnica, mucho tiempo—. ¿Tienes alguna esposa nueva?

Ese era un buen motivo para subir. Quizás el mito de Hades se había inspirado en él. Caminamos unos minutos en silencio hasta su tienda, luchando por mantener firmes nuestros pies, que se hundían en la arena.

—Has vivido en algún sitio así, ¿verdad? —preguntó el agente Hollow, ofreciéndome su brazo como el caballero inglés que era y noté la rigidez de su cuerpo.

Lo acepté de buena gana por el simple hecho de disfrutar de su tacto, de la sensación de que solo éramos un hombre y una mujer bajo la noche estrellada de un desierto que, en realidad, existía en un plano que no era el suyo.

—Sí, y a veces venía en busca de la sabiduría de Uriel —reconocí con la vista puesta en las dunas de arena oscura que se alzaban tras

la jaima, una construcción sencilla con un palo de madera que soportaba la cubierta hecha de tela que podía ser de pelo de cabra o de dromedario. Un espacio único cubierto de gruesas alfombras—. Sus profecías y enseñanzas todavía eran valiosas para algunos en la Cúpula. Lo peor es que no logro recordarlas.

—La frágil memoria de los caídos —suspiró el agente, su mirada recorriendo ese lugar único para después recaer sobre mí—. Supongo que vuestro sistema nervioso tiene que deshacerse de algunos recuerdos; debe de ser inevitable en una existencia larga.

—Demasiado larga.

Gabe y Uriel caminaban delante nuestro, hablando entre susurros, probablemente contándole nuestras últimas andanzas en la tierra.

—La memoria es como un músculo, Raziel, puede ejercitarse. Y me encantaría ayudarte a hacerlo —hizo una pausa abrupta, suponiendo que me incomodaría, pero no pude más que sonreír—. Podría escucharte hablar toda la tarde frente a la chimenea mientras tomamos una taza de té.

—Es una propuesta tentadora, agente. Una tarde lluviosa desempolvando recuerdos en… ¿su tienda de antigüedades?

Una risa ronca brotó de su garganta y sentí que mis rodillas flojeaban como las de una jovencita seducida por un hombre experto que era consciente de los encantos que desprendía.

—La vacante es real. Puedes aceptarla, trabajar conmigo y compartir tu tiempo —respondió encogiéndose de hombros. Entre ambos se había formado un extraño vínculo por culpa de esta misión forzada, y la idea de no volver a verlo tras completar el ascenso de Faith se me antojaba dolorosa e innecesaria.

—Eso suena muy bien.

Por un instante me imaginé en su tienda, donde el material con el que trabajaría me sería muy familiar: estatuas sacadas de algún castillo escocés del siglo xv, tapices de la Rusia Imperial, candelabros que podría restaurar mientras Cameron atendía a unos clientes que buscaban algún jarrón del periodo Edo, con el monte

Fuji grabado en la porcelana. Y, al terminar el día, regresaríamos a nuestro hogar para preparar la cena y amarnos hasta el amanecer.

Nuestro hogar…

No, yo era un ser errante que había amado a muchos caminantes, dejar entrar en mi corazón a otro, garantizaba sufrimiento por partida doble.

—También me vale una visita —añadió bajando el tono de su voz conforme nos acercábamos al hogar de Uriel.

—¿Y una vuelta en tiovivo? —ronroneé cerca de su oreja. ¿Por qué no podía reprimir ese maldito deseo que rugía en mis venas?

La jaima resultó ser el oasis que tanto me gustaba en el pasado y disponía de todas las comodidades a las que un nómada que vivía a caballo entre lo antiguo y lo moderno. Recordé una época, casi enterrada en mi memoria: antes de mi caída, había visitado a Uriel en una igual a las afueras de Egipto. Marco Antonio acababa de poner un pie allí para ver a su amada Cleopatra y casi acabo sin cabeza después de seducirlo. Sonreí para mí misma. El paso de las eras creaba lagunas en la memoria, pero siempre existía un resquicio de lucidez: un olor, el tacto de una delicada seda… cualquier cosa que despertara esos fragmentos de vida perdidos.

En el interior había un hervidor de té eléctrico conectado a no sé qué enchufe, un ventilador de techo incrustado en la tela y en la mesa baja un auténtico festín que habría vuelto locos a los habitantes de Canaán con dátiles, vino, carne asada y frutas brillantes de muchos colores. Olía a pan recién hecho y examiné la cesta de mimbre donde se servía.

—Es el mismo que usó el niño de Judea cuando multiplicó los panes y los peces durante ese sermón suyo, ¿lo recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo! Fue increíble —exclamé, fascinada por los pequeños artilugios como las lámparas de aceite que llamaban poderosamente la atención de Hollow—. ¿Dónde lo has conseguido?

Tomamos asiento en los mullidos cojines dispuestos sobre la alfombra, alrededor de la mesa y Gabe aprovechó para servir el vino

en vasos de barro. Ángeles, arcángeles y serafines caminábamos por la tierra a placer, nada nos ataba en The Heaven S.A., por el contrario, un alma no bajaba sin un permiso especial. Y, en aquellos tiempos, me sentía atraída por los sermones del niño que acabó en una cruz a manos de Poncio Pilatos, quien, además, era una amante de lo más apasionado.

—Si vivieras en el submundo, lo sabrías —replicó acercando la fuente de carne al agente Hollow. Aunque este prefería beber para olvidar el mal rato en las arenas—. Y eso también va para ti, Gabriel, este es el hogar para los que son como nosotros.

—Me gusta la vida en la superficie —respondí encogiéndome de hombros y di un gran sorbo al vino, muy parecido al que servían en Sodoma y Gomorra—. La sociedad se moderniza, hermano, la mitad de las enfermedades que mataban a los caminantes hace cuatro siglos están erradicadas y la vida es más cómoda que en la Edad Media.

Este se cruzó de brazos, atento a nuestras palabras.

—Si crees que ayudando a esos sacos de huesos los de arriba te dejarán subir, estás muy equivocada. No van a perdonarte nunca, Raziel.

—Algunos tenemos cosas que nos atan a la superficie, Uriel. No todo lo hacemos por volver a The Heaven S.A. —aclaró Gabe con la boca llena de ciruelas y zanahorias asadas.

—Una de tus hijas vive aquí, harías bien en replantearte tu tiempo antes de que el suyo expire, hermano.

La mención de Eleonora ensombreció los ojos de Gabriel. Era su única hija hembra y sabía lo mucho que le importaba pues yo misma asistí a su madre en el parto. Jamás olvidaría su expresión de felicidad cuando depositó un beso en su pequeña frente.

—No seas pájaro de mal agüero —reprendí dándole un manotazo en el hombro—. Y no solo nos importa recuperar el favor divino. ¿Olvidas que The Heaven S.A. es un recolector de almas? Se levantó de la nada e hizo a los de allí abajo a nuestra imagen y semejanza. Y

juramos velar por el bienestar de ellos, de los que caminan por la tierra.

Hollow guiñó un ojo en mi dirección y percibí el orgullo en su mirada. Se había mantenido en silencio, dando sorbos comedidos a su vino mientras fumaba en pipa.

—¿Por eso estáis aquí con un agente?

—Hemos venido a por un poco de tu sabiduría, Uriel —reveló Gabe recuperando la compostura. Sabía qué tecla apretar para que desembuchara—. El alma de Faith Summer ha sido vendida a un cazador, o eso creemos. Probablemente, su prometido lo hizo, participando también en su muerte.

—¿Y dónde está esa chica ahora?

—Es bastante impulsiva —continuó jugando con una uva morada entre sus dedos—, y lo cierto es que está sufriendo mucho, eso ha nublado su buen juicio. Ha salido de la línea púrpura y… la hemos perdido. Baltazar, el cazador, reclama su alma. Habla de un nuevo orden, un nuevo recolector de almas.

Uriel abrió mucho sus ojos verdes.

—¡Lo advertí y nadie me hizo caso! ¿Creían nuestros hermanos que tendrían el monopolio siempre? ¡Pues no! Hace tiempo que los susurradores escapan de Inferno para sembrar la semilla del mal, y los que cazan almas no dejarían pasar la oportunidad…

—¿Por eso te mandaron a la tierra? —preguntó Hollow fumando de su pipa con parsimonia.

Este asintió y traté de hacer memoria del momento exacto, pero ese recuerdo en concreto se había perdido en los confines de mi mente.

—Metatrón y Miguel no soportan que les lleven la contraria. Las almas puras y el amor son los principales propagadores del mal, agente, aunque parezca mentira. Atraen a los que susurran en el oído de hombres y mujeres, haciéndoles cometer horripilantes

crímenes… todas las atrocidades que veis en esa caja tonta que llamáis televisión.

Gabriel y yo cabeceamos, dándole la razón. San Valentín, o las fiestas lupercales, era la época preferida por las almas impuras. Y desde hacía treinta años le seguía la pista a un asesino, pues estaba convencida de que era el mismo, y Europa era su lugar preferido para operar. ¿Buscaba una víctima concreta? ¿O solo estaba jugando con fuerzas que no conocía para conseguir recolectar más almas? De un golpe seco dejé sobre la mesa el reloj de arena que Matusalén nos entregó, el que correspondía al tiempo de Faith en la tierra y Uriel lo examinó entre sus manos, pasando un dedo por la pronunciada grieta.

—¿Y… esto?

—El tiempo de mi protegida en la tierra.

Uriel frunció el ceño, negando con la cabeza, su espesa cabellera azabache brillando bajo las luces de las velas.

—No, no es de ella.

Los tres nos miramos, sobrecogidos. ¿Cómo podía ser posible? La expresión de Uriel se volvió grave.

—Es de Jason McGwire, el hombre con quien mantuvo un vínculo en la tierra.

CAPÍTULO 22

Eleonora

No había rastro de la mancha de barro que vi la noche anterior en mi vestido. Lo revisé a lo largo del día con discreción, sin que la nueva agente y las almas que custodiaba se dieran cuenta. Había escuchado que eso sucedía algunas veces, cuando los recuerdos de la muerte volvían, y sus dolorosas escenas te asfixiaban. O cuando alguien que estuvo allí presente, aparecía de nuevo.

Y, ahora, estaba convencida de que se trataba de lo segundo. Quise obviarlo, dejar mi mente en blanco para no rememorar mi muerte y me di cuenta de que darle la espalda al pasado no era la solución. Bailé con un arcángel la noche de mi puesta de largo y mientras mi asesino se desquitaba conmigo unas horas más tarde, me arrepentí de no haber seguido bailando con él. ¿Pudo una pequeña decisión cambiar el curso de mi historia? Sus ojos de plata fueron lo último que recuerdo antes de que mi alma ascendiera. ¿Cómo pude olvidarlo durante tanto tiempo?

—Joder, lo que daría por comer un trozo de *pizza*… —lamentó Faith cruzándose de brazos. El agente Powell y la nueva agente de The Heaven S.A. decidieron comprar algo para cenar. El día había sido muy largo para todos, pero ellos necesitaban carburante para seguir funcionando.

El lugar elegido para la cena había sido la sala 3 de ese cine abandonado donde vivía Raziel, con la esperanza de encontrarlos allí. No hubo suerte, aunque rezaba por que en algún punto de la noche acudieran allí. Le pedí a Candy que redactara una lista con sus asuntos pendientes, y esta se la entregó a la agente Appleton. Al estar su muerte relacionada con la de Faith, tendríamos que esperar

a que se resolviera la primera para trabajar en su ascensión. Lo tomó bien, no emitió ninguna queja. En esos momentos, todavía procesaba su asesinato y los nuevos detalles que habíamos conocido sobre el caso. El agente Powell telefoneó a su esposa, avisándole de que esa noche no lo esperara, pues la investigación se había complicado. Sin darnos cuenta, cambiamos la vida de ese hombre y, gracias a eso, teníamos a un miembro de Scotland Yard con nosotras. Amanda le transmitía todo lo que decíamos y se mostraba encantado de poder ayudarnos.

—Voy a hacer una ronda de vigilancia —anuncié con diligencia, alisando los pliegues de mi anticuado vestido.

—Genial, Eleonora te avisaremos si el resto de la caballería aparece —respondió Amanda tras dar un sorbo a su refresco y el agente Powell levantó la mano, sacándome una sonrisa. No necesitaba permiso para hablar, aunque entendía que no supiera manejarse en el nuevo mundo que acababa de mostrarse ante sus narices.

—Eleonora, ehm… custodio, tengo una pregunta para usted —formuló al fin limpiándose las manos con una servilleta—: mis abuelos murieron hace mucho tiempo. ¿Sería posible saber algo de ellos? ¿Transmitirles un mensaje?

Candy y Faith giraron sus cabezas, interesadas por los procedimientos en The Heaven S.A.

—Somos generosos con nuestros colaboradores. En cuanto suba, haré todo lo posible por averiguar algo sobre ellos y entregarle el mensaje que usted desee.

Amanda hizo de intermediara en la conversación, y los ojos del hombre se empañaron. Todos los caminantes sentían curiosidad por lo que había tras la muerte, entre otras cosas, movidos por la nostalgia y los recuerdos de sus seres queridos. Cuando todo se resolviera y mis custodiadas estuvieran en el lugar donde les pertenecía, cumpliría con George Powell. Sin duda, era un buen hombre y su ayuda resultaba decisiva. Pero, ahora, necesitaba aclarar mis ideas deambulando por aquel cine en penumbra. Un sutil

aroma floral acarició mis sentidos. ¿De dónde provenía ese olor en un lugar donde reinaba el polvo y los escombros? Mis pies se movían más rápido que mi cerebro, guiados por el recuerdo de las tardes bañadas por el sol junto al riachuelo que colindaba con la propiedad de los West. El rocío goteando en las hojas de los árboles que mis antecesores plantaron, la niebla envolviendo los verdes terrenos…

Un jardín. Ese olor provenía de un jardín.

Tomé una profunda bocanada de aire. Violetas, gardenias, crisantemos, rosas… ¿Por qué ayer me pasó inadvertido? Tal vez fuera por mi ofuscación y la presencia del arcángel Miguel. Mi sentido del olfato se perdía conforme pasaban los años, pero mientras pudiera, disfrutaría de los últimos vestigios, embriagándome con el aroma de los helechos, eucaliptos y las hortensias. Cuando la fragancia se hizo deliciosamente insoportable, alcé la cabeza. La luz se filtraba por las rendijas de la puerta, cuyo símbolo indicaba que solo podían entrar mujeres. La noche anterior, el ángel caído en desgracia me propuso descansar allí dentro. Al parecer, le hizo unos arreglos antes de marcharse a California y contuve la respiración, pese a que no me hiciera falta, consciente de lo que significaba.

Y con el corazón en un puño, o al menos lo que quedaba de él, me adentré con pasos torpes e inseguros a través de la puerta, y lo que vi me dejó sin habla: un camino de tierra serpenteaba hasta una fuente de piedra desgastada, de la cual no brotaba ni una gota de agua. La reconocí al instante, fue un regalo de mi padre a mi madre por el día de los enamorados; y chillé emocionada, al ver el banco de piedra en el que ella se sentaba todos los días para contemplar el bello oasis en el que se había convertido su jardín. Aspiré el delicado aroma de las hortensias, mi preferidas por aquel entonces. El suelo de aquel lugar estaba cubierto de flores y helechos, y sus paredes de verdes enredaderas, ocultando los azulejos.

¿Cómo alguien caído de los cielos pudo haber construido algo tan hermoso? Siempre nos dijeron que perdieron su divinidad, que eran seres oscuros y deleznables… y había comprobado de primera mano

que aquello era falso. Arranqué con cuidado un capullo de rosa blanca. Junto a esa mata crecían peonías del mismo color, aunque de un tamaño considerable. Un sistema de riego las mantenía frescas y en crecimiento, lo que me resultaba una pequeña obra de ingeniería. El tiempo que pasaban en la tierra les había proporcionado muchos conocimientos y sonreí. Cuán equivocados estábamos allí arriba pavoneándonos como si fuéramos superiores a ellos. La grandeza de un alma no se medía por eso precisamente.

Algo crujió a mi espalda y un pánico atroz se desató en mi estómago. Fue en ese jardín donde morí, sin embargo, ahora la situación era completamente diferente, y me giré despacio, encontrándome con esos ojos de plata. Las palabras quedaron atoradas en mi garganta, los recuerdos de mis últimas horas en la tierra sacudiendo mis cimientos, los que yo misma alcé para enterrar mi dolor.

—Raziel trató de disuadirme para que no lo hiciera —dijo en un susurro, admirando su obra—. Ella pensaba que nunca lo verías ni le harías aprecio… en el fondo de mi ser, siempre supe que tendría una oportunidad.

Una sonrisa nostálgica bailó en su rostro aniñado.

—De todas formas, necesitaba hacerlo.

Di un paso adelante, con el corazón hinchado, los recuerdos entrando en tropel por mi mente. El baile, la suavidad de sus manos, la dulzura con la que pronunciaba mi nombre…

—¿De qué me conocías?

Sus labios se convirtieron en una fina línea, como si pensara en darme o no esa respuesta.

—Una vez… bajé para visitar a Raziel después de que su marido muriera. Ella vivía cerca de ti —confesó apartándose el cabello rubio en un gesto nervioso. No recordaba a ninguna viuda de ojos violetas, quizás tendría que bucear más en mi memoria—. Nunca había montado a caballo y pensé que sería divertido. Entonces, te vi paseando en tu jardín y… supe que debía conocerte.

—Raziel te habló de mi puesta de largo.

—Tu madre la invitó —aclaró con cautela, observando cada una de mis reacciones—. Fui en calidad de hermano pequeño de *lady* Helena Worthington, viuda de un afamado general de guerra. —Abrí la boca. Ahora me encajaba todo. Esos ojos magníficos, esa belleza arrebatadora que levantaba todo tipo de envidias… *Lady* Worthington.

—¿Por eso te expulsaron de The Heaven S.A.?

No podría soportar ser la culpable de su desdicha, para mi tranquilidad, negó con la cabeza.

—Eso vino después, permíteme, Eleonora, contarte la historia desde el principio.

Con un chasquido, las luces del techo se apagaron y quedamos en penumbra, a excepción de unos focos colocados estratégicamente por las paredes. Hizo una pequeña reverencia, y alargó la mano: estaba pidiéndome un baile, igual que aquella noche y, por supuesto, acepté.

Pegué mi cuerpo al suyo, y me sorprendí por su calidez. El corazón aporreaba con vigor sus costillas, y sentí su nerviosismo contra mi pecho. Su boca rozó mi oreja, y un escalofrío me sacudió de pies a cabeza cuando habló:

—Bailamos un par de piezas, quizás tres. Para mí, el tiempo dejó de existir. Solo te había visto una vez, y ya sabía que quería pasar el resto de mis días contigo. Supongo, que los ángeles idealizamos mucho el amor, pues nunca lo hemos vivido, nos dejamos seducir por los caminantes. Algo así me sucedió contigo —agregó mientras dábamos vueltas junto a la fuente y el delicado sonido del agua brotó de sus grifos como por arte de magia.

—Recuerdo… tus ojos, y el hoyuelo de tu barbilla —musité notando mis mejillas enrojecerse. Bucear en mi memoria no había sido tan fácil hasta ese momento—. Fuiste muy elocuente cuando nos sentamos a tomar un poco de *champagne*.

—Es complicado conversar con alguien que no es de tu mundo. A pesar de que yo quería pertenecer a él.

Apoyé la cabeza en su hombro, cerrando los ojos, embriagada por el olor de las hortensias, todavía con el capullo de rosa blanca entre los dedos. Tenía razón, para mí, el tiempo había dejado de existir justo en ese instante y me permití disfrutar de su cercanía.

—Pensaba que… con ayuda de mi hermana, podría conseguir pasar por una persona normal, aunque me costara la expulsión de The Heaven S.A.

—Su marido poseía muchos negocios, no hubiera sido difícil.

Me regañé a mí misma por fantasear con ese joven de cabellos dorados, agarrada a su brazo mientras paseábamos por las calles de Londres, y mi estúpido corazón dio un vuelco. ¿Habría sido una historia de amor de esas que ansiaba tanto vivir?

—Hasta que… me fui unos minutos y tu madre te presentó a un vizconde que era de su agrado. —Apretó la mandíbula con fuerza y de repente, lo recordé todo; no había pasado toda la noche hablando con él, sino con Gabriel—. Raziel me dijo que bailasteis solo una pieza y que, al poco, salisteis a los jardines.

Tragué el nudo que amenazaba con hacerme desbordar, y clavé mis uñas en sus antebrazos desnudos. Garrick Fitzgerald, moreno, de sonrisa ladeada y ojos oscuros y pecaminosos. Sus modales, al igual que su palabrería, me dejaron sin habla. El paseo a la luz de la luna, ese beso furioso que no quise profundizar… la ira distorsionando sus elegantes facciones hasta convertirlo en un monstruo sobre mi cuerpo, tomando todo lo que yo le había negado.

Reprimí el llanto y Gabriel se separó de mí, limpiando las lágrimas que nacían de mis ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que lloraba.

—Al volver al salón y ver que no estabas… corrí con toda mi alma —reveló, su voz enronquecida apenas era un susurro cerca de mis labios. Podía sentir casi las mismas emociones que esa noche—. Y

cuando te encontré, ya era demasiado tarde. Ese diablo te había cortado el…

Ahogué un grito y él calló de inmediato. No soportaba la idea de que lo pronunciara en alto.

—Envié tu alma directa a The Heaven S.A.

—¿Y qué ocurrió con Garrick? —pregunté con voz temblorosa, a pesar de saberlo.

—En un arrebato de ira… lo maté, y eso es un crimen imperdonable allí arriba, por eso me expulsaron.

Noté el orgullo en sus palabras, a la vez que la pesadumbre en su mirada. Gabriel, el arcángel anunciador, no era un asesino. Pero por amor, flanqueado por la locura, se ganó el destierro de los cielos para toda la eternidad. Por mí, por una simple caminante con la que bailó.

—El custodio Di Marco me dijo que lo arrestaron y lo mandaron a la horca.

Estudió mis facciones, como si no se terminara de creer que estuviéramos frente a frente y deslizó un mechón de mi cabello tras mi oreja.

—Te mintieron, Eleonora. Así evitaron que recordaras a un caído y que tuvieras ganas de volver a la tierra.

Mis rodillas cedían, y con diligencia, Gabriel me ayudó a sentarme en el banco de piedra. Necesitaba procesar lo ocurrido, las mentiras que me contaron con la finalidad de odiar a los caídos.

—Ese Garrick… su alma ha ido de aquí para allá. No completó el trabajo que una vez le encargaron durante las fiestas lupercales y vaga de cuerpo en cuerpo, sin ser capturado por Inferno. Tuvo un hijo antes de morir, enviaron a la chica a la India, era una familia muy rica y no querían pasar la vergüenza por un bastardo —. Lo tenemos, custodio. El caso de Faith Summer está resuelto y, por ende, el de Candace McGregor. Solo queda confrontar a los acusados y que Raziel recuerde quién es.

Asentí despacio, sin entender muy bien eso último. Mi mente funcionaba a toda velocidad, hilando acontecimientos, personas con las que me había cruzado.

—¿Estáis seguros?

—El submundo, junto con Uriel, el Profeta, nos han ayudado a llegar a esa conclusión.

Esbozó una sonrisa, y sus dedos delinearon el contorno de mi mejilla con la dulzura de aquella vez.

—He pensado siempre… en las palabras que te diría cuando volviéramos a vernos —prosiguió inseguro, con esa expresión angelical que me cortaba la respiración—. Y, ahora, me he quedado en blanco.

—¿Nunca me has olvidado? —pregunté en un susurro, mi pecho a punto de estallar por las emociones que se gestaban en él.

Gabriel besó el dorso de mi mano, el encaje de mis guantes no me impedía sentir el fuego que desprendían sus perfectos labios.

—Jamás habría podido hacerlo, Eleonora.

Puse fin a la distancia, y asalté su boca con timidez. Fui correspondida en el acto, sus brazos aprisionando mi cuerpo sin ejercer demasiada fuerza, y me abandoné a ese contacto que, aunque no podía durar para siempre, así lo deseaba.

Faith y Candy estarían bien, y eso era lo único que importaba. Ahora, deseaba un poco de la felicidad que una noche, un hombre despiadado me arrebató.

Raziel

Hollow trazó círculos en mi espalda desnuda y suspiré con satisfacción. El pequeño catre de la sala de proyección nunca había experimentado tantas muestras de afecto, de hecho, ninguna. Mi refugio, y el de Gabriel, no era el lugar más idóneo para llevar a un caminante. Me estiré perezosa, pegando mi cuerpo al del agente de

The Heaven S.A., quien tomó ese gesto como una invitación y sus caricias se volvieron más profundas, recorriendo mis muslos para amarme de nuevo.

Sin embargo, pese a sus manos expertas y lo mucho que me gustaban, mi concentración se hallaba en otro lugar. Y él lo supo al instante. No presionó, tan solo apoyó la barbilla en mi hombro y depositó un beso tibio y suave en mi mandíbula.

—Lo siento.

Una risilla ronca vibró en su pecho, reverberando en el mío.

—No tienes porqué disculparte, Raziel.

Dejé escapar un suspiro, no de alivio, sino de fastidio. No podía dejar de pensar en las palabras de Uriel, ni en el fino entramado de un cazador sin escrúpulos que tal vez había vivido más de lo que imaginaba.

—Han cambiado muchas cosas desde que volvimos del submundo, agente.

Sentí su inquietud a mi espalda, la tensión que emanaba su cuerpo desnudo. Su única hija se había convertido en una agente de la manera más común: la pérdida de un alma para The Heaven S.A. Estos eran una máquina bien engrasada que funcionaba con precisión, y si el tiempo de Amanda Appleton en la tierra debió terminar unas doce horas atrás, estos no dejaban pasar la oportunidad de cobrárselo por otro lugar, sobre todo si otra alma había ejecutado la acción. The Heaven S.A. era igual que un casino, nunca perdían y, de una forma y otra, siempre sacaban beneficio. Y no tardaron mucho en asignarle una protegida. Estaba claro que el recolector calculaba sus movimientos con astucia.

—Me preocupa que ese policía sepa más de la cuenta, que pueda aprovecharse de Amanda —confesó por fin—. Ella… lo aprecia, estuvo saliendo con su madre y hasta donde sé, el cariño es mutuo.

—Aun así, no puedes evitar preocuparte.

Di media vuelta en el estrecho catre para encararlo, los muelles de este produciendo una sinfonía menor que la de unos minutos atrás, y cubrí su mejilla rasposa con mi mano. Despojados de toda prenda, solo éramos un hombre y una mujer, y la idea de permanecer a su lado, de volver a estrechar vínculos con un caminante, cruzó fugaz por mi mente.

—Estoy atado a The Heaven S.A. de por vida; no es el destino que quería para mi hija.

—Pero es el destino que le aguardaba, Cameron, y contra eso, es imposible luchar.

Su nombre salió de mis labios de manera natural, dejando las formalidades a un lado.

—Oírte decir mi nombre es lo más hermoso que me ha sucedido en… mucho tiempo —susurró complacido, y mi pecho se hinchó de algo parecido a la felicidad—. ¿Te he dicho que en mi tienda hay una vacante?

Reí, sus brazos envolviéndome en un abrazo que tardaría en olvidar, nuestros corazones latiendo casi a la vez. El amor era una sensación hermosa y efímera para un caído.

—Podríamos negociar las condiciones cuando Faith y Candy hayan ascendido —sugerí y en ese momento, sus ojos avellana se enturbiaron. La mención de su protegida le había hecho volver a la realidad y con delicadeza me apartó para vestirse.

Yo hice lo mismo. Me sentí egoísta y miserable, pues mientras nosotros hacíamos el amor y disfrutábamos de un bonito momento, dos almas se movían en la cuerda floja.

—Que conste que suelo ser más profesional —se disculpó abrochándose el cinturón. De nuevo éramos los agentes que, de una forma u otra, trabajaban para The Heaven S.A., para las almas—. No sé qué me ocurre contigo…

Me encogí de hombros, abotonando mi camisa blanca de mala gana. Durante milenios, me habían acusado de seducir con malas

artes, de embrujar para hacer que legiones enteras cayeran a mis pies.

—Todos los hombres poseéis la misma habilidad: pensar con la entrepierna —escupí molesta—. Pensé que en siglo xxi seríais diferentes, y me doy cuenta de que sois los mismos cerdos, ansiosos por un revolcón. ¿Para eso me ofreces trabajar contigo? ¿Para follarme cuando se te antoje?

El agente alzó la cabeza, confundido. Acababa de enfundarse su chaqueta de *tweed*, volvíamos a ser los mismos.

—No voy a negar que la idea de un revolcón contigo es atrayente, pero estás equivocada, Raziel. Lo que siento por ti no se limita a eso, y me cuesta ponerle un nombre.

—Yo lo haré por ti —interrumpí con los dientes apretados, la rabia subiéndome por la garganta, ardiente como la bilis—: deseo. Es el encanto angelical. Nunca llegamos a perderlo, por eso os fascinamos tanto. Y soy más que eso, soy…

Las palabras murieron en mi boca, y Hollow me observó con tristeza. Uriel tenía razón, había olvidado quién era. Me pasé una mano por el pelo, cuyo color rojo no usaría más, y una sensación de desasosiego comprimió mi tórax.

Serás solo un objeto para todos ellos… y cuando se cansen de yacer contigo, tras ver que no puedes darles hijos, te abandonarán.

Y a pesar de haber olvidado quién era, el recuerdo de las últimas palabras de Miguel antes de lanzarme al vacío continuaba fresco en mi memoria.

—Después de esto, tú seguirás tu camino y yo el mío, Cameron Hollow —dije señalándole con la otra mano en el picaporte. Necesitaba tomar el aire puro de la madrugada, reflexionar acerca del futuro—. No existe nada que nos una, salvo The Heaven S.A. y no es mi intención que mantengamos una relación a corto ni a largo plazo.

—Raziel, creo que has malinterpretado mis… —interrumpió con cautela, su apariencia de caballero inglés a punto de derribar mis

defensas. No, esta vez no lo dejaría; estas me habían costado siglos de desengaño y sufrimiento. El amor era efímero, y lo sentimientos de los hombres también.

—Cuando Faith y Candy asciendan, ya no serás bien recibido en este lugar.

—Raziel, por favor, seamos razonables.

Tendió su mano y en su rostro maduro leí una sincera preocupación por mí. Y mucho más que el simple y mundano deseo hacia el cuerpo femenino, pero deseché ese pensamiento enseguida.

—Revuélcate con otra, Hollow.

Y sin decir más, cerré la puerta de la sala de proyección dando un sonoro portazo.

CAPÍTULO 23

Agente Hollow

Habían transcurrido unas seis horas desde que Raziel se marchara del cine abandonado y el sol comenzaba a alumbrar Londres, en lo que parecía que iba a ser un brillante y frío día invernal. Quedaba un día para San Valentín y los escaparates de Camden Town se habían llenado de corazones de papel maché. Rojos, verdes, amarillos… el colorido y la imaginación de los comerciantes no conocía límites y los cafés de la zona preparaban ofertas para una velada de té romántica.

—Compre un ramo de rosas —dijo Faith a mi espalda como si pudiera leer mi pensamiento. En realidad, ella fue la última que vio al ángel caído, que se marchaba a surcar los cielos con lágrimas en sus bonitos ojos violetas—. Bueno, no, mejor otra cosa. Joder, los hombres siempre acabáis cagándola. Tiene que encontrarla y disculparse con ella.

Me apresuré a ponerme el pinganillo mientras caminaba a paso ligero por las calles húmedas.

—Esa es mi intención.

—¿Por eso vamos a su tienda? —respondió con sorna—. Pienso que es más seguro quedarnos con el resto.

Meneé la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa. Cuando todo esto acabara, echaría de menos el descaro de mi protegida, a parte de su voz chillona.

—He de hacer unas averiguaciones —zanjé sin más, aunque eso no disuadiría a Faith de seguir preguntando.

Para mi sorpresa, no lo hizo, y caminamos en silencio a través de las calles empedradas, cada uno inmerso en sus pensamientos, cruzándonos con operarios del servicio municipal de limpieza y estudiantes jóvenes cubiertos con bufandas, portando pesadas carpetas forradas con fotos de sus ídolos.

El encanto angelical…

En cuanto Raziel nombró aquello me dejó varios minutos pensativo. Había oído hablar de eso antes, y no precisamente en un *pub* con una pinta de cerveza en la mano. Entonces, el recuerdo se desbloqueó: un libro, una edición ajada y polvorienta del siglo xix a la que nadie prestaba atención. En sus páginas amarillentas se hablaba de ángeles, arcángeles y serafines, incluyendo un listado con sus habilidades. Hasta enumerando aquellos que cayeron de los cielos y sus pecados. En alguna ocasión lo ojeé con desgana, sin memorizar nada en concreto. Ahora, me arrepentía de no haberlo hecho.

Has olvidado quién eres, hermana…

Quizás Uriel nos había dado una poderosa pista a la que aferrarnos. O a la que aferrarme, pues ya no sabía si esto lo hacía por Faith o por mí. La parte más egoísta de mi ser clamaba por Raziel, por averiguar algo sobre ella, y la otra, se movía guiada por una poderosa intuición.

—Mañana es San Valentín, agente Hollow, espero que sus averiguaciones nos lleven a buen puerto.

—¿Crees que es tu fecha límite?

Chasqueó la lengua, y de reojo la vi cabizbaja, con el mismo pijama con el que murió.

—No lo sé, pero…

—Tienes una corazonada —dije por ella, pasando desapercibido entre los viandantes gracias a mi pinganillo—. Ya estamos cerca, Faith. Creo que… Raziel es un peón importante en esta guerra.

Saqué el manojo de llaves de la tienda, y a tientas busqué la de la entrada principal. La campanita sonó al abrirla y descubrí que el correo se había acumulado, además de algunas notas preguntando por mi ausencia y mi próxima vuelta.

—Debe de ser difícil mantener un negocio trabajando para The Heaven S.A.

Encendí las luces. Todo estaba igual que lo dejé, salvo por más polvo y ese olor a rancio de las cosas viejas, que, si no se limpiaban más seguido, impregnaba hasta los olfatos más indulgentes.

—No es mi principal fuente de ingresos.

Comprobé la caja tras el mostrador. No había dejado dinero en efectivo, y mis cuadernos y albaranes continuaban intactos. No parecía que hubiera cambios en mi ausencia, pero la extraña quietud del ambiente me hacía pensar que no estábamos solos. Olfateé el aire, y un tufillo a azufre casi me perfora la nariz.

—Huele igual que… —empezó a decir Faith dando vueltas delante del mostrador, justo donde el Limbo estuvo a punto de absorberla unos días atrás.

—¿Pandemónium?

Esta asintió y maldije en voz baja, dirigiéndome a una de las estanterías donde sabía que estaba el ejemplar que buscaba.

—Se supone que en Inferno también huele así. Las almas putrefactas y los susurradores están frotándose las manos con esto de San Valentín. O las fiestas lupercales, como les gusta llamarlo.

Deslicé la escalerilla de madera, que produjo un chirrido macabro y me subí a ella, tratando de aguantar la respiración.

—¿Venían por nosotros?

—No estoy seguro. La información es poder, y tal vez ellos querían averiguar algo… Joder, debí esconder ese libro —mascullé recorriendo con el dedo los lomos viejos que asomaban en la estantería, y Faith refunfuñó.

—Usted guarda algo que les puede ser útil.

Aquello era un reproche, no una pregunta y suspiré resignado. Un error, un olvido… y quizás un exceso de confianza.

—Ahora veremos si realmente les sirve de algo o…

—Solo es una de sus locas teorías —terminó por mí, y no pude evitar sonreír. Sí, Faith Summer pasaría a la historia como una de mis mejores protegidas—. Deberíamos avisar a la custodio West, a Gabe, su hija Amanda…

—Deme unos minutos y le aseguro que lo haré.

—Y dirá si tiene o no malas noticias.

Una gota de sudor resbaló por mi sien, y bajé un peldaño de la escalera. El libro que buscaba no estaba en esa fila.

—¿Y qué busca exactamente? —inquirió Faith colocándose a mi lado.

—Un libro sobre ángeles —respondí sin apartar la vista.

—¿Cómo se llama?

Me tomé unos segundos para responder.

—Angelización o algo así.

—¿O algo así? —graznó.

—Sí, joder —exclamé frustrado, mi búsqueda no estaba dando resultado, aunque me quedaban un par de estanterías por revisar—. Es del siglo xix, si no recuerdo mal, y hace un estudio sobre los ángeles, arcángeles… describe sus cualidades y fortalezas, sus armas, y su misión en la Tierra, aquello para lo que fueron creados, engendrados o lo que sea.

—¿Y no lo leyó? Nos sería muy útil, agente.

Ignoré las repetidas quejas de Faith, leyendo con rapidez los lomos de los libros, deseando que uno fuera el que buscábamos.

Has olvidado quién eras, Raziel.

¿Y si ellos, al igual que Uriel eran conscientes de ese detalle?

—Nunca me han interesado los ángeles. Ni caídos ni sin caer —confesé levantando la voz más de la cuenta—. Siempre me han parecido seres vanidosos y oscuros, con más luces que sombras.

Faith soltó una risotada.

—Hasta que se enamoró de uno de ellos.

Bajé otro peldaño de la escalera, con la intención de revisar la tercera hilera. Y cada minuto que pasaba, mi nerviosismo aumentaba. ¿Me había enamorado o era el encanto angelical lo que me había seducido de Raziel?

—Creo que… no ha sido amor, Faith —dije sin tapujos, con el corazón extrañamente encogido—. Ellos… poseen un encanto especial y los caminantes somos sensibles a él. No es difícil dejarse seducir por un ángel o arcángel.

Ya me sentía atraído cuando era Deb Lee, la cazadora de almas, aunque en menor medida, pues intentaba mantener mis instintos más bajos a raya, y una oleada de desilusión me azotó sin piedad. Nunca estuve hecho para el amor, nunca dejé entrar a una mujer en mi vida lo suficiente para sentir un cariño real por ella y, en parte, sabía a qué se debía. Era mi problema, lo que me mantenía atado a The Heaven S.A.

—¡Lo he encontrado! —gritó Faith victoriosa, y casi me caigo de la escalera al bajar con pasos atropellados.

Su dedo señalaba un ejemplar en un rincón del primer estante empezando por abajo y fruncí el ceño. No había polvo delante, y eso podía ser mala señal: señal de que había recibido una visita a mi tienda. Lo saqué con cuidado y Faith silbó a mi lado.

—Angelización… —leyó en la portada, simple y sin dibujos, encuadernadas en azul medianoche, con letras plateadas—. Su autor es Oscar G. F.

Pasé las páginas amarillentas del libro y comprobé que Gabriel estaba entre ellas, plasmado en una ilustración renacentista, con una túnica blanca y celeste, y una chiquilla frente a él, probablemente a la que le anunciaba su embarazo. También estaba

Uriel en un viñedo, Matusalén rodeado de relojes de arena en un desierto, y otros tantos que no reconocí, ni siquiera sus nombres, hasta que llegué a la ilustración de una hermosa mujer.

—Es ella, mire sus ojos… —susurró Faith. El violeta que eligieron no era el más adecuado, más bien parecía un azul intenso.

De pie, en medio de un prado verde, sujetaba una espada hecha de fuego, mientras sus alas blancas permanecían abiertas, grandes y fastuosas. Con una mano hacía una señal parecida a la de Jesucristo en sus numerosas estampas, y su cabello castaño, entretejido con algunas hebras doradas, volaba al viento, indomable, igual que ella.

Y mi corazón se aceleró con solo ver sus labios fruncidos, sus pómulos altos, sus ojos llenos de determinación.

—Han arrancado la página, agente.

La voz de Faith me devolvió a mi tienda, a los libros polvorientos y al penetrante olor a azufre. Raziel… ahora, sabía que eso debía ser amor. Loco y desmesurado, pero amor, al fin y al cabo. Algo crujió en la parte de atrás, el almacén donde guardaba toda mi mercancía, mi protegida y yo intercambiamos miradas.

Al fin y al cabo, puede que no estuviéramos solos.

Raziel

Siempre que necesitaba reflexionar iba a mi lugar preferido, cerca del río Támesis. En la última década habían remodelado el pequeño edificio de inspiración barroca y ya no desentonaba tanto con la cosmopolita Londres. Cuando el alba despuntaba en el horizonte y su luz anaranjada bañaba la ciudad medio adormilada, el padre Erickson abría las puertas de madera, de esas antiguas que se cerraban con un cierre de principios del siglo pasado, y arrojaba pan a los pájaros, que acudían raudos y contentos a la cita con su desayuno.

—Se dice que un hombre es piadoso dependiendo de su comportamiento con los animales —comenté despreocupada, ocultando mis alas bajo la gabardina y Erickson soltó una risilla, alegre como la de un cascabel.

—Y si también es piadoso con los de su misma especie, entonces tendríamos al sujeto perfecto para vivir en sociedad. Me alegra verte, Raziel. ¿Qué tal está Gabriel?

Esquivé a los pajarillos que disfrutaban de su festín a base, mis botas de tacón resonando en la piedra que tantas veces había pisado. Convencí a mi difunto marido, el coronel Worthington, para que comprara aquel terreno baldío y yermo, y así construir una iglesia en él. A los ojos de la alta sociedad de la época, *lady* Helena Worthington había ayudado a su joven sobrino, que permanecía bajo su tutela, a encontrar su camino como sacerdote.

—Está bien, ambos lo estamos —enarcó una ceja blanca por el paso del tiempo, y me fijé en los surcos alrededor de sus ojos verdosos, de su boca gentil y sonriente. La existencia de los mestizos me fascinaba y asustaba a la vez—. Solo he salido para despejarme un poco… Hay una misión de The Heaven S.A. que…

—No me lo digas: las chicas de San Valentín.

Asentí despacio y Erickson metió la mano en los bolsillos de su sotana negra.

—Ayer fuimos al submundo, es un caso complicado…

—¿Viste a mi padre? —preguntó con una nota de impaciencia que me recordó al chiquillo que una vez fue. Pero a Uriel, el Profeta, no le gustó el camino que escogió su hijo; ni el sacerdocio, ni vivir entre caminantes.

—Ve a la línea púrpura, sobrino. Es tu padre, no puede estar enfadado tantos siglos contigo.

Respiró hondo, levantando la cabeza desprovista de pelo, apenas unas hebras blancas en la coronilla.

—Sabes que sí —contestó apesadumbrado girando sobre sus talones para volver a la iglesia, y los pajarillos emprendieron el vuelo —. Aunque ahora no es el momento para hablar de eso. Intuyo que tienes problemas, Raziel, hay algo más que atenaza tu pecho, y no solo es The Heaven S.A. y ese caso tan complicado. Bueno, casos.

Hice una mueca a su espalda mientras lo seguía al interior de la iglesia. El padre Erickson poseía una gran intuición, como todos los mestizos.

—Me temo que, cuanto más tiempo paso entre los caminantes, más me parezco a ellos.

Mis palabras rebotaron en las piedras antiguas, produciendo un eco considerable entre los santos que la adornaban y las velas prendidas en el púlpito. Aquel lugar siempre conseguía darme la paz que necesitaba y no se trataba de cuestiones divinas ni religiosas: los moradores del cielo teníamos una ideología propia centrada en nuestro gran ego.

—Son una especie fascinante —comentó Erickson palpando las cuentas del rosario que colgaba de su cinturón.

Los numerosos bancos de madera se encontraban vacíos, aún era muy temprano para que los feligreses acudieran a misa o a confesarse, y tomamos asiento en el último. A la derecha, más alejado, la estatua de san Judas Tadeo me miraba con ojos vacuos, la caja de hierro para las limosnas esperando a sus pies. Una vez, hace eones, yo conocí a muchos de los hombres y las mujeres que adornaban las iglesias. Desvié mi vista al frente, hacia el crucificado frente al altar, y lo que sentí aquella tarde en el monte Gólgota me sobrevino. ¿Por qué no podía recordar quién era yo, pero sí al profeta de Nazaret asesinado en la cruz de madera?

—Las emociones los desbordan, la mayoría son incapaces de controlarlas y los susurradores se aprovechan de eso. Conforme pasan los siglos los problemas se agravan —me quejé frustrada, procurando bajar el tono de mi voz—. Mestizos y caídos procuramos mantener el equilibrio en la tierra, y…

—¿Esa es la preocupación que atenaza tu pecho, Raziel? —preguntó solemne, y apreté los puños sobre mi regazo.

Conocía al padre Erickson desde que nació, yo alumbré el parto de su madre, al norte de Irlanda y pasó una larga temporada bajo mi tutela cuando creció. Eso también hacía que le fuera más fácil leer mi alma inmortal.

—Mi pecho está vacío, sobrino, no queda nada en él tras tanto tiempo.

—Tu sufrimiento demuestra que tu corazón late como el de cualquier caminante. No todos los caídos pueden decir eso.

Agaché la cabeza, los mechones rojos me impedían ver con claridad y, lo cierto es que tampoco quería ser vista. Cada latido que reverberaba en mi pecho llevaba el nombre de Cameron Hollow y me avergonzaba por ello. ¿Cómo podía pensar en un hombre mortal mientras el asesino que buscaba desde hacía décadas seguía suelto? Ya se había cobrado otra vida y me preguntaba si volvería a actuar antes del catorce de febrero. Un día era tiempo suficiente para que siguiera sembrando el mal.

—Quizás tengas razón —suspiré cansada, y miré al niño de Judea, el que estaba en la cruz convertido en un hombre—. Siento que… nunca podré volver a mi hogar y, a la vez, siento que ese ya no es mi hogar.

Erickson se rascó la barbilla, pensativo.

—Llevas mucho tiempo vagando por la tierra, Raziel. Has visto imperios formarse de la nada, otros sucumbir entre acero y pedernal… Pero hay algo que te falta.

Toqué mi vientre de forma involuntaria y ahogué un gemido de rabia, de frustración.

—Se aseguraron de que cayera de los cielos incompleta —dije con la mandíbula apretada—. Y es lo que más he deseado… desde que bajé a la tierra por primera vez y vi a la chiquilla María encinta.

Señalé con la barbilla la estatua que le rendía culto, a mi izquierda. Los escultores se empeñaban en tallarla, y ninguno se acercaba a lo que ella fue una vez: una niña, no mayor de quince años, de mejillas redondas y ojos vivos y castaños. Sequé mis lágrimas sin esfuerzo, pues estas no eran nuevas. Ya viví situaciones dolorosas con los escasos maridos que tuve, y no me apetecía rememorarlas.

—Tuviste muchos hijos adoptivos. La mayor parte de los mestizos estuvimos a tu cuidado largas temporadas.

—Pero… yo quería uno gestado en mi vientre —confesé en un susurro y Erickson puso su mano sobre la mía a modo de consuelo —. Eso no significa que no los quisiera…

—Lo sé. Y ellos, que ahora están allí arriba, lo saben también.

Cerré los ojos tratando de no pensar en esos niños y niñas que acogí, que acuné en mis brazos hasta que dieron su último suspiro en la tierra.

—Aun así, esa no es la razón por la que estás aquí —insistió con un discreto tono de reproche y al mirarlo de reojo descubrí que sonreía con ternura.

—He olvidado quién soy.

Chasqueó la lengua, y puse los ojos en blanco.

—Eso no es nuevo, Raziel, hay algo más.

Su afilado instinto de mestizo lo hacía más perspicaz, y tras pensarlo unos segundos hablé:

—Creo que me he enamorado. ¿Contento?

Asintió, conforme. No había nadie que me leyera mejor que Héctor Erickson y Gabriel.

—El amor es el sentimiento más puro que existe…

—El amor solo trae problemas —respondí a la defensiva, cruzando los brazos.

—Te equivocas, tía. El amor entre un hombre y una mujer puede mover montañas, es capaz de obrar las más increíbles proezas…

—Creo que… no, este no es un buen tema para hablar con un sacerdote —suspiré levantando las manos en señal de rendición.

La sonrisa del agente Hollow se materializó en mi mente, sus caricias y besos desmedidos, la adoración que profesaba su mirada. Sí, yo podría haber ocupado esa vacante en su tienda. Pero quería algo más que un revolcón a la luz de las velas y no estaba segura de que él buscara lo mismo.

—Una vez me enamoré de una muchacha, antes de ingresar en el sacerdocio. Su prematura muerte me hizo escoger el camino del Señor, sin embargo, guardo en mi pecho los recuerdos de ese amor, todo lo que sentí. Así que puedo hablar plenamente de lo que existe entre un hombre y una mujer.

—No lo entiendes, el encanto angelical es lo que atrae a los hombres —insistí señalándome, y este levantó mucho sus cejas blancas—. Solo es deseo carnal, nada más. Y estoy harta.

—No juzgues a todos por igual si no quieres ser juzgada, Raziel —advirtió con una pequeña sonrisa, sus dedos viajando todavía por las cuentas del rosario—. Tu marido, el coronel Worthington, te amaba, yo mismo fui testigo de ello el tiempo que viví en vuestra casa.

Dejé escapar un suspiro. El coronel enloquecía en nuestro lecho cuando me despojaba de todas las capas de ropa que llevaba en aquella época, y me bastaba un solo roce para tenerlo a mis pies. No era un buen ejemplo para esa especie de parábola.

—De todas formas —continuó con parsimonia—, el encanto angelical atrae a los hombres, los sentimientos se forjan después, y tú puedes ver si ese hombre los alberga.

Me puse de pie como si tuviera un muelle en el trasero.

—Creo que es hora de irme, Gabriel se preocupará.

—¿Tienes miedo a que te amen, Raziel?

Sus palabras me asestaron un fuerte golpe en la boca del estómago, de pronto, ya no sabía qué hacer con mis pies.

—Eso es una tontería, sobrino.

—Un caminante mortal, un ángel caído sin la capacidad de procrear… no temas que un hombre te ame y te dé todo lo que mereces.

Durante unos minutos se formó un silencio espeso, interrumpido por el canto de los pájaros en el exterior. Los que caímos de los cielos no estábamos hechos para el amor, mucho menos con alguien a quien vería consumirse. El problema era que no podía sacar a Cameron Hollow de mi cabeza, ni a sus ojos aterrorizados cuando mi cuerpo se perdía bajo las arenas del submundo.

—Respecto a eso de que has olvidado quién eres… en mi biblioteca guardo un curioso ejemplar sobre ángeles y arcángeles —prosiguió Erickson mientras caminábamos por el pasillo desértico rumbo a la sacristía. Su iglesia estaría a punto de abrir al público.

—¿Te refieres a un libro de otro fanático? —pregunté con el ceño fruncido. De esos había leído a montones, a cuál más gracioso que el anterior. ¿Por qué se inventaron eso de que no teníamos sexo o que éramos criaturas creadas por ese Dios mayoritario al que todos adoraban?

—Este es mejor, y tan preciso que asusta. Traté de seguirle la pista al autor, creo que murió; los datos que aporta no pueden ser obra de un caminante.

—¿Cazadores de almas?

—Es posible —respondió este encogiéndose de hombros, sacando una llave dorada del bolsillo de su sotana—. Tal vez un caído se fue de la lengua y le confirió información privilegiada. El ejemplar que poseo data del siglo xviii, lo conseguí hace un par de décadas en el mercado negro. Entre sus páginas puedes hallar información muy curiosa.

La puerta se abrió con un delicado *click* y Erickson me invitó a entrar en la estancia en penumbra, llena de estanterías y crucifijos

antiguos y una corriente de aire frío sacudió mis sentidos, haciendo que estos se pusieran en guardia.

—¿Viene algo sobre mí?

—Sobre todos vosotros —interrumpió una voz grave y burlona que yo conocía de sobra. Las sombras se apartaron y revelaron al hombre de cabello azabache sentado en un sillón de terciopelo rojo, en un rincón de la sala. Su sonrisa torcida me decía que estaba disfrutando de la situación, de habernos pillado de improvisto—. Te veo muy viejo, Erickson, supongo que ya no vas con los otros mestizos a salvar almas.

—¡Atrás, engendro del demonio! —exclamó furibundo, levantado el crucifijo que colgaba de su sotana—. ¡Esta es la casa del Señor…!

Baltazar movió la mano, y el brazo de Erickson crujió de manera dolorosa, proferí una maldición en hebreo al ver como caía al suelo.

—Me aburre, padre. De hecho, todo lo que tenga que ver con su podrida institución. Y no, no me ha engendrado el demonio.

Una risa basta y cruel escapó de sus labios, helando la sangre de mis venas. Y fue ahí cuando la necesidad de saber quién era yo se volvió tan imperiosa que dolía. Porque él sí lo sabía, y eso significaba que jugaba en clara desventaja.

CAPÍTULO 24

Faith

Una luz a nuestra espalda nos distrajo de los ruidos provenientes de la trastienda.

—Justo a tiempo —dijo triunfal la custodio West apareciendo en una espiral de brillo agarrada al brazo de Gabe—, ya podría haber avisado de que se marchaba, agente.

—Ha surgido un imprevisto —aclaró este enseñando el libro «Angelización»—. ¿No oléis a azufre?

Gabe asintió oteando el ambiente. Se notaba algo distinto entre él y Eleonora y tuve que reprimir mis impulsos más cotillas.

—Y, además, tienes compañía.

—¿Dónde está Amanda? —inquirió Hollow al percatarse de que ni ella ni su protegida los acompañaban.

El ruido en la trastienda se intensificó. Más bien parecían gemidos, y los cuatro nos miramos, extrañados.

—Se ha quedado con Candace redactando su lista de asuntos pendientes. El agente Powell se marchó, pero ha prometido mantenernos informados —intervino la custodio tomando el libro de los ángeles, pasando sus páginas amarillentas. A su lado, Gabe parecía muy interesado—. ¿Esto es…?

—La mejor y más completa guía sobre ángeles y arcángeles que se ha escrito —resumió Hollow—. La página de Raziel ha sido arrancada. Por algún motivo ella es… determinante.

—Por desgracia, yo también he olvidado quién es mi hermana… es decir, a duras penas mantenemos los recuerdos sobre nuestra propia identidad, imagínate acordarte de la de otros.

Eleonora pellizcó su barbilla con absoluta ternura y el agente Hollow lo miró con expresión divertida.

—Lo conseguiste, tigre.

Este se ruborizó, sus aires de surfista californiano adquirían un nuevo matiz: el del hombre enamorado.

—Es que soy un excelente paisajista.

Cambié mi peso de un pie a otro, impaciente.

—¿Podríais ir a ver quién diablos está allí? —rezongué de mala gana. Odiaba cuando se olvidaban de lo más evidente, como el hecho de ascender a The Heaven S.A.

Un golpe proveniente del mismo lugar llamó nuestra atención, y el agente Hollow se irguió, caminando con decisión mientras la custodio y el ángel caído lo flanqueaban. No quise preguntar por las armas con las que podían defenderse, pues ya había visto de lo que era capaz de hacer mi agente con pinta de inglés estirado. Apoyó la mano en el picaporte y contó hasta tres con los dedos. Entonces, Eleonora sofocó un grito, pero yo no pude hacerlo: reconocí al instante al doctor Gray, el forense de mi caso, con la camisa blanca empapada en sangre, y sendas cuerdas que rodeaban su cuerpo, inmovilizándolo. El líquido escarlata venía de su boca, impregnando los alrededores. Allí era donde tenía que estar su lengua.

—¡Ranjit! —gritó el agente Hollow con los ojos desorbitados ante la dantesca escena—. ¿Quién te ha…?

—No puede hablar —afirmó Eleonora con voz queda y el rostro desencajado, acercándose un poco al doctor. Su turbante se había deshecho, la cinta azul oscuro arremolinándose a los pies de su colega que, horrorizado, trataba de frenar la hemorragia—. Le han…

—Cortado la lengua —terminó Gabe por ella, y quitándose su camiseta de dibujos psicodélicos ayudó a Hollow con la sangre que manaba copiosa de su boca.

—Hay que llamar a Amanda —atiné a decir, juraría que palidecía, que paladeaba el olor del óxido hasta sentir arcadas. Los ojos negros

del forense, tristes y desesperanzados se clavaron en los de su colega. No podía verme, solo oírme tras dejar de ser un agente de The Heaven S.A., pero algo me decía que notaba mi presencia a pesar de mi silencio. Era incapaz de hablar o moverme, jamás había visto algo tan espantoso.

Gabe negó.

—Esto requiere de otras fuerzas… No va a morir, se han asegurado de que su alma se quede en su sitio.

—¿Qué sugieres entonces? —ladró el agente Hollow, examinando la cavidad bucal llena de sangre, su frente perlada en sudor por la absoluta concentración—. Joder, amigo, pensaba que nos habías traicionado…

El doctor Gray movió la cabeza, pesaroso, un parpadeo largo e infinito. Posiblemente fue a la tienda de antigüedades para alertar a su colega del peligro que acechaba, sin saber lo que el destino le tenía preparado.

—Eleonora, busca a Miguel —ordenó Gabe y la custodio contuvo la respiración, mirándolo de hito en hito—. Si pudiera subir, lo haría yo mismo.

—El sanador… —dijo Hollow, secándose el sudor de su frente con el dorso de la mano ensangrentada—. No accederá, es un arcángel.

—La Cúpula entera debe prestarnos ayuda. Los cazadores han ido demasiado lejos, y Ranjit Gray prestaba servicio en The Heaven S.A. No pueden negarse.

La custodio asintió, convencida de sus argumentos y este deslizó un beso en sus nudillos cubiertos por el encaje blanco de sus guantes.

—Ya sabes dónde está la puerta, Eleonora —dijo el agente señalando a la izquierda con su cabeza, no me había fijado en aquella entrada de madera vieja con el picaporte dorado, en cuyo pomo había una H elegantemente tallada—. Diles que se den prisa, por favor.

Con suma diligencia la atravesó, la sombrilla cerrada y la espalda recta, y nos quedamos los tres solos. Gabe cortó las cuerdas que lo retenían con una navaja multiusos que guardaba en el bolsillo de sus vaqueros y el doctor Gray emitió una especie de suspiro, parecía que sus músculos sentían el alivio por segundos. Sus ojos se abrieron de par en par, señalando el libro que los cazadores habían venido a buscar.

—Se han llevado la página que contenía información sobre Raziel —informó el agente Hollow sentándose en el suelo. Ya no ejercía la misma presión con su camisa, ahora era Gabe quien trataba de limpiar la sangre seca con una botella de agua que encontró en el mostrador de fuera.

—¿Fuiste tú el que me mató?

La pregunta brotó sola de mis labios, mis palabras cargadas de rabia.

—Faith… —susurró Gabe.

Durante unos minutos, la estancia dio vueltas a mi alrededor. Mi vida. Todo lo que pudo ser y no fue, esa última mañana cuando mi corazón latía y el olor a rosas y dulces inundaban mis fosas nasales…

No contestó y tampoco hizo un solo movimiento dado su estado.

—Jason tiene algo que ver contigo, ¿cierto? —prosiguió Hollow, quien no se amilanó, aunque su colega estuviera malherido—. Tú has debido de ser el enlace entre caminantes y su alma, que ha ido saltando de cuerpo en cuerpo, pasando desapercibido para los tres recolectores de almas principales. Tú… lo has encubierto durante décadas, hasta has matado por él en alguna ocasión.

El doctor Gray cerró los ojos con fuerza y quise zarandearlo para que pudiera contarnos la verdad. Por desgracia, le faltaba el órgano con el que podía comunicarse con nosotros.

—Raziel está en problemas —interrumpió Gabe de repente, levantando la cabeza, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, a lo que el agente Hollow mudó su expresión.

—¿Sabes dónde está?

—No muy lejos de aquí —reveló, sus pupilas plateadas moviéndose a toda velocidad—. Presiento que está en la iglesia del padre Erickson, a orillas del Támesis, es uno de los hijos de Uriel.

El agente se levantó de un salto, sin su chaqueta de *tweed*, que estaba impregnada por la sangre del doctor Gray.

—¿La de *Saint's* Michael?

—La misma —respondió Gabe, y el forense negó con la cabeza una y otra vez, asustado. Tal vez no quería que su amigo fuera hasta allí—. Es peligroso que vayas solo, Hollow.

—Iremos volando —aseveró colocándose bien los puños de su camisa blanca y acto seguido tecleó a toda velocidad en su teléfono móvil—. Quédate aquí, Faith. Eleonora llegará de un momento a otro.

—Y un arcángel con el don de sanar —masculló Gabe entre dientes, con el torso desnudo, sus músculos marcados y tensos y, con un gruñido, dos alas grises y brillantes salieron tras su espalda, abriéndose paso entre piel y huesos—. Dile a Eleonora que todo se habrá solucionado antes de que sea la hora del té.

—Mañana es San Valentín, podrás hacerle un regalo bonito —dije con un hilo de voz, pensando en el que tenía que haber sido un día perfecto. Lo sería, pero para muchas otras parejas, y deseaba que fuera el mejor para la custodio West—. Traed de vuelta a Raziel.

Gabe y el agente Hollow se marcharon sin más ceremonias, recé en voz baja para que no los descubrieran surcando los cielos. Entonces tuve una fantástica idea:

—Le traeré papel y bolígrafo, doctor Gray. Creo que las manos puede moverlas correctamente.

Este tragó una mezcla de sangre y saliva, temblando como una hoja, mirando en todas las direcciones y movió la cabeza, inseguro. Si había tenido algo que ver con mi muerte, estaba más que dispuesta a obtener su confesión por escrito.

Agente Hollow

Atravesamos una de las vidrieras de colores de la iglesia de *Saint* Michael, no sin antes recibir el aviso de Gabriel para que me cubriera la cara. El cristal se hizo añicos a nuestro paso, las esquirlas se clavaban en mis brazos y rodamos por el suelo de frío mármol. El Cristo crucificado no parecía haberse dado cuenta de nada, y me tomó unos segundos situarme, obligar a mi cabeza a que dejara de dar vueltas como una peonza, y cuando conseguí ponerme en pie, Gabriel ya lo había hecho.

—Siento la presencia de mi hermana y mi sobrino —exclamó señalando a la derecha, en donde se suponía que debía de estar la sacristía—. Hay un cazador de almas con ellos.

—Baltazar —escupí.

Un torrente de lava ardiente me recorrió las entrañas. Amaba a Raziel, el ángel caído dibujado en aquella pradera de Irlanda y no permitiría que nadie le hiciera daño. La necesidad de proteger a Faith se había mezclado con ese extraño enamoramiento, y ya no había lugar a dudas: no era el encanto angelical, sino el encanto, la simpatía y la belleza de la propia Raziel. Daba igual que hubiera caído de los cielos, que la sangre que corriera por sus venas fuera inmortal; deseaba tenerla a mi lado todo el tiempo que me fuera posible.

Traté de abrir la puerta de la sacristía en vano, y Gabe sacó su navaja multiusos.

—¿No conservas ningún poder para esto?

—No funciona así, Hollow —recriminó con una sonrisa ladeada, pateando el picaporte.

No se oía nada al otro lado, y no sabía si se debía a los encantamientos de Baltazar o a que todos habían sido exterminados ahí dentro. ¿Se podría acabar con la vida de un caído? Tragué saliva, impaciente, febril. Necesitaba entrar ahí dentro, poner a salvo a Raziel y terminar con la ascensión de Faith. Después de eso, rogaría

que no me pasaran más casos en The Heaven S.A. por un tiempo y organizaría mi vida, mi tienda y mi corazón.

—¡Echaos a un lado! —gritó una voz detrás de nosotros, y una llamarada de fuego pasó rozando mi hombro, reduciendo la puerta a cenizas—. ¡Por eso os dije que vivierais en el submundo! Así no perderíais vuestros poderes.

Uriel, el Profeta, con su túnica marfil y su larga melena oscura, extendía las manos, de las cuales aún salía un poco de humo. A su lado estaba la señora Fontaine, la hija de Gabriel que llevaba el salón de té de la línea púrpura.

—Avisé a Uriel, sabía que las cosas se pondrían feas —aseveró cuando su padre corrió para besarle las mejillas, preocupado.

Sin perder un segundo, entré en la sacristía y lo que vi allí heló la sangre de mis venas: un sacerdote yacía en el suelo, con una cruz de madera clavada en el estómago. Le quedaba un hilo de vida, cada respiración era más trabajosa que la anterior, pero el color cetrino de su rostro decía que se moría, que ya no había solución para él. Y frente a mí, en la pared más alejada, un enorme agujero negro del que salía un torrente de aire frío engullía la mitad del cuerpo de Raziel.

No…

—Llegas justo a tiempo, agente Hollow, supongo que también buscabas esto —anunció triunfal Baltazar, enseñándome otro ejemplar como el que conservaba en mi tienda—. Nunca llegarás a saber quién es en realidad la puta con la que te has estado acostando los últimos días.

No pude contestar, por el contrario, corrí hasta Raziel e intenté sacar su cuerpo laxo del agujero negro, al igual que en el desierto del submundo, el mismo terror embargándome por completo. Tiré con todas mis fuerzas hasta que mis dientes rechinaron.

—¡Hijo de perra! —bramé sintiendo la corriente helada del Limbo, la ira ciega corriendo por mis venas. No, eso no podía estar pasando.

—Los caídos que olvidamos quienes fuímos también podemos caer en el Limbo si alguien lo abre para nosotros —la voz de Raziel apenas era un murmullo audible para mí, y de soslayo vi a Gabriel petrificado, su hija arrodillada frente al sacerdote y a Uriel rasgando sus vestiduras entre gritos inteligibles—. Lo siento…

Resollé, conteniendo lo que parecían ser lágrimas en mis ojos. Rara vez, los que eran como yo derramaban alguna.

—Esto no es tu culpa…

Pues la sola idea de perderla en el olvido, en la fría y baldía oscuridad, hacía que me replanteara qué hacía yo en aquel mundo en el que, realmente, no encajaba.

—Se acerca la hora de tomar las almas que me pertenecen —dijo Baltazar en tono petulante, su risa despiadada inundando la estancia con olor a muerte—. Espero que pases una bonita eternidad en el Limbo, Raziel.

En ese momento, Uriel aulló, colérico, y antes de que pudiera formular un ataque el cazador de almas se desvaneció entre sombras que absorbían la luz de la estancia.

—¡Raziel! —exclamó Gabriel, y batiendo sus alas, tiró del cuerpo de su hermana, hundido de cintura para abajo en el agujero negro. No había manera de sacarla—. No, no, no…

—Dile a Faith… que lo siento mucho, y a Candy. Creía que podría terminar con esto y esto ha terminado conmigo.

Levantó la cabeza, los mechones rojizos le cubrían parte de su rostro de porcelana, pero atisbé una sonrisa pequeñita, y un potente brillo en los ojos violeta que tanto me enloquecían.

—Me hubiera gustado aceptar esa vacante, Cameron —musitó, y mi corazón estuvo a punto de pararse al oír mi nombre de sus labios; el Limbo la absorbía hacia su funesto destino—, lástima que mi desconfianza hacia los hombres me trajera hasta aquí.

No dejé de tirar de ella ni un segundo, y tenía claro que lucharía por sacarla de allí, aunque no me quedaran fuerzas.

—Los que somos… como yo, rara vez nos enamoramos. Y, ahora, no sé cómo continuar.

—Un sin alma —reveló solemne, y su sonrisa cansada se ensanchó. Gabriel abrió mucho los ojos en mi dirección. Mi secreto, mi maldición, el motivo por el que The Heaven S.A. me tenía agarrado por los huevos—. Tu camino seguirá, no soy imprescindible, Cameron. Encuentra la inmortalidad y gánate tu derecho a seguir caminando por esta tierra.

Tragué saliva, mis energías menguaban y una fina capa de escarcha se había formado en mis brazos, provocándome un punzante dolor que, por mi ángel caído, soportaría estoico. Hasta el final, hasta las últimas consecuencias.

—Raziel… he sentido por ti todo lo que no he sentido en cuarenta y cinco años… No me digas adiós ahora.

Sus dedos fríos acariciaron mi mejilla, un roce sutil y sincero, lleno de cariño.

—Eres el perfecto caballero inglés —dijo con dificultad, sus hombros ya estaban dentro de la oscuridad, por mucho que Gabriel moviera sus alas o yo tirara con mi fuerza de mortal; el Limbo tenía otros planes para nosotros—. Muchas mujeres se volverían locas por ti. Ellas te darán todo lo que mereces…

—No…

Hice un esfuerzo porque mi voz no se quebrara, sin embargo, lo hizo. Yo no era un caballero inglés, solo un hombre sin alma que se escondía tras una máscara de perfección. No podría amar a nadie ni tampoco dejarle paso a ninguna mujer en mi corazón. Encuentros rápidos, polvos furiosos y sudorosos… y la nada. A excepción de ella, que atravesó esa barrera con asombrosa naturalidad, como si amarla fuera igual de sencillo que respirar.

—Déjala ir —pidió Uriel en un tono que no admitía réplica—. Así solo la dañas más.

Raziel cabeceó dándole la razón y Gabriel relajó su agarre.

—Te buscaré, abriré el Limbo con mis propias manos si es preciso —susurré contra sus labios, todavía cálidos, y haciendo un esfuerzo descomunal alcanzaron los míos, provocándome una pequeña descarga eléctrica que me recordaba que estaba vivo, pese a que carecía de alma.

Un sollozo escapó de mi garganta atenazada, miles de punzantes esquirlas de hielo atravesándola.

Despacio, solté la punta de sus dedos, sus uñas pulidas y perfectas, las que arañaron unas horas atrás mi espalda inundándome del más exquisito placer. Deb Lee, a la que yo creí una cazadora de almas, Raziel, el arcángel que cayó de los cielos para caminar entre humanos, y todas esas mujeres que una vez fue, se incrustaron en mi alma, solapándose con mi corazón. El cosquilleo en mi pecho, aquello que burbujeaba por mis venas no podía ser un simple encanto.

El agujero negro la tragó, y un frío desolador caló mis huesos. A continuación, emitió un leve fulgor, como si estuviera saciado. Esa presa, víctima del olvido, era un suculento bocado en comparación con las mundanas almas que se tragaba a menudo.

—Agente, averiguaremos la manera de sacarla… —balbuceó el arcángel Gabriel, aturdido, con sus alas extendidas.

Mi mente pragmática y mi total ausencia de alma me decían a gritos que lo importante era la ascensión de Faith Summer, mi protegida, a The Heaven S.A. y la completa resolución de sus asuntos pendientes. Eso no me convertía en un psicópata, solo era distinto. Y mi máscara se fracturaba, todo lo que yo creía ser y mi absurda frialdad, se iban al carajo. El caballero inglés… Un cuento, una manera de ser alguien. Y Raziel plantó una semilla en mi interior, desencadenando todo tipo de sensaciones. Sensaciones que no debían pertenecerme.

Un suspiro entrecortado, una exhalación agónica que provenía del sacerdote. Desvié la vista, mareado, más anestesiado que nunca y vi a Uriel, el profeta del submundo imponiendo las manos sobre el sacerdote. Le había arrancado la cruz de madera, y su tórax ya no

sangraba. La señora Fontaine, esa adorable anciana con delantal de margaritas que horneaba pasteles en la línea púrpura se acercó, arrastrando los pies. Gabriel no le quitaba la vista de encima. Los ojos de un caído, de un padre y rápidamente pensé en Amanda, mi hija. Ella había sido el desencadenante para que yo sintiera; un eco de amor y cariño, y me pregunté si la desaparición de Raziel influiría en el caso de su protegida, ligada a la mía. Agradecería a Faith Summer haberle salvado la vida, y a la vez la maldecía: ahora, también estaba ligada a The Heaven S.A., la corte de las intrigas, cuyas mierdas con cazadores y entes peligrosos hacían peligrar la estabilidad de las almas, las de todos los que trabajábamos con ellos.

Apreté los puños. Era hora de que la Cúpula interviniera, perder a Raziel ya era más de lo que podía soportar.

—Ella sabe cuidarse, agente. Lo importante es su protegida y la de su hija, no crea que no me he enterado —espetó bajándose las gafas, sus ojillos de un azul infinito analizándome—. Lo necesitan.

Eleonora Fontaine rebuscó en mi interior en su tiempo. Sus pastelillos de arándanos y su té son magníficos. Y ella sabía perfectamente qué era yo, y su amabilidad fue la misma. Siempre.

Miré la pared en la que el Limbo se abrió. No existía el menor rastro del aquel cerco negro, todo negrura y soledad, el olvido. En su lugar, había una pintura de la última cena de Jesucristo, y no pude evitar sonreír. Solo Raziel podía meterse en algo así: resucitar a un hombre tres días después de haber fallecido.

—¿Por qué no revisa el bolsillo de sus pantalones, agente Hollow? —preguntó en voz alta y un deje sarcástico Uriel sin perder la concentración del cuerpo del sacerdote, o el que yo creía el sacerdote. Me froté los ojos, creyendo que se trataba de una visión. Allí, estaba el cuerpo inerte de un hombre no mayor de treinta años. Las arrugas ya no surcaban su rostro, y sus cejas eran de un negro azabache en vez de blancas.

La señora Fontaine me dio un manotazo en el hombro.

—¡Haga lo que le dice! —Aunque en realidad, parecía recriminarme el descaro con el que contemplaba la escena. Uriel, el Profeta, el más antiguo de los caídos, había hecho girar hacia atrás las manecillas del reloj para un anciano. ¿Sería de su biblioteca privada el libro que sostenía Baltazar en las manos? No cabía duda de que, la información que se manejaba entre sus páginas, y en concreto la de Raziel, eran de suma importancia—. Despierte, Hollow. Si ellos ganan, ya no habrá nada que hacer; ni por las chicas ni por Raziel.

Agité la cabeza, pues llevaba razón. Mis músculos estaban doloridos, mi corazón hecho pedazos, las esquirlas de hielo en mi garganta impidiendo que respirara con normalidad.

Tu camino seguirá, no soy imprescindible, Cameron…

Con manos temblorosas, hice lo que Uriel me pidió y, para mi sorpresa, encontré la nota doblada donde Faith Summer escribió sus asuntos pendientes.

—Esto… estaba en mi chaqueta —respondí con la voz enronquecida. La chaqueta a juego de mi traje de *tweed.* Se suponía que se había quedado en la tienda, tapando la herida del doctor Gray.

—Pues ya no lo está —espetó la señora Fontaine con malas pulgas y Gabriel, su padre, pasó el brazo sobre sus hombros. Todavía no había guardado sus alas y parecía muy orgulloso de ellas.

—Quizás sea un recado —murmuró distraído.

Raziel…

Desdoblé el papel con cuidado, recordaba el momento exacto en que se lo tendí a esa Faith en pijama, conmocionada y llena de rabia por su propia muerte.

—No, esto no es verdad…

Los asuntos pendientes de Faith, cada uno con un número, estaban tachados con líneas rojas y brillantes.

—La sangre de un arcángel… —susurré, con el murmullo ronco del sacerdote rejuvenecido de fondo. Viviría, hasta el color de su piel era más saludable.

—Faith Summer puede ascender, se ha ganado el derecho. Es el último acto de un arcángel en la tierra.

Nervioso, con el corazón martilleándome las sienes, revisé punto por punto. La última voluntad que se concede a los caídos: poder moldear las reglas como quisieran. Un poco más abajo había dibujado un corazón con su sangre; a un lado una R, al otro la C y mi pecho se calentó. Una declaración de amor más valiosa que todas las almas que pululan por el universo.

—¿Pudo haberse salvado a sí misma? —inquirí de pronto, consciente del gasto de energía que había invertido.

—Nadie lo sabe, la última voluntad de un caído suele ser un acto de generosidad y, seamos realistas, agente —añadió Gabriel levantando una ceja rubia, y pensé que se le daba fatal el papel de chico malo—, salvar tu culo dista mucho de ser generoso. Esa no es la especialidad de Raziel.

Por instinto, atraje la nota a mi pecho, deseando notar un poco de su contacto, y aspiré: peonías, el reflejo del sol sobre aguas cristalinas, algo dulce y muy picante. Llevaba su esencia. Y una entrada segura hacia la victoria.

CAPÍTULO 25

Amanda

Una punzada me atravesó súbitamente la cabeza y durante unos segundos cerré los ojos, buscando apoyo en la mesa de mi despacho. El mar, la arena dorada, una risa masculina y gentil, alborotó mi corazón, ¿o quizás eran mariposas? Había dulzura en la manera que entrelazaba sus dedos con los míos. Y amor, verdadero amor.

Sacudí la cabeza, ¿de dónde venía aquello? Yo no había vivido esas escenas. Inhalé y exhalé con calma; o mi glucemia se desplomaba y me hacía delirar o mi primer día trabajando para The Heaven S.A. estaba pasándome factura. Tratar con gente a la que no tenía que salvarle la vida, resultaba más sencillo que mi residencia en el hospital como traumatóloga.

Esa especie de dolor cesó, mi respiración se regulaba y cada bocanada de aire era un regalo del cielo. Un alma me había salvado de mi destino y destruyó todo lo que la vida me tenía reservado una mañana cualquiera en Londres. Tuve enfrente un arcángel, ahí tirada en la carretera, que me otorgó una nueva profesión. Un alma a la que proteger. Y esa playa… me pregunté si soportaría la presión de una entidad tan divina. Enderecé la espalda, escuchando un crujido satisfactorio. No era más que tensión acumulada y la falta de un descanso reparador.

—Mierda, necesito un café… —murmuré quitándome el estetoscopio del cuello, que en esos momentos me apretaba como una soga. ¿Podría solicitar la baja por estrés laboral? En realidad, me interesaba vigilar a Jason de cerca y acceder a su salud; según decían mis compañeros intensivistas, había pasado mala noche, sus

órganos necrosaban. No contaban con él más allá de cuarenta y ocho horas…

—¿Te encuentras bien?

El vello de la nuca se me erizó. Me costaba acostumbrarme a su presencia, su imagen real, nítida, y a la vez fría, como si no perteneciera a este mundo. A diferencia de Faith Summer, el agujero de bala se encontraba en su frente. Y no tenía intención de esperar a que terminara mi jornada laboral. Ahora entendía a mi padre, las normas que imponía a las almas que protegía. Sin límites, era imposible conservar la cordura.

—Sí… solo me he mareado un poco.

—Pues vamos a ver a Jason, aún no me has llevado hasta allí, y lo necesito.

Frunció los labios, sus ojos espectrales devolviéndome una mirada triste. Candace había escrito una lista con sus asuntos pendientes. Y su asunto pendiente era Jason. ¿No pensaba despedirse de sus padres? ¿No tenía algo que la atara un poquito a la tierra?

—Cumplo con mis responsabilidades, no vengo a pasear de una planta a otra, tengo mis propios pacientes. Iremos cuando pueda —agregué al verla a punto de protestar. No. Candace, o Candy, como la llamaban sus seres queridos, necesitaba límites si íbamos a pasar tanto tiempo juntas.

Con las pruebas sobrenaturales sobre la mesa, se comprobó que Jason había hecho negocios con un peligroso cazador de almas, inmiscuyendo a Faith. Y, ahora, la amante también había sido asesinada.

—Te caigo mal, ¿verdad?

Mi padre me advirtió unas horas atrás acerca de los juicios de valor hacia un protegido. No teníamos opinión y nunca debíamos tenerla.

—Yo no voy a juzgarte, Candy.

—¿Lo harán allí arriba?

Me tomé unos segundos para pensarlo.

—Ellos tampoco lo harán. Si estás a cargo de un agente para subir a The Heaven S.A. significa que tu alma no es mala.

Se retorció las manos, inquieta. Suerte que estuviéramos solas en aquel despacho que compartía con algo más de media docena de traumatólogos.

—Pero tú piensas que he hecho algo malo, que merezco esto —espetó sin ningún pudor. Tampoco había enfado o rabia en sus palabras.

Chasqueé la lengua. Ojalá con el tiempo adquiriera esa capacidad de mi padre para ignorar a las almas bocazas. Aún me martilleaba la cabeza, pero me concentré en otra cosa, como en la nueva paciente a la que había ingresado en la planta de traumatología, quien estaba pendiente de que la valorara el nefrólogo…

—Me importa bien poco que te revolcaras con Jason traicionando a una de tus amigas. Estoy aquí para ayudarte con tus asuntos pendientes —añadí cogiendo un par de historiales para revisar sus respectivos tratamientos. Mierda, no podía trabajar en esas condiciones.

—Jason es mi asunto pendiente, no te daré más problemas.

—¿Y tus padres? —grazné casi sin poder creérmelo.

—Estarán bien. Lo sé, algo dentro de mí… tampoco sabría qué decirles, ellos ya sabían que los quería.

Su determinación me horrorizaba, aunque suponía que cada alma tenía sus propias pretensiones.

—¿Estás segura de que no tienes ningún asunto que resolver antes de subir? —pregunté en un susurro.

—Nunca he estado tan segura de algo —aseveró dando un par de pasos en mi dirección, y apreté los historiales contra mi pecho.

Esa chica había mirado a la cara de su asesino, oculta bajo un pasamontañas negro. Quizás ese amor extraño y enfermizo hacia Jason no era más que una forma de protegerse a sí misma después

de ese horror. Quizás pensaba que en su vida todo estaba bien, y que solo quedaba seguir avanzando.

—Como quieras —respondí al cabo de un rato, demasiado largo para mi gusto—. Si me das unos minutos… iremos a ver a Jason antes del mediodía.

Candy me miró en silencio, repasándome de la cabeza a los pies y, por extraño que pareciera, no me sentí incómoda.

—Claro, eres doctora —dijo más para sí misma que para mí, como si acabara de darse cuenta de quién era yo en realidad y dónde nos encontrábamos. Era cierto eso que decían de que las almas se despistaban en exceso—. Tendrás mogollón de cosas que hacer.

—Genial, todo aclarado —suspiré volviendo a colocar el estetoscopio alrededor del cuello, un modelo color agua marina que me regaló mi madre al acabar la universidad—, puedes venir conmigo a la consulta mientras estés en silencio, no quiero perder la concentración con mis pacientes ni…

El sonido del teléfono de guardia que llevaba en la bata me sobresaltó, interrumpiéndome. La pantalla reflejaba el número de la UCI, y esperé lo peor.

—Diga.

Descolgué apresurada, y Candy entornó sus ojos de otro mundo hacia mí.

—Hola, Amanda —reconocí la voz de Sasha en el acto, una doctora con la que coincidí en la universidad, antes de la especialización—. Sé que estás muy interesada en el estado del chico… Hemos aumentado la sedación para que pueda irse en paz.

Lo que significaba que Jason moriría antes de lo previsto.

—Queremos evitar más sufrimiento, no hay nada que podamos hacer por él. La familia lo sabe, están llamando al consulado de Estados Unidos para tratar de repatriar el cuerpo.

Resoplé, abrumada por los acontecimientos y por la visión de aquella playa. Sí, eso último era lo que carcomía mi alma.

—Subo en cinco minutos.

Colgué la llamada y, a continuación, saqué mi teléfono personal del otro bolsillo de la bata para llamar a mi padre. El agente Hollow debía conocer las últimas novedades sobre el estado de salud de Jason, a fin de cuentas, puede que ese Baltazar volviera a presentarse. ¿Con qué armas contaba como agente de The Heaven S.A.?

Al otro lado de la línea, mi padre contestaba con voz ronca y decaída, y me pregunté qué me había perdido.

—Tienes que venir, su salud se deteriora —dije un poco en clave, aunque Candy lo entendió a la perfección y se tapó la boca para amortiguar el llanto—. Contamos con muy pocas horas.

—Un sacerdote irá a darle la extremaunción, es de los nuestros. Estaré allí lo más rápido que pueda.

—De acuerdo —respondí a punto de colgar, cuando me pareció oír que carraspeaba.

—Oye, Amanda…, quiero que sepas que te quiero, aunque no te lo demuestre con frecuencia. Y siempre podrás contar conmigo, sea la hora que sea: llueva, nieve o truene.

Mi corazón se calentó ante aquella declaración de amor.

—Y tú conmigo, papá. Llueva, nieve o truene.

Nunca sabré por qué no me costó llamarlo papá, a pesar de que el descubrimiento de su paternidad me tomara siendo adulta. ¿Era la sangre lo que unía o la conexión de un lazo rojo invisible? Daba igual, mi corazón vibraba por Cameron Hollow.

—Cambio de planes, Candy, vamos a ver a Jason.

Se tapó la boca con las manos, emocionada. Esa chica era la viva imagen de la felicidad, la luz llegaba de nuevo a sus ojos llorosos. Y a pesar de que le habían disparado en la frente, era su desmesurado amor el que hacía que no se derrumbara, refugiándose tras ese escudo para no pensar en la muerte, en todo lo que dejaba atrás. Resultaba que las almas también poseían mecanismos de defensa.

Raziel

Mis ojos se abrieron. No recordaba cuánto tiempo habían permanecido cerrados, solo que, por fin, las curvas cesaron. Al principio el agujero me tragó, el olvido, lo que todos conocíamos como el Limbo. Las almas que no ascendían ni descendían acababan allí. En la nada, en la más absoluta y fría oscuridad. Y lo que tenía a mi alrededor no se parecía en nada a lo que yo creía: las estanterías de libros llegaban hasta el techo abovedado, cubierto de cúmulos de nubes grises. Los pasillos eran infinitos, mi vista se perdía en el laberinto con olor a cuero, papel antiguo y menta. Y entonces me di cuenta de que yo misma había cambiado.

Mis alas ya no estaban ocultas, el color de mis plumas volvía a ser de un blanco reluciente y, pasando mi cintura, el color se degradaba, mezclándose con el tono violáceo y anaranjado del atardecer.

—Joder…

Y mi ropa. Los pantalones, las botas y la camisa blanca habían sido sustituidos por un vestido del color de mis ojos, más claro que el degradado de mis plumas. Un momento, ¿qué se suponía que había hecho Baltazar? Fruncí el ceño, sujetando un mechón de mi cabello entre los dedos; este ya no era rojo, sino de un castaño vibrante que caía en una cascada de ondas por mi espalda.

Yo conocía este atuendo… pero las palabras se me quedaban en la punta de la lengua.

Aceleré el paso, mis pies envueltos en cómodas sandalias doradas, en busca de alguien. Si aquello era el Limbo su descripción no se ajustaba a lo que me habían contado. Tenía que haber alguien en esa biblioteca que pudiera ayudarme, no era posible haberme quedado sola. Bueno, sí. Mis hermanos, mi sobrino mestizo, Cameron… los había perdido sin remedio, ellos se habían quedado en la tierra.

Y si al final resultaba que no estaba en el Limbo; debía de existir alguna salida entre tantas estanterías.

—Hace tiempo que te esperaba, Raziel —comentó una voz masculina y jovial que sonaba increíblemente cerca. Escruté el horizonte, mis ojos estrechándose, localizando un punto concreto al frente: un mostrador, al fondo del pasillo.

Di una orden clara y sencilla a mi cerebro para activar mis alas, y cubrí la distancia hasta el mostrador volando a tan solo un par de metros del suelo. El hombre que me esperaba era un anciano de pelo blanco y gruesas gafas de montura metálica. Esbozó una sonrisa amistosa, llena de dientes en perfecto estado y me fijé que sobre su mesa se hallaban numerosos pergaminos, algunos desenrollados, y una pluma dorada metida en un tintero.

—Bienvenida seas, arcángel Raziel —dijo con suma satisfacción, alargando los brazos hacia mí y no pude evitar negar con vehemencia.

—Una vez ostenté ese título… ahora solo soy un ángel caído a secas.

Sus cejas blancas y pobladas, casi plateadas, se unieron en una sola.

—Pues vuelves a ostentarlo. ¿No te has fijado en tu aspecto? —hizo una pausa, señalando lo evidente y mi pecho se encogió.

—¿Cómo ha sido posible? Se supone que estoy en el Limbo…

—Eso es lo que creía ese engreído cazador de almas —repuso limpiándose las gafas, sus ojillos, grises y antinaturales clavándose en mí, atento a cada uno de mis movimientos—. Te contaré algo, Raziel: nadie que venga de los cielos puede ir a parar a el Limbo.

Miré la inmensa biblioteca antigua, casi sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿El don divino había vuelto a mí de verdad?

—Te encuentras en las dependencias de la conciencia cuántica —prosiguió al verme turbada y enseguida recordé ese término. El aire abandonó de golpe mis pulmones—. Nos gusta llamarlo así porque suena más formal…

—El Recolector… —logré decir a duras penas.

El hombre, a quien por fin identifiqué como a uno de los escribas, asintió con solemnidad. Estos anotaban en los vastos libros todas las almas que iban a para a The Heaven S.A., Inferno o el Limbo. Un trabajo monótono, ingrato y olvidado. O por lo menos, lo había sido para mí. Ahora, estaba cerca del despacho del gran jefe.

—Te hemos observado estos miles de años, Raziel, nos hemos fijado en tu progreso. Y el Recolector piensa que ya es hora de que recuperes tu estatus.

El corazón me dio un vuelco, por alguna razón todo mi ser vibró, una corriente de energía nueva y cristalina recorriéndolo. Me pasé las manos por las plumas… sí, yo era así, una vez, mucho tiempo atrás.

—Pero… —por más que lo intentaba, no podía recordar lo importante, la base de todo— he olvidado quién soy, escriba.

—Lo recordarás pronto, es determinante para… —ojeó uno de los papiros extendido sobre la mesa. ¿Vería algo sin sus gafas?— Faith Summer y Candace McGregor.

—El cazador que me envió al Limbo tenía muchas ganas de quitarme de en medio, pero… ¿qué tengo yo que ver con esas dos almas?

—Él y muchos otros venidos de los confines de Inferno tuvieron acceso a información privilegiada que, por desgracia, estaba en un libro que contaba con pocas copias.

De repente, lo vi claro, y chasqueé los dedos.

—Baltazar llevaba un libro en las manos…

—Ese inmortal… —masculló, su mano arrugada cerrándose en un puño. Sospechaba de las habilidades de Baltazar, pero nunca imaginé que se tratara de algo así—. Se alió con un caminante al que convirtió en cazador, cuya familia era dueña de una imprenta. Su alma estaba ennegrecida, y aprovechó la situación. Se hicieron buenos amigos y juntos consiguieron información sobre los ángeles caídos que moraban en la tierra. Y hasta los del submundo.

—Esos libros nunca se ajustan a la realidad.

—Pues… este sí.

Asentí, tratando de procesar todo lo que me había revelado.

—Así que él sabe quién soy, y yo no —concluí, y el escriba movió la cabeza afirmativamente, confirmando mi teoría—. ¡Claro! Ese es el libro que el padre Erickson iba a enseñarme en su sacristía.

—El viaje hasta aquí puede ser muy movido, no es de extrañar que te vengan los recuerdos de los últimos quince minutos ahora —aclaró. Eso lo explicaba todo. Había ido a la iglesia de mi sobrino, el hijo de Uriel, y Baltazar nos tendió una emboscada, sus dedos aferrando con fuerza el libro—. ¿Estás preparada para recordar quién eres?

Un fuego abrasador se instaló en mi estómago, la certeza de que algo grande iba a suceder sacudiéndome por completo.

Raziel, siempre serás la señora de todos aquellos que se perdieron…

Esa frase atravesó mi mente a toda velocidad, perforó mis sentidos. El niño de Judea semidesnudo en su sepulcro, imponiéndome su piadosa mano tras una dolorosa caída desde las alturas. Mi espada se apagó, fuego y gracia consumiéndose en apenas segundos. El llanto, la soledad impuesta lejos de los míos, de todo lo que conocía…

—El Recolector te espera, Raziel —dijo señalando una puerta a mi izquierda, rodeada de un cúmulo de nubes grisáceas. Juraría que antes no estaba allí—. Faith y Candy son las armas para abrir el Pandemónium, y el tiempo se agota para ellas.

Hice una pequeña reverencia al escriba, enderecé la espalda y, con ello, mis preciosas alas, parecidas al color del atardecer.

La estrella del ocaso…

Esta vez fui yo la que sonreí. Los recuerdos se sucedían en tropel, esa llama invisible de fuego purificador abrasando mi sangre. Y estaba preparada para acatar de una vez por todas mi destino.

CAPÍTULO 26

Faith

El doctor Gray se desvaneció antes de que pudiera escribir alguna palabra en el papel que le había dado. Al principio pensé que fingía, y después de un par de patadas supe que no. Mi propio asesinato me cegaba, las emociones desbordando, la terrible certeza de que todo se acababa pronto, y que ese hombre tenía algo que ver. El tiempo se agotaba y nadie llegaba. Los minutos se me hacían eternos, las manecillas del reloj de cuco que colgaba en la pared contigua se habían quedado dolorosamente paradas. ¿O eran imaginaciones mías? La traidora de Candy se marchó con su agente esa mañana. La custodio West había subido a The Heaven S.A. para pedir ayuda a los peces gordos, y el agente Hollow y Gabe fueron a salvar a Raziel, de quien solo había una ilustración de aire medieval en el libro que necesitaba Hollow. El que nos daba información sobre ella.

Me pasé una mano por el pelo, mi pecho estaba a punto de explotar. ¿Por qué mi vida tras la muerte resultaba tan estresante? Y, desde luego, mucho más entretenida que cuando estaba viva.

Una explosión de luz hizo que me tapara los ojos. De pronto en ese almacén todo me daba vueltas, y tropecé con una caja hasta caer de bruces al suelo.

—¡Por el Recolector! —exclamó una voz familiar. Ese era el arcángel Miguel, no había duda—. Esto ya ha ido demasiado lejos…

—Se lo advertí, Arcángel —respondió la custodio West y abrí los ojos, despacio, enfocando la vista para acostumbrarla al haz de luz divina que desprendía Miguel—. Baltazar está fracturando el equilibrio y no podemos enfrentarnos solos a él.

Las alas de este, de un blanco puro y cegador, temblaron, quizás de furia. Su semblante frío y duro, tan hermoso como letal, daba a entender que a ese cazador se le había acabado su buena racha.

—¿Y Raziel?

La pregunta sonó a súplica, mientras sus manos grandes inspeccionaban la boca del doctor Gray, la sangre seca desapareciendo a su paso y contuve el aire en mis pulmones.

—Según dijo Gabriel… —titubeó Eleonora lanzando miradas nerviosas a la puerta por donde se habían marchado—, estaba en una iglesia a orillas del Támesis, al parecer, tenía problemas.

Miguel asintió, y siseé al ver que la carne cercenada del doctor Gray volvía a crecer.

—Raziel es sinónimo de problemas, pero en esta ocasión es de vital importancia. Solo ella puede resolver este entuerto, empezando por el alma de Jason.

Se volvió para mirarme y fui incapaz de decir nada.

Tras unos segundos carraspeé:

—Creen que… vendió mi alma y la de Candy a Baltazar.

Y me traicionó vilmente.

—Pues tendrá que enseñarnos el documento que lo acredite.

—¿Y si lo tiene?

No hubo respuesta por parte del arcángel que continuaba con su labor de sanar al doctor Gray y mi vista se empañó.

—¿Y si lo tiene? —volví a formular, mi voz a punto de quebrarse.

La custodio West puso una mano sobre mi hombro y me zafé de ella de malos modos.

—¡Sois unos egoístas! No pensáis en mí o en Candy, solo en el beneficio que sacaréis con nuestras almas… pero no moveréis un dedo si nos han vendido a Baltazar, ¿verdad?

—Faith… —susurró la custodio. Estaba delante de uno de sus poderosos jefes y a mí me importaba un comino.

—¡No, Eleonora! No puedo seguir manteniendo la compostura cuando mi descanso eterno está en las manos de un puñado de desalmados —chillé desesperada—. ¿Solo os importa mi alma?

Entonces, alzó sus feroces ojos azul cobalto, taladrándome con ellos y fui incapaz de seguir respirando.

—Igual que a Baltazar. Lo siento, Faith.

Retrocedí como si me hubieran asestado un puñetazo y tragué el malestar que amenazaba con destruirme. Ya no era una persona, eso lo dejé atrás el día de mi muerte. Ahora, era un alma más que ansiaban recolectar.

—Lo que el arcángel Miguel quiere decir, Faith, es que si Baltazar posee algo que acredite que tu alma le pertenece, no podremos hacer nada. Pero nos importas, por eso estamos peleando por ti con uñas y dientes —agregó Eleonora con dulzura, apartándome unos mechones de pelo del rostro.

—¿Y si… soy de su propiedad al final?

Los dedos gentiles de la custodio se crisparon, convirtiéndose en un puño que no tardó en alejar de mí.

—Agotaré todas las instancias por ti.

Nuestras miradas se cruzaron, la suya llena de comprensión y determinación, y mi pecho se encogió.

—Te recuerdo a ti. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Estamos más unidas de lo que imaginas, Faith.

La resignación de su voz llevaba implícita una nota de pesar. Antes de que abriera la boca para preguntar, un resuello entrecortado nos hizo brincar en el sitio; el doctor Gray comenzaba a recuperar la consciencia. Parpadeaba lentamente con la cabeza sobre el regazo del arcángel.

—¿Cómo…? —Se llevó los dedos a los labios, sin rastro de sangre seca, sorprendido de haber emitido sonido alguno.

—La Cúpula ha tomado una decisión de última hora dada la magnitud de los hechos aquí en la tierra. Y ya que prestaste servicio

para The Heaven S.A. y estás vinculado a este caso, he decidido hacer una obra de sanación; tu lengua es muy valiosa ahora mismo.

Temeroso, el doctor Gray supo de inmediato que estaba apoyado en un arcángel, y las pupilas de sus ojos se movieron a toda velocidad, como si los recuerdos de los últimos minutos sacudieran su mente. La custodio West se sentó a su lado en posición de amazona, cuidando que los volantes de su vestido no se arrugaran demasiado.

—Me alegra verte bien, viejo amigo —dijo esta con suavidad, una sonrisa conciliadora asomando en sus labios, y el hombre se incorporó buscando su turbante deshecho, que estaba a mis pies—. El arcángel Miguel ha trabajado duro para que recuperaras tu lengua.

Sus dedos temblorosos rozaron mis pies y alzó la vista hacia arriba, encontrándose con mis ojos vidriosos.

—Siempre has podido verme, ¿verdad?

Este asintió, apesadumbrado y Miguel enarcó una ceja perfecta.

—Se supone que los antiguos agentes pierden esa parte de su don cuando termina su deuda con The Heaven S.A. y solo pueden oírlos.

—No cuando están vinculados a un alma —repuso la custodio con los ojos entornados—. Y tú, de alguna manera, estás vinculado a la Jason McGwire que es…

Las palabras se atoraron en su garganta, podía verla debatirse entre pronunciarlas o tragárselas para siempre. Y, en esta ocasión, fui yo la que puse una mano en su hombro para infundirle ánimos.

—Garrick Fitzgerald —terminó el doctor Gray por ella, poniendo nombre a su asesino y volví la cara, reprimiendo las náuseas que no debería sentir por estar muerta—. Sí, es mi antepasado, custodio.

Su voz, ronca por la falta de uso se rompió.

—El alma perdida —intervino el arcángel Miguel—. La encarnación de Jason McGwire.

—¿No es reencarnación? —pregunté con la vista en un punto fijo, todo mi ser estremeciéndose. Jason…

—Su esencia no se ha borrado, de eso se encarga The Heaven S.A. cuando algún alma elige reencarnar. Jason conservaba los recuerdos de Garrick, puesto que lo que este ha hecho es… salir de un cuerpo a otro, nacer y morir una y otra vez, sin que su alma fuera recolectada —explicó Miguel y endurecí la mandíbula. Mi espíritu se quebraba. Jason nunca fue Jason, ese Garrick ocupaba su cuerpo, la misma alma putrefacta que asesinó a Eleonora.

Entonces mis ojos repararon en el libro que buscaba el agente Hollow, tirado en el suelo, cerca del doctor Gray.

—Un momento… —lo tomé en mis manos, pasando los dedos por el título en letras color plata con un poco de relieve—, el autor es Oscar G. F., las iniciales son las mismas: Garrick Fitzgerald. Por eso intentó avisar a Hollow y…

—Baltazar me emboscó aquí cuando se enteró de que iba a traicionarlos, ya no soportaba seguir trabajando para… mi antepasado. Es la maldición que pesa sobre todos los varones Gray; da igual los siglos que pasen: Garrick nos encuentra.

—Así que tu familia lleva años matando en su nombre, el patrón de los asesinatos llamó la atención de Raziel y decidió investigarlo —dijo al fin el arcángel, soltando un suspiro entrecortado.

Todo mi cuerpo se paralizó.

—Matando en su nombre…

El doctor Gray me miró, suplicante, sus ojos negros llenándose de lágrimas.

—Sí, señorita Summer, yo fui quien entró en el apartamento que compartía con Jason y la asesiné, y sí, también llevaba un ramo de flores —confesó apesadumbrado, y el mundo se derrumbó sobre mis hombros. Caí de rodillas al suelo, mis piernas ya no podían sostenerme—. Tuve tiempo para manipular la escena del crimen gracias a Baltazar.

—De ahí tu insistencia por el ramo de rosas, Faith —susurró Eleonora sacando fuerzas de valor mientras yo me desmoronaba—. No fue una ilusión —suspiró, y se volvió hacia el doctor—. Salvo que en el caso de Candace…

—Dejé los pétalos a propósito, una señal para la señorita Summer. Ella siempre sintió cierto recelo hacia mí.

Alcé el rostro. Parecía que había pasado una eternidad desde su confesión y descubrí que, a pesar de todo, nada de eso me devolvería la vida. Yo era una de esas chicas que cazaban en los lupercales. Hubiera resultado imposible escapar de mi destino cuando era el objetivo de alguien.

—Las almas sienten el vínculo que se crea con el que les arrebata la vida. Faith no vio tu rostro, de lo contrario, te habría reconocido. Pero sentía esa conexión, una parte ínfima de ella sabía quién eras —resumió el arcángel cruzando sus fornidos brazos sobre el pecho y pensé en que era una pervertida por mirarlo de ese modo. No podía revertir mi muerte, pero al menos podía disfrutar de las vistas.

La custodio me arrebató el libro, buscando a toda velocidad entre sus páginas hasta encontrar la imagen de Raziel, con un bello paisaje de fondo, retratada con una espada de fuego en las manos y, a continuación, se la mostró al doctor Gray que parpadeó para enfocar la vista. Y no se sorprendió en absoluto.

—¿Por qué arrancaron la página de Raziel?

Este nos miró a todos con cautela y, al abrir la boca para responder, la sangre volvió a derramarse a borbotones por la camisa. Cayó de espaldas, como si el dolor o una fuerza superior lo tumbasen.

—Lo que me temía… —masculló Miguel contemplando la dantesca escena y apretó los puños cuando la mitad de la lengua del doctor Gray rebotó contra su túnica azul medianoche—. Un maleficio. No puede revelarnos esa información. Sabía que Baltazar no nos lo pondría fácil.

El hombre pataleaba desesperado, llevándose las manos a la boca, produciendo un sonido parecido a un graznido. Un castigo cruel pero eficaz para aquellos que traicionaban a un cazador de almas.

Baltazar… él y Jason eran los dueños de mi destino, y solo ellos poseían la clave para dar el golpe de gracia a mi caso.

La custodio West se puso en pie con diligencia, arreglando los volantes de su vestido. A ambas nos asesinó la misma persona, salvo que en un cuerpo y siglo distinto y comprobé en sus ojos claros lo mucho que le afectaba esta situación.

—Sugiero que vayamos al…

De repente el sonido de la puerta y unas alas batiendo nos puso en alerta, y el arcángel Miguel se mantuvo firme, quizás esperando la llegada de Raziel, sin embargo, los que aparecieron en el umbral de la trastienda fueron el agente Hollow y Gabe, con alas grises pegadas a la espalda. Eleonora cayó en sus brazos, reprimiendo un sollozo, y este la consoló pegándola a su pecho, susurrando palabras que solo ellos podían oír. Mi inexistente corazón vibró con la intensidad que desprendían, aunque en cuanto vi que Raziel no venía tras ellos, supe que estábamos perdidos.

El agente Hollow, despeinado y con el rostro surcado de una fiera determinación, enseñó un papel al arcángel, y los labios de este se convirtieron en una fina línea.

—Es mi lista de asuntos pendientes… —atiné a decir y lo que vi allí me hizo sonreír: alguien había tachado en rojo todo aquello que escribí y, debajo, había dejado una pequeña declaración de amor en forma de iniciales con un corazón—. ¿Ha sido…?

—La última voluntad de un ángel —reveló Hollow sin vacilación—. Antes de marcharse al Limbo, Raziel ha querido sellar el ascenso de Faith Summer, Miguel.

—Eso lo cambia todo… —murmuró la custodio West mientras Gabe deslizaba un beso suave en su mejilla y tuve que hacer un

esfuerzo por no gritar ahí mismo. Mi ascenso, por fin subiría a The Heaven S.A.—. ¿Dónde está Raziel?

—Se la ha tragado el Limbo —respondió Hollow sin apartar la mirada del arcángel—. Y esta es su última voluntad.

Miguel se acercó un poco, su anchura y el aura dorada que lo envolvían llenaban la pequeña estancia, ese encanto angelical del que habló el agente esta mañana se me antojó más cierto que nunca.

—Si el alma de Faith Summer pertenece a Baltazar, esa voluntad quedará anulada. Además, Raziel no es un arcángel, y su poder es más limitado de lo que piensas, Hollow. Lo siento.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría, las esperanzas se esfumaban mientras el doctor Gray perdía el conocimiento, su sangre empapando mi vista. Su amigo y ex colega se agachó a su lado y vi en su rostro la decepción absoluta.

—Resulta que en la vida tras la muerte también tengo mala suerte.

Aquello era innegable, y lejos de disgustarme lo acepté. ¿No se suponía que el camino de la madurez llevaba a la aceptación?

—Quiero ver a Jason y hablar con él una última vez —pedí en voz queda, repasando con la mirada a los presentes—. Si vendió mi alma… tengo derecho a pedir explicaciones. Todas las que quiera. Me da igual provocarle un infarto a su cuerpo comatoso.

El agente Hollow se aclaró la garganta. Llevaba las mangas de su camisa blanca recogidas hasta el codo y pensé en lo atractivo que veía, en cuánto le gustaría a Raziel entrelazar sus dedos con los de él.

Raziel… su último deseo fue para mí. Aún seguía sin entender la mala fama de los ángeles caídos; las intenciones de estos eran mucho más puras que las del resto de la cúpula.

—De hecho… Amanda me llamó hace unos minutos. El tiempo de Jason en la tierra se agota, debemos ponernos en marcha. Y, por lo

que veo, estás preparada, Faith.

Esbocé una sonrisa llena de melancolía.

—Eso es algo que he aprendido desde que morí.

Amanda

Un sacerdote irá a darle la extremaunción, es de los nuestros.

Esperé paciente en la entrada que englobaba las distintas unidades de cuidados intensivos con Candy a mi lado. Cambiaba su peso de un pie a otro, resoplaba, y de haber podido morderse las uñas, se habría quedado sin ellas. El contacto de mi padre no llegaba y por lo que leí entre líneas, si era uno de ellos, es que formaba parte de aquella extraña batalla de las fuerzas recolectoras. Joder, a este paso, terminaría hablando igual que mi padre.

—Podríamos entrar ya y esperarlo dentro…

Era la tercera vez que Candy me proponía esa opción y por tercera vez, negué con la cabeza. No podía hablar con tanta gente a mi alrededor, de lo contrario, me mandarían a la unidad de Psiquiatría una buena temporada.

—Doctora Appleton. —Giré sobre mis talones, con los nervios bullendo en mi estómago. Allí estaba el jefe del servicio de Traumatología, con su pose severa y su gesto adusto. Daba la impresión de que se había tragado un palo de madera que le obligaba a mantenerse erguido—. Me comentaron que ayer le atropelló un coche, ¿se encuentra bien?

Su mirada inquisitiva, a través de esas gafas siempre conseguía ponerme alerta, y no tenía ni idea del porqué. Debía de tener la edad de mi padre, aunque el doctor O’Brien poseía un brillo de astucia que me erizaba la piel.

—Estoy bien, no fue nada, ni un rasguño —me apresuré a decir apretando el portafolios contra mi pecho. A mi lado, Candy aguardaba en completo silencio.

—Me alegro —respondió sin entusiasmo—. Por cierto, el pase de sala será en cuarenta y cinco minutos… ¿Qué es eso?

Olisqueó el aire en dirección a Candy que se escondió detrás de mí, y sentí una ola de frío a mi espalda. No era a la única a la que le imponía la oscura presencia del doctor O'Brien.

Oscura… ¿Por qué se me ha venido ese término a la cabeza?

—Juraría que… bah, no ha sido nada —dijo volviéndose, con la intención de retomar la charla por donde la dejamos. ¿Acaso había notado la presencia de mi protegida?—. Tengo un par de pacientes que asignarle, ambos han venido del servicio de Urgencias.

—Bien, allí estaré —repuse, deseosa de que siguiera su camino.

—Mierda, te va a descubrir —masculló Candy y por un segundo, creí que O'Brien la había escuchado.

—¿Qué hace aquí exactamente? No tiene ninguna consulta asignada dentro de esta unidad —añadió con un deje de satisfacción.

—Mira, Amanda, es el contacto de tu padre…

Y entonces, lo vi, y las imágenes inconexas de la playa, el sol y los recuerdos que no sabía que había almacenado en mi mente volvieron a brotar. Pero yo no conocía de nada a ese sacerdote de ojos verdes que caminaba hacia nosotros, vistiendo una sotana, con un rosario colgando de su cintura. La boca se me secó de golpe cuando lo tuve de frente, y su sonrisa afectuosa me resultó familiar. Muy familiar.

—Es usted la doctora Appleton, ¿verdad? Su padre me dijo que estaría aquí para guiarme.

Perfecto, ya tenía coartada para ese cabrón que esperaba constantemente que diera un paso en falso.

—Por supuesto. Doctor O’Brien, este es el sacerdote al que acude mi padre de forma asidua, va a dar la extremaunción a un paciente.

Los ojos negros de mi superior estudiaron al recién llegado con recelo, como si supiera que allí había gato encerrado.

—Nunca le había visto por aquí.

—Es que nunca había venido —respondió este con aire risueño, y no pude evitar sonreír con él. Levantó su rosario, ofreciéndoselo al doctor O’Brien, que tardó unos segundos de más en besarlo—. Dios bendiga a aquellos que curan y cuidan de los enfermos.

—Amén, padre… —masculló levantando una ceja entrecana, esperando un nombre.

—Erickson —contestó con soltura, sin perder un ápice de su buen humor. Y el corazón me empezó a martillear las costillas—. Y, si me disculpa, tenemos prisa.

Sus dedos cálidos se aferraron a mi codo con máxima discreción, y aprovechamos que las puertas de la unidad se abrían para colarnos por ellas.

—Joder, ¡qué poco ha faltado! —exclamó Candy a mi espalda, donde aún podía sentir la punzante mirada de mi superior—. Ese tío da miedo…

—Y que lo digas. Ha aparecido justo a tiempo, padre.

Lo observé de perfil, ambos caminábamos a paso ligero, esquivando sanitarios uniformados de azul. Su tacto me abrasaba, pero no quería liberarme de él. Me resultaba tan placentero que me avergonzó. Era un sacerdote, se supone que mi cerebro debería tenerlo claro.

—¿Ese hombre la molesta?

Contuve la respiración al escuchar su voz áspera, esforzándome en que mis pies respondieran. Sus dedos se deslizaron por mi antebrazo hasta liberarme, y un frío insoportable recorrió mi cuerpo.

—Bu-bueno, es el jefe de servicio y es… creo que me odia desde que puse un pie en este hospital —me esfuerzo en decir, y de

soslayo, sus ojos hicieron contacto con los míos—. Tengo curiosidad, ¿nos hemos visto antes?

Candy, que caminaba delante de mí a pesar de no conocer el camino, se volvió escandalizada para mirarnos.

—Creo que sí —resolvió el padre Erickson al cabo de unos segundos.

La playa, la brisa del mar, su sonrisa gentil, la dulzura de su tacto…

No, eso era imposible. Jamás había vivido algo así con un sacerdote.

—No soy asidua a ir a misa. Ha debido de ser un error, lo lamento, padre.

Un error y una conmoción por los acontecimientos que habían tenido lugar el día anterior. Sí, se trataba de eso, no había duda.

Candy dobló a la derecha, puede que su amor por Jason la guiara a través de los pasillos de la Unidad de Cuidados Intensivos porque, para mi sorpresa, estaba yendo por el camino correcto.

—¿Es usted un agente? Mi padre dijo que era de los nuestros.

—Mi contacto con The Heaven S.A. es muy distinto al del agente Hollow. —Exhibió una sonrisa perturbadoramente familiar y la sensación de *déjà vu* me caló en los huesos—, soy uno de los muchos mestizos que caminan por la tierra.

—Decirme eso y nada es lo mismo, padre Erickson.

—Los agentes que entraron a formar parte de The Heaven S.A. en el siglo xxi desconocen el término mestizo y algo mucho más importante: cuál es nuestro cometido.

Candy se giraba de vez en cuando, contrariada. Su amor a Jason la guiaría hasta encontrar su cama, pero el futuro de su descanso eterno estaba en nuestras manos y percibía su intranquilidad. Desde que Faith me empujó en la carretera evitando mi muerte, mis sentidos se habían afinado. Un alma era una prolongación de un ser, una esencia poderosa perceptible para unos pocos. Bufé, exasperada

conmigo misma y la dichosa terminología que mi cabeza trataba de armar. Mi vida había cambiado demasiado en las últimas horas y, además de ser la doctora Appleton me había convertido en la agente Appleton.

—Tendrá que ponerme al corriente; soy nueva en esto.

—No, no eres nueva, Amanda —reconoció despreocupado, pero sus nudillos blancos por apretar el rosario decían lo contrario—, y me alegro de haberte encontrado.

—¿Significa que ya nos conocíamos?

Arrugué el ceño, y Candy emitió una tosecilla. Estábamos muy cerca de Jason, y la vibración de su alma hizo que los dientes me castañetearan de frío. La situación comenzaba a ponerme los pelos de punta, y la sensación de *déjà vu* me sacudió de nuevo. Yo había vivido una situación parecida o igual con ese hombre.

—No puedo andar… es como si mi cuerpo pesara demasiado.

Y en el mismo instante que esas palabras salieron de la boca de Candy, el ritmo de los que se movían a nuestro alrededor bajó de forma considerable. De pronto los sanitarios caminaban más lento, el cabello de las chicas, recogidos en coletas altas y bajas, se sacudió con lentitud, como si los mechones flotaran.

—Están manipulando el tiempo… —farfulló el sacerdote con dificultad mientras trataba de enviar órdenes a mi cerebro para que mi cuerpo respondiera. Cada paso era una auténtica tortura, mi cuerpo pesaba horrores y resultaba complicado arrastrarlo por los pasillos—. ¿Puedes sentirlo?

Cerré los ojos concentrándome en esa especie de energía espesa y oscura que se colaba por cada célula de mi organismo. Levanté la vista hasta el reloj que había en la pared derecha, y las manecillas dieron una sacudida para no moverse más.

—¿Qué está pasando? —inquirió Candy aterrorizada frente a las mismas puertas metálicas donde el ángel caído Raziel mostró sus alas cuando Baltazar emboscó a mi padre—, es aquí…

El miedo tiró de mi estómago, y me di cuenta de que, en esta ocasión, mi bata blanca no me ayudaría; ahora jugaba bajo las normas de The Heaven S.A. y haría bien en acostumbrarme si quería permanecer con vida.

—Es cosa de los cazadores… —indiqué a Candy, dando un paso con una agónica lentitud.

—No, es del que está por encima de ellos, el que caza almas desde tiempos inmemoriales para alimentarse de ellas: Lucifer.

—El demonio…

—No, es un ángel que cayó mucho antes que Raziel o Uriel, el primero en plantar cara y cuestionar las normas del recolector de almas —reveló el padre Erickson con un deje de emoción en su voz áspera—. ¡Muéstrate ante mí, Lucifer! ¡Mi sangre también corre por tus venas!

Quise preguntar a qué se refería, pero el esfuerzo de caminar ya era suficiente, solo esperaba que mi padre apareciera rápido.

—No lo provoque, padre, quiero ver a Jason e irme tranquila…

Erickson hizo la señal de la cruz en el aire, y una línea de fuego reprodujo su recorrido.

—No jodas… —susurré, embelesada por el bello espectáculo de luz que se desvaneció tras unos segundos.

Mis movimientos volvieron poco a poco a ser más rápidos, todo mi ser fluyendo a una velocidad normal, y aproveché para introducir el código que nos daba acceso a la unidad donde se encontraba Jason.

—¿Va a darle la extremaunción, padre? —pregunté, y su mano se cerró en torno a la mía.

La playa, el olor a sal, la brisa…

Definitivamente, conocía a ese hombre. ¿Sería del viaje de fin de carrera? De acuerdo, bebí demasiado, pero si hubiera hablado con un sacerdote bajo el sol de la costa de Cerdeña me acordaría.

—Será algo mucho más divertido —aseveró sonriendo de medio lado mientras todos los sanitarios permanecían quietos, sus cuidados a medio hacer. Una mujer algo más mayor que yo cargaba una jeringuilla en el box tres, concentrada, la mirada fija en su tarea. Un paciente intubado había quedado casi suspendido en el aire, en medio de un cambio postural.

El tiempo se había frenado para ellos; nosotros, lo habíamos esquivado en nombre de The Heaven S.A.

—Con el paso de los siglos, Lucifer se ha hecho más poderoso —añadió en un susurro sin apartar la vista del frente, con mi mano firmemente sujeta—. Sigue hacia delante, no importa lo que veas; es un gran manipulador de mentes. El objetivo es llegar a la cama de ese chico. Hace un par de siglos asesinó a la primera víctima dentro de su cuerpo original y le perdí la pista desde entonces. Hoy se acabará su podrida suerte.

Mi corazón se aceleró de golpe, ¿un par de siglos? Eso no era posible. O sí, a fin de cuentas, me quedaba mucho por aprender del nuevo mundo que se había abierto ante mis ojos, pero, por alguna razón sentí que algo encajó dentro de mi pecho y una fuerte punzada de dolor atravesó mi cabeza.

CAPÍTULO 27

Faith

—Feliz San Valentín, cariño. —Parpadeé un par de veces, mirando a mi alrededor. ¿Acaso esperaba unos cohetes tras un desayuno de Starbucks? No había nada, salvo la quietud de nuestro apartamento.

Dejó un beso con sabor a nata en mis labios, y no cerré los ojos en ningún momento.

—¿No había rosas?

Jason sonrió, su mano ahuecando mi mejilla con su acostumbrada ternura.

—Eso lo dejo para otro día, recuerda que aún faltan siete para San Valentín.

Asentí, sin perder el mínimo detalle de su rostro, o de la forma angulosa de la mandíbula. Había algo que no me cuadraba en esa situación.

—¿Estabas mirando vestidos de novia? —preguntó arqueando una ceja, señalando el ordenador portátil a un lado del sofá. Siempre que hacía ese gesto me derretía, pero en esta ocasión, mi cuerpo permaneció impasible—. Ya puedo verte caminando hacia el altar del brazo de…, por cierto, ¿quién te llevará?

Mi padre había muerto cuando yo no era más que una adolescente, y nunca me había planteado su ausencia en mi boda. Evadirla se me daba mejor.

—Podría ser mi madre.

—Me parece una gran idea —celebró Jason alzando el vaso de Starbucks a modo de brindis—. Oye, deberíamos hacer la compra, el frigorífico está vacío.

No dije nada, incapaz de apartar la mirada de la entrada. Estaba convencida de que alguien iba a entrar en cualquier momento con unas rosas rojas.

—¿Te ocurre algo, Faith?

—Perdona, es que creo… que no he dormido muy bien. He tenido un sueño muy raro.

Con la complicidad de una pareja a las puertas del altar, agarró mi mano para llevársela a los labios.

—¿Y qué has soñado? —inquirió arrastrando las palabras y todas mis alarmas saltaron. Esa no era su voz.

Las palabras quedaron atoradas en la garganta y, al siguiente parpadeo, ya no estaba en mi antiguo apartamento, sino en el hospital, más concretamente en la Unidad de Cuidados Intensivos. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que mis rodillas no cedieran y, de haber podido sudar, habría dos cercos enormes bajo mis axilas.

Joder… aquello parecía tan real.

—Lucifer… —masculló Gabe antes de volverse hacia mí—. Mucho cuidado, Faith, no solo juega con el tiempo, sino también con los anhelos y esperanzas de las almas que aún no han encontrado su lugar.

La custodio West puso cara de circunstancia. Agarrada a su brazo, sujetaba firmemente su sombrilla de encaje, aunque no entendía qué daño podía hacerle con ella a alguien con tanto poder.

—¿Lucifer no es un demonio? —pregunté repasando con la vista a todos los que se habían quedado quietos en la misma posición, como si les hubieran arrebatado sus respectivas almas. La última vez que visité esa parte en concreto del hospital, resultó un auténtico caos de batas blancas y uniformes azules, que navegaban contra el tiempo para salvar la vida de sus pacientes.

—Es un ángel caído —respondió el agente Hollow a mi espalda. Él cerraba la comitiva, y parecía igual o más sorprendido que yo—. Le

gusta jugar con las almas a fin de cazarlas. Nunca lo he visto frente a frente, pero tiene a muchos trabajando para él.

—Baltazar… —dije, cayendo en la cuenta de que el extraño cazador de almas tenía un superior muy poderoso por encima de él —. Entonces, Gabe, significa que Lucifer también es tu hermano.

—Sí, todos provenimos de la misma conciencia. Lucifer fue el primero en caer de los cielos, apenas guardo recuerdos de él.

El suelo tembló bajo nuestros pies, y los cuatro intercambiamos miradas.

—¿Se supone que Jason está aquí?

El agente Hollow asintió, colocándose bien las mangas de su camisa. La chaqueta de *tweed* se había quedado en su tienda, manchada de sangre, junto con el doctor Gray y el arcángel Miguel.

—El padre Erickson hará su parte, mientras, tenemos que avanzar. —Soltó una exhalación, cansado, y me fijé en los dos profundos surcos bajo sus ojos—. Yo iré delante. Lucifer no puede hacerme nada.

Me guardé la pregunta en lo más hondo de mi ser, pues conocía el hermetismo de Hollow y no quería molestarlo. Ya había perdido a su querida Raziel como para que yo me metiera en su vida.

Gabe y la custodio West se colocaron detrás y me quedé en el centro, caminando descalza, con mis calcetines de aguacate y mi pijama *kawaii*. El ambiente se había enrarecido y juraría que una especie de bruma oscura impregnaba cada rincón de la unidad.

—¿No vas a preguntarme por qué el poder de Lucifer no me afecta?

Me encogí de hombros, resignada.

—Usted mantiene que su vida privada es suya. ¿Qué derecho tengo a entrometerme?

Su espalda se tensó. Vaya, al parecer el agente Hollow estaba hablador.

—Tienes razón. He insistido mucho en ese tema… —Hizo una pausa, como si estuviera midiendo sus palabras—. Puede que la pérdida de Raziel me haya afectado más de lo que debería. Ella sí sabía de mi auténtica naturaleza.

Auténtica naturaleza…

—A ver si lo adivino…, ¿es un hombre lobo?

Detrás escuché las risitas ahogadas de Gabe y la custodio. Costaba distinguir el final del pasillo por culpa de esa bruma, y me pregunté cuánto tiempo jugaría ese Lucifer con nosotros antes de mostrarme a Jason.

—Nada de animales.

—¿Un *leprechaun*?

—Ni de seres mitológicos —respondió entre dientes.

Me pellizqué la barbilla, disfrutando de la tensión del momento. Sin lugar a dudas, echaría de menos a esos peculiares compañeros que me guiaban hacia el descanso eterno. Por una vez en mi vida, me había sentido integrada, formé parte de algo y, si todo salía bien, no volvería a verlos nunca.

Y me dio la impresión de que un agujero se había abierto bajo mis pies solo de pensarlo.

—Estoy hablando en serio, señorita Summer.

—Necesita confesarse antes de mi ascensión —afirmé con la mirada puesta en el eterno pasillo. ¿Eso también formaba parte de los trucos de Lucifer? —, y yo le digo que… no es necesario. No me debe nada, agente Hollow.

—Cuando nos conocimos, me preguntó por qué trabajaba para The Heaven S.A. No es algo que pueda ir diciendo a la ligera, pero dado que está metida en un bucle con las fuerzas oscuras, y esto ya es el final del camino, creo que es necesario que lo sepa.

Sentí la boca pastosa. El final del camino, tras casi una semana de fascinante locura y descubrimientos asombrosos para la humanidad, descubrí que la traición existe, que va de la mano del amor y no

entiende de amistades. Bueno, de algunas. Mi alma no podría ser la misma después de participar en la cena de despedida que organizaron mis amigas en mi restaurante japonés favorito. Si mi alma pertenecía a Baltazar, lo asumiría con deportividad y pasaría la eternidad en el Pandemónium. Él nunca podría arrebatarme los bellos recuerdos que atesoraré tras la muerte. Tomé una respiración corta, consciente del medio que me rodeaba, de que todo se acabaría, y puede que no saliera bien parada. Le daría el último placer a mi agente favorito, porque quizás en pocas horas me convertiría en un gran fracaso para su carrera profesional.

—¿Por qué trabaja para The Heaven S.A.?

De soslayo, el agente Hollow me miró, sus ojos astutos estaban llenos de comprensión y hasta de cariño.

—Raziel… —graznó de repente Gabe señalando al frente, y Hollow contuvo la respiración, frenando en seco—. ¿Es…?

Y allí estaba ella, a escasos metros con su gabardina y sus botas de tacón. Sonreía, consciente de su belleza, solo que esa sonrisa no llegó a sus ojos violeta.

—Ven, Faith, te haré ascender —llamó con voz melosa. Era ella. Sí, no podía ser de otra forma. Alzó una mano, esperando que me acercara para agarrarla—. He escapado del Limbo y he tachado todos tus asuntos pendientes. Podemos irnos ya.

—No caigas en su trampa… —farfulló Hollow con la mandíbula apretada, sus ojos estudiando a su amada Raziel con el anhelo de un enamorado—. Ella nunca volverá.

—Pues he vuelto, Cameron, he logrado salir, y nada me gustaría más que pasar la eternidad junto a ti.

—Agente Hollow… —susurró Gabe situándose junto a nosotros.

Podía ser ella, era real. Pero ¿por qué no se acercaba?

—Tu tiempo en la tierra es distinto al mío, querida Raziel —suspiró este con tristeza, metiendo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Y haré que lo ganes. De mi mano, seremos invencibles, Cameron. Ya no le deberás nada a The Heaven S.A.

Di un paso al frente con los puños apretados.

—Te gusta jugar con los buenos sentimientos de la gente —escupí dejando que la ira dominara mis emociones por completo y Raziel entornó sus bellos ojos hacia mí, sorprendida—. Por eso asesináis a chicas en San Valentín. O las fiestas lupercales, como os gusta llamarlo.

Su sonrisa se ensanchó, habíamos llegado al punto que deseaba y con la elegancia de un gato caminó en nuestra dirección.

—El amor mueve el mundo, Faith. Solo había que esperar al alma adecuada para que abriera las puertas correctas.

—Y necesitabais un humano para eso —intervino la custodio West en referencia a su asesino.

—Varios, aunque su alma siguiera siendo la misma. —Enarcó una ceja perfecta, su mano seguía extendida hacia mí—. Es hora de irse, Faith, nos esperan.

Entonces, el bajo de su gabardina comenzó a arder como si aquello fuera material inflamable.

—¡Ayúdame, Cameron! —rogó, el fuego propagándose con facilidad por su ropa—. ¡Te amo!

El agente Hollow tragó saliva y, tras pensarlo unos segundos, giró la cabeza, y aquella Raziel chilló, enloquecida hasta acabar convertida en ceniza. Una nube negra emborronaba nuestra vista, dudaba de que alguno de mis compañeros fuera capaz de ver algo más allá de sus narices.

—Tú no sabes qué es el amor… —masculló apartándose el cabello que le caía desordenado por la cara—. ¿Erickson, eres tú?

—El mismo —respondió un sacerdote saliendo a través de la humareda acompañado de Amanda y Candy. De las manos le salían un par de llamaradas que se extinguieron a medida que pasaban los

segundos—, desde que mi padre me devolvió la vida, mis reflejos han aumentado.

—Y has rejuvenecido bastante —apuntó Gabe, todavía con las alas extendidas, dándole una palmada en la espalda a nuestro nuevo… ¿aliado?—, me alegro de que estés bien, sobrino. Y veo que has retomado la misión de los mestizos.

Amanda y Candy abrieron mucho los ojos, en cambio, el sacerdote giró sobre sus talones, emprendiendo de nuevo la marcha.

—En las últimas décadas ya no podía emplearme a fondo con ningún cazador; había envejecido…

—Así que vuelves a estar de servicio. —Rio el agente Hollow caminando a grandes zancadas a través del nubarrón que se disipaba según avanzábamos—. Los mestizos sois muy necesarios en la superficie.

No podía dejar de mirar a Amanda, cuyas mejillas se habían enrojecido mientras miraba al padre Erickson. ¿Le irían los sacerdotes?

—Tiempo muerto, me he perdido —dije sin tapujos. Tenía todo el derecho a conocer a cada nuevo miembro de The Heaven S.A. que se encargaría de mi descanso eterno—. Un mestizo es el hijo de un ángel caído y una caminante. ¿Cierto? ¿Y qué pintáis vosotros en todo esto?

Me fijé en las manos de Erickson, negras por la combustión que acababa de sufrir. A todas luces, él había chamuscado a la falsa Raziel.

—Somos la peor pesadilla de los cazadores de almas, aunque en los últimos treinta años nuestra presencia ha sido bastante escasa. Y el hecho de que Raziel no esté, me obliga a dar un paso al frente. Han llegado demasiado lejos con todo esto.

Reflexioné unos instantes. Existía un amplio abanico de especies y gente encargada de velar por las almas, al igual que otros tantos que buscaban apropiarse de ellas.

—Espero que Raziel esté bien —musité más para mí que para el resto.

—Te ha dejado en buenas manos —respondió el sacerdote sujetando con fuerza rosario—. Atentos, estoy viendo algo.

Escudriñé el horizonte. ¿Aquello que estaba viendo era una cama en medio de un pasillo desértico? Sí, y un hombre tumbado en ella, conectado a un respirador y a varias bombas de perfusión. Una especie de niebla lo cubría, pero sabía que no era una ilusión.

—Jason… —sollozó Candy, y Gabe se interpuso ante ella para que no corriera a su encuentro.

Un extraño malestar me invadió, y tragué las náuseas. El hombre que amé. El mismo que había orquestado nuestras muertes.

—No seas tan estúpida, Candace. Este tío nunca nos ha querido, solo hemos sido instrumentos para él.

—Te toca, padre. —Hollow enderezó la espalda, colocándose entre Candy y yo.

Amanda lo miró, sobresaltada, y Erickson cerró los ojos haciendo la señal de la cruz en el aire, cuyas líneas firmes se convirtieron en fuego, iluminandonos:

—Por el poder de mi padre y sus hermanos que cayeron a la tierra para expiar sus propios pecados, yo te expulso de este cuerpo —recitó con las manos en alto y Jason se removió. Los sensores a los que estaba conectado pitaron ruidosamente, y agarré a Candy, que estaba a punto de lanzarse a su cama—. ¡Sal para que pueda verte, alma podrida, muéstranos tu verdadera esencia!

Un grito desgarró mis oídos y por instinto me los tapé. Era Jason, que se había liberado del tubo que le proporcionaba soporte vital. Los monitores habían dejado de emitir esos terribles pitidos, y por un segundo, temí lo peor.

—Vamos, cabrón, quiero verte la cara —dijo entre dientes el agente Hollow cuando una sombra negra salió del pecho de Jason. Los ojos de este se abrieron de golpe, asustados, sus pupilas

dilatadas, fijas en el techo mientras su cuerpo convulsionaba. Hasta que todo terminó. Y de la sombra surgieron piernas, brazos, un torso masculino y una cara con rasgos crueles a medio formar.

—¡Apartaos! —gritó Erickson echando a un lado a Amanda.

—Garrick… —susurró la custodio West al ver un pie cubierto con un zapato posarse en el suelo, seguido del resto del cuerpo, ataviado con el mismo código de vestimenta que seguía Eleonora.

Gabe extendió sus alas, tomando la mano de la custodio, con una determinación en sus ojos que no había visto hasta ahora.

—No puedes matarme otra vez, Gabriel. —Rio este con voz metálica. De no ser por la mueca despectiva que esbozaba, habría pensado que era sumamente atractivo, con esos ojos castaños y brillantes y el cabello negro repeinado—. Y, por lo que veo, ya te has reunido con Eleonora. Imagino que te ha costado bastante.

Deslizó la mirada hacia mí, recorriéndome entera, y una punzada de terror y deseo me atravesó. Joder. Era Jason.

—Hola, cariño. Siento que te hayas enterado de esta forma y quiero que sepas que mi amor por ti siempre fue real —dio un paso hacia mí, luego otro, y contuve la respiración—. Me enamoré de ti por tu personalidad, y supe que eras la indicada… Ojalá hubiéramos tenido más tiempo.

Candy ahogó un grito. No había duda de que se sentía profundamente ofendida. Y yo. Mentiras, una sarta de mentiras; el amor no dañaba ni confabulaba en tu contra.

—No te lo tomes a mal, Candy —se apresuró a decir, haciendo una pequeña reverencia ante ella—, mi corazón siempre estuvo dividido, pero Faith posee una pureza que tú, no. La traicionaste, ¿cómo te atreviste? Eso hacía un claro contrapunto. Sois la noche y el día, os complementáis a la perfección. De ahí tu asesinato.

—Pero te traicionaron —siseé con orgullo, y sus ojos oscuros relampaguearon—. Tu descendiente no quería seguir matando para ti.

—Es cierto. Aunque ya tengo lo que buscaba.

—Garrick, no eras un cazador muy avispado, pero sin duda, Lucifer te asignó una tarea mejor. Era muy joven cuando te conocí, no disponía de la experiencia ni de los conocimientos necesarios para derrotarte.

Al escuchar su nombre, rió a carcajadas, un sonido metálico que lograba ponerme los pelos de punta.

—El sobrino de *lady* Helena que se preparaba para ser sacerdote… Creía que eras un viejo decrépito.

—Mi padre, Uriel, el Profeta, ha obrado uno de sus muchos milagros —comentó con desgana, sacando el libro de «Angelización» de uno de los bolsillos de su sotana—. Bueno, no hace falta que te lo diga, puesto que tú escribiste esto.

Apreté los puños pensando en la hoja arrancada de Raziel, y en lo mucho que eso podía habernos ayudado.

—Y no lo hizo solo —dijo una voz ronca que conocía muy bien, apareciendo justo detrás de Garrick. Baltazar esbozó una sonrisa victoriosa al vernos a todos reunidos, y se aclaró la garganta con parsimonia—. He de decir que fue un trabajo de campo muy completo.

—Enseña el documento donde diga que entregamos nuestra alma a Jason —pronuncié armándome de valor, y tomé la mano de Candy. Ya era hora de dejar de lado nuestras diferencias, pues estas no nos devolverían la vida.

Y, al parecer, a ambos cazadores les satisfacía vernos unidas. Las baldosas temblaron, y una corriente de aire helado sacudió mi cabello.

—The Heaven S.A. y su dichosa burocracia… me temo que las cosas no funcionan así, Faith. Me entregaste tu alma, al igual que Candy, lo dijisteis entre mis brazos y eso llegó a oídos de Lucifer —aclaró Garrick colocándose bien la chaqueta—. Es tarde, debemos irnos —anunció dando una palmada al aire—. Cuando estemos en

nuestro hogar, dispondrás de vestidos bonitos, no dejaré que pases la eternidad en pijama.

Entonces, todo sucedió demasiado deprisa, como cuando ves tu vida pasar en un segundo. Frente a nosotras se alzó un portal negro de unos dos metros de alto y la custodio West chilló.

—Alabado sea Lucifer… —musitó Baltazar contemplando la negrura infinita que reinaba en la apertura.

Había llegado el final.

—Sea lo que sea… asumiré el destino de mi alma —dije en voz alta. Una fuerza extraña me arrastraba, mis calcetines de aguacate resbalando sobre las baldosas. Miré por encima de mi hombro, cada vez más lejos de aquellos que tanto me habían protegido. Sus expresiones pasaban del desconcierto a la confusión, incluido el agente Hollow. Hasta me pareció ver una lágrima furtiva corriendo por su mejilla—. Mi tiempo se ha terminado, gracias por pelear por mi alma. Sois un gran equipo.

Una luz me cegó, mi alma etérea había atravesado el umbral de aquella cosa y se precipitaba hacia la nada. Sujeté a Candy con fuerza mientras balbucía algo acerca de sus padres, y me preparé para la caída, o tal vez para una eternidad muy distinta a la que imaginaba.

El Pandemónium me esperaba.

CAPÍTULO 28

Faith

No sabía cuánto tiempo estuve cayendo a través de la negrura. De mi garganta no salió ningún sonido, a diferencia de la de Candy, que gritó hasta quedarse sin voz. Nada de eso nos salvaría de la eternidad que se cernía sobre nosotras; un nuevo orden, un recolector de almas. Y nosotras, distintas e iguales a la misma vez, éramos las causantes de que se abriera.

Los buenos sentimientos movían al mundo, y los malos, lejos de lo que pudiera pensar inicialmente, lo equilibraban.

Pensé en el agente Hollow, la custodio West, Gabe, Amanda… habían invertido una cantidad ingente de energía en mí para nada, puesto que no hubo forma de salvarme de mi destino. Y Raziel… puede que ella, tan empeñada en encontrar al asesino de San Valentín, hubiera hallado la paz allá donde estuviera. No pude evitar sentirme culpable; de no haber aparecido en su vida, seguiría caminando por las calles de Londres con sus alas escondidas.

Dejé que mis pulmones se llenaran de aire frío, pese a que no lo necesitaba, y cerré los ojos, sin saber muy bien qué esperar. ¿Pasaría la eternidad cayendo al vacío, rodeada de la nada? Poco me importaba.

Unos dedos masculinos rozaron los míos. Era Garrick, o Jason, el que me engañó para sacrificarme. Se llevó mi mano a los labios y depositó un beso suave, capaz de confundirme y hacer que olvidara hasta mi nombre. La bilis me subió por la garganta. Estuve enamorada de ese hombre como una colegiala, perdí la razón por sus bonitas palabras, sus gestos amables… él era todo lo que yo buscaba. Y, ahora, pagaba las consecuencias de mi estupidez.

Una luz me cegó, aún con los párpados cerrados y a mis oídos llegó el bullicio de una… ¿fiesta? Mis pies tocaron el suelo, y al abrir los ojos descubrí que ya no vestía mi pijama *kawaii* ni mis calcetines de aguacate, sino un vestido rojo con amplios volantes negros y mucho vuelo, al igual que Candy. Toqué los bucles que cubrían mi cabeza; ya no había rastro del moño desaliñado con el que fallecí y mucho menos de las gafas que usaba cuando no me ponía las lentillas.

Giré sobre mis zapatos de tacón, anticuados pero cómodos, y observé con detenimiento la sala donde nos encontrábamos, más parecida a la de un palacio que al lugar donde fui a parar, en el club Pandemónium. Aquello debía de ser una simulación hasta que se abrió el real. Numerosas figuras encapuchadas daban vueltas por la sala, cabizbajas, arrastrando los pies por la elegante moqueta. Les habían arrebatado todo, convirtiéndolos en sombras y un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Serían las chicas que asesinaron en los lupercales pasados?

Alguien había bajado la descomunal lámpara de araña que debía colgar en el techo, o quizás la estuvieran limpiando para nuestra llegada y le di un codazo a Candy al darme cuenta de que, dentro, había una cámara de cristal.

—Bienvenidas, al Pandemónium, el nuevo recolector de almas —anunció Garrick con una sonrisa radiante, las luces de la sala impactando en su cabello negro azabache—, seguidme hasta el trono, por favor.

Candy y yo intercambiamos miradas, y nuestro anfitrión señaló a la izquierda, donde presidía la estancia una butaca de terciopelo rojo, rodeada de un enorme retablo de madera con intrincados grabados a su alrededor. Una. Solo una.

Lancé una mirada nerviosa hacia la lámpara sin luz, cuyos cristales reflejaban una luz que no sabía de dónde provenía, y me pregunté para qué diablos era la cámara de su interior.

—Lucifer vendrá en unos minutos, está muy ocupado con los preparativos para la fiesta que hará en vuestro honor. —El

entusiasmo de Garrick me pareció sospechoso. Evitaba mirarnos a alguna de las dos, y parecía que hubiera consumido alguna sustancia—. Esto es mejor que aquella vez que fuiste al club, Faith. Es el Pandemónium real, el nuevo plano infinito que recolectará almas. Habéis hecho un trabajo magnífico con el simple hecho de existir.

—Vamos, no te quites el mérito, Garrick. Me sedujiste hasta la extenuación, igual que a Candy. Velas, *champagne*, música clásica, la torre Eiffel… lástima que no supiera que eras el alma de un viejo decrépito en el cuerpo de un joven. ¿Cuánto tiempo llevas esquivando a The Heaven S.A.?

—Gracias a Baltazar, siglos —respondió con una sonrisa ladeada sin dejar de caminar—. No todos los cazadores encuentran a un compañero igual. Tu querida Raziel lo conoció en la misma época que vivía tu custodio —paladeó la última palabra y una punzada de ira me golpeó. Eleonora no merecía ese final la noche de su puesta de largo, y una parte de mí se alegró de que, mi asesinato, al menos, fuera rápido. Un balazo en la sien. Genial, una desconexión rápida—. La memoria de los caídos es frágil y ella se hallaba inmersa en proteger a su hermano Gabriel, que bajaba a hurtadillas de los cielos y a su sobrino el mestizo. Distracciones, errores fatales que te impiden no darte cuenta de que tienes a un par de cazadores de almas delante de tus narices.

—Creías que abrirías el Pandemónium con ella.

Me levanté los bajos del vestido con manos temblorosas. Lo único que me inspiraba Garrick era asco e intenté no pensar en los muchos momentos íntimos cuando creía que era otra persona: duchas donde enjabonaba cada centímetro de mi cuerpo para después devorarlo, noches enteras prodigándonos todo tipo de caricias, su manera de decirme en te quiero en el oído. Y todo fue una vil mentira.

—Ha sido un trabajo arduo, siglos enteros de averiguaciones. Necesitábamos a dos chicas muy concretas, aunque eso no lo sabíamos. Tampoco contaba con que Gabriel me asesinara, eso

ralentizó mucho las cosas —agregó con una mueca de desprecio, a escasos metros del trono, inquietantemente vacío—, suerte que encontramos una solución para mi alma.

La maldición de los varones Gray…

Garrick aprovechó la ventaja de ser un alma sin rumbo, atando a sus descendientes según el cuerpo en el que se encontrara. Se detuvo a pocos pasos del trono, ofreciéndonos su brazo como si estuviéramos en el siglo xviii, e hizo una profunda inclinación.

—Vosotras sois la noche y el día, las mujeres más maravillosas y auténticas que he tenido el placer de conocer, las únicas capaces de abrir las puertas del Pandemónium. Todo esto es gracias a vosotras dos. —Candy enroscó su brazo al suyo, y crucé los míos en torno al maldito corsé de mi vestido—. Compórtate como una dama, mi señor también es el tuyo.

Bufé en respuesta. La Faith que él conoció ya no era su perrito fiel, sumisa e incondicional. Tras la muerte había madurado, crecí convirtiéndome en la mujer que siempre quise ser, y descubrí cosas sobre mí que ni siquiera sabía que existían.

—A los únicos que rendiría pleitesía sería a los ángeles que cayeron de The Heaven S.A., los que velan por las almas en la tierra.

—¡Póstrate ante Lucifer, blasfema! —bramó Baltazar, que de nuevo volvía a salir de un lugar desconocido, solo que en esta ocasión su mano se cerró sobre mi cuello, empujándome violentamente hacia delante—. Cuida tu lengua la próxima vez, o te pasará lo mismo que a Ranjit. Y te aseguro que lo sentirás igual que si vivieras.

Mi mejilla tocó la moqueta, y gruñí, tragando las lágrimas. Una eternidad aquí, junto a mis asesinos. Porque, aunque otro apretara el gatillo de la pistola, todos ellos habían sido necesarios para llegar hasta ahí.

—Cuidado, Baltazar, no le hagas daño —advirtió Garrick en un susurro y percibí cierto terror en él—. Puede que nuestro señor la quiera en la Fuente.

Fruncí el ceño, la presión que ejercía su mano callosa me habría asfixiado de no ser porque ya estaba muerta.

—¿Crees que esta zopenca nos daría la energía que necesitamos para mantener las puertas del Pandemónium abiertas?

Traté de volverme para mirar a Garrick.

—¿Qué estáis diciendo de una fuente?

Baltazar hundió mi mejilla todavía más en la moqueta, y sentí la fricción en mi piel.

Las palabras murieron en sus labios, sus ojos oscuros abriéndose con sorpresa cerca de mí, y seguí la dirección de su mirada hasta encontrar a una serpiente de brillantes escamas verdes, reptando hacia la pata del trono. Ahogué un grito mientras se enroscaba a la pata de madera labrada para alcanzar el terciopelo del asiento. Y la serpiente se convirtió en hombre, un espectáculo espeluznante que ojalá no volviera a ver. Sus ojos viperinos, de un verde intenso, parecido al de una joya, enfocaron con dificultad los míos, adaptándose a su nueva forma. Una sonrisa cruel tiró de sus labios delgados, perfectos e hipnotizantes y tras mirarnos alternativamente a Candy y a mí estiró el brazo, y una corriente la arrancó del brazo de Garrick.

—¡Candy! —chillé y me levanté de un salto al darme cuenta de que Baltazar no me sujetaba.

Sus talones se arrastraban a toda velocidad por la moqueta, los bucles rubios le caían en la cara. No, iba derecha a esa lámpara. Sin pensarlo dos veces, eché a correr, levantando mi vestido hasta las rodillas.

—¡No, Faith!

Me pitaban los oídos y mis piernas temblaban por el esfuerzo. Lucifer reía a carcajadas, y aunque quise ser más rápida, la extraña fuerza que arrastraba a Candy me tomaba la delantera.

No. No puede ser.

El cristal se cerró en torno a Candy, y esta lo aporreó hasta que la lámpara inició su ascenso. Me aferré con todas mis fuerzas a un cristal en forma de lágrima casi de mi tamaño y, sentí que mi estómago se revolvía ante la altura que estábamos tomando. Hasta que mis dedos resbalaron poco a poco, y lo último que vi antes de caer fue a Candy con el rostro surcado de lágrimas, una muñeca de porcelana con un vestido de época encerrada en un cristal. Con los dedos, trazó un corazón, y se lo llevó al pecho. Era para mí, el recuerdo de nuestra amistad. Y asentí para hacerle saber que no le guardaba ningún rencor.

—Por eso Faith es mi preferida —comentó Garrick mientras yo caía de forma controlada, mecida igual que una pluma en el aire. Ojalá pudiera romperme todos los huesos del cuerpo y dormir para siempre. Solo que este, era mi peculiar para siempre—. Es capaz de luchar por los seres que ama sin rencores, arriesgándose a padecer lo indecible. La busqué a lo largo de los siglos… y mereció la pena la espera.

Una lágrima corrió por mi mejilla, y antes de limpiarla, me pareció ver un destello a mi derecha. Me froté los ojos. Parecían las chispas de fuego que crepitaban en una chimenea, y pensé que de nuevo mi imaginación me jugaba una mala pasada.

Garrick me ayudó a llegar al suelo, y entrelazó mis dedos con los suyos. Una oleada de pánico me sacudió mientras caminábamos de vuelta al altar, donde ese muchacho, sentado en el trono de manera descuidada, nos observaba con deleite. A excepción de sus ojos, podía ser un chico más de los que te encuentras por la calle. Se echó la espesa mata de pelo rojo a un lado, y el gesto me resultó familiar. Gabe… quizás el hecho de ser un ángel les otorgaba cierto parecido.

—No cabe duda de que tanto Faith como Candace han resultado útiles para nuestra noble causa —siseó con voz profunda, mezcla de hombre y de serpiente, y entornó sus viperinos ojos hacia mí—. Tu amiga nos dará la energía para que este lugar funcione, y tú, canalizarás ambas desde aquí. —Dio una palmada en el

reposabrazos y un trono de madera idéntico al suyo se materializó a su lado. Lo miré horrorizada. No, debía de ser una broma—. Contempla los siglos y los milenios sentada en el lugar que te pertenece.

Una ola de repulsión corrió por mi sangre y a Garrick le tembló la barbilla.

—Mi señor…, creí que… —Se pasó la lengua por los labios secos —. Amo a Faith Summer y me prometió que la tendría para toda la eternidad.

Jason no paraba de repetir que pasaríamos juntos toda la eternidad, de hecho, era una de sus declaraciones de amor favoritas que nunca pensé que llevaría a cabo. Joder, ni en mis peores sueños. Me abracé a mí misma, concentrada en los lustrosos zapatos negros de Lucifer.

Otra brizna de fuego cayó muy cerca, y a esa, le siguió otra que rozó los pliegues de mi vestido, haciendo una pequeña quemadura de la que nadie se había percatado.

—Como segunda fuente de energía, Faith es más valiosa aquí sentada. Lo siento, era necesario ahorrarme esos detalles, de lo contrario, quizás habrías abandonado.

—¡He arriesgado todo lo que tenía! He matado cada año en lupercalia a una joven enamorada durante los últimos treinta años… ¿No merezco una compensación?

—Que no te hayan recolectado ya es compensación suficiente, Garrick.

Di un paso atrás al oír la risa terrible de Lucifer, y las motas de fuego cobraron intensidad.

—¡Me he quemado! —aulló Baltazar, cuando uno de esos pequeñísimos fuegos cayó sobre su mejilla. Estiré la mano, y uno hizo un agujero en mi guante. Al entrar en contacto con mi piel se desvaneció causándome un delicado hormigueo.

—Eso… —Lucifer se levantó del trono mirando en todas las direcciones y Garrick fue el siguiente en sufrir minúsculas quemaduras. Se golpeaba la cara como si fueran mosquitos de fuego y creyera que los espantaría así.

Las almas que deambulaban a nuestro alrededor se quedaron quietas y fascinadas, algunas se quitaron las capuchas que les cubría la cabeza mientras desaparecían envueltas en una llamada de fuego.

—¡¡No!! ¿Quién osa liberar a estas almas? —rugió Lucifer con sus viperinos ojos a punto de salírsele de las órbitas, mostrando los dientes y una chispa de esperanza prendió en mi pecho—. ¡Garrick, Baltazar!

Pero estos no le escuchaban pues estaban muy ocupados en sofocar las llamas que brotaban de su piel. Los gritos agónicos de Baltazar me demostraron que él no poseía la inmunidad de su compañero, y el olor a carne chamuscada no tardó en colarse por mis fosas nasales.

—Asúmelo, tus hermanos son mucho más fuertes que tú —espeté con un orgullo que nunca había experimentado, y con el rostro contorsionado por la ira, Lucifer movió los dedos, y mi cuerpo entero sufrió una descarga.

—¡¡Siéntate en el trono de una vez!!

Traté de pelear contra mis pies, que se movían pesadamente a través de la alfombra; no, nunca ocuparía un lugar donde me trajeron mediante engaños.

—¡Os habéis valido de mis buenas intenciones…! —Mi espalda se tensaba, todos mis huesos se romperían de un momento a otro si seguía luchando contra su poder—. ¡Habéis acabado con mi vida, con mis ilusiones, con todo en lo que creía…! Bueno, ahora creo en los ángeles y en The Heaven S.A.

Sentí que me faltaba el aire que presionaban mi tráquea para… ¿matarme? ¿Sería posible en un lugar como aquel morir otra vez? Cerré los párpados con fuerza y vi chispas de colores. Se agruparon

y separaron, vibrando en el espacio hasta que tomaron forma de mujer.

—¡Tú…!

Al abrirlos, su luz me deslumbró. Sus ojos violetas y antiguos desprendían una nueva sabiduría y a pesar de su espada de fuego, fue muy fácil reconocerla.

—Soy Raziel, arcángel de las almas perdidas, y vengo a por dos almas que tienes en tu poder, hermano —anunció con solemnidad esa mujer de hermosas alas blancas mezcladas con los colores del atardecer.

El fuego entre sus manos no le afectaba y ante las súplicas desesperadas de Garrick, levantó su espada:

—Hoy reposarás en el sitio que te pertenece; en Inferno —reveló serena mientras el alma putrefacta era absorbida por su propia arma. Aparté la vista. Si quedaba algo de Jason en ese tipo, prefería no saberlo.

—¿Cómo has…? —comenzó Lucifer con un leve temblor en su voz ronca, protegiéndose los ojos de luz que desprendía Raziel—. Aun así, no puedes llevarte estas almas, no te pertenecen.

El traje con el que me habían vestido para entrar en ese lugar, se desvaneció en una nube negra. Volvía a ser la chica del pijama *kawaii* y los calcetines de aguacate.

—Sí que puedo. He recuperado mi condición de arcángel gracias a la Conciencia cuántica —dijo encogiéndose de hombros, y reconocí la chulería implícita en sus palabras. Joder, cómo la había echado de menos—. La Fuente se queda, pero Faith Summer viene conmigo.

Lo último que vi antes de que una ola de fuego me envolviera fue a Lucifer desgarrándose la camisa de seda negra, furioso. Dediqué una última mirada a Candy, encerrada en aquella gigantesca lámpara de araña.

La Fuente…

—Algún día… vendré por ti —susurré, mi voz fusionándose con una corriente de luz infinita. Y mi alma, por primera vez desde que saliera de mi cuerpo, se sintió en paz con el universo.

CAPÍTULO 29

Agente Hollow

El padre Erickson encendió las velas del altar en silencio. No habíamos pronunciado una sola palabra después de que llegáramos a su iglesia, donde nos esperaba Uriel, el Profeta, sentado en el primer banco de madera junto a la señora Fontaine. Debió de ser quien nos otorgara unos minutos más para salir de la Unidad de Cuidados Intensivos y pasar desapercibidos, aunque, técnicamente, podían vernos a todos, a excepción de la custodio West. El personal del hospital nunca sabría nada de la batalla por las almas que se libró dentro de su edificio. Se confirmaron todas nuestras teorías, el caso de Faith y Candace se resolvió sin un final positivo para ellas. Había fracasado pese a todos mis esfuerzos. Le fallé a mi protegida, y ese error, me perseguiría siempre.

Amanda apoyó la cabeza sobre mi hombro, agotada, su mirada recayendo en Erickson, quizás intrigada por todo lo que acababa de ver. Su primer caso en The Heaven S.A. no solo había sido complicado, sino que, además, luchó en clara desventaja.

—¿Me asignarán más casos después de esto? —preguntó en voz queda y asentí. No se desharía del recolector de almas tan fácilmente—. Mierda.

—Has tenido una mala experiencia, la próxima, será mejor.

Ella me miró ceñuda, como si estuviera pidiéndole un millón de libras esterlinas. Faith y Candace habían dejado una huella imborrable que marcarían sus inicios en The Heaven S.A.

—Lo llevas en la sangre, Amanda —apostilló la custodio West sentada junto a nosotros, con Gabe pasando un brazo por sus hombros, aprovechando hasta el último segundo, antes de que esta

volviera a donde pertenecía. Y no pude evitar pensar en Raziel—. Tu padre es un agente, y contarás con su ayuda. Lo superarás, nada duele eternamente.

Amanda era una persona sensible que ya había sufrido una pérdida importante siendo muy joven. Tardaría en recuperarse de lo sucedido con su protegida.

—También lo lleva en su alma, custodio —repuso el padre Erickson tras apagar una cerilla y todos levantamos la vista hacia él, incluido su padre, que aún llevaba las vestiduras rasgadas—. No lo recuerda, pero confío en que pronto lo haga.

—¿Y qué se supone que debo recordar? Estoy harta de las intrigas de… de… ¡todo esto! —exclamó levantándose del banco y en esta ocasión, quien frunció el ceño fui yo.

Una sonrisa diminuta tiró de los labios de Erickson y a través del fuego de las velas, vi una nostalgia que me pareció poco común en dos personas que acababan de conocerse.

—Los primeros recuerdos ya se han manifestado, solo tienes que tirar de ese hilo.

Gabriel tosió, haciéndole una señal a su sobrino.

—Todos sabéis algo menos yo… es realmente frustrante —agregó y su voz se rompió—. Solo quiero que mi vida vuelva a ser la de antes.

—Lo siento, Amelia. Tu condición de agente ha regresado a ti, ya no hay vuelta atrás.

—No me llamo así —dijo esta con la mandíbula apretada.

—Una vez sí, hace mucho tiempo.

Amanda palideció y la rodeé con mis brazos, ayudándola a sentarse de nuevo.

Amelia…

Había escuchado ese nombre antes, guardaba relación con The Heaven S.A.

—¿De qué va todo esto, Erickson? —pregunté igual que haría un padre que desea proteger a su hija de todo mal, de su destino.

No recibí respuesta, y Amanda escondió el rostro en mi hombro, devastada por sus palabras. Los acontecimientos de las últimas horas sobrepasarían a un agente veterano; corría el riesgo de que mi hija se encerrara en sí misma y se aislara del resto del mundo. Ni siquiera yo sabía cómo encajaría toda esta locura. Bueno, sí. Tomaría una ducha fría de no más de diez minutos y abriría una botella de vino blanco con la esperanza de no pensar en el ángel caído que se había llevado mi corazón al Limbo.

—Oremos por las almas de nuestras dos hermanas: Faith Summer y Candace McGregor para que sepan que, aunque estén entre tinieblas, podemos ser el faro que las alumbre.

El Pandemónium. Allí, no habría luz para ellas, sino una eternidad de desdicha y martirio. La custodio West se acercó con un pañuelo de encaje para secar las lágrimas de mi hija, mientras el sacerdote continuaba ofreciéndonos esa extraña misa que nadie le pidió. Sin embargo, todos sabíamos que sus almas las necesitaban. Les reconfortaba una plegaria de la religión que fuese o el recuerdo de un ser querido en la tierra y esperaba que pudieran sentir la nuestra.

—No sufras, Amanda…

—¿Fui una agente en otra vida, Eleonora?

La custodio y yo intercambiamos miradas e intuí que ella no sabía nada.

—Buscaré información en los archivos, preguntaré en el departamento de Reencarnación… —tomó una bocanada temblorosa de aire—. Erickson te ha llamado Amelia, me serviré de ese nombre para hablar con otros custodios. Si en otra vida trabajaste para nosotros, alguien se debe acordar. —Se giró hacia Gabriel, que se afanaba en mirar al frente—. ¿Tú sabes algo de esto?

—La memoria de los caídos se vuelve confusa con el paso de los siglos…

—Gabriel… —murmuró la custodio cruzándose de brazos—. ¿Conociste durante tus pequeñas excursiones a la tierra a una tal Amelia?

—Hi-hice un pacto con Erickson hace mucho y… no puedo romperlo —se excusó jugando con el dobladillo de su camiseta—. Perdóname, Amanda.

Pero esta no le escuchaba, continuaba mirando al sacerdote mestizo, que hacía lo propio con mi hija y resoplé. Si de ahí salía una de esas historias de amor y fantasía, me colgaría del árbol más alto que encontrara. Yo quería un joven normal para ella, tal vez un compañero del hospital con quien compartir *hobbies* e inquietudes.

—…El Señor es mi pastor, nada me falta con él. En verdes praderas me hace reposar, me conduce por cañadas seguras… —recitó sin leer el misal sobre el altar, concentrado en unas palabras que sabía de memoria. ¿Cuántos siglos podía tener ese tipo?

—Le salvo la vida y enredo su destino al de un cura. Menuda puntería. —mi corazón dio un vuelco. Esa vocecilla chillona justo a mi izquierda… no podía ser—. Me pasa lo mismo con los hombres.

Desde el púlpito se hizo un silencio atronador. Nuestro orador entornó los ojos, y nos hicimos dueños de todas las miradas. Ataviada con su pijama rosa y sus calcetines de aguacate, exhibió una amplia sonrisa. Había peleado hasta el final, sin darse por vencida. Y había ganado. Su aura desprendía el brillo cobrizo de aquellos que están listos para ascender a The Heaven S.A. Era imposible sentir tanto orgullo sin tener alma, y, sin embargo, lo sentía.

—Si pasa por el departamento de Reencarnaciones tendrá oportunidad de mejorar esa puntería.

—¡Faith! —Eleonora casi tropieza con su vestido cuando se le echó encima para abrazarla y Uriel se frotó los ojos. Faith Summer había escapado del Pandemónium—. ¿Cómo…? ¿Qué ha pasado…?

Esta se encogió de hombros, con la expresión aniñada que le caracterizaba.

—No ha sido cosa mía, es que tengo un ángel de la guarda.

—¿Y Candy?

La voz de Amanda se elevó por encima de las demás. Le temblaba el labio inferior y una fina capa de sudor perlaba su rostro. Su protegida, la primera que marcaría una larga lista de almas bajo su cuidado, hasta que The Heaven S.A. decidiera prescindir de los servicios. Faith se mordió el interior de la mejilla, evitando su escrutinio.

—La rescataremos, Amanda. Juro que sacaré a Candace McGregor del Pandemónium —dijo otra voz que creí que nunca escucharía. Me levanté como si tuviera un resorte en el trasero, y sus ojos violetas encontraron los míos.

Ya no estaba ante un ángel caído. El ser alado que había aparecido junto a su hermano Gabriel irradiaba un brillo celestial. No era la misma Raziel de la que me despedí unas horas atrás, en la sacristía de la iglesia, y le encontraba un parecido más que razonable a la de la ilustración, de cabello castaño intenso y pómulos altos. Ahora, sus ojos parecían un poco más azules, menos antinaturales.

—Bienaventurada seas, Raziel, estrella del ocaso. —Uriel se arrodilló y su frente tocó el frío suelo de mármol. Conteniendo las lágrimas, Gabriel y la señora Fontaine hicieron lo mismo, y Erickson bajó del púlpito, con una expresión de absoluta felicidad—. Señora de gracia infinita, arcángel de las almas perdidas y guía de los mestizos en la tierra.

Mis rodillas flaquearon, producto de la tensión, y caí junto a los demás, cerrando los ojos para disfrutar de la luz dorada con la que la habían bañado.

—Raziel… —murmuré. Creí que solo podría disfrutar de su presencia en sueños y que, hasta en ellos, nos separarían de forma despiadada.

Amanda derramó lágrimas silenciosas, abrazada a mí. Sabía de la felicidad que la embargaba, pero no podía evitar sentir pena por

Candy. Esperaba que Raziel diera más detalles. Si en esa operación de rescate requería a mi hija, me tendrían a mí también. No dejaría que las mujeres que amaba se enfrentaran solas a las fuerzas del mal.

—Padre, ¿no tenía algo que enseñarnos en la sacristía? —preguntó Faith tomando la delantera, llevándose del brazo a Eleonora y a Gabriel, que lo entendieron a la perfección—. Además, me gustaría consultar con usted el tema de la extremaunción… —Amanda plantó un beso en mi mejilla, el más sincero desde que nos conociéramos y estableciéramos una relación padre e hija—. ¿Me pondrán alguna pega en la entrada de The Heaven S.A. por no recibirla? Después de tanto trabajo, no quiero ningún contratiempo de última hora.

Faith guiñó un ojo en mi dirección tras su elocuente perorata. Mi protegida y su verborrea resultaban excepcionales.

Las voces alegres cesaron cuando la puerta de la sacristía se cerró, y Raziel y yo quedamos solos frente a frente. De repente, todas las palabras que deseé decirle me abandonaron. Ella se dio cuenta y acortó la distancia entre nosotros con pasos medidos.

—Lo conseguiste… —logré articular, pasándome una mano por el cabello, más desordenado de lo que me gustaría—. Puedes volver a tu verdadero hogar. ¿Cómo lo has…?

—Resulta que no podían mandarme al Limbo. En lugar de eso, tuve una reunión con el gran jefe, el Recolector, y recordé quién soy de verdad.

Contemplé sus alas, el bello degradado hasta conseguir el color del atardecer y su vestido vaporoso. Esa mujer no era un ser de mi mundo, y lejos de entristecerme, lo acepté.

—Gracias por usar tu última voluntad para salvar a Faith.

—¿Te gustó el corazón que dibujé para ti?

Una risa ronca reverberó en mi pecho.

—Lo conservaré para siempre; será mi manuscrito más preciado.

Batió las pestañas y algo nuevo burbujeó en mi sangre. Metí ambas manos en los bolsillos; la tentación de tocarla era demasiado fuerte y no quería quebrantar las normas con alguien de un estatus cien veces superior al mío.

—El Recolector… Ha sido bastante generoso —empezó ella colocando con mimo y delicadeza el cuello de mi camisa, su voz convertida en un susurro para que solo nosotros pudiéramos ser partícipes de ese momento—: puedo subir a The Heaven S.A., vuelvo a recuperar mi cargo y mi trono, aunque puedo hacer vida en la tierra. Llevo milenios por aquí, no tiene sentido abandonar ahora. He recordado mi cometido y junto con los mestizos, lo llevaré a cabo. Lo cierto es… que había pensado en darle un cambio a mi vida, me gusta pasar la eternidad ocupada.

—¿Y en qué habías pensado, mi señora?

Arqueó una ceja castaña y perfecta. Ese color le sentaba demasiado bien, un tono entre el chocolate y la miel que la hacían absolutamente apetecible. Y Raziel era muy consciente de ello.

—He tenido numerosas ocupaciones: alfarera, bibliotecaria en Alejandría, esclava, partera… El siglo pasado hice un curso de mecanografía y en los ochenta estudié Medicina. Estoy cualificada para hablar de la Edad Media, o de las movidas de los egipcios con los judíos y los romanos, y como he oído que hay una vacante en una tienda de antigüedades que conozco…

—Podemos negociar el salario.

Cubrí su mejilla con mi mano, deleitándome con su tacto aterciopelado y en un parpadeo, la Raziel brillante de vestido y sandalias romanas dio paso a una mujer sencilla de pantalones ajustados y botas de tacón, cuyas alas escondía a la espalda.

—Espero que la vivienda esté incluida —espetó contra mis labios —. Voy a dejarle el cine a Gabe y a los mestizos; es ideal como cuartel general.

—Por supuesto, ya lo había pensado. —Mis dedos se deslizaron por su cuello, hasta llegar a su clavícula—. Buhardilla íntima con una

coqueta terraza para disfrutar del té al aire libre. Dispone de un baño y una habitación con claraboya.

—Desde ahí las estrellas deben verse de maravilla… ¿La cama es grande?

Sonreí, y la presión en mi pecho se incrementó. Eso era amor, y cada latido de mi corazón la llamaba a gritos, reclamándola para mí. Y, a juzgar por su lenguaje corporal, había aceptado.

—Lo suficiente para pasar allí una eternidad.

Nos fundimos en un beso largo y pausado, culminando las promesas que nos hicimos con la mirada. Y juntos, éramos capaces de saltar todos los obstáculos que Lucifer, los cazadores de almas o The Heaven S.A. dispusieran ante nosotros.

EPÍLOGO 1

–¿Estás preparada, Faith? –preguntó con suavidad la custodio West. Sus dedos seguían entrelazados con los de Gabe, cuya expresión de alegría se ensombreció por unos instantes.

Asentí, repasando a los presentes con la mirada desde el púlpito donde hacía unos minutos el padre Erickson recitaba unas palabras por mi alma y la de Candy. El agente Hollow y su hija Amanda estaban de pie junto a Uriel, y la señora Fontaine se enjugaba las lágrimas mientras Raziel le pasaba un brazo por los hombros. Todos ellos habían contribuido a que recibiera mi descanso, irrumpieron en mi vida y yo en las suyas sin pedir permiso. No sabía si hacían eso de ayudar a las almas muy a menudo, y, en tal caso, nunca los olvidaría. Sin ellos, mi suerte habría sido otra.

–Por supuesto –afirmé con el corazón extrañamente encogido.

El padre Erickson sonrió, un poco más alejado del resto y encendió un par de velas. Me había dado la extremaunción pese a que me repitió por activa y por pasiva que no era necesario, pero creo que se dio cuenta tarde de que tengo la cabeza bastante dura.

–Entonces, podemos marcharnos. Nos están esperando en recepción.

Me aclaré la garganta. Las lágrimas me escocían en los ojos y quise dar un paso al frente. Como si supiera que las despedidas no eran lo mío, Gabe se adelantó y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Qué te aflige, hija mía? —preguntó con dulzura y todos los allí presentes centraron todavía más su atención en mí.

¿Acaso no había conseguido lo que quería? El descanso eterno, la paz tras la muerte.

El agente Hollow se colocó a mi lado, su gesto sereno estaba lleno de compasión y de pronto lo comprendí. ¿Era este el final que siempre quise para mí?

—No es malo tener un poco de miedo escénico. Te irá muy bien, Faith. Ha sido un placer trabajar contigo y siempre te agradeceré haber salvado a mí hija.

Me giré para mirarlo y esbocé una pequeña sonrisa. Había salvado una vida, no todo era malo.

—De nada, Cameron. Espero que tardemos muchos años en vernos y que hagas feliz a cierto arcángel con una espada de fuego —dije en mi tono más descarado mirando a Raquel, que entrelazó sus dedos con los del que había sido mi agente y repasé con la mirada a las dos parejas que habían nacido con mi muerte y el nudo de mi garganta se hizo más fuerte.

Ese final feliz no existiría para mí, pues el amor era el que me había llevado a la situación en la que me encontraba.

—Eleonora, si no te importa… me gustaría charlar con Faith a solas, la dejaré en las puertas de The Heaven S.A. en unos minutos.

—No hay problema, arcángel —contestó mi Custodio haciendo una profunda y sincera reverencia.

Gabe y el agente Hollow se apartaron, y en un parpadeo, había dejado la iglesia del padre Erickson para trasladarnos a una playa de arena blanca y aguas cristalinas y luminosas, como si alguien hubiera dejado caer miles de estrellas. En el cielo brillaba la luna en cuarto creciente, y la vía láctea se veía tan cerca que casi podía tocarla. Las hojas de una palmera solitaria se mecían al ritmo de la brisa y llené mis pulmones de aire salado.

—¿Esto es el Caribe? No imaginaba que la bioluminiscencia se vería así —dije señalando aquellas aguas en calma.

Raziel soltó una risilla, delicada como un cascabel. De nuevo había adoptado su forma de arcángel con ese vestido de gasa blanca que flotaba con la elegancia que solo ella podía tener y de repente me

sentí avergonzada de mi propio atuendo, el que llevaría para siempre.

—Es una ilusión creada a partir de mis vivencias. Me gustaba venir a este sitio para meditar mientras miraba las estrellas.

Abrí la boca para responder, pero no pude. En vida nunca viajé a un lugar así. Me habría encantado ir de viaje de novios con Jason a uno de esos hoteles con pulserita para retozar juntos en una piscina mientras bebíamos mojitos a escasos kilómetros de las playas paradisiacas de Punta Cana o Tailandia. Cualquier destino en su compañía. Al fin del mundo si era precioso. Pero no, Jason nunca fue Jason.

—Sé que es lo que te aflige, Faith, puedo leer tu mirada.

Con dos dedos, Raziel levantó mi barbilla, y sus ojos violetas se clavaron en los míos, y no pude evitar que la primera lágrima rodara por mi mejilla.

—Yo… pensé que me aguardaría algo más que la batalla por las almas, el descanso eterno o una bala en la cabeza —alcancé a decir con un hilo de voz, y enseguida me sentí tan estúpida como siempre, y encima ante un ser celestial—. Lo siento, no debí decir eso, todos los habéis esforzado mucho para que ascendiera y ahora parezco una desagradecida…

Raziel negó con la cabeza, su sonrisa tranquilizadora iluminando la semi oscuridad de esa playa.

—Es válido que te sientas así, Faith. No debes avergonzarte por ello. Todas las almas puras e inocentes merecen su final feliz.

—Bueno, allí se supone que es a donde voy, a mi final feliz —respondí encogiéndome de hombros, y en un impulso me quité los calcetines de aguacates para poder sentir la arena húmeda en mis pies. Al menos, me permitiría un último placer disfrazado de acto de rebeldía. Aparecerían estos calcetines de nuevo en su sitio cuando subiera a mi destino—. Según me dijeron en mi ingreso allí arriba, voy a tener una habitación preciosa con vistas a un mar, un océano

o algo así… puedo cambiar la decoración a mi gusto y pasear por donde me venga en gana —una segunda lágrima cayó y a esa le siguió una tercera, una cuarta y hasta una quinta. Y ya no pude parar. Era como si todos los sentimientos que llevaba días conteniendo, estallaran en mi pecho y me desbordaran.

Raziel abrió los brazos y sin pensármelo dos veces, dejé que me acogiera entre ellos. Una calidez que nunca había sentido me embargó, algo ardía en mi interior, una especie de llama imposible de extinguir y pese a mi situación, solo sentí paz.

—Hija mía, las lágrimas te impedirán ver las estrellas —susurró acariciando mi espalda—. Levanta la cabeza.

Hice lo que me dijo y lo que vi me sobrecogió. Cientos de estrellas fugaces surcaban el cielo a gran velocidad, fundiéndose allá donde se perdía mi vista.

—Es increíble.

—Y todo gracias a ti, Faith.

La miré interrogante mientras me secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tras varios siglos, he recordado quien soy y cuál es mi misión —aclaró, extendiendo una mano hacia el cielo, que refulgía en un luminoso espectáculo. Jamás había visto algo tan impresionante—. Eso que ves son almas que estaban perdidas, y las llevo al lugar donde deben estar.

Abrí la boca. No sabía qué decir ante esos poderes tan increíbles de Raziel.

—¿Cómo se supone que lo has hecho? Has estado en la iglesia todo el rato…

—Puedo estar presente en más de un sitio, pequeña. Pero esa no es la cuestión —añadió a modo de reproche cariñoso, y movió la mano,

como si tomara prestada una estrella del cielo. Era una luz pequeña, parecida a un diente de león que se había quedado rezagada respecto a las demás, y la sostuvo en la palma de la mano—. Lamento que hayas tenido que ser la última chica en perder la vida para poder poner fin a la maldad de Garrick y Baltazar.

Me tembló la barbilla. La primera muchacha, una preciosa debutante que se convirtió en mi Custodio, tampoco tuvo oportunidades. Ni para ninguna de las chicas que perdía la vida cada San Valentín.

—No importa, conmigo se cierra el círculo. Me alegro de que mi muerte no haya sido en vano.

Y al pronunciar aquellas palabras, la carga que llevaba en mi pecho se aligeró. Tal vez mi misión fue nacer para morir, un destino jodido, sí, pero la causa al menos era buena. Raziel sonrió y percibí el orgullo en ella mientras el diente de león brillante flotaba sobre su mano.

—Aceptar ese destino te honra, Faith Summer. Y ese es el motivo por el que quiero encomendarte la tarea de ser guardiana de esta alma.

Fruncí el ceño y antes de que pudiera preguntar, Raziel sopló el diente de león, y miles de esquirlas brillantes volaron hacia mi dirección. Iba a protegerme los ojos hasta que me di cuenta de que una figura se estaba formando.

—La encontré escondida en las profundidades de la conciencia de Garrick. Estoy convencida de que sabrás guiarla —prosiguió mientras se formaba una cabeza, los rasgos de una cara, un torso, unas piernas… —. Os esperan a ambos en The Heaven S.A. Por una vez, la Cúpula ha estado de acuerdo conmigo en algo.

Un joven se materializó ante mí, mirándose las manos con desconcierto y fue ahí cuando el aire escapó de mis pulmones. Los

mismos ojos verdes. El mismo cabello corto y claro. El hoyuelo en su mejilla.

—Jason…

Levantó la vista y frunció el ceño con curiosidad.

—Hola… ¿nos conocemos?

Mi cuerpo tembló, y pensé a estar muerta, nunca me había sentido más viva. Mi pecho volvió a latir de la misma forma que el día en el que nos conocimos.

—La esencia, la materia prima del alma del Jason auténtico, era algo que Garrick nunca pudo exterminar. Y creo que este joven merece vivir la vida que le arrebataron, aunque sea después de morir, ¿No te parece, Faith?

Jason sonrió, y dio un paso al frente.

—Faith… Ese nombre también me es familiar.

Me tapé la boca para ahogar el llanto. Mi final feliz… ¿Era posible tenerlo después de todo lo que había pasado?

—Oh, estás temblando, debes tener frío —dijo Jason, y no pude moverme, conmocionada por el sonido de su grave de su voz—. Vaya, no tienes puesto los calcetines.

Señaló mis pies descalzos y me fijé en los suyos. Calcetines de aguacate.

Entonces, lo recordé:

—Te regalé esos calcetines antes de Halloween.

Jason solo sonrió, y se agachó para ponérmelos. Mis mejillas se colorearon. El gesto era íntimo y desconocido a la vez, como si no hubiera pasado el tiempo por nosotros y la hoguera de nuestros sentimientos siguiera ardiendo.

—Cuéntame más sobre nosotros, Faith —pidió agarrando mi mano y cerré los ojos. Sentía que volaba. Un momento. ¡Joder, estábamos elevándonos hacia las estrellas! Desde abajo, Raziel movió la mano a modo de despedida. Nunca sería capaz de expresar toda la gratitud que sentía hacia ella. Así que me permití disfrutar del momento, prepararme para la siguiente etapa de mi existencia.

—Te pondré al día en cuanto lleguemos a nuestro nuevo apartamento. Espero que te gusten las vistas al océano.

Jason pegó su frente a la mía y suspiré, fascinada por el devenir de los acontecimientos. A veces, la muerte era solo el principio.

EPÍLOGO 2

Ocho semanas después

Eleonora

Mojé la pluma en el tintero un par de veces, repasando mentalmente mi último verso. Gabe era un gran poeta, y yo también quería sorprenderle. En un rincón de mi sala de estar de aire victoriano, coloqué un escritorio donde concentrarme en mis misivas semanales. En la pared, dispuse un panel de corcho donde colgaba las fotos que me adjuntaba. Las caras sonrientes de Raziel, Amanda y el agente Hollow también estaban allí y me alegraba poder verlos a pesar de que yo no pudiera salir en ninguna instantánea que nos tomábamos. Cada quince días, la Cúpula me permitía pasar veinticuatro horas en la tierra, una especie de compensación por mi último caso. Hubo un miembro concreto que luchó con uñas y dientes para que se pudiera cumplir y, en las escasas semanas que llevaba allí, había puesto al resto de los arcángeles de los nervios.

Cerré los ojos, dejando que la sensación de bienestar me inundara. No recordaba haber sido tan feliz en The Heaven S.A., y todo eso, se lo debía a ella. Y, por supuesto, al ángel caído más atento y caballeroso que conocía.

Incluso había hecho caso a Frank, responsable del departamento de Reencarnación, y acepté un folleto para concertar una cita y evaluar una posible vuelta a la tierra. Misma esencia, distinto cuerpo, y así poder vivir mi amor de manera real. Me aterraba e ilusionaba a partes iguales, pero el custodio Di Marco había sido muy claro al respecto: todas las almas que habitan en The Heaven S.A. merecían otra oportunidad. Para ser felices, para enmendar sus errores, para disfrutar sin límites de aquello que les fue arrebatado. Le daría una sorpresa a Gabriel en cuanto me lo pensara un poco más y

decidiríamos juntos quiénes serían mis padres. ¿Querría quedarse en Londres para estar más cerca de los nuestros? Desde luego, era lo más sensato, y contemplé la posibilidad de que mis futuros padres se hicieran amigos de cierto agente de The Heaven S.A. y su mujer. Bueno, no habían unido todavía su vida en sagrado matrimonio, pero Erickson les perseguía a menudo para recordarles en tono jocoso que vivían en pecado.

Firmé la carta, una rúbrica sencilla y elegante, y la rocié con un perfume de jazmín, el olor favorito de Gabe.

Reencarnarme sin haber resulto el asunto de Candy, mi otra custodiada, me provocaba una gran intranquilidad. No podría hacer nada por ella si era un bebé, de hecho, perdería mis dones de custodio. Según nos contó Raziel, Lucifer, el ángel caído, luz de la mañana cuando aún vivía en The Heaven S.A., la encerró en una lámpara donde, con su energía, ayudaba a que el Pandemónium siguiera abierto. No pudo sacarla de allí, y la clave para acabar con el nuevo recolector de almas, era hacer justo eso.

Respecto a Garrick, un alma podrida y a la vez perdida, fue llevado a Inferno, y su recuerdo dejó de atormentarme. Me violó, me degolló, y acabó con todo lo que conocía. Ahora, solo era una sombra en mi pasado, el medio por el que mi historia debía ser así.

El agente Powell arrestó al doctor Gray por los crímenes de Faith y Candy. Él fue quien las asesinó siguiendo las órdenes de su antepasado, Garrick. Por suerte, el arcángel Miguel arregló el asunto de su lengua para que pudiera prestar declaración a la policía.

—Ardientemente tuya, Eleonora West —canturreó Raziel a mi espalda y me di la vuelta a toda velocidad, doblando la carta en dos partes—. Lo siento, no he podido evitarlo.

Esbozó una sonrisa amistosa y yo hice lo mismo. Tuve mis diferencias con Raziel, pero esas se acabaron hace mucho. Agaché la cabeza en señal de respeto, es lo que me inspiraba su aspecto de arcángel, muy distinto al que lucía en la tierra.

—Estamos planeando una escapada a la campiña, hablaré con Miguel y Metatrón para que te dejen con nosotros veinticuatro horas más. —Le entregué la misiva, ansiosa por recibir la respuesta mañana—. Puede que hasta consiga que Faith y Jason tomen el té con nosotros en Bibury.

Desde que se había inscrito en la formación de custodios, apenas habíamos hablado. Su padre, Brian Summer, se pasaba de vez en cuando a traerme flores de todos los colores, y a veces me lo encontraba cerca del sector sesenta. Faith era feliz junto al alma de Jason, llevaba una vida plena en The Heaven S.A. y eso bastaba.

—Metatrón está de un humor de perros desde que Lucifer instauró su nuevo coto de caza con Pandemónium. ¿Has podido averiguar algo acerca de la otra vida de Amanda como agente?

Raziel negó, apesadumbrada.

—Los archivos están clasificados, debe ser algún rito antiguo. Intentaré hacer algo con ellos antes de que nos lancemos por el cuello de Lucifer.

Amanda había sufrido los primeros estragos de trabajar con The Heaven S.A., entre ellos, los recuerdos parciales de una vida anterior de la que, el padre Erickson, conocía muchos detalles, de los cuales se negaba a soltar prenda. Por lo que supe después, Raziel, *lady* Helena Worthington mientras estuve viva, tenía bajo su protección a un joven que se ordenaría sacerdote en unos años. ¿Por qué no lograba recordar nada de aquel entonces? ¿Sería Amanda una conocida de la familia? Viendo la conexión que manteníamos en ciertos puntos de la historia, no lo descartaba.

Quizás algunas cosas no se solucionaban fisgoneando entre viejos pergaminos.

—Por cierto, Frank me ha dicho que te pasaste por el departamento de Reencarnación. ¿Lo sabe Gabe? Le darías una inmensa alegría.

Suspiré, alisando los pliegues de mi vestido. Debí suponer que ese tipo sería un bocazas. Ahora, todos intentaban congraciarse con

Raziel después de haber recuperado su poder y su estatus.

—Es solo… bueno, lo estoy pensando —confesé al mirarla y sus ojos sabios me devolvieron una oleada de cariño y comprensión—. Aún no he elegido el país, ni a mis padres… pensé que podríamos hacerlo juntos.

Raziel asintió conforme y se guardó la carta que tenía que entregarle a mi amado.

—Estudiad a los candidatos con detenimiento y aseguraos de que podáis estar juntos cuando tengas cierta… edad, ya sabes.

—Ojalá nos quedemos en Londres —dije en voz queda, imaginando como sería nacer de nuevo, vivir otra vez en una sociedad que solo había podido observar de lejos, a través de mis misiones para The Heaven S.A.—. No me imagino naciendo en otro lugar.

Hizo una pausa, como si meditara lo que me iba a decir, y la expresión de sus ojos adquirió un matiz desconocido para mí.

—En nuestra buhardilla hay sitio. —Abrí la boca, sin creer lo que me estaba diciendo—. Cameron y yo nos hemos postulado para… ser tus padres.

Tragué el nudo que oprimía mi garganta y Raziel giró sobre sus talones, dándome la espalda con sus alas del color del atardecer. Estaba abriendo su corazón sin reservas, pues yo sabía cuánto anhelaba ser madre. El Recolector le devolvió el útero junto con su condición de arcángel y los codazos que le propinaba al agente Hollow cuando veían un bebé eran cada vez más descarados. Durante mucho tiempo, crio a los mestizos que vagaban por la tierra y descubrí que ellos también tenían una misión respecto a las almas.

Aunque, supongo, que eso formaría parte de otra historia.

—Si decides quedarte con nosotros, te esperaremos con los brazos abiertos —musitó con timidez, algo impropio de ella.

De pronto, me había quedado sin palabras para expresar tanta gratitud. Las segundas oportunidades existían, al igual que los

finales felices y junto a mi nueva familia, estaba segura de que conseguiría todos mis objetivos: vivir la vida que me arrebataron con el ángel que cayó de los cielos.

Y a pesar de los múltiples frentes abiertos, una liberadora sensación me recorrió de los pies a la cabeza; si dejaba de ser custodio, conocía a una que podía relevarme, cuya arrolladora presencia, ayudaría a tantas almas como le encomendaran.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no sería lo que es hoy sin Anabel, más conocida como tesorosdeletras en Instagram. Gracias por darme los ánimos y el valor necesarios para continuar con esta historia, sin ti, nada de esto sería posible. A Vero, de Romanticasdelnorte. Gracias por ofrecerme siempre tu ayuda sin pedir nada a cambio. Este trocito de cielo, también es para ti.

Si te han gustado mis libros, entra en mi perfil de Instagram: lasbrumasdeava y curiosea un poco.